



Aviso Legal

Revista

Título de la obra:

Cuadernos Americanos

Director:

Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar:

Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.

Datos de la revista:

Año XXX, Vol. CLXXVII, Núm. 4 (julio-agosto de 1971).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

4

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 965
Teléfono 5-75-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXX

4

JULIO-AGOSTO

1971

INDICE

Pág. 3

INTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Jesús Silva Herzog

EL PENSAMIENTO ECONOMICO, SOCIAL
Y POLITICO DE MEXICO

(1810-1964)

Con 690 páginas y 51 retratos de los autores que se estudian. Encuadernado en tela.

Si usted quiere conocer lo que han pensado 54 mexicanos distinguidos sobre los problemas de la República, es indispensable la lectura de este libro.

—oOo—

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

REALIDADES DE LA REFORMA AGRARIA

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes, por Mercedes Escamilla	10.00	1.00
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí, por Eloísa Alemán	10.00	1.00

Estos dos libros contienen investigaciones sobre el terreno realizadas durante varios meses con criterio técnico y sin ninguna influencia política. El lector podrá enterarse de los resultados reales de la reforma agraria mexicana.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

—OoOo—

De venta en las mejores librerías
de México

—OoOo—

Distribuye

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

PROBLEMAS DEL DESARROLLO

Revista Latinoamericana de Economía

Órgano trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
de la Universidad Nacional Autónoma de México

Director: Fernando Carmona de la Peña

México, D. F. Año II, Número 8 Julio-Septiembre de 1971

C O N T E N I D O :

OPINIONES Y COMENTARIOS de: Antonio García, sobre *La crisis económica de los E.U.A. y América Latina*; José Luis Ceceña Gámez, sobre *La crisis del dólar*.

ENSAYOS Y ARTICULOS: Alonso Aguilar Monteverde, *El capitalismo del subdesarrollo: Un capitalismo sin capital y sin perspectivas*

Ramón Martínez Escamilla, *La reforma liberal: Transformación de la propiedad y de la fuerza de trabajo*

José Luis Cereña Cervantes, *La ignorancia obstinada y la planificación*

TESTIMONIOS: Entrevistas con Roger Garaudy (Francia) y Lucio Colletti (Italia)

LIBROS Y REVISTAS

DOCUMENTOS Y REUNIONES

PROBLEMAS DEL DESARROLLO aparece la primera semana de enero, abril, julio y octubre. PRECIO EN MEXICO: Suscripción anual \$ 80.00; estudiantes: Semestral \$ 35.00; anual \$ 70.00. Número atrasado \$ 35.00, 1 y 2 agotados. EXTRANJERO: Suscripción anual: Dls. 7.00; número atrasado, Dls. 4.00.

PEDIDOS A: Instituto de Investigaciones Económicas. Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA

Director: Alfredo A. Roggiano
Secretario-Tesorero: Julio Matas
Universidad de Pittsburg, 1617 C.L.



No. 71 (Dedicado a Vallejo)

- Julio Ortega Lectura de Trilce
Eduardo Neale-Silva Poesía y sociología en Trilce
Keith McDuffie Una fracasada traducción inglesa de Poemas humanos
Keith McDuffie Trilce I y la función de la palabra en la poética de César Vallejo
Carlos Germán Belli En torno a Vallejo
Raúl A. Castagnino Vallejo narrador
Luis Alberto Sánchez La prosa periodística de César Vallejo
James Higgins El absurdo en la poesía de César Vallejo
André Coyné Vallejo y el surrealismo
Alfredo A. Roggiano Mínima guía bibliográfica



COMISION EDITORIAL (1969-1971)

- Fernando Alegría, Stanford University, Palo Alto, California.
Fred P. Ellison, University of Texas, Austin, Texas.
Seymour Menton, University of California, Irvine, California.
Emir Rodríguez Monegal, Yale University, New Haven, Connecticut.
Guillermo Sucre, University of Pittsburg, Pittsburg, Pa.

Venta, suscripciones y canje: 1617 C.L. University of Pittsburg, Pa. 15213.
Suscripción anual: Europa y U.S.A., 7 dólares; América Latina. 3 dólares.

La perspectiva general del desarrollo, El financiamiento económico. Planificación económica y equitatividad social. El desarrollo agrícola. La política de desarrollo industrial. La distribución del ingreso. Relaciones económicas internacionales. Inversión extranjera directa. Desarrollo tecnológico y científico.

cuestiones económicas nacionales

comercio exterior, 1951-1970

banco nacional de comercio exterior, s. a.
México, d. f. 1971

Cirilo Elías Pablo, Francisco Nicolás Quintana, Antonio Armendariz, David Barkin, Manuel Bravo Nuñez, Dwight S. Brothers, Antonio Calderón Martínez, Sergio de la Peña, Gustavo Esteva, Edmundo Flores, Horacio Flores de la Peña, Plácido García Reynoso, Rodrigo Gómez, Guillermo Haro, Osvaldo Ibarra, Armando Labra, Illego M. de Navesrete, Octavio Noriega Vostano, Jorge Eduardo Navarrete, Ulises Navarrete Romero, Ignacio Fichardo, Jesús Prieto Vázquez, Carlos Quintana, Sergio Reyes Osorio, Gustavo Romero Kotté, Ricardo Torres Gaitán, Víctor L. Urquidí, Miguel S. Wionczel.

Una
selección
de
artículos
sobre
problemas
económicos
de
México
aparecidos
entre
1951 y 1970
en
comercio exterior

\$ 5000

Portfolios o - Orders to

BANCO NACIONAL DE
COMERCIO EXTERIOR, S. A.

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

Manuel de Cárdenas 55, México, D. F.

UN NUEVO LIBRO
 LA REFORMA AGRARIA EN EL DESARROLLO
 ECONOMICO DE MEXICO

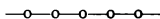
POR

MANUEL AGUILERA GOMEZ

El licenciado Aguilera Gómez es uno de los jóvenes mejor preparados en la ciencia de la economía política. Trabajó durante cinco años para dar cima a este libro, el primero que se ha escrito relacionando la reforma agraria mexicana y su influencia en el desarrollo económico del país.

El material acumulado laboriosamente dará al lector una visión nueva de problema tan fundamental, no sólo en lo económico sino en lo social y en el campo de la lectura.

El Banco Nacional de México ha otorgado a este libro el Premio 1970.



INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
 ECONOMICAS

Precios:

México \$ 40.00

Extranjero 4.00 Dls.

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Teléfono: 5-75-00-17

Precios
Pesos Dólares

James W. Wilkie.—Edna Monzón de
Wilkie, MEXICO VISTO EN EL SI-
GLO XX

MEXICO VISTO EN EL SIGLO XX...

Entrevistas de historia oral. Ramón Be-
teta, Marte R. Gómez, Manuel Gómez
Morín, Vicente Lombardo Toledano,
Miguel Palomar y Vizcarra, Emilio
Portes Gil, Jesús Silva Herzog

Ninguna de las personas entrevistadas se
propuso hacer su autobiografía o la
historia contemporánea de México, no
obstante lo cual, hay un poco de lo
uno y de lo otro. Sin embargo, tene-
mos la seguridad de que el conte-
nido de la obra será de indudable
utilidad e interés para historiadores,
sociólogos, economistas, políticos y
aún para sicólogos 100.00 9.00



INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	Pesos	Dls.
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOG.		
Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917.		
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> , por ROBERTO RAMOS	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por ALVARO DE ALBORNOZ	65.00	6.00
<i>El Problema Fundamental de la agricultura Mexicana</i> , por JORGE L. TAMAYO, autor de la <i>Geografía General de México</i> . Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí</i> , por ELOÍSA AIEMÁN	10.00	1.00
<i>El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964</i> , por JESÚS SILVA HERZOG	70.00	6.00
<i>México Visto en el Siglo XX</i> , por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	100.00	9.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes</i> , por Mercedes Escamilla	10.00	1.00

—oOo—

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Covoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17



RECIENTES EDICIONES

NOVEDADES

M. LOWY		
El pensamiento del Che Guevara		160 pp.
J. AGNOLI y P. BRÜCKNER		
La transformación de la democracia		248 pp.
J. LACAN		
Lectura estructuralista de Freud		384 pp.
S. DE LA PEÑA		
El antidesarrollo de América Latina		216 pp.
VARIOS AUTORES		
Perú, hoy		376 pp.
R. POZAS E. I. H. DE POZAS		
Los indios en las clases sociales de México		192 pp.
E. BENVENISTE		
Problemas de lingüística general		252 pp.
G. DUMÉZIL		
El destino del guerrero		208 pp.

En todas las librerías o en Gabriel Mancera. 65.

MANEJE
AUTO
NUEVO EN
EUROPA

ES MAS BARATO QUE
RENTARLO PORQUE
USTED PAGA SOLO LA
DEPRECIACION Y GASTOS
- ESTRENE EL SUYO -
- VISITENOS -

Le entregamos su **RENAULT** nuevo
donde lo desee.

AUTOS FRANCIA
SERAPIO RENDON 117
TEL. 35-56-74

ó consulte a su Agente de Viajes



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

nuestras próximas publicaciones

López Velarde, Ramón

OBRAS

(Edición de José Luis Martínez)

Rojas González, Francisco
CUENTOS COMPLETOS

Gautier Vignal, Louis
MAQUIAVELO

Connell-Smith, Sarah y Nicholas
EL SISTEMA INTERAMERICANO

Jiménez Castro, W.
ADMINISTRACION PUBLICA PARA EL DESARROLLO INTEGRAL

Millares Carlo, Agustín
HISTORIA DEL LIBRO Y DE LAS BIBLIOTECAS

Van der Berghe, P.
PROBLEMAS RACIALES

Jones, C. F. y Darkenwald, G. G.
GEOGRAFIA ECONOMICA
(Nueva edición puesta al día)

Max, H.
INVESTIGACION ECONOMICA. SU METODOLOGIA
Y SU TECNICA
(Nueva edición revisada por el autor)

TODOS LOS LIBROS DEL FONDO DE CULTURA ECONOMICA PUE-
DEN SER ADQUIRIDOS EN AVENIDA UNIVERSIDAD 975, MEXICO
12, D. F., Y EN CUALQUIER BUENA LIBRERIA. PIDA INFORMES
SOBRE NUESTRAS MAGNIFICAS CONDICIONES DE CREDITO AL
TELEFONO 524-43-76

C E R V E Z A

bebida elaborada con materias
alimenticias



LA CERVEZA está elaborada con malta, arroz, lúpulo y levadura, elementos que contienen sustancias de alto valor alimenticio. Es una bebida de sabor agradable, sana y pura. Además la cerveza mexicana es reconocida como la mejor del mundo. Por todo esto, es bajo todos conceptos recomendable el consumo de esta bebida en forma adecuada, tal y como lo hacen los pueblos más sanos y fuertes del mundo; sola, como complemento de las comidas o para mitigar la sed.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y		
		México	España	Europa
		Precios por ejemplar		
		Pesos	Dólares	
1942	90.00	7.20	7.50
1943	90.00	7.20	7.50
1944	Números 2, 3, 5 y 6	90.00	7.20	7.50
1945	Número 4	90.00	7.20	7.50
1946	90.00	7.20	7.50
1947	Número 6	90.00	7.20	7.50
1948	Número 6	90.00	7.20	7.50
1949	Números 2 al 6	90.00	7.20	7.50
1950	Número 3	90.00	7.20	7.50
1951	75.00	6.00	6.30
1952	Número 4	75.00	6.00	6.30
1953	Números 3 al 6	75.00	6.00	6.30
1954	Números 3, 5 y 6	75.00	6.00	6.30
1955	Números 1 y 6	75.00	6.00	6.30
1956	Números 2 al 6	75.00	6.00	6.30
1957	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1958	Números 3 y 6	75.00	6.00	6.30
1959	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1960	Números 1 y 6	75.00	6.00	6.30
1961	Números 3 al 5	45.00	3.60	3.90
1962	Números 2, 4, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1963	Número 6	45.00	3.60	3.90
1964	Números 1, 2, 3, 4 y 6	45.00	3.60	3.90
1965	Número 4	45.00	3.60	3.90
1966	Número 6	45.00	3.60	3.90
1967	Números 1 al 6	45.00	3.60	3.90
1968	Números 1 a 6	45.00	3.60	3.90
1969	Número 6	45.00	3.60	3.90
1970	Números 4 al 6	45.00	3.60	3.90

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 150.00	
Otros países de América y España		Dls. 13.50
Europa y otros continentes		„ 15.50

PRECIO DEL EJEMPLAR DEL AÑO 1971

México	\$ 30.00	
Otros países de América y España		Dls. 2.70
Europa y otros continentes		„ 3.00

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 5-75-00-17
México, D. F.

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943
Y COLECCIONES COMPLETAS.

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

* * *

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

SIN NOMBRE

Revista trimestral literaria
Directora: Nilita Vientós Gastón
Subdirectora: Monelisa L. Pérez-Marchand
Administradora: Ortila Oliveras de Carreras

SUMARIO

Número 3

Enero-Marzo 1971

*JESUS LOPEZ PACHECO: Sin nombre. *ANGEL RAMA: Crítica y Literatura. *F. W. LOCKE: El sabio encantador: el autor de Don Quijote. *MANUEL MALDONADO DENIS: Imperialismo y cultura nacional en Puerto Rico. *LILIANNE PEREZ-MARCHAND: Tierras lareñas. *GUSTAVO AGRAIT: Forma. *FERNANDO TOLA DE HABICH Y PATRICIA GRIEVE: Entrevista con Daniel Sueiro. *JULIO RODRIGUEZ LUIS: Una aclaración sobre el socialismo de Unamuno. *JOSE LUIS CANO: Guillermo de Torre. *EDUARDO GUDIÑO KIEFFER: La visita de mi tía Capulina. *EDWIN FIGUEROA BERRIOS: La viña de Nabot. *MARTA TRABA: ¿Dónde está Rosado del Valle? *NELLY MARTINEZ: El símbolo de la trama y el tema de la venganza en dos historias de Borges. *LOS LIBROS: JULIETA GOMEZ PAZ, JAIME FERRAN, ANTONIO FERNANDEZ MOLINA, SALVADOR BUENO. *COLABORADORES.

SUSCRIPCIÓN

Un año	\$10.00
Estudiantes Puerto Rico	\$ 5.00
Número suelto	\$ 2.75

Apartado 4391
San Juan, Puerto Rico 00905

CUADERNOS AMERICANOS

(La revista del nuevo mundo)

Publicación bimestral

Circula ampliamente por todos los continentes

Precios para 1971

Suscripción anual:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	150.00	
Otros países de América y España		13.50
Europa y otros continentes		15.50
Precio del ejemplar:		
México	30.00	
Otros países de América y España		2.70
Europa y otros continentes		3.00

Ejemplares atrasados precio convencional

HAGA SUS PEDIDOS A:

Av. Coyoacán 1035

México 12, D. F.

Apartado 965

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

REVISTA HISPANICA MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicada atención preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:

Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman

Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año.

Número sencillo: 1.50 dólares, Número doble: 3.00 dólares

HISPANIC INSTITUTE

Columbia University

612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXX

VOL. CLXXVII

4

JULIO-AGOSTO

1971

MÉXICO, D. F. 1º DE JULIO DE 1971

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Pablo GONZALEZ CASANOVA
Manuel MARTINEZ BAEZ
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YAÑEZ

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

CUADERNOS AMERICANOS

No. 4

Julio-Agosto de 1971

VOL. CLXXVII

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Págs.</i>
ANGEL RAMA. La Generación Crítica Uruguaya (1939-1969)	7
MANUEL MESA ANDRACA. La Reforma Agraria en México y La Nueva Ley de Reforma Agraria	39
RUBÉN LANDA. Reflexiones sobre la enseñanza en México	60
XIÚHNEL PÉREZ-ROBLES. La Noche de Tlatelolco	79
Investigación Socio-Económica Directa de los ejidos de Aguascalientes por MARIO M. SAAVEDRA	83

DOS GRANDES POETAS MEXICANOS

ANTONIO CASTRO LEAL. Poemas de Enrique González Martínez	95
BENJAMÍN CARRIÓN. Sé Igual y Fiel	113

PRESENCIA DEL PASADO

GERMÁN LIST ARZUBIDE. Ramón López Velarde y la Revolución Mexicana	149
MARYSE BERTRAND DE MUÑOZ. La Actividad Política de Unamuno y su colaboración en <i>Hojas Libres</i>	162
La Revolución Intervenida por LUIS CÓRDOVA	175

DIMENSION IMAGINARIA

MAURICIO DE LA SELVA. Antología poética circunstancial	183
ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA. <i>La Muerte de Artemio Cruz</i> y Unamuno una fuente de Fuentes	197

	<i>Págs.</i>
MANUEL A. SERNA-MAYTORENA. El Hombre y el paisaje del Campo Jalisciense en "La cuesta de las Comadres", cuento de Juan Rulfo	208
GERMÁN D. CARRILLO. La "biopsia" como técnica literaria de M. Benedetti en <i>Gracias por el fuego</i>	217
ALFREDO GÓMEZ GIL. José Luis Castillo-Puche	234
RENÉ ESPINOSA OLVERA. Siete Cuentos	248
RAÚL H. CASTAGNINO. Itinerario Poético de Romualdo Brughetti	260

Nuestro Tiempo

LA GENERACION CRITICA URUGUAYA (1939-1969)

Por *Angel RAMA*

LA pregunta que nos dirige el extranjero no es demasiado distinta de la que se ha venido formulando el hombre común uruguayo, aunque éste, obviamente, con mayor desconcierto y emoción: ¿Qué nos ha pasado? ¿Por qué hemos llegado a esto? ¿Cómo fue que se nos perdió aquel Uruguay? ¿Cómo se concluyó así, tan de golpe, el bienestar, el civilismo, la democracia?

Cuando el preguntante de turno se aleja, podemos reflexionar un instante: en ese uruguayo, la pregunta por las causas antecede, como absurdo y obsesivo ritornelo, a la inquisición acerca del futuro, aunque sea esta, obviamente, la interrogación que urge. En ese trastrueque de prioridades tocamos el corazón del desconcierto: la nostalgia de un idealizado paraíso, ya perdido; el empecinamiento con que se sale a preguntar por algo que ya no existe; el matiz desvalido o rencoroso con que se le piden cuentas al pasado. Porque ahora, recién ahora, se comprende el engaño en que se ha vivido y hay todo un pasado oficial que se revela como un fraude.

Sin duda habrá muchos modos de despejar la interrogante; sociólogos, economistas, políticos, la responderán con números y fechas. Pero también podremos venir en ayuda del demandante aquellos para quienes el mundo del arte y la literatura establecen la obligada intermediación con lo real, porque pensamos, con Martí, que *"cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cronicones y sus décadas"*. Es en la literatura, y más ampliamente en las varias manifestaciones de la cultura, donde buscaremos pistas, desarrollos, evoluciones que condujeron a esta realidad de hoy porque del proceso transformador, que no es de hoy sino que tiene sus buenos treinta años, ha sido la cultura parte central.

Función intelectual y sectores medios

EN muy pocas transformaciones sociales, como la sufrida por la sociedad uruguaya, ha sido tan notoria y rectora la función intelectual, tan rica la contribución del saber, del arte, de las letras, al esclarecimiento de las conciencias, a la explicación de la realidad, a la formación de las nuevas promociones, al adiestramiento para el cambio, a la consecución de valores morales indispensables para enfrentar la degradación política y económica que fue operando la oligarquía detentadora del poder. Desde nuestra perspectiva comienza a parecer justificada la irrisoria acusación que durante años se dirigió a los profesores, pensadores, artistas del país, culpándolos de "pervertir" —fórmula eterna— a los jóvenes. Es verdad, si se sustituye el término por "ilustrar". A diferencia de otras regiones latinoamericanas donde hubo movimientos emocionalistas o espontáneas irrupciones populares, las respuestas uruguayas a su crisis general avanzaron por los carriles de una planificación intelectual, ya se tratara de la sindicación masiva de obreros, empleados, estudiantes, profesionales, hasta crear un poder paralelo al político y estatal, ya de las vanguardias de acción directa encabezadas por los "tupamaros", cuyos métodos y planes reconocen la misma impregnación cultural, estando integrados sus cuadros, mayoritariamente, por elementos intelectuales.

Este rasgo consustancial de la evolución uruguaya contemporánea, que tal peso confiere a la educación y por ende a la visión intelectual de los problemas, nos remite nítidamente a una clase social —la pequeña burguesía— que venía progresando desde comienzos de siglo utilizando a fondo como instrumento de dominación las posibilidades educativas de sus enclaves urbanos. Todo el movimiento de revisión de los valores estatuidos que es donde comienza el proceso que conduce a este presente, se asentó, socialmente, sobre los estratos medios de un país que se enorgullecía de haber creado una estructura apacible, democrática, civilista, instruida, donde la burguesía media parecía dueña —y no lo era—, estableciendo su edulcorado humanismo que en lo fundamental podía atribuirse a la heroica lucha batllista de las primeras décadas del siglo. Cerrado hacia 1930 el ciclo inmigratorio que había trasvasado nueva sangre al país, asentadas las instituciones del nuevo orden social inspiradas por Batlle y Ordóñez, concluido el corajudo impulso creador de una economía mixta, privado-estatal, cuando parecía llegado el momento de disfrutar del esfuerzo y gozar del banquete, es en esos sectores medios que ha de surgir la ola de insatisfacción.

Nace dentro de ellos y para ellos, para reclamar el cumplimiento de promesas que a la hora del reparto no se hacían visibles, para volver a proclamar que era el tiempo de las ilusiones perdidas, al haberse medido por primera vez la separación que había entre el conjunto de ideales bajo los cuales se había empeñosamente trabajado y las magras realidades en que se expresaban al llegar el momento de su encarnación. Desde luego, ya desde sus primeras manifestaciones en la década del treinta, la desilusión y el consiguiente reclamo se cumplen con la habitual apelación a los sectores inferiores, proletariado urbano y paisanaje rural, pero estas bombas verbales a la postre no hacían sino corroborar los intereses de la clase media. La frustrada y vendida aventura rural del nardonismo en la década del cincuenta mostraría un primer intento de ampliación de las bases que recién comenzarían a obtener mayor hondura real cuando Raúl Sendic se propone, lúcidamente, despertar las reivindicaciones de los cañeros del norte del país. Del mismo modo el estribillo callejero de "obreros-y-estudiantes-unidos-y-adelante" que se cantaba en las manifestaciones liceales y universitarias, sólo alcanzaría virtualidad cuando empezó a pactarse con sangre y tiene un nombre increíblemente simbólico: *Liber Arce*.

Todo el proceso evolutivo que atraviesa treinta años reconoce como centro animador al sector de la pequeña burguesía que ha ido ilustrándose. Pero por obra de esa educación y de la apertura internacional con que ella estuvo signada desde sus orígenes —y que no fue sino un correlato de nuestra dependencia de la cancellería inglesa—, este sector social que por sí solo hubiera sido tan ineficiente como lo fue el maderismo en México, se esforzó tesoneramente por obtener el apoyo obrero y campesino, asociándolos a su intento de modificación. Años y años pidió este apoyo, en vano. La aparente bonanza del cielo uruguayo desaconsejaba el apoyo a cualquier intento de crítica o modificación, así fuera al de quienes anunciaban la ruina próxima y la mostraban acumulando números y datos. Fue necesaria esa quiebra para convencer a los renuentes. La crisis económica pronosticada, advino y su efecto inmediato fue la pauperización general, comenzando por los sectores medios, los más desguarnecidos y continuando con los sectores obreros, más organizados. Aunque sé que hay interpretaciones más románticas, pienso que el empobrecimiento sólo produce miseria y no conduce automáticamente a una rebelión si no existe previamente un cuerpo de ideas, una estructura mental, una doctrina explicativa de las transformaciones que se operan en la realidad. Porque éstas son sólo confusión e incoherencia y fatalismo y magia para quienes no pueden situarlas dentro de un diagrama intelectual. La quiebra econó-

mica encontró a una clase media pertrechada intelectualmente, capacitada por años de estudio y análisis —esa fue la capital aportación de la enseñanza secundaria más que de la Universidad uruguaya— y potencialmente dotada para operar respuestas coherentes. Ellas corroboraron la rectoría de la función intelectual: por eso todo análisis del proceso cultural de los últimos decenios va marcando la evolución de una sociedad desde las iniciales intuiciones fulgurantes y la autoconciencia crítica hasta las resoluciones que tienen que ver con distintos modos de encarar la toma del poder.

Imaginación creadora y conciencia crítica

Esos distintos modos tienen ya su tradición y se los puede detectar a lo largo del período en diferentes comportamientos intelectuales y aun en distintas facultades psíquicas que no siempre han funcionado en conjunción armónica por lo mismo que son aceleradores históricos de distinto tipo. Podríamos enunciarlos como: la imaginación creadora y la conciencia crítica. Ambas han cumplido su papel en una suerte de diálogo inconexo, repentista, alterado por la diversa energía con que avanzaban desparejamente según las circunstancias. Como son instrumentos para operar en lo real, su eficacia deriva de la adecuación que alcancen en cada uno de los momentos del proceso.

Y si le concedemos magnitud operativa a la imaginación es porque creemos, no simplemente en esa su capacidad profética que se acostumbra a ejemplificar con escritos de Kafka, sino más precisa, más realísticamente, en su penetración para construir, partiendo del primer, brusco, insignificante dato, el edificio entero de lo posible: si se trata de un reflejo bello será un campo nimbado donde quepa toda la naturaleza y si se trata de una grieta será el resquebrajamiento de una ciudad que se desmorona. Esta capacidad la tiene la imaginación cuando ella va sin brida, fuera de la corroboración que presta el conocimiento científico y es ésta, costumbre de la cultura desde el advenimiento del romanticismo. Estando en época que se ha pretendido definir como la del asalto al poder por la imaginación, importa introducir esta función observando sus muy diferentes resultantes. Esa misma imaginación que en el período romántico construyó, a partir de pequeñas angustias privadas, un vasto edificio cerrado y oprimente que concluyó siendo el retrato de la Europa de Metternich, es la misma que conduce a una ilusión futurista que, por "fatal deslizamiento", se torna real de tal modo que el pensamiento libre concluye por fundirse con la realidad, haciéndola. Si

de imaginación se trata en 1971 y a ese tema deberá llegar toda exposición de la cultura uruguaya que se instale en su presente, también por esa función creadora se deberá comenzar, evocando a quienes a partir de la grieta intuyeron la rajadura que atravesaba las paredes y cortaba de arriba a abajo el edificio petulante de la segura sociedad uruguaya. De una imaginación oscura, profetizadora, ácida muchas veces, que funciona como el discurso de la pitonisa entre una muchedumbre festiva, llegaremos a una imaginación que se empareja con la realidad moviendo sus elementos para con ellos componer obras originales. Son instantes distintos de las operaciones de una misma facultad.

Otra forma la representan las ideas. Las ideas vencen a las ideas pero sólo las armas destruyen a las armas. Este pensamiento de Marx, tantas veces citado, no deja de reconocer el papel preponderante que en la pugna histórica cabe a las ideas, las que cumplen una etapa previa y central en el proceso de transformación de las sociedades. Como ya lo probara el paradigma dieciochesco en el ciclo de las revoluciones burguesas, a los intelectuales correspondió un exhaustivo, impecable análisis que aceleró la disgregación del "*ancien régime*": sus injusticias, sus fallas, sus contradicciones, su esencial arcaísmo respecto a los nuevos sectores actuantes fueron evidenciados en el campo de la cultura, transformándolo en una Bastilla indefendible e invivible. Paso previo a la proposición de nuevas formas socio-culturales.

Las ideas son hijas de la conciencia crítica y corresponden a una segunda instancia del proceso, ya que no se trata de detectar o expresar un cambio sobrevenido en la realidad, —esos cambios imperceptibles que concluirán sin embargo tiñendo todo con su tonalidad, los que la imaginación percibe vivazmente o la conciencia crítica hace suyos analíticamente—, sino que se trata de proponer concretamente una lucha, asumir la posición del combatiente —estrictamente ser opositor— y emprender una tarea de aniquilamiento.

La pugna ideológica y la derrota, en este terreno, de un determinado régimen, es la primera instancia de su destrucción real y posterior sustitución. Si bien tal tarea no es concebible sin apoyos muy concretos —el agotamiento interno del sistema de una sociedad, que comienza a hacer de ella una materia perecible; la subrepticia concepción de un cierto modelo renovador que puede no perfilarse claramente en la conciencia de los críticos pero que ya responde a una nueva estructura social—, la batalla de las ideas es incierta y confusa como todas las batallas. No responde a perfectas articulaciones mentales como podría pretenderse dada su na-

turaliza sino que se va haciendo sobre la marcha, como se hace prácticamente todo en la vida: avanza por repentinas intuiciones, se aclara y consolida con la lección de los hechos, erra y zigzaguea en la maraña histórica, golpea chabonamente y de pronto, en el centro mismo de la confusión, acierta plenamente. Como todo proceso histórico es la obra de hombres que a medida que viven abren a hachazos su camino en el bosque oscuro. Quizás sólo cuando ya quedó trazado limpiamente se les hace claro el impulso que rigió su aventura.

Una época cultural

POR lo tanto nos proponemos el análisis de una época cultural, cuyos límites coinciden nítidamente con los últimos treinta años del país y cuyas propociones iniciales así como sus desarrollos posteriores habrían de conducir, por "el encadenamiento de las circunstancias", a la situación presente. Si aquí, en el hoy, se nos evidencia la coronación del intento, también se nos hace clara su cancelación. Resulta negada la metodología empleada aunque en la misma operación adversativa son salvados los lineamientos intelectuales. De cualquier modo se abre una nueva época cultural cuya formulación intelectual es aún imprecisa pero que seguramente corroborará el suceso que en el campo sociopolítico apuntó, en 1969, a una modificación sustancial: el asalto a la ciudad de Pando.

Nuestro análisis debe comenzar por el reconocimiento del punto de vista a partir del cual trabajamos: es el representado por la conflictualidad de los años 1969-1971 la cual permite poner en claro las líneas y fuerzas del período transcurrido, su significado general, el fraseo de temas y planteos, también sus limitaciones. Ese punto de vista debe componerse con otro tan importante o más: el conocimiento de una parte considerable de esa época transcurrida por haberla vivido interiormente en ese modo íntimo que para Ortega y sus seguidores define la sustancia de una generación, con lo cual la función del historiador es frecuentemente sustituida por la del testigo.

La época cultural que se cierra hoy se inició aproximadamente en 1940, fecha que registra una inflexión renovada en la vida cultural de todo el Río de la Plata, cuyos dos países limítrofes, a pesar de conocidas diferencias, se mueven dentro de similares procesos evolutivos. Quizás uno de los rasgos, externos aunque bien llamativos, de esa renovación rioplatense —y latinoamericana—

fue el recién adquirido concepto de generación que acababa de incorporarse al pensamiento de lengua española y sobre el que se precipitarían los jóvenes en violentas polémicas. Probablemente desde la época de "*El Iniciador*" que señaló el ingreso de la generación romántica antirrosista, nunca habían proclamado tanto los jóvenes que eran jóvenes y por lo tanto aportaban lo nuevo de su ineditéz. Los poetas argentinos elaboraron el concepto de "generación del 40" y llegaron a publicar una revista que se titulaba así, simplemente, "*El 40*"; los críticos uruguayos, más tardíos y menos prolijos, establecieron una fórmula numérica paralela, hablando de la "generación del 45" aunque buena parte de las figuras mayores del movimiento habían comenzado su tarea cinco años antes por lo menos. Más que el manejo erróneo, importa destacar la utilización confiada del concepto, esa afirmación programática de una nueva generación cuyo contenido intelectual podía ser todavía dudoso pero cuya voluntad de existir y de modo distinto, era notoria. En ellos resonaba la frase vitalista de Dilthey —"porque nosotros tenemos razón pues estamos vivos"— como elemento constitutivo y a la vez agresivo hacia instituciones, figuras intelectuales, obras mayores, todas las cuales entendían esclerosadas.

Como las designaciones numéricas poco dicen sobre los procesos socio-culturales, mucho menos cuando, como en este caso —generación del 45— no aluden a ninguno de esos cruciales sucesos históricos que como en España justifica la fórmula numérica de "los noventaiochistas", y tampoco representan las correctas fechas de emergencia de un movimiento, las que deben situarse en el bienio 1938-1940, prefiero utilizar la designación "*generación crítica*". Supera otras fórmulas barajadas, como "generación de 1939" o "generación de *Marcha*", ya que atiende al signo dominante de la cultura de esa época. Este no debe entenderse como alusión excluyente a los ejercitantes de la crítica en sus múltiples géneros, quienes sin embargo llegaron a protagonizar el hecho cultural, sino a una conciencia generalizada que sirve de punto focal o todos los hombres que construyen un tiempo nuevo, sean políticos, sociólogos, poetas, pintores, directores teatrales, narradores, economistas o educadores. Esa conciencia crítica es un patrimonio cultural al cual se reconvierte una sociedad a partir de la enseñanza de sus élites intelectuales pero éstas sólo lentamente y con ingentes esfuerzos van penetrando el cuerpo social, luchando al comienzo dentro de ellas mismas para definir el alcance de sus proposiciones renovadoras perfeccionando su planteo sistemático, antes de iniciar la tarea de ampliación de su círculo y por lo tanto de corroboración de sus ideales al encarnarlos en la comunidad. Dentro de la variada

gama de funciones intelectuales de una generación, son las representadas por los escritores las que mejor detectan el proceso, revelándonos sus coyunturas secretas y sus sucesivas transformaciones. Por eso el período lo seguiremos centralmente a través de la obra de los escritores, corroborándolo o ampliándolo con la de otros intelectuales —economistas, periodistas, plásticos— cuando el movimiento histórico se exprese a través suyo. Más que a los nombres pretendemos atender a las fuerzas históricas actuantes concediéndoles la primacía y siguiendo sus encarnaciones en textos literarios, instituciones, agrupamientos, obras de arte.

La generación crítica

Los treinta años transcurridos miden la obra de al menos dos promociones de intelectuales entre los cuales no se descubre hiato visible y sí la continuidad, progresión y aceleración de una misma voluntad. Los testimonios de los integrantes de una y otra de las promociones y sobre todo la de los más recientes, convienen en esta mancomunidad que, desde luego, admite mayor afinidad con los de sus mismos años, pero que revela la existencia de un coherente período histórico.

Y no podría ser de otro modo si se piensa que unos y otros son hijos del mismo proceso de caducidad de un régimen que algunos profetizaron hacia los 40 y otros vieron en su deteriorada realidad desde mediados de los cincuenta. Caducidad que si en el comienzo pareció un tema de debate académico o se intentó escamotear con artulugios "ad hominem" —las acusaciones que el "establishment" formulaba contra los iniciales disidentes— concluyó evidenciándose ya no para pequeños sectores ilustrados sino para la calle entera que pasó a vivir esa descomposición. En momentos distintos, en situaciones que admiten diferencias muy claras, dos promociones han ido cumpliéndose dentro de este proceso que hoy nos parece nítidamente dibujado como la curva de descomposición del liberalismo, producida justamente en el país que había llevado a su ilusoria perfección una economía y una sociedad liberal que patrocinó Inglaterra y que culturizó Francia, por lo cual su desmoronamiento adquirió una significación paradigmática para todos los intentos de cambio y transformación considerados dentro de América Latina. El recomendado modelo uruguayo demostró su fragilidad o sea lo falso de su asentamiento en bases económicas verdaderas que operaran en beneficio del país.

La destrucción de las formas de la sociabilidad liberal, a par-

tir del debilitamiento de sus bases infraestructurales, no fue un proceso abstracto sino confuso. Los mismos intelectuales al principio sólo parecieron intuirlo, cuando no profetizarlo; lentamente lo reconocieron y se pusieron a la tarea de evidenciarlo. Las primeras grietas en la pareja, pulida, celeste cúpula liberal, bajo la cual vivía la nacionalidad como enajenada, permitieron avizorar la injusticia sobre que reposaba. Correspondió a los intelectuales denotarla, primero como la crítica constructiva que reclamaba el sistema, luego como proposición renovadora. Por eso entendemos que los intelectuales del período han sido, en su mayoría, los sepultureros ideológicos del régimen liberal uruguayo.

Los treinta años que abarca la generación crítica, con sus dos promociones, se distribuyen en dos alas de proporciones similares. Las separa, como fiel de la balanza, la iniciación de la crisis económica nacional. El año 1955 es de obligada mención desde que los estudios de la *Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico*, —organismo oficial dirigido por un joven economista, Enrique Iglesias, encabezando un equipo serio y neutral—, situaron en él la iniciación del deterioro económico nacional que en adelante no fue sino acentuándose, disimulado un tiempo por la abusiva apelación a los préstamos extranjeros y, al extinguirse éstos, desnudamente expuesto y agravado. El descenso económico afectó toda la vida nacional desde ese año pero su primera expresión social de magnitud se registra en las elecciones de 1958 que introdujeron la rotación de los partidos en el poder con el ascenso del nacionalismo desplazando al partido colorado que gobernaba desde hacía noventa y tres años.

La hendidura económica que se inicia en 1955 cierra un tiempo y abre otro dentro del proceso general que vemos: de una situación en que todavía la inviabilidad del sistema no era flagrante, quedaba disimulada cuando no justificaba ocasionales apologías, —ese fue el tiempo del *slogan* "Como el Uruguay no hay"—, se pasa a otro en que su insuficiencia se hace notoria y es primero atribuida a los gobernantes, luego a los partidos, por último reconocida en la estructura de sistema. Es entonces que se acomete su impostergable sustitución apelando a diversas vías.

Las dos alas que separa el año 1955 pueden definirse por conceptos opuestos: internacionalismo primero, nacionalismo después. En los años que aproximadamente van de 1938 a 1955, la nota internacionalista preside la vida uruguaya, otorgándole ese carácter que pareció por un tiempo constitutivo del país y fue loado con alguna justicia: país europeo dentro de América Latina; democracia política estable, socialmente avanzada; estructura civilista y cul-

tura ampliamente difundida; participación activa en la información mundial; sociedad pequeño burguesa emprendedora e ilustrada; equilibrada distribución de la renta nacional. Ese internacionalismo será signado por el progresismo antifascista, la adhesión a los Aliados en la segunda guerra mundial, merced a la cual el país se sume, un mucho retóricamente, a la guerra contra el Eje, el apoyo militante a los organismos internacionales, la discreta participación económica en la guerra de Corea. Estas contiendas son rentables para un país que obtiene de ellas la efímera prosperidad que le permite intentar la industrialización liviana, readquirir las inversiones extranjeras, y sobre todo perfeccionar una paternalista distribución de la riqueza en los sectores urbanos que remeda, en un modo legalizado e institucionalizado, el comportamiento de Perú del otro lado del río.

Estos años corresponden al último empuje civilizador batllista que se traduce en un reforzamiento de las clases medias y en una ampliación del esquema cultural que las abastece y mediante el cual ascienden, ya menos vertiginosamente, en la pirámide social. Se produce entonces un desarrollo educativo —preferentemente la primaria y secundaria—, aunque la mayor innovación fue crear instituciones de difusión e investigación artística e intelectual de tipo superior, para las que se había manifestado evidente desvío en las décadas anteriores, mayoritariamente consagradas al enorme esfuerzo de educación básica de la comunidad. Aparece el SODRE que inicialmente será una radioemisora dedicada a música culta pero que se ampliará con una orquesta sinfónica, un cuerpo de baile, una cinemateca, etc. hasta constituir el centro artístico musical del país; tardíamente le sigue la creación de la Comedia Nacional, un elenco estable de actores dedicados a la difusión del repertorio universal, al principio, que incorporará el fomento de lo nacional después; de enorme significación fue en 1948 la creación de la Facultad de Humanidades y Ciencias que, siguiendo un proyecto de Carlos Vaz Ferreira, será concebida como un centro de estudios superiores desinteresados al estilo del College de France, y la creación del Instituto de Profesores que responde a un proyecto de Antonio Grompone instituyéndolo como un instituto pedagógico para preparar a los profesores de la enseñanza media y donde tendrá su primera encomienda magistral una parte considerable de la generación crítica. A estos cuatro organismos se suman otros: en la órbita de la Universidad es la aparición de las escuelas, ya no facultades, adscriptas a los mejores momentos del rectorado de Cassinoni, y que van de la de Bibliotecnia a la de Bellas Artes, así como la difusión popular acrecentada bajo sistema de cursos de

temporada o regionales. Por último debe recordarse que coincidentemente el estado intensifica la creación de bibliotecas liceales y municipales en todo el país y que encara vastos proyectos como el de los coros nacionales, que fracasaron. Sólo se obtiene, posteriormente, la creación del Conservatorio de Música.

Son todas aportaciones del estado que manifiesta así una preocupación cultural orientada sobre todo a la instrucción masiva aunque ya incorpora la formación de élites de alto nivel. El populismo, que es la línea dominante de América Hispana en esos años, se expresa en el Uruguay por formas atemperadas, puestas al servicio de su pequeña burguesía urbana, directa beneficiaria y sostenedora de las conquistas del período. Curiosamente de sus filas surgen quienes comienzan a denunciar el carácter clasista de esta educación y de esta cultura, a la vez que tímidamente se revuelven a la búsqueda de formas independientes de acción intelectual o artística.

De 1955 en adelante asistiremos a un renacimiento del nacionalismo que se presenta como un reencuentro con el país dentro de condiciones progresivamente dramáticas. Durante los años anteriores, el nacionalismo agrario y antimperialista de Luis A. de Herrera había sido eliminado de toda función dirigente y severamente combatido por un abanico de partidos que iban de los liberales al comunista. Salvo en el campo de la historiografía —de reivindicación partidista militante— ese nacionalismo no incidió en la vida intelectual durante el período internacionalista y aún su función antimperialista sólo alcanzó predicamento a través de un sector que parcialmente se le había desprendido pero que abarcaría muy distintas ideologías; se le conoció como el "tercerismo", predicando la neutralidad en el conflicto 1939-1945 con una doble crítica a las fuerzas en pugna. El partido nacionalista sólo llega al poder a través de la descomposición política que rodea ese año 1955: es la adopción del poder ejecutivo colegiado en 1952 y el crecimiento del movimiento de masas rurales acaudilladas por Nardone que pega un primer golpe a la dicotómica y rígida organización de los partidos políticos uruguayos.

Pero si al período que se inicia en 1955 lo llamamos nacionalista no es meramente por la ascensión al poder de un partido que así se autotitula, sino por la general reconversión de los intelectuales y las ideologías. El nardonismo será acompañado por un equipo intelectual de distinta procedencia a quien signa el nacionalismo, el agrarismo, el tradicionalismo histórico; una vez fracasada la experiencia manifestará las tendencias plurales de un nacionalismo "nasserista". Los equipos del "tercerismo" se reorientarán

hacia el socialismo, aun antes de la revolución cubana de 1959 a la que se adhieren, como se vio en la prédica de Carlos Quijano; el socialismo se radicaliza y divide; si por un lado ingresa al revisionismo histórico rioplatense, aliándose con sectores nacionalistas, por el otro busca bases rurales antes de proponerse los problemas de la toma del poder; el comunismo se desembaraza de su equipo dirigente staliniano, primer paso en el camino de una nacionalización frenada. Como es en este campo político donde surgen y actúan los intelectuales y no hay ningún otro donde aparezcan, la marca nacionalista es evidentemente la que corresponde a esta segunda ala de la época cultural reciente. Por lo demás se trata de una inclinación que resulta generalizada a toda América Latina y que los diversos hechos políticos del continente iban apuntando con creciente urgencia: el M. N. R. boliviano, la figura de Arbenz en Guatemala, los cambios políticos brasileños de Quadros a Goulart, la revolución cubana sobre todo.

El nacionalismo dominante es también el tiempo de la quiebra económica, con soluciones que agravan la situación del país como las que aplican los gobiernos del partido nacional transfiriendo la riqueza a los propietarios rurales, devaluando la moneda, adhiriendo a los principios fondomonetaristas, endeudando el estado a la banca extranjera. La quiebra económica afecta plenamente el funcionamiento de los organismos culturales oficiales que comienzan a tener una vida desmedrada, cuando no se les impone agresivamente como es el caso de la Universidad a la que se condena a un estado de perenne asfixia económica. La enseñanza pública ve reducida la asistencia económica y afectado su nivel técnico. Las creaciones de nuevas instituciones son escasas: se reducen, en una típica política conservadora, al desarrollo de museos o a la reedición de obras clásicas. Tanto la falta de recursos como la filosofía cultural arcaica que se maneja explican que la cultura del país que, como apuntamos, había tratado de buscar cauces ajenos al estado para desarrollarse, ahora pase exclusivamente a los organismos independientes que los pacientes esfuerzos de los particulares han ido creando o quede vinculada a las tareas de la Universidad, único organismo oficial al cual su autonomía jurídica preserva de la anacrónica cultura oficialista. En el campo de los teatros, conjuntos musicales, editoriales, revistas, etc., las manifestaciones culturales tendrán una impronta nacionalista también.

La larga curva de esta generación crítica se desintegra hoy en una dudosa batalla y ya ha sido objeto de tenaz invalidación. Es difícil darle una iniciación rígida en determinada fecha. Muchas veces, sin embargo, he citado un análisis de Carlos Quijano que

me parece revelador para este intento de determinar un momento clave de la historia contemporánea. Enfrentando dos fechas de la vida política del Uruguay —el golpe de estado de Gabriel Terra el 31 de marzo de 1933 y la recuperación democrática que se alcanzó en 1938 expulsando al nacionalismo de Luis A. de Herrera tras la conjunción de los partidos republicanos y progresistas que conquistan apoyo popular para su demanda de nueva Constitución y leyes democráticas— decía Carlos Quijano en uno de sus editoriales: *"El 31 de marzo es un recodo de nuestra historia; pero no lo es menos y acaso lo sea más, el año 1938. En este último, con más claridad que en aquella fecha —se tarda a veces en comprender el cabal significado de los hechos aunque pueda intuirse— la historia del país se bifurcó. El 31 de marzo fue la reacción encabezada por las clases dominantes y más capaces. 1938, mostró que la resistencia al golpe de Estado había equivocado el camino. Para vencer a la reacción no se podía transitar por los mismos caminos de ella, buscar el apoyo de las mismas fuerzas que habían reclamado el golpe o lo habían tolerado. El tiempo, bien corto por cierto, no tardó en demostrarlo. Cuando los núcleos políticos desalojados el 31 de marzo, volvieron al gobierno, dejaron en pie no sólo las estructuras que habían posibilitado el golpe, sino también las propias construcciones de la dictadura. Se reinstalaron el edificio conservado y reacondicionado o adornado por ésta. Todo siguió como antes y la lucha que contra la reacción se inició el 31 de marzo, en vez de abrir nuevas alternativas al país, se diluyó en una oscura confusión".* (Marcha No. 1248, 26/III/1965).

El fracaso de 1938 se define, en el terreno político, por la imposibilidad de una conjunción democrática de fuerzas renovadoras que proporcionara las bases de un gobierno de tipo frente popular tal como ocurrió en Francia y, más cercanamente, en Chile. Tal solución hubiera sido un notorio avance en la educación política del país y sus frutos se habrían ido percibiendo en el proceso posterior como una renovación de las estructuras políticas, dado que el error visible de los treinta años transcurridos fue la incapacidad para encontrarle a las nuevas realidades sociales y económicas del país una formulación política adecuada, por lo tanto nueva. La tensión entre estas dos partes discordantes del cuerpo social, que se tipificó en el alejamiento entre las estructuras sindicales y las representadas por los partidos políticos, habría de llevar a una ruptura violenta. El camino evolutivo de adecuación a la realidad que habrían de cumplir las estructuras políticas chilenas a partir de la experiencia del gobierno de Aguirre Cerda del 38 no tuvo equivalente en un país que, como el Uruguay, manifiesta

sin embargo similitudes de organización social y educativa con Chile. La esperanza que se generó durante la oposición a la dictadura de 1933 no alcanzó solución satisfactoria en 1938 al encontrar el país un mero cambio de equipos gubernamentales.

La "oscura confusión" de que habla Quijano, la decepción que signa este período de falsa recuperación democrática, se verá duplicada por otras decepciones que se escalonan en 1938 y 1939 y que tendrán especial incidencia sobre la izquierda de la década progresista: la derrota de la República española, el fracaso del Frente Popular francés, la entrega de Austria y Checoslovaquia, la ascensión que parecía irresistible de los fascismos y, en las vísperas de la guerra, rematándolo todo, el pacto ruso-germano que sembró la desconfianza, la división de las fuerzas, el temor y la inseguridad.

Enmarcada por estos lineamientos nacionales e internacionales así como por una educación típicamente liberal, europeísta a la francesa que coincide con la gran irrupción de la filosofía, la literatura y el arte de las vanguardias de entre ambas guerras sobre el continente hispanoamericano, van apareciendo a la acción pública los integrantes de la generación crítica. Los intelectuales no aparecen todos en un mismo año como le resultaría cómodo a una teoría generacional mecánica, ni aparecen armados con sus ideas definitivas. Son diversas oleadas que se van sucediendo, ligándose entre sí algunos más afines y variando estas afinidades en la medida de la continuidad creadora, la respuesta lúcida al acaecer renovado y la decantación ideológica progresiva. Por el bienio 1938-1940 encontramos, manifestándose en libros o escritos de revistas a un conjunto heteróclito de figuras donde están los que Real de Azúa ha llamado los "jefes de fila y supervivientes" pero también los muy jóvenes que se empinan velozmente a la letra escrita. Son ellos: Líber Falco (1906), Juan Carlos Onetti (1909), Dionisio Trillo Pays (1910), Arturo Ardao (1912), Alfredo Dante Gravina (1913), Lauro Ayestarán (1913), Beltrán Martínez (1915), Carlos Real de Azúa, Fernando García Esteban (1916), Carlos Martínez Moreno (1917), Hugo R. Alfaro (1917), José Pedro Díaz (1921), Guido Castillo, Orfila Bardesio, Amanda Berenguer, Homero Alsina Thevenet, Vivian Trías, María de Montserrat, todos de 1922. A ese conjunto discordante muy poco vinculado entre sí, se agregan nombres de figuras mayores que se encontrarán y realizarán dentro del nuevo movimiento: poetas como Juan Cunha, críticos como Arturo Despouey, políticos como Carlos Quijano.

En ingresos sucesivos aparecerán los escritores que forman el

grueso de la primera promoción de la generación crítica y cuyas fechas de nacimiento se encabalgan sobre el año 1920, (año que puede estimarse clave porque en él nacen dos escritores de extenso magisterio: Mario Benedetti e Idea Vilaríño) extendiéndose a lo largo de un decenio, de 1915 a 1925, con las habituales excepciones de los reservistas y de los precoces. La plana mayor, ordenada por años de nacimiento, la constituyen: Clara Silva (1905), Roberto Fabregat Cuneo (1906), Eliseo Salvador Cuneo (1912), Washington Lockhart (1914), Arturo Sergio Visca, Mario Arregui (1917), Luis Castelli, Asdrúbal Salsamendi (1918), Mario Benedetti, Idea Vilaríño, Ariel Badano, Daniel Vidart, Julio C. Da Rosa, Ariel Méndez, Juan José Lacoste (1920), Roberto Ares Pons, Carlos Rama, Emir Rodríguez Monegal (1921), Carlos Maggi (1922), Sarandy Cabrera, Carlos Brandy (1923), Ida Vitale (1924), Humberto Megget, Ricardo Paseyro, Carlos María Gutiérrez, María Inés Silva Vila (1926), Silvia Herrera, Jacobo Langsner (1927), Saúl Pérez (1929).

Ya estos últimos merodean las fechas de la segunda promoción cuyo epicentro de nacimientos estará en 1930 recogiendo nombres que se escalonan en un decenio largo. Esta segunda promoción que he llamado de la crisis porque comienza a actuar sobre la cultura nacional a partir de la quiebra económica de 1955 y recibirá por lo tanto una dura herencia y encontrará una más pesada realidad, irrumpe en la habitual forma arbitraria de las generaciones de tal modo que entre los primeros que aparecen se encuentra Alberto Paganini (1932) o Mario Trajtenberg (1936) en tanto que sólo bien posteriormente comienzan a publicar otros como Walter Ortiz y Ayala (1929).

La operación central de esta segunda promoción consistirá en asumir, ampliar y perfeccionar el enfoque crítico ya establecido, aceptando sus premisas fundamentales pero modificando sus fórmulas operativas. En este aspecto es muy claro que con ella se produce la ampliación del movimiento, no sólo porque los nuevos le confieren mayor entidad sino porque asumen la tarea proselitista como capital. Por un lado se registrará un creciente ajuste de la información y del conocimiento científico de la realidad nacional, por otro se planteará la acción educativa a escala popular como una obligación intelectual insoslayable.

Sin esta aportación y estas modificaciones metodológicas no habría alcanzado cuerpo la generación crítica. A partir de la nueva oleada comienza a constituirse en representativa de la auténtica y única cultura del país.

Ordenados por sus fechas de nacimiento, el conjunto de esta

promoción incluye los siguientes nombres: Anderssen Banhero, Cecilio Peña, Jorge Medina Vidal (1925), Milton Schinca (1926) Jorge Musto, Héctor Massa (1927), Luis Carlos Benvenuto, Héctor Borrat, Mario César Fernández (1928), Alberto Methol, Walter Ortiz y Ayala, Jorge Bruno (1929), Saúl Ibargoyen Islas, Carlos Flores Mora, Rúben Yacovsky, Washington Benavides, Juan C. Somma, Rúben Cotelo, Iván Kmaid, Omar Prego Gadea, Juan Flo (1930), Jorge Onetti, Luis R. Campodónico, Nancy Baceo (1931), Circe Maia, Marosa Di Giorgio, Alberto Paganini, Silvia Lago, Jesús Guiral, Enrique Iglesias, Mercedes Rein (1932), Hiber Conteris, Mauricio Rosencof, Horacio Arturo Ferrer, Alejandro Patermain (1933), Gley Eyherabide (1934), Jorge Sclavo, Rogelio Navarro, Mario Trajtenberg, Claudio Trobo (1936), Heber Raviolo, Fernando Aínsa, Diego Pérez Pintos (1937), Enrique Elissalde, Salvador Puig, (1939). Es Eduardo H. Galeano, nacido en 1940, quien marca un punto óptimo de la serie: no sólo por su extraordinaria precocidad que desde los quince años le ha hecho participar del periodismo y de las letras nacionales, sino también por la inquietud política dominante en él a la que ha dedicado más atención que a su obra narrativa de líneas depuradas.

Tras él la década del 40 ha dado ya un conjunto de nombres que tendrán una imprevisible inflexión en los declives generacionales, pues mientras algunos se suman a los procesos y enfoques de la promoción de la crisis y, en general, a los principios rectores de la generación crítica, otros en cambio codician nuevo estilo, una escritura tensa e imaginativa, una recuperación de materiales innobles, una acidez interpretativa que los emparenta con el humor disonante, una inclinación por formas barrocas. A ambas corrientes, que ya se separarán y ordenarán, pertenecen los nombres de: críticos, Jorge Albistur, Gerardo Fernández, Alberto Oreggioni, Gabriel Saad, Jorge Rufinelli, Graciela Mántaras; poetas, Enrique Fierro, Leonardo Milla, Enrique Estrázulas, Roberto Echavarren Welker, Hugo Achúgar, Jorge Arbeleche, Cristina Carneiro; narradores, Milton Stelardo, José Pedro Amaro, Alberto Bocage, Teresa Porsekansky, Cristina Peri Rossi; dramaturgos, Jorge Blanco, Hugo Bolón, Rolando Speranza, Alberto Paredes, Manuel Lus Alvarado, César Seoane.

Como creo que este ciclo histórico-cultural ha perdido su interior dinámica y apenas si se sobrevive, como se sobrevive el edificio de nuestras instituciones liberales careciendo de viabilidad y capacidad creadoras; como existen ya nuevas fuerzas que han hecho proposiciones diferentes que tienen que ver con la destrucción real del sistema, nuestra cultura se ha inflexionado en el nuevo juego

de tensiones, anunciando por lo tanto la apertura de otro ciclo histórico difícilmente predecible. Para los órdenes mecánicos de los sistemas generacionales, habría que hablar de una generación surgente por 1970, pero es difícil que nuestra planificación intelectual pueda escudriñar con tanta exactitud el futuro. Varios de los escritores mencionados corresponden al núcleo de esa nueva generación en marcha cuyas obras están en agraz. Más que sus producciones y estéticas son evidentes las modificaciones que sobre ellas ejerza la sociedad, la lección de la historia dentro de la que se forman. De ahí pueden derivarse algunas indicaciones caracterológicas: es muy probable un brusco rejuvenecimiento de los escritores con una inmediata repercusión sobre las formas culturales; la línea de influencias rectoras será de origen hispanoamericanista con debilitamiento evidente de aportes de otras literaturas; la acción resulta ingrediente que se compone dentro de la obra literaria bajo diferentes traducciones estructurales; la libertad en el manejo del idioma y en el uso de la contribución del habla se verá acrecentada.

La nueva conciencia

CUANDO una cultura se incorpora al espíritu crítico, no deja ningún resquicio de las manifestaciones intelectuales sin contagiar del mismo afán: un poema erótico, un cuadro de caballete, una novela sentimental responden al mismo impulso que un estudio histórico, un editorial periodístico, una diagnosis sociológica. Todos esos productos se sostendrán unitariamente por una misma operación intelectual: el cuestionamiento de las formas establecidas, problematizándolas, separando aisladamente sus partes integrantes —desintegrándolas bajo la óptica analítica— para así, atomizadas, destruirlas. No es una lucha frontal en los orígenes, sino una acción de guerrillas que golpea en los sectores más endebles y que sólo tardíamente alcanza —a través de la misma acción, repetida— a concebir cuál es el plan a seguir y cuál es el centro caduco —el sistema— del que derivan las manifestaciones criticables. Del mismo modo que en los órdenes políticos hubo un largo tiempo de crítica a los gobernantes, meramente, antes de implicar en forma directa el sistema, primero legal y luego social y económico que lo permitía, del mismo modo en las letras, en las artes, en los estudios históricos y sociales se merodearon conductas, estilos, temas establecidos, en una discusión frecuentemente menor, antes de abarcar la totalidad del fenómeno cultural.

Cuando nos proponemos buscar el común denominador de las

plurales disciplinas intelectuales de una cultura, lo que incluye letras, artes, ciencias humanas, política, ideologías, concluimos razonando que todas ellas corresponden a la asunción de una conciencia crítica. Fue, muchas veces, anterior a un programa coherente, lo que explica la facilidad con que se articularon y desintegraron los núcleos de intelectuales: se ligaban por esa comunidad de conciencia diríamos adversativa y sólo despaciosamente iban avanzando hacia el establecimiento de asociaciones ideológicas superiores. Tal conciencia corresponde a una óptica para ver la realidad, pero no tiene ninguna vinculación forzosa con estilos literarios (realismo) ni con filosofías (marxismo), pudiéndose en cambio comprobar que abraza muy dispares orientaciones. Tampoco puede ser equiparada, como en las tesis luckasianas, a un perspectivismo, es decir, a un finalismo que gobierna la comprensión del presente, porque, al contrario, parece más bien nacer de una desilusión —donde puede estar implícita la quiebra de un ideal— lo que confiere especial relevancia a la experiencia existencial, a la lección histórica del hoy. En sus manifestaciones primeras la conciencia crítica es simplemente una insatisfacción ante lo que ofrece vida y mundo a un joven, cuando no una retracción hacia la vida interior que vale por un implícito juicio del contorno.

Aunque en ella se descubre el rechazo de los valores literarios estatuidos, al punto que la generación de la crítica será la encargada de la demolición del falso parnaso anterior a su emergencia, también debe registrarse la penetración que los principios de tipo crítico manejados por los escritores de anteriores promociones han de tener. La soterrada presencia de esta herencia se hace más evidente si se cotejan las posiciones de la misma generación del 40 a un lado y otro del Río de la Plata: la actitud elusiva de la realidad histórica del momento en los narradores argentinos —Cortázar, Bioy Casares, Bianco, Wilcock y aun Sábato— es bien distinta de la que asumen los uruguayos como Juan Carlos Onetti cuyos tres primeros libros estarán centralmente consagrados a discutir ideología y vida de la sociedad contemporánea. Este último recoge el espíritu de la década rosada a la vez que le adjunta la desconfianza que la nueva década ha de aportar, actuando por lo tanto con una amplitud que permite abarcar auténticamente la problemática toda de su tiempo. Creo que en esta actitud intelectual se traduce el funcionamiento de la sociedad a la que pertenece el escritor, el mayor grado de apertura y democratización que caracteriza en ese período a la sociedad montevideana.

La conciencia crítica no puede medirse válidamente sino en su enfrentamiento con los valores dominantes, ya que es una típica

posición adversativa. Contra la exaltación engañosa que aún se prolongaba respondiendo al populismo batllista instala la depresión esquivada y desdeñosa, lo que vale como oponer al júbilo que fuera estrepitoso en los años locos, el miedo que trepó los cuarenta y a la coparticipación alegre con el mundo que se vivió en la década rosada del progresismo antifascista, la melancolía, la tristeza, el presentimiento de lo mortal. Contra el régimen de indiscriminada fraternidad que estatúa el partido de tipo tradicional decretándose rector del destino espiritual de la nación, opuso el aislamiento individualista, la marginación que desconfiaba de los cantos exultantes y sólo mucho tiempo después, cuando estos opuestos ya no formaban una débil minoría sino que representaban una corriente de opinión sólida, volvió a encarar la posibilidad de una aglutinación colectiva, ahora en torno a doctrinas y no alrededor de partidos amparadores de vastas clientelas e intermediadores con los poderes del estado. Contra el intento de celebración que, de la sociedad a la literatura, transformaba todo en una rosa perfecta opuso el análisis desintegrador que ve las espinas, el marchitarse del color, la caducidad de las formas, así como lo grotesco del arrebatado celebrante. Contra el idealismo terca y fraudulentamente anclado en el futuro al que cree contemplar desde lo alto de la ola contemporánea, opuso la inserción en el tiempo, el fluir de la vida, la historia como obsesión, la recuperación del pasado como necesidad de interrogación a las raíces, el sentimiento de la inseguridad y precariedad de la existencia. Contra las formas brillantes que han devenido herméticas no por necesidad interna sino porque nada tienen que comunicar, opuso la grisura y la sencillez, el coloquialismo despojado, la verdad vecinal y concreta.

Podrían establecerse más parejas de opuestos. Pero estas oposiciones son más visibles en el enfrentamiento de textos. Como siempre, fueron los poetas los primeros en definir este cambio. En el libro *Canto* con que en 1940 irrumpe tardíamente Sara de Ibáñez, encontramos el canto de cisne de una época y de un estilo: ella ofrece la perfección artística de un tiempo que ha entrado en agnición y cuyo ajuste estético es casi epigonal. En la primera lira del libro, que saludara con alborozo Neruda, dice:

*Rosa, rosa escondida
—finísimo cometa de jardines—
que en mi carne aprehendida
cierran los querubines
con una lenta curva de violines.*

Tras este acento oíase a un reservista que se identifica con el incipiente movimiento, sustituyendo la exaltación de los brillantes arquetipos intemporales por la descripción de un barrio pobre, vivido y querido que deriva en el tiempo. Es Líber Falco diciendo en 1938:

*Yo nací en Jacinto Vera.
¡Qué barrio Jacinto Vera!
Ranchos de lata por fuera
y por dentro de madera.*

Y luego un poeta joven, a quien Juan Carlos Onetti saludó como representante auténtico de la nueva sensibilidad. Es Beltrán Martínez, quien en 1939 se define con los siguientes versos:

*Hijo del humo vano, peregrino entre nieblas,
hoy regreso a los sueños, humilde y caminante,
y lo vivido escribo sobre la inestable arena.*

Muy pronto Idea Vilariño definirá con esa rotundidad profética de su poesía la situación existencial en que se mueve la juventud. Porque no es sólo su agónica cosmovisión lo que ya en 1941 se expresa así:

*La angustia ha devenido
apenas un sabor,
el dolor ya no cabe,
la tristeza no alcanza;
una forma durando sin sentido,
un color,
un estar por estar
y una espera insensata.*

Fuera de los poetas sólo un narrador, de particular temperamento poético como es Juan Carlos Onetti, había sido capaz de avizorar en los años treinta el crecimiento de una insolente y purísima juventud a la que se sentía mancomunado y a la que vio abrirse dentro de un universo de adultos corrompidos. Este tema del joven puro entre los mayores emporcados, cuya originalidad es bien sabida en la literatura onettiana, se manifiesta dualmente: como afirmación juvenil y a la vez como escéptica comprobación de su seguro fracaso. El Onetti veinteañero que escribía estos primeros relatos de fieros jóvenes rebeldes es ya el desilusionado sobre toda posibilidad de cambio sustancial del mundo. En "Bienvenido Bob" dice: "Nadie amó a mujer alguna con la fuerza con que yo

amo su ruindad, su definitiva manera de estar hundido en la sucia vida de los hombres. Nadie se arrobó de amor como yo lo hago ante sus fugaces sobresaltos, los proyectos sin convicción que un destruido y lejano Bob le dicta algunas veces y que sólo sirven para que mida con exactitud hasta dónde está emporcado para siempre”.

*Incursión en el mundo:
pintura, cine, teatro, prensa*

EL rasgo internacionalista que señalamos como peculiar de la vida política del primer período, hasta 1955, se reencuentra, acentuado, en las distintas disciplinas culturales de los mismos años. Ocurrió algo similar a lo que Octavio Paz anota sobre el modernismo hispanoamericano. Entre la actualidad internacional y la actualidad local, fue la primera la que movilizó las energías porque ella proporcionaba los más altos valores y las concepciones del presente, en tanto que la segunda se ofrecía como anacronismo, aunque ya corresponde denunciar el verbalismo enajenante de buena parte del internacionalismo político y cultural que se manejó. En el campo restringido de las letras esta tendencia resultó más fundada y necesaria porque el legado de las generaciones inmediatamente anteriores parecía carente de envergadura artística y de la validez universal que alcanzaron los escritores de otras comarcas hispanoamericanas. La debilidad de nuestro vanguardismo puede obedecer a muchas causas, entre las cuales pienso que, paradójicamente, cuenta el gran esfuerzo de democratización nacional logrado por el batllismo, así como la contradictoria serie de conocimientos históricos que vivió el país desde 1927 y que no favoreció el desarrollo coherente del espíritu vanguardista. En todo caso no hubo comparación posible entre el aporte estético de la vanguardia argentina, que dio cuerpo a una literatura modernizada, y el de la nuestra: tal desnivel explica que la generación crítica uruguaya resultara, en los primeros años de la década del cuarenta, imitadora, a veces muy servicialmente, de la revista “*Sur*” y de la mediación que ella estableció con los narradores y poetas europeos, rindiendo de paso el mismo culto discipular que Bianco estableció en sus páginas para Borges.

El provincianismo del medio imponía la búsqueda de horizontes estéticos más rigurosos, pero a la vez funcionaba como planeta en torno del sol europeo, recogiendo ávidamente la tardía transmisión de las creaciones vanguardistas. El trasiego se hizo más evi-

dente que en la literatura, en la pintura, por obra de Joaquín Torres García que en la década del treinta se traslada a Montevideo abriendo su Taller donde había de predicar el constructivismo que ya había establecido como doctrina sistemática en España en el año 1932. Junto a la paleta gris melancólica, que signa el primer período del Taller, se destaca la organización mental del espacio pictórico, la aplicación rigurosa de la medida áurea, el uso de una simbología que abstraía una realidad sedicentemente americana y por último una categórica interpretación universalista del arte que es definida en el primer libro programático de Torres García, publicado en 1938: *La tradición del hombre abstracto*. El "universalismo constructivista" religaba la hora de las artes plásticas uruguayas con el momento porque atravesaba el arte europeo introduciéndolas en un desarrollo parejo universal, que ya no las abandonó. Desde esa estructura que respondía a la internacionalización de las formas artísticas que había impuesto la Escuela de París, se podía sin embargo recuperar la realidad nacional, el puerto, los bodegones, la ciudad vieja, los altos zaguanes, la ciudad nueva y dinámica que entraba al arte sustituyendo la visión plana y clara de los barrios suburbanos que había cultivado la pintura anterior. Si bien casi toda la pintura nacional recibiría la impronta del Taller, es en los discípulos directos y fieles donde éste se consolida y obtiene su mayor penetración en la nacionalidad transportándola a la aceptación de los órdenes universales del arte. El magisterio de Joaquín Torres García que se extiende también a zonas ajenas de la literatura y la filosofía, se continúa en la obra de Horacio y Augusto Torres, de Alpuy, Gurvich, Matos, Alceu y Edgardo Ribeiro, Berta Luisi, Elsa Andrada, Gonzalo Fonseca, para luego penetrar, en la misma medida en que perdía su vigencia renovadora, en el interior del país.

A la modernización en la pintura corresponde, paralelamente, la que se produjo en el campo del espectáculo. Aquí el proceso de absorción de materiales extranjeros debe adaptarse a las condiciones específicas de cada género y a las figuras magisteriales —pocas— con que pudo contarse. No se dispuso, en esas actividades, de maestros de la jerarquía de Joaquín Torres García y fueron otros los problemas que se plantearon. En el campo del cine se asistió a la masiva, indiscriminada afluencia comercial de películas extranjeras con un desplazamiento de la cuota europea en beneficio de los Estados Unidos a consecuencia de la guerra europea 1939-1945. La respuesta nacional a esta invasión de materiales extranjeros no fue la institución de una industria propia, tarea que sólo podía encarar

y no se planteó siquiera, el gobierno, sino el desarrollo de lo que se llamó la "cultura cinematográfica", un esfuerzo crítico desmesurado, casi monumental y a la vez irrisorio, para analizar todo film llegado al país y orientar al público dentro de estrictas jerarquías artísticas. Uno de los inspiradores, y reconocidamente maestro de la promoción de críticos cinematográficos, Arturo Despouey, ha ridiculizado posteriormente al hipercriticismo que singularizó esta tarea, aplicada mil veces a productos insignificantes y condenada cien veces a atender conflictos y polémicas inútiles, desarrollando simultáneamente un lenguaje técnico altamente especializado y una erudición en algunos casos pasmosa. Sin embargo, esta respuesta crítica fue una manera de resguardar valores que se entendían peculiares de la nacionalidad y de adoctrinar a un público totalmente ineducado. Fue por lo tanto un dique a una frenética colonización cuya positividad puede medirse si se la compara con la terrible falta de crítica que en los años sesenta encaró el fenómeno televisivo, con las previsibles y dañosas consecuencias. La generación de críticos cinematográficos ha sido riquísima, pero sus representantes mayores fueron Homero Alsina Thevenet, Hugo R. Alfaro, Danilo Trelles, Antonio Larreta, José C. Alvarez dentro de la primera promoción y Mario César Fernández, Martínez Carril, Mario Trajtenberg, José Wainer, Abondanza, Jorge Arteaga en la segunda.

El hipercriticismo que signará los treinta años últimos del país quedó definido en el funcionamiento de la crítica cinematográfica y puede prototipizarse en la obra de Homero Alsina Thevenet quien con amplísimo conocimiento, total dedicación, un estilo preciso, informativo y glacial y una cultura exclusivamente moderna, de impregnación norteamericana, estuvo al frente de sus momentos culminantes: primero en la revista "*Cine Radio Actualidad*", luego en las páginas de "*Marcha*", después dirigiendo la revista especializada "*Film*" y por último al frente de la sección pertinente del diario "*El País*", un modelo en la materia, antes de abandonar el país para integrarse a la crítica argentina. A lo largo de esos años se sitúan enconadas campañas de las que tienen éxito la que se entabló al doblaje en español de los filmes extranjeros y fracasó toda la que estuviera destinada a fundar una cinematografía nacional.

Si Alsina define el ejercicio exclusivo de la crítica cinematográfica, con entera asepsia para otra actividad fuera de ese campo intelectual e individualista, otros críticos han de contribuir a la formación de organismos destinados a ampliar la educación cinema-

tográfica del país. A Danilo Trelles se debe la creación del "*Cine arte*" oficial así como de sus cineteca y los concursos internacionales de documentalistas; a José C. Alvarez la creación del "*Cine Club*", organismo privado destinado a proyectar buen cine para sus miles de socios, similar a otros como el "*Cine Universitario*"; a Hugo Alfaro la creación del cine político con los festivales de documentales sobre las guerras de liberación y la Cinemateca del Tercer Mundo, así como el intento, junto con el joven cineasta Mario Handler, de crear un centro de filmación destinado a documentar, artísticamente, la lucha popular. Pero la mayoría de estos intentos pertenecerán al segundo período, al de la nacionalización, y serán manifestaciones de esa cultura independiente que tiende a organizarse al servicio de vastos sectores de la población.

Sin embargo no pudo imponer, a pesar de los esfuerzos desplegados, la creación de una cinematografía nacional. No sólo la magnitud de las inversiones desalentó a los entusiastas, sino que fundamentalmente se careció de una política de protección sin la cual no se podía encarar el establecimiento de una industria, cuya viabilidad capitalista, por otra parte, resultaba problemática en un país de muy escasa población. Lo que el cine no pudo hacer por esas razones, lo consiguió en cambio el teatro de tal modo que al cabo del período se presenta como una de las más sólidas conquistas de la cultura independiente.

El movimiento teatral se abre por 1937 con la creación del *Teatro del Pueblo* que Manuel Domínguez Santamaría imita de su congénere argentino Leónidas Barletta y se prolonga en diversos intentos como el de *La Isla de los Niños* (Atahualpa del Cioppo), *Ars Pulchra* (Román Viñoly Barreto), *Centro de Educación Dramática* (Fernando García Esteban, Irma Abirad), *Teatro de la Asociación Cristiana* (Pablo Bosch, C. Denis Molina), y en las dos temporadas (1942-1943) que la compañía teatral de Margarita Xirgú cumple en el SODRE como elenco oficial, incorporando actores (Alberto Candeau) y autores (Zavala Muniz) nacionales a la vez que dirige la primera escuela de arte dramático. Pero corresponderá a un segundo empuje de mayor capacidad organizativa la fundación del movimiento teatral: serán los elencos teatrales que comenzarán a llamarse "independientes" sustituyendo la fórmula "aficionados" los que fortalecerán la nueva época. Al intento de *Teatro del Pueblo* se sumará *Teatro Universitario* (Héctor Hugo Barbagelata) y luego los dos conjuntos de más larga tradición y eficiencia artística: *Club de Teatro* y *El Galpón*, quienes se plantearán la necesidad de construir salas y estructurar sistemas de trabajo

cada vez más profesionales. La creación por Justino Zavala Muniz en 1947, de la *Comedia Nacional*, concluye el período germinal: a partir de entonces el país contará con un movimiento teatral que llegará a incluir una docena de teatros estables funcionando toda la temporada y ofreciendo un abanico amplio y jerarquizado de obras y puestas en escena.

El movimiento de los "independientes" aspiró a dignificar la escena nacional, desplazando con un teatro de arte a las patochadas cómicas argentinas o a las compañías zarzueleras que cumplían temporadas de años enteros. Para eso, dentro de la tesitura internacionalista anotada, recurrió al repertorio universal moderno y alguna vez el clásico, poniendo frecuentemente sus ambiciones muy lejos de sus posibilidades reales. Inicialmente carece de maestros, salvo los paradigmas de buen teatro que ofreció la compañía de Louis Jouvet y la citada de Margarita Xirgú, debiendo, durante el período de la guerra mundial (1939-1945) y el subsiguiente de la clausura de la frontera con Argentina en la época peronista (1945-1955) que desarrollar con recursos propios un sistema escénico donde muchas veces se inventó la pólvora pero donde también se concluyó por alcanzar una forma peculiar y a la vez original que debía mucho a la influencia italiana subyacente a la nacionalidad.

Las condiciones propias del hecho escénico impusieron obligaciones organizativas y sacrificios que fueron aceptados alegremente: hubo que construir salas teatrales, inventar todos los técnicos —figurinistas, escenógrafos, electricistas, utileros, iluminadores, etc.—, preparar a partir de cero a los actores, redescubrir las funciones directrices, especialmente la del director que resultó pieza clave del proceso, con la aportación de personalidades como, aparte de las mencionadas, Antonio Larreta, Atahualpa del Cioppo, José Estruch, Laura Escalante, y en el segundo período Rubén Yáñez, Eduardo Schinca, Federico Wolf, Gustavo Ruegger, Omar Grasso, Mario Morgan entre muchos otros. Se trataba de una tarea de equipo a la que concurrieron millares de personas ocupando las variadísimas funciones que exige el hecho escénico y creando a la vez un público estable de buen teatro que mayoritariamente se reclutó entre los cuadros superiores de la cultura del país y dentro de una acomodada clase media. Pero este público no pasó de constituir una "élite numerosa", lo que nunca permitió que el movimiento teatral de los "independientes" se profesionalizara, por lo cual sus bases fueron y son muy inestables.

De cualquier modo, cuando llega el quinquenio 1955-1960 que representa la coronación y el momento de apogeo que alcanzó el movimiento teatral nacional, coincidente con la eclosión de los dra-

maturgos uruguayos, se ha logrado establecer un conjunto de oficios nuevos con ejercitantes bien adiestrados, se ha logrado crear centros de educación teatral de los cuales el más importante será la Escuela de Arte Dramático municipal, se ha llegado a perfilar un estilo generacional en materia escénica que admite una pluralidad de entonaciones particulares. Su personalidad más distinguida fue Antonio Larreta, inicialmente crítico y dramaturgo, posteriormente actor y director, creador por último del *Teatro de la Ciudad de Montevideo* que, siendo una compañía profesional de alto nivel artístico, con un repertorio que alternaba Chejov con Feydeau y Beckett con Albee, pareció tipificar la más alta ambición teatral del país. Su actividad incesante cubre todo el período desde sus inicios como crítico en el diario "*El País*" a la vez que autor de comedias de atemperada sátira (*La sonrisa*), pasando por la dirección artística de la *Comedia Nacional* y del *T.C.M.* luego de haber desarrollado el elenco de *Club de Teatro* hasta convertirlo en la más afiatada compañía del país, para por último identificarse con el espíritu de protesta, donde la crítica aspira a pasar a la acción, en una serie de espectáculos que culminan con su adaptación de *Fuenteovejuna* de Lope. Su carrera expresa los distintos momentos de una cultura, del mismo modo que ha de ser el equipo de *El Galpón* el único que sobreviva por su capacidad organizativa y su vertebración ideológica al desmantelamiento que la crisis económica acarrea en el medio teatral, reduciendo el número de conjuntos, alejando de la escena a decenas de actores y clausurando salas.

La quiebra económica de 1955, sin embargo, no destruye la obra realizada. El teatro nacional la sobrevive y ha de ir adaptándose a las líneas tendenciales de la cultura crítica creada. La nacionalización del teatro que se produce a partir de 1955 se distribuye en dos instancias bien distintas: es primero el descubrimiento del autor nacional, reclamo obsesivo e imperioso a que se enfrenta el teatro; será luego, en los momentos dramáticos de los años sesenta, el descubrimiento del espectáculo protesta. Si bien desde los orígenes del movimiento se había producido la incorporación de autores (es el caso de Carlos Denis Molina creando un teatro poético con deudas a Lorca y a Cocteau) recién mediada la época, cuando ya se habían creado los instrumentos escénicos, se produce la irrupción de los dramaturgos con las aportaciones de Alejandro Peñasco, Andrés Castillo, Héctor Plaza Noblía, Rubén Deugenio, Elzear De Camilli, Luis Novas Terra, Juan C. Legido, Enrique Guarnero y especialmente la obra de Jacobo Langsner y Carlos Maggi quienes

ofrecen el punto más alto de la creación nacional, en cuanto a experimentación del lenguaje escénico —muy marcado por el vanguardismo en un caso y por el grotesco en el otro— como a la revisión crítica de los valores morales y sociales del país, en especial la típica familia pequeño burguesa uruguaya objeto de severa requisitoria. Ya por entonces despunta en un joven dramaturgo prematuramente desaparecido, Jorge Bruno, una sed de experimentación renovada que va a servir de fondo a la segunda promoción de dramaturgos, como se vio especialmente en *La araña y la mosca* de Jorge Blanco así como Mauricio Rosencof, Conteris, Seoane, Bolón, Speranza, Paredes. Pero esta promoción de dramaturgos ya es contemporánea del deterioro del movimiento teatral que reencuentra sus mayores éxitos a través de la creación de espectáculos de agitación y protesta, a veces meros "collages" de escenas, poemas y canciones, mediante los cuales el teatro reconquista al público al ofrecerle una de las pocas imágenes válidas de la realidad en un momento de escamoteo oficial de la situación del país. La protesta se tradujo también en las adaptaciones de obras clásicas que ponían en evidencia su espíritu crítico y su aplicación, por analogía, al medio nacional: y muy especialmente en el ancho venero de la canción protesta (Daniel Viglietti).

El último campo destacado del período internacionalista está representado por la eclosión de la prensa, que tuvo consecuencias apreciables sobre la cultura nacional, a través de caminos sesgados. La conmixión entre directores de diarios y gobernantes así como la orientación casi exclusivamente política de la prensa uruguaya, llevó a la instauración de un régimen de subsidio que facilitó grandemente la expansión de los diarios: una docena surtían las necesidades de una población que no alcanzaba los tres millones de habitantes. De hecho el estado financiaba estas dispendiosas publicaciones que competían entre sí mediante la variedad y eficiencia de sus servicios informativos. En los años cuarenta y cincuenta el Uruguay, que no existía en las estadísticas mundiales de producción de libros en cambio ocupaba uno de los primeros lugares en consumo de periódicos. Esto creó una apreciable demanda de especialistas y, por las vinculaciones conocidas entre periodismo y literatura, resultó la prensa la adiestradora y mantenedora económica de un elevado número de escritores, menos en la primera promoción —Carlos Martínez Moreno, Carlos M. Gutiérrez— que en la segunda —Claudio Trobo, Fernando Aínsa, Eduardo Galeano, Gabriel Saad, etc. Esta actividad determinó también, subrepticamente, formas literarias: la conservación del realismo, la escritura sostenida sobre planteos ló-

gicos y modos didascálicos, el manejo del hecho público como centro del interés del relato que de *El paredón* a *Los fantasmas del día del león*, ha recorrido la literatura uruguaya. Pero la participación de escritores en la prensa también le otorgó a ésta un nivel inhabitual que se transparentó prácticamente en todas las secciones de información nacional. Una forma específicamente periodística, el reportaje, ha tenido un desarrollo variadísimo que puede medirse en el arco que va de los iniciales trabajos de Carlos Borche a los actuales de María Esther Giglio y que podría incluir a decenas de figuras. Es capital mencionar a Carlos María Gutiérrez quien, aunque siendo muchas otras cosas —poeta, narrador, dibujante, crítico cinematográfico— llevó el periodismo al nivel de género literario.

Otra incidencia tuvo el apogeo de la prensa, quizás de mayor penetración: la contribución al espíritu crítico de la cultura nacional mediante sus secciones de comentarios de espectáculos. En una prensa que ignoró el uso del columnista, las únicas notas firmadas correspondieron a los comentaristas de los espectáculos —cine, teatro, música, artes plásticas— y de literatura. La responsabilidad personal que esta firma acarrea, la disponibilidad de espacio que algunos órganos le proporcionaron y la seriedad de muchos de sus oficientes, transformó estas secciones en protagonistas del hecho cultural. Al mismo tiempo acostumbró a un nivel de exigencia y de rigor a veces ácidamente crítico, proponiendo como modelo de visión el análisis, o sea la descomposición de la totalidad en sus elementos para filtrarlos, uno a uno, por la escala valorativa. Las secciones de comentario de espectáculos crearon verdaderas profesiones —la de los críticos de periódicos— y la demanda que establecieron, actuando sobre un medio cultivado, consiguió un elenco de primera línea. Entre muchos pueden citarse: en música, Lauro Ayestarán, Mauricio Muller, Washington Roldán, Alejandro Peñasco; en artes plásticas, Fernando García Esteban, Celina Rolleri, María Luisa Torrens; en teatro, Carlos Martínez Moreno, Mario Benedetti, Emir Rodríguez Monegal, Mario Trajtenberg, Gerardo Fernández. Varios de estos críticos cultivaron otras disciplinas y abandonaron la crítica por una labor creativa autónoma, pero ella los signa de un modo central aun en sus invenciones de ficción.

Estos beneficios del período opulento de la prensa no se tradujeron en la creación de órganos periodísticos independientes, salvo el caso del semanario *Marcha* del que hablaremos, y todos los intentos de reconvertir las formas estatuidas del periodismo a otras más recientes bajo la inspiración de los modelos norteamericanos —sobre todo por sus revistas de información— no tuvieron éxito.

Al acentuarse la crisis económica, al aparecer la televisión como sistema informativo, se presenció la decadencia de este periodismo subsidiado, desapareciendo la mitad de sus órganos y conservando el resto de una vida precaria, con evidente disminución de su nivel informativo, tanto internacional como nacional. La abundancia de la prensa había acostumbrado a dispendiosas secciones de información internacional, a veces mayores y mejor atendidas que las de información interior, de modo que la decadencia de los años sesenta se tradujo en un visible acortamiento del horizonte cultural del lector medio, en una simultánea acentuación del provincianismo del ambiente, con mayor dependencia de las fuentes argentinas. No mejoró el conocimiento de la vida interna, sino que, al contrario, fue edulcorada con intenciones propagandísticas. Contra tal vicio combatió una serie de diarios de efímera vida (por razones policiales) que van de *Época* a *Ya*, y desde luego, en otro orden, el órgano del partido comunista, *El Popular*. En todos ellos han actuado los mejores periodistas del país, así como nuevas generaciones de críticos y escritores que ya han comenzado a formarse en los moldes de un periodismo de agitación y no, como sus antecesores, en la gran prensa informativa y crítica, de vigilada pseudo-objetividad.

Reencuentro con la nación

PARA algunas actividades, como el cine, el teatro y el periodismo, hemos anotado la evolución hacia las coordenadas de la segunda parte del período, cuya base económica es la crisis y cuya estructura política el nacionalismo. Pero tal pasaje de uno a otro período no puede interpretarse como un trasiego entre compartimentos estancos. Ya en el período internacionalista se apunta la existencia de grupos de nítida inflexión nacional que funcionan como elementos de contraste y de religamiento, con muy variada y hasta contradictoria fortuna, respecto al medio rural. Un caso ejemplar lo representa el grupo de la revista *Asir*, de tendencia literaria y filosófica dentro de una tesitura tradicionalista que en los años cuarenta y sobre todo en los cincuenta cumplió una tarea relevante. Aunque concitó una adhesión amplia y dispar, las figuras que lo singularizaron fueron Domingo L. Bordoli, Washington Lockhart, Arturo Sergio Visca, Guido Castillo, Liber Falco, Dionisio Trillo Pays, Julio C. Da Rosa. Su enclave regional en la ciudad de Mercedes; su atención por la vida menuda de los pueblos del interior, su orientación espiritualista y confesadamente católica en los líderes, la elección de maestros como Juan José Morosoli --el admirable narrador de la

vida pueblerina—; su reconocida deuda con el hispanismo de los noventaiochistas en adelante, su subrepticia inclinación folklórica, su rechazo o simple desdén por las renovadas invenciones de la cultura universal que reemplazaba con el cultivo del pasado nacional, todo ello acentuó la nota nacionalista tradicional que mal se puede extender a todos los integrantes del grupo pero que en cambio explica la falta de futuro que lo caracterizó dado que el catolicismo o el nacionalismo actual nada tienen que ver con aquellas tendencias, ni tampoco la literatura, a pesar que de las filas de *Asir* surgieron escritores del decoro de Julio C. Da Rosa, o historiadores ensayistas de la jerarquía de Washington Lockhart. Acerca de éste, que fue el de más amplia instalación universalista, razón de las limitaciones de ese equipo Carlos Real de Azúa. Esas limitaciones deben buscarse en la falta de modernización instrumental de sus miembros, lo que los dejó librados a una nutrición intelectual arcaica, conservadora, propicia a un "inefabilismo" confuso y a la vez útil a los poderosos de la tierra, afincado a veces en la glosa encomiástica de cualquier producto pasatista. El "espiritualismo" significó la elusión del sustrato económico, en su primer momento, y la convalidación de los derechos eternos e inalienables de la oligarquía nacional en un segundo tiempo, tal como puede comprobarse en la carrera cumplida por Domingo Bordoli, quien fungió como uno de los jefes del grupo.

Este intento nacionalista se reveló, con el tiempo, meramente provinciano y folklórico y por lo tanto perfectamente utilizable por los gobiernos regresivos que fueron ocupando el poder en el segundo período, agitando la bandera de un nacionalismo retórico, sin contenido popular. Su cuota de positividad deberá buscarse en la zona de la investigación literaria e histórica del pasado nacional y no en el establecimiento de una doctrina válida para las necesidades de la sociedad uruguaya del tiempo presente. Pero aun en esa misma recurrencia al pasado, la ausencia de un beligerante espíritu crítico y de una sistemática concepción actual de los valores a la luz de la cual revisar el legado dio muchas veces como resultado la acumulación indiscriminada de materiales donde lo bueno y lo pésimo se codeaban sin jerarquías: es el caso de la *Antología de la poesía uruguaya* que Domingo Bordoli preparó para la Universidad.

Si este nacionalismo fue ineficaz en el campo de las letras y del pensamiento, obtuvo en cambio mejores resultados en el campo de la investigación histórica, movimiento del que ocupa lugar relevante Juan Pivel Devoto, director del Museo Histórico y profesor del Instituto de Profesores. El propósito central de su carrera invalida

la labor historiográfica batllista (Eduardo Acevedo, Petit Muñoz, etc.), con la resurrección de los hombres y principios políticos del partido blanco o partido nacional al que pertenecía. Un amplio y documentado conocimiento de la historia nacional y un tesón reivindicativo muy tenaz compensaron las debilidades metodológicas de su tarea. Pero tan importante como su aportación personal resultó el conjunto de trabajos que se hicieron para los organismos de que participó o dirigió, donde surgieron historiadores como Alfredo Castellanos, Aurora Capillas de Castellanos, María Julia Ardao, Mateo Magariños.

La devoción por la historia habría de obtener un avance significativo de los conocimientos mediante un nuevo grupo de investigadores, algunos formados cerca de Pivel Devoto, pero que encontrarían su mejor inspiración en las enseñanzas del revisionismo argentino. Con ellos la historiografía ha de abandonar la concepción archivista que singularizó la tarea de Pivel Devoto y, más generalizadamente, todo el trabajo de investigación del período —Edmundo Narancio, José Ma. Traibel, Flavio García, etc.— para abordar interpretaciones sociológicas o filosofías de la historia con qué reincorporar el pasado a nuestro presente. Eso es visible ya en los estudios de Washington Reyes Abadis, Tabaré Melogno, José Claudio Williman, Oscar Bruschera, Roberto Ares Pons, y no hará sino intensificarse, a medida que se vayan incorporando representantes de la segunda promoción intelectual de la generación crítica, que forman el núcleo de lo que podría llamarse la "nueva historia", como Gustavo Beyhaut, Juan Carlos Oddone, Blanca Baris de Oddone, Roque Faroune, Luis Carlos Benvenuto, José Pedro Barrán, Benjamín Nahum. Lo que en una y otra de estas olas se va señalando, cada vez con mayor fuerza, es la necesidad de coordinar el territorio restringido de la historia nacional con los procesos continentales y universales, de tal modo que —paradójicamente— el progreso de los conocimientos sobre la nacionalidad se logra por la acentuación de una cultura de la totalidad civilizadora; simultáneamente, en el mismo proceso se va intensificando una ampliación metodológica que lleva al uso de las aportaciones marxistas con una libertad operativa que reconoce la influencia del pensamiento histórico-sociológico europeo de Max Weber en adelante. Esta línea concurre por último a los más jóvenes practicantes de la historia nacional que fueron presentados en las *Cinco perspectivas históricas del Uruguay moderno*, un volumen que reunía trabajos de Mourat, Mariani, Jacob, Pellegrino, Di Segni, Rodríguez Villamil. La historia, en ellos, se reconoce, explícitamente, al servicio de las luchas sociales y del avance de la sociedad que examina.

Podría decirse que al acentuarse el período nacionalista de estos últimos años de nuestra cultura, la historia nacional ha resultado enriquecida por una apertura internacional de sus ejercitantes. A la inversa podría comprobarse la reconversión al campo de la historia nacional de los intelectuales pertenecientes a movimientos de izquierda social, muy marcadamente atentos a métodos e incluso a temas de impronta universal. Tres ejemplos, provenientes de diversas agrupaciones ideológicas, definen esta conducta: Carlos Rama, que procede de una izquierda independiente y que pasa de los estudios sobre el pensamiento social del siglo XIX europeo a la sociología nacional; Vivian Trías, dirigente del partido socialista uruguayo, que reconvierte su partido al revisionismo histórico con el que, además, signa sus diversos libros, aplicando en ellos un esquema interpretativo marxista que se pliega a los lineamientos del populismo revisionista de José Rosa; por último el equipo formado por Lucía Sala de Touron, Julio Rodríguez y Nelson de la Torre, provenientes del comunismo, quienes perfeccionan el carácter progresista y revolucionario de los héroes patrios a través de un estudio sistemático de las bases económicas y sociales de la Patria vieja a la luz de la historiografía marxista. Estos tres ejemplos corresponden a historiadores de la primera promoción del período, algunos de ellos comienzan a publicar por 1940 —y por lo tanto testimonian, desde otro ángulo, el movimiento general de ideas que al mediar estos treinta años va cambiando el signo de nuestra cultura y reconvierte el tema nacional a sus intelectuales, aunque ya no desde una perspectiva folklórica, de revanchismo político o de archivismo, sino con un renovado instrumental que pone los estudios históricos al servicio del progreso social.

NOTA: La continuación de este ensayo se publicará en la próxima entrega de la revista.

LA REFORMA AGRARIA EN MEXICO Y LA NUEVA LEY DE REFORMA AGRARIA

Por *Manuel MESA ANDRACA*

PARA juzgar sobre la importancia de la nueva Ley Federal de Reforma Agraria, publicada en el Diario Oficial el viernes 16 de abril del presente año, es indispensable considerar, aunque sea de manera sucinta, cuáles han sido las modificaciones más importantes de la reglamentación de la Ley del 6 de enero de 1915, en esta larga, enconada, controvertida y penosa lucha por transformar a fondo la estructura de la tenencia de la tierra, de acuerdo con el propósito total de entregar la tierra a quienes la trabajan, para destruir el sistema latifundista de tipo feudal imperante en México hasta 1910.

A pesar de ser ampliamente conocidos, merece recordar que el Plan de Ayala expedido por Zapata en plena lucha por la reivindicación de la tierra, se habla de reivindicar sus tierras a los pueblos, y no sólo a los pequeños propietarios, como decía el Plan de San Luis; se usa la palabra expropiación para cumplir ese propósito y no solamente se promete, como lo hacía Madero, la revisión en la aplicación de una ley. Se ha ampliado el alcance de la reforma, lo mismo que los propósitos para lograr que los ciudadanos mexicanos obtengan la tierra, ya sea como ejidos, colonias, fundos legales para poblados o campos de sembradura y de labor. Es importante destacar que la expropiación se fija en una tercera parte de "esos monopolios", es decir, de las grandes haciendas y latifundios, y se ofrece *previa indemnización* a los propietarios.

Otro de los antecedentes más trascendental de la legislación agraria, es la iniciativa presentada por Luis Cabrera en la Cámara de Diputados el mes de diciembre de 1912, cuyos principales propósitos fueron los siguientes: Declarar de utilidad pública la reconstitución y dotación de ejidos; expropiar los terrenos necesarios para esta reconstitución; declarar que la propiedad de los ejidos quedaría en manos del gobierno federal y la posesión y usufructo en la de los pueblos, bajo la vigilancia y administración de sus respectivos ayuntamientos. Esta iniciativa es la base de la Ley del 6 de

enero de 1915 expedida por el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, cuyos objetivos principales fueron: 1. Declarar nulas: todas las enajenaciones de las tierras, aguas y montes pertenecientes a los pueblos, hechas en contravención a la Ley de 25 de junio de 1856; las concesiones, compensaciones o ventas hechas desde el 10. de diciembre de 1876 hasta la fecha del decreto, con las cuales se hayan invadido y ocupado ilegalmente los ejidos, terrenos de repartimiento o de cualquiera otra clase, pertenecientes a los pueblos, rancharías, congregaciones o comunidades; y todas las diligencias de apeo o deslinde practicadas en el mismo período por compañías o jueces u otras autoridades, con los que se hayan invadido u ocupado ilegalmente terrenos, aguas y montes de los ejidos, terrenos de repartimiento o de cualquiera otra clase pertenecientes a los mismos núcleos de población rural. 2. Los pueblos que carezcan de ejidos o que no pudieran lograr la restitución, necesitándoles, podrán obtener que se les dote del terreno suficiente para reconstituirlos conforme a las necesidades de esa población, expropiándose por cuenta del gobierno nacional el terreno indispensable para ese efecto, del que se encuentre inmediatamente colindante a los pueblos interesados.

Tales fueron los propósitos primigenios de nuestra reforma agraria, que tuvo como base una reivindicación de los ejidos o su dotación a los pueblos que no los tuvieran, de manera que el alcance de la misma no implicaba la transformación a fondo de la estructura en la posesión de la tierra y, por otra parte, se postuló la creación de la pequeña propiedad para los agricultores que de ella carecieran, pequeña propiedad identificada con la establecida en otros países como consecuencia de la destrucción del régimen feudal en la propiedad de la tierra, esa pequeña propiedad que desde los inicios de las reformas se consideraba como la extensión necesaria para el trabajo directo y personal de un agricultor y su familia, sin fijar nunca superficies determinadas, como al presente se fijan en el Artículo 27 Constitucional, según las reformas hechas por el gobierno del licenciado Miguel Alemán.

Vieja y conocida es la historia de la política agraria desde que fue expedida la Ley del 6 de enero. Carranza, que sólo pretendió quitar la bandera a Zapata, cuando por las contradicciones de la lucha revolucionaria constituyeron grupos antagónicos, prohibió la aplicación de esa ley, a quienes comenzaron a entregar la tierra a los campesinos desposeídos y, entre otros, Salvador Alvarado lamenta no haber cumplido con su deber en Yucatán, expropiando las fincas henequeneras en beneficio de sus peones esclavos. Se condicionó su aplicación a la creación de las autoridades correspondientes que debían cumplirla y muy poco fue lo que se hizo durante el gobier-

no del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y, después, presidente electo de la nación. Si entonces se hubiera iniciado con decisión revolucionaria el cambio de nuestra estructura agraria, México se hubiera ahorrado este medio siglo de luchas contradictorias, de propósitos vacilantes para destruir radicalmente lo que todos consideraban un obstáculo para el progreso de México, *EL LATIFUNDIO* y esa mentalidad de latifundistas tan arraigado entre los mexicanos, lo mismo profesionistas que nada tienen que hacer con el cultivo de la tierra, que los terratenientes de diferente tipo y calidad, que sólo pretenden y han pretendido vivir a costa de sus peones mal pagados.

El gobierno del General Alvaro Obregón, un fracasado rancheero del Norte, hombre inteligente que se dio cuenta de que su prestigio y seguridad como gobernante se afirmaría con la aplicación de la Ley del 6 de enero, fue el primero en esta etapa de la vida de México, en dar impulso a la repartición de la tierra, con propósitos bien definidos, aunque sujeta a las prevenciones de esa ley. Nombró como Presidente de la Comisión Nacional Agraria al general Villarreal, quien designó a un grupo de agrónomos como miembros de ella, agraristas con una verdadera mística para cumplir con lo que consideraban el postulado fundamental de la revolución. Para entonces ya estaba expedida la nueva Constitución de 1917, que incorporó al Artículo 27 la Ley de Reforma Agraria, que a pesar de no estar reglamentada, con diversas circulares comenzó a aplicarse en toda la República, para sujetarse a partir del 10 de abril de 1922 al primer reglamento agrario que señalaba a los sujetos con derecho a dotación, que eran las poblaciones con determinada categoría política, es decir, las que se citaban en la Ley del 6 de enero como poblaciones agrícolas, pueblos, poblados, rancherías, congregaciones y comunidades. Este reglamento agrario fue conocido con el nombre de "Problema de las Categorías Políticas", que limitaba el derecho a dotación de ejidos a los núcleos de población que la tuvieran.

Muy pronto este reglamento dio origen a numerosas dificultades e inconformidades, pues todos los poblados carentes de tierras solicitaban la dotación de ejidos, de manera que la primera Ley de Dotaciones y Restituciones de Tierras y Aguas reglamentaria del Artículo 27 Constitucional, encomendada al licenciado Narciso Basols por el Presidente de la República Plutarco Elías Calles, con razones irrefutables y bien documentado análisis de los propósitos de la Ley del 6 de enero de 1915, primero, y después por el Artículo 27 Constitucional, modificó aquel estipulando en su Artículo

10, "que todo poblado que carezca de tierras o de aguas, o que no tenga ambos elementos en cantidad bastante para las necesidades agrícolas de su población, tiene derecho a que se le dote de ellos, en la cantidad y con los requisitos que expresa" esa misma ley. Se dio, así, un paso trascendental para atender las demandas de los poblados, cualquiera que fuera su denominación o categoría política, ampliándose los efectos de la reforma agraria, aunque en su artículo 2o. negaba la capacidad para obtener dotación de tierras y aguas, entre otras poblaciones que era evidente que no podían considerarse capacitadas por esa dotación, a los peones acasillados alrededor de las fincas de campo en explotación.

De todas maneras merece destacarse la importancia de esta ley que abandonó radicalmente las categorías políticas, un paso que amplió los alcances de la dotación de ejidos, a pesar de que después del gobierno del general Obregón, el del Presidente Calles impuso una revisión de los procedimientos seguidos, con el pretexto de evitar irregularidades y abusos, que los enemigos de la reforma clamaban que se estaba destruyendo la posibilidad de desarrollo agrícola del país. Citó el general Calles a todos los empleados y funcionarios de la Comisión Nacional Agraria a su despacho en el Palacio Nacional y fue evidente su soslayada orden de no acelerar la acción agraria y evitar toda clase de errores y las llamadas arbitrariedades de los exaltados agraristas. Era que el Presidente Calles regresó impresionado de su visita a Europa, con la prosperidad agrícola de esos países como Francia, Suiza, Bélgica y Holanda, cuyo régimen de pequeña propiedad representaba la prosperidad de los agricultores y convertía en verdadero jardín sus campos de cultivo.

Rectificaciones como esta y las muchas modificaciones a la primera ley agraria hasta la expedición del primer Código, representan diversas tendencias, según han sido los criterios políticos de los gobernantes, de tal manera que la acción agraria no ha seguido un camino en constante ascenso para consumir la reforma y satisfacer las necesidades de todos los poblados que han carecido de tierras, sino una línea sinuosa de altos y bajos que han sido expresión no sólo de las tendencias de cada gobierno, sino también de la influencia preponderante de poderosos intereses económicos, sociales y políticos. Algo relevante en todo el proceso, ha consistido en la política electoral, tanto para la designación de los funcionarios locales como los de la federación. Cuando un gobernador o un presidente de la República ha necesitado fortalecer su gobierno con el apoyo de la masa de los campesinos o han predominado las ideas progre-

sistas de la revolución agraria en contra de las retardatarias de sus enemigos o, al contrario, estas últimas han logrado modificar la trayectoria en la aplicación de la dotación de ejidos, se han presentado rectificaciones y aun traiciones al ideal agrario de esa revolución.

Entre las modificaciones que regulaban la entrega de la tierra a los campesinos, sujetos de derecho agrario, figuran las relativas a la extensión de los terrenos, según su calidad, que habían de ser dotados a cada campesino y las que deberían ser inafectables de las propiedades privadas, cuestión que ha sido el meollo de la reforma y el factor determinante para atender los intereses antagónicos de los campesinos solicitantes de ejidos y de los terratenientes. En la circular número 1, de la Comisión Nacional Agraria, se determina que los ejidos deben ser de una extensión de cuatro kilómetros, ciento noventa y dos metros por lado, en forma de un cuadrado y que en caso de que esa superficie no baste para satisfacer las necesidades del poblado, se remitirá la solicitud de ampliación a la Comisión Nacional Agraria para que la eleve al conocimiento de la Primera Jefatura, con objeto de que resuelva lo que estime conveniente. En la circular número 3, se aclara que cuando dentro de los terrenos que se restituyan o concedan a los pueblos, existan vecinos que poseen extensiones derivadas de fraccionamientos, se les respetarán como propiedad individual hasta 40 hectáreas de terreno de cultivo y 60 de agostadero, considerándose el resto como de la comunidad; si dentro de los mismos terrenos existieran pequeñas propiedades, éstas serán respetadas y no se incluirán en la dotación siempre que sean inferiores a las superficies antes citadas; cuando existan construcciones que constituyan la planta principal de la finca, deberán quedar excluidas con una zona de protección, que no podrá exceder de aquellas superficies.

Resulta interesante transcribir esta disposición para apreciar las modificaciones que posteriormente han regido la reforma agraria. Ella demuestra que la primitiva concepción del ejido se asimilaba a los ejidos coloniales establecidos para las poblaciones que se formaron durante el régimen español, que comparada con las presentes estipulaciones demuestran cómo han variado los conceptos de lo que debe ser una dotación ejidal.

En la primera ley de ejidos expedida en 1920, que trata de reglamentar la aplicación del Artículo 27 Constitucional y regularizar y armonizar la acción para dotar de tierras a los pueblos, se estipula que la extensión que debieran tener los ejidos sería de acuerdo con las necesidades de la población, la calidad agrícola del suelo, la to-

pografía del lugar, etc., fijándose la cantidad mínima que pueda producir una utilidad diaria, a cada individuo, equivalente al duplo del jornal medio de la localidad. Posteriormente, el reglamento agrario del 17 de abril de 1922, fija una extensión de terrenos de labor variable según la calidad de los suelos; de 3 a 5 hectáreas de terrenos de riego o humedad, de 4 a 6 de temporal con lluvia abundante y de 6 a 8 en tierras de temporal de otras clases; con el mínimo para los pueblos que se encuentren a una distancia no mayor de 8 kilómetros de los centros importantes de población o de las vías férreas; y la mitad del máximo, cuando a una distancia menor existan otros pueblos con derecho a la dotación o restitución sin tierras laborables en sus inmediaciones. En las regiones áridas o cerriles, la asignación debería hacerse hasta por el triple número de hectáreas antes citados.

La "Ley Bassols", expedida el 23 de abril de 1927, aunque reformada inmediatamente después, el 19 de mayo, fijaba un monto de las dotaciones, diferentes según la calidad de los terrenos: 2 a 3 hectáreas de riego de primera calidad; 2 y media a 4 de riego de segunda; 3 a 4 de terrenos de medio riego; 2 a 3 de tierras de humedad; 3 y media a 5 de temporal de primera; 5 a 7 de las de temporal de segunda y 7 a 9 hectáreas de tierras de temporal de tercera.

Tales diferencias se justificaban por tener en cuenta la calidad de los terrenos, pero en la aplicación de la ley representaban la oportunidad para juzgar de la calidad de los terrenos, no siempre conocida y, además, eran un medio para definir las dotaciones en un estira y afloja, muchas veces arbitrario, que los encargados de proyectarlas establecían para favorecer, en unos casos a los solicitantes y, en otros, a los terratenientes.

Por lo que respecta a las superficies inafectables también han variado al modificarse la reglamentación o las leyes relativas. En la ley que citamos antes también se modificó la extensión, en 150 hectáreas de riego o humedad, en 250 en los de temporal con precipitación anual abundante y regular y en 500 en los de otras clases. También se consideraron inafectables en esta ley las propiedades que representaran una unidad agrícola industrial, cuyos dueños proporcionarían una cantidad igual a las que les corresponde entregar, en terrenos de buena calidad en el lugar más inmediato, y se reducen a la mitad las extensiones inafectables cuando en las inmediaciones del poblado no haya más que propiedades de la superficie antes señalada y se declaran, asimismo, inafectables, los edificios, las huertas o plantaciones de frutales, las de caña de azúcar,

cacao, vainilla, hule y otros similares, así como las obras de captación de aguas, destinadas a regar terrenos fuera del ejido.

Por lo que toca a las propiedades, obras y cultivos inafectables, la "Ley Bassols" definió normas precisas y generales para todo el país: 150 hectáreas, cualquiera que fuera la calidad de los terrenos; las de mayor superficie si no excedían de 2 000 y, además, estuvieron dedicadas exclusivamente a la cría de ganados, por ser terrenos de agostadero; las construcciones y edificios en general así como las obras permanentes de captación de aguas destinadas a regar tierras que no formaran parte del ejido; las plantaciones de café, cacao, hule, vainilla o alfalfa y los huertos de frutales, siempre que el número de árboles en explotación fuera superior a 100. Véase que en estas modificaciones no figura la caña de azúcar, que no es cultivo permanente y se condiciona la inafectabilidad de los huertos de frutales a que tengan mayor importancia.

Durante el gobierno provisional del licenciado Emilio Portes Gil, fue modificada nuevamente la legislación agraria, aunque sin alterar fundamentalmente sus propósitos. Se intensificó la dotación y restitución de terrenos a los pueblos, pero fue dado un paso funesto por sus consecuencias: la de declarar terminada la resolución del problema agrario en el estado de Morelos y, por lo tanto, negar a los poblados que no habían sido dotados hasta esa fecha el derecho a solicitar tierras. Lo anterior, implicaba el propósito de cancelar la entrega de éstas a los campesinos, una vez satisfechas las necesidades de los pueblos de acuerdo con la legislación vigente, como si el problema agrario pudiera ser estático y como si en lo sucesivo no se formaran nuevos poblados y nacieran y crecieran nuevos campesinos que merecieran la dotación de ejidos.

Decretos iguales al anterior, se multiplicaron durante el gobierno siguiente del ingeniero Ortiz Rubio, sin que estuvieran satisfechas las necesidades de los poblados en los Estados correspondientes a la declaración, lo cual significaba una reacción clara en contra del proceso de la reforma agraria, pero el antes citado licenciado Narciso Bassols frustró esta maniobra solicitando de oficio, a nombre de todos los pueblos carentes de ejidos en los Estados donde se hizo esa declaración. Otras modificaciones se hicieron durante el mismo gobierno de Ortiz Rubio, para definir a los peones acasillados como individuos que viven gratuitamente en casa construida dentro de los límites de la hacienda, con contrato que determine su condición de asalariados, lo cual equivalía a defender la organización de las haciendas, pues se eliminaba por completo del derecho a ser dotados a los peones de los latifundios, aunque sólo trabajaran eventualmente en ellos.

Como contrapartida a estas medidas claramente anti-agraristas, durante dicho gobierno, el Congreso de la Unión expide un trascendental decreto, el 12 de octubre de 1932, negando el recurso legal ordinario del amparo a todos los propietarios afectados con resoluciones de dotación de tierras y aguas. Casi abandonados durante esta época los propósitos de crear un sistema nuevo de tenencia de la tierra, basado en la posesión de ejidos, combatida la reforma por la opinión reaccionaria que siempre se ha manifestado en el país y subsistiendo los ejidos dotados en las condiciones más precarias, los propósitos de la reforma se renuevan durante la campaña presidencial en 1934. Nuevamente la política electoral determina los cambios en la lucha incesante de avance y retroceso, no es la técnica, ni la investigación y los estudios concienzudos los que fueron modificando su realización.

En enero de 1934 el Congreso reforma el Artículo 27 Constitucional, creando una dependencia directa del Ejecutivo y un cuerpo consultivo para la resolución y aplicación de las leyes agrarias. Coincide esto con la expedición del primer Código Agrario, que define y amplía las atribuciones, los preceptos y los propósitos de la legislación. En lo sucesivo, esa dependencia será la encargada de aplicar las leyes agrarias y se crean las Comisiones Agrarias Mixtas en cada uno de los Estados de la República, dando representación a los campesinos interesados. La capacidad jurídica de los poblados para obtener dotación de tierras, bosques y aguas no se modifica, pero se estatuye que los peones acasillados de las haciendas tendrán derecho a ser incluidos en los censos agrarios, cuando dentro del radio de 7 kilómetros del lugar donde prestan sus servicios haya ejidos con parcelas vacantes; cuando en un radio de 10 kilómetros se tramiten solicitudes y los peones figuren en el censo y cuando en el mismo radio se presenten demandas de ampliación.

Por lo que toca al monto y calidad de las dotaciones, se abandona el sistema de señalar diferentes extensiones según la calidad de los terrenos, fijando cifras invariables de dotación, en los terrenos de riego 4 hectáreas, de 8 en los de temporal y estipulando que el Ejecutivo podría aumentar las superficies de la parcela individual para las tribus que fueran dotadas con propiedades nacionales. La superficie de las propiedades inafectables se uniforma también a 150 hectáreas de terrenos de riego y 300 de temporal, pudiendo reducirse a 100 y 200 respectivamente, cuando en el radio de 7 kilómetros de los poblados solicitantes no haya propiedades afectables. Además, se especifica que serán inafectables las plantaciones de caña de azúcar, donde haya ingenio propiedad del

dueño, en la extensión necesaria para alimentar la molienda durante los cinco años; hasta 300 hectáreas de plantaciones *ordenadas* de plátano, café, cacao y árboles frutales y para las superficies ocupadas con alfalfa, henequén, maguey y otros agaves industriales y las que excedan de 300 hectáreas cuando las instalaciones industriales hayan beneficiado la producción con anterioridad de seis meses a la solicitud de ejidos y cuando los propietarios se comprometan a proporcionar en otro lugar lo necesario en cantidad y calidad para las dotaciones.

En este mismo Código de 1934, se establece que donde los cultivos que se practiquen no aseguren rendimientos económicos dentro del régimen agrícola ejidal, las necesidades de tierras, bosques y aguas podrán satisfacerse mediante el establecimiento de uno o más distritos ejidales, si se logra la conformidad de la mayoría de los solicitantes, así como de los propietarios afectados, lo cual tuvo el propósito de excluir de afectación terrenos como los de la Comarca Lagunera en los que se dictaminó inaplicable la constitución de ejidos. También se estipuló que procedía la creación de nuevos centros de población, cuando las tierras afectables no bastaran para los campesinos censados, con derecho a dotación ejidal.

Es evidente que todas estas reformas tendían a limitar la dotación ejidal y defender las propiedades, a pesar de tener el carácter de latifundios, por considerarse y temerse la reducción de la producción agrícola, pero el 10. de diciembre de 1934 tomó posesión como Presidente de la República el General Lázaro Cárdenas, quien durante su campaña política electoral había comprometido su acción en favor de todos los campesinos carentes de tierras. En octubre de 1936 expide un acuerdo para dotar a todos los trabajadores de las haciendas algodoneras en la Comarca Lagunera. En el mes de agosto de 1937 nuevas disposiciones presidenciales resuelven la entrega de las tierras henequeneras en el Estado de Yucatán, personalmente el Presidente interviene para una violenta y eficaz distribución y lo mismo se hace durante su gobierno con los terrenos de la región de Mexicali, en la frontera de California con los Estados Unidos, pertenecientes a una compañía norteamericana; con los del valle del Río Yaqui en Sonora, con los latifundios de Lombardía y Nueva Italia, pertenecientes a extranjeros italianos y en todo el país se entienden con celeridad las demandas de tierras, concediendo ejidos, con superficies variables según su calidad y situación económica y la convicción de que el ejido ya no debía ser la limitada parcela para que el trabajador agrícola tuviera un medio de defensa para vender en mejores condiciones su fuerza de

trabajo o la escuela para futuros propietarios, como lo expresaron Luis Cabrera en su iniciativa ante la Cámara de Diputados y posteriormente un Secretario de Agricultura.

El ejido sería la base fundamental para la vida del campesino, un medio seguro para alcanzar su bienestar económico y la auténtica pequeña propiedad seguirse respetando. Sin embargo, al final de su período gubernamental el General Cárdenas, teniendo en cuenta las demandas de los latifundistas ganaderos y las opiniones de algunos de sus colaboradores, reformó la legislación con el decreto de la inafectabilidad de los terrenos destinados a la explotación del ganado, bajo el requisito de que lo solicitara la parte interesada, para que el Departamento Agrario declarara inafectables por la vía de dotación, durante un período de 25 años, las extensiones necesarias para la cría de ganado, que tengan un pie de cría no inferior a 500 cabezas de ganado mayor, si no son lecheras y 300 si lo son o su equivalente de ganado menor, siempre que los terrenos pertenezcan al mismo propietario y que se encuentren en zonas donde hayan quedado totalmente satisfechas las necesidades agrarias de los núcleos de población. Estos decretos, evidentemente anticonstitucionales, sirvieron para mantener los latifundios de la mayoría de las zonas ganaderas del Norte del país y de otros lugares, con grave quebranto para los intereses de la clase campesina carente de tierras, así como para cometer flagrantes violaciones al Código Agrario.

Al fenecer el período de gobierno del General Cárdenas se expide un nuevo Código Agrario el 29 de octubre de 1940, que refunde todas las disposiciones y reformas dictadas durante su administración, sin mayor alteración de lo estipulado en el Código anterior. Con su expedición terminó la labor agraria del régimen cardenista, la más decidida y trascendental desde el inicio de la reforma, cuando todas las fuerzas reaccionarias combinadas se lamentaban del desorden, de la intranquilidad y del caos que las ideas disolventes del comunismo habían creado en todo el país, entre ellas, la disposición de la Ley de Crédito Agrícola para que en todos los casos en que las circunstancias lo exigieran, la explotación de los ejidos se haría de manera colectiva, es decir, en común por todos los ejidatarios y no de manera individual de la parcela.

El gobierno del General Manuel Avila Camacho, se caracterizó por una tendencia revisionista de la reforma agraria. Con la consideración de que la línea de las afectaciones de terrenos había llegado a su punto de inflexión, según declaraciones del Secretario de Agricultura, dando a entender que la falta de tierras exigían la

disminución de las dotaciones de ejidos, la acción agraria fue limitada y, principalmente, la preocupación del gobierno fue la de asegurar el derecho a la posesión de las parcelas dotadas, por medio de los certificados agrarios que debían extenderse a cada campesino dotado.

Por otra parte, se denunció como imitación extra-lógica de los koljoses soviéticos el trabajo colectivo se permitió la disgregación de los ejidos que en varias regiones se habían organizado en esa forma, en algunos casos atendiendo las demandas de los ejidatarios, inconformes por ese sistema de trabajo, que desgraciadamente por la falta de experiencia y responsabilidad, había tenido lamentables resultados, aunque los errores cometidos no justificaban la renuncia al sistema de trabajo en común de los terrenos, sino exigían su corrección que era posible, sobre todo si con eficacia y perseverancia se mantuviera la organización, llamada colectiva impropia, pues sólo se trataba de cooperativas de producción, tal como se había recomendado hacerlo en el año de 1922, de acuerdo con la circular número 51 girada a todos los Estados por el Departamento de Aprovechamientos de Ejidos.

Por supuesto que no ha sido sólo el cambio de personas y de ideas lo que determinó la modificación en la organización colectiva de los ejidos. Los eternos enemigos de la reforma, las fuerzas retardatarias, aun los auténticos pequeños propietarios, veían en el trabajo en común la amenaza más grave en contra de la empresa agrícola privada. Así explotados, los ejidos pueden competir con éxito con la grande y pequeña explotación que sólo persigue la ganancia y, entonces, denuncian aquélla como intento comunista y destructor del orden social.

Así fue destruida esa organización inicial, perdiéndose la oportunidad de encontrar el camino, el "Way out" que señaló Simpson en su libro, como única salida para la consolidación y prosperidad de los ejidos. Además de lo anterior, los reducidos préstamos otorgados a los ejidatarios por el Banco Nacional de Crédito Ejidal, la necesidad de solicitarlos a los agiotistas acaparadores de cosechas y la desorganización y corrupción derivada de influencias diversas y nefastas en la organización de la explotación agrícola ejidal, dieron por resultado que los ejidos no produjeran lo que deberían producir y que se señalara como un fracaso la reforma agraria.

Los gobiernos posteriores al del General Avila Camacho, no lograron corregir esta situación, ni siquiera lo intentaron. Al contrario, el Presidente Miguel Alemán lo primero que hizo fue mo-

dificar los términos del Artículo 27 Constitucional, definiendo como pequeñas propiedades lo que hasta entonces fueron las superficies que la ley reglamentaria fijaba como inafectables en la aplicación de la reforma. Pequeñas propiedades, en todo el mundo y en todas las épocas, han sido las que bastan para el trabajo personal de un agricultor y su familia, según son la densidad de la población agrícola, las posibilidades o recursos de los terrenos de cultivo y otras circunstancias locales, que en los diferentes países varían en términos contrastantes por cuanto a su superficie.

Con esta reforma y el otorgamiento del amparo de la justicia federal a las propiedades que contaran con certificados de inafectabilidad, la nueva Ley de Irrigación con aguas Federales, que modificó sus términos dando oportunidad para el acaparamiento de los terrenos regados por las obras construidas por el Gobierno Federal y, sobre todo, por la intención política evidente de reducir en lo posible la acción de dotación y restitución de tierras y aguas; el gobierno del Licenciado Miguel Alemán Valdés, sin declararlo nunca, fue claramente antiagrarista.

Siguen en su turno, los gobiernos de Adolfo Ruiz Cortines, el licenciado Adolfo López Mateos y el licenciado Gustavo Díaz Ordaz, sin que la política agraria se modificara fundamentalmente a pesar de que todos esos gobiernos reiteraran su propósito de consumar, al fin, la reforma agraria integral. El primero, en dos de sus informes al Congreso de la Unión, señalaba la falta de resoluciones provisionales de dotación y restitución dadas por los gobiernos Estatales como causa que le impedía resolverlas en definitiva; el Jefe del Departamento Agrario, declaró en una ocasión, que las leyes no se oponían a la permanencia de los latifundios, respecto a la imposibilidad de afectar las propiedades situadas a más de siete kilómetros de los pueblos solicitantes y uno de sus empeños consistió en repartir banderas nacionales a los núcleos de población dotados. El segundo, declaró en su campaña presidencial que intensificaría la acción agraria, destinando los terrenos regados con las obras construidas por el gobierno federal, *exclusivamente* para los nuevos ejidatarios y combatiendo la concentración de su propiedad privada en manos de quienes habían logrado constituir verdaderos latifundios, simulando las pequeñas propiedades de 100 hectáreas, registradas a nombre de sus numerosos familiares. El tercero y último presidente de este largo período, intensificó la repartición de tierras en diferentes regiones del país, pero sin que se conozcan las superficies dotadas en los de diferente calidad, ni siquiera los que fueran prácticamente cultivables.

En repetidas ocasiones se habló de reformar el Código Agrario vigente, para atender las nuevas demandas de los campesinos sin tierras: los que han quedado con sus derechos a salvo, es decir, sujetos a la espera de que se encontraran terrenos afectables en otros lugares diferentes a los sitios de su residencia, creando nuevos centros de población; los que en los poblados con ejidos han llegado a ser sujetos de derecho agrario, los hijos de los ejidatarios que han crecido siendo campesinos; los peones sin haber recibido dotación y, por último, los poblados que aun no han presentado su solicitud para ser dotados; cuyo número se hace ascender a dos millones, pero que nadie ha investigado cuántos podrán ser.

Las diversas demandas para atender estas necesidades y perfeccionar la legislación agraria para dar fin de manera definitiva a la reforma, son tan urgentes que no admiten espera y, por otra parte, la organización de los ejidatarios para que logren explotar la tierra, principalmente por medio del crédito y de la asistencia técnica, exigen esmerada y eficaz atención, que ha de lograrse no sólo con las reformas a la ley sino con una política gubernamental que aborde con decisión todos los nuevos problemas que se han creado y requieren una decidida, amplia y general atención en beneficio de los ejidatarios y de los campesinos aún no dotados. En el campo mexicano existe ya una manifiesta intranquilidad, un malestar social con demostraciones ominosas, de manera que el actual gobierno necesita atender con verdadero fervor esos problemas y necesidades.

¿**L**A nueva Ley Federal de Reforma Agraria, que el 16 de marzo del presente año, ha entrado en vigor, asegura la resolución de todos los problemas pendientes? ¿Se logrará el perfeccionamiento de la situación agraria y consumar de manera integral la transformación de la estructura en la tenencia de la tierra, que preconizó la revolución iniciada en 1910?

Lamentamos tener que afirmar que no se alcanzarán tales fines y propósitos, en primer lugar, porque han quedado vigentes las reformas al Artículo 27 Constitucional, hechas por el gobierno del licenciado Miguel Alemán, que como hemos dicho declara terminantemente que son pequeñas propiedades inafectables, las superficies que antes sólo señalaban las reglamentaciones a la ley y que podrían y deben variar según sean los apremios para atender todas las demandas de los campesinos carentes de ejidos, lo cual ha constituido un freno definitivo a la reforma. Si no existiera esa

disposición constitucional, sería posible modificar la extensión de las propiedades consideradas, sin serlo, pequeñas, cuando en la actualidad las extensiones invariables que se fijan para todo el país exigen su reducción, de acuerdo con la densidad de la población agrícola y las limitaciones de terrenos de cultivo en muchas regiones.

Por otra parte, el ofrecimiento incumplido del gobierno del licenciado López Mateos de destinar los terrenos regados por obras construidas por el gobierno federal EXCLUSIVAMENTE para la dotación ejidal, se impone hacerlo efectivo, debido a la evidencia de la carencia de terrenos de riego en cantidad suficiente para atender las demandas de los campesinos sin tierra, ser ellos los que aseguran la prosperidad de los ejidatarios y no justificarse que sirvan, como ha estado sucediendo, para la constitución de verdaderos latifundios familiares. La primera Ley de Irrigación con Aguas Federales, capacitaba al Estado para expropiar los terrenos regados en la proporción que aumentara su valor al cambiar su calidad, pero tal como lo expresa la actual Ley de Riegos, los propietarios pueden conservar una superficie de 100 hectáreas, de manera que ellos las fraccionan en lotes de esa superficie, para registrarlos como pequeñas propiedades a nombres diversos, sus familiares, aun los niños menores de edad, y las personas que prestan sus nombres para simular esa pequeña propiedad. Ninguna objeción podría hacerse a la determinación de destinar los terrenos regados exclusivamente a los campesinos solicitantes de ejidos, en la extensión de 10 hectáreas y si otras consideraciones y circunstancias exigieran conservar la propiedad privada para los campesinos carentes de tierras, se justificaría que dentro de los distritos de riego nadie podría poseer una superficie mayor, de ninguna manera exigua para el sostén de una familia de un agricultor, si cultiva la tierra de manera intensiva y diversificada y cuando los sistemas de cultivo lo exigieran, organizar la explotación colectiva con ejidatarios y pequeños propietarios. Habría así una verdadera equidad en la distribución de la tierra, que se ha mejorado con los dineros del pueblo, que representan en no despreciable proporción "el sudor, las lágrimas y la sangre de los que trabajan".

La Ley Federal de Reforma Agraria, conserva la estructura de las anteriores por cuanto a la organización de las autoridades agrarias y sus funciones, cuando es evidente la conveniencia de federalizar la acción agraria, para hacerla más expedita, para evitar demoras, componendas y fraudes de los gobiernos de los Estados. De haberse adoptado esa reforma tan importante, el Gobierno Federal

estaría en condiciones de consumarla en más breve tiempo, unificar el propósito de la entrega de la tierra a los campesinos y salvar ese largo plazo que implica la tramitación de las dos instancias, con los inconvenientes manifiestos de lo que significa la modificación de las resoluciones provisionales dictadas por los Gobernadores de los Estados.

Asimismo, se mantiene el procedimiento de la solicitud de dotación, restitución y ampliación de tierras y aguas, que deben presentar los Comités Particulares Ejecutivos. Debería reformarse la ley en este aspecto, para iniciar los expedientes relativos de oficio y por el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización, teniendo en cuenta que al presente los núcleos que no han presentado solicitud son los más aislados, los más atrasados e ignorantes de sus derechos, con el resultado que la resolución del problema agrario se mantiene en espera indefinida de esas solicitudes. De iniciarse de oficio la tramitación por parte de la autoridad agraria, se tendría las indudables ventajas de atender las necesidades pendientes por regiones agrícolas, para integrar así la resolución de la distribución de las tierras, perfeccionar las dotaciones o restituciones que se hubieran ejecutado erróneamente, como es el caso de muchos dictámenes que invaden ejidos ya dotados o se han superpuesto las superficies correspondientes. Durante el gobierno del General Lázaro Cárdenas la Liga de Agrónomos Socialistas presentó esta demanda, señalando que en varios casos así se había procedido, para resolver el problema en la Zona Lagunera, en Yucatán, Mexicali, etc.

Mientras la reglamentación en la aplicación de las leyes no se reforme en el sentido indicado, el proceso de la reforma se encontrará estancado, con grave indecisión de los derechos agrarios pendientes y, sobre todo, sin la posibilidad de organizar la explotación de los ejidos en unidades regionales, para lograr aprovechar los recursos agrícolas de manera verdaderamente integral, según sean las condiciones ecológicas, económicas y sociales y las necesidades de los campesinos.

El artículo 289, del Capítulo Tercero de la ley, sobre primera instancia para dotación de tierras, ordena que "Las comisiones Agrarias Mixtas o las Delegaciones Agrarias ordenarán, los trabajos relativos al censo y planificación, que se incluyan todos los núcleos de población de una región, a fin de que se recaben los datos relativos a los poblados que hayan solicitado ejidos y, a la vez, se recojan los correspondientes a los núcleos que existan dentro de ella y no hayan presentado solicitud, con el objeto de que

se dicte el acuerdo de su *iniciación de oficio*. (el subrayado es nuestro). Esta disposición muy acertada, en nuestro concepto, podría hacerse extensiva para todos los poblados que no hayan presentado solicitud de dotación y restitución de tierras y aguas, como lo sugerimos antes. En el caso de las comunidades indígenas, que son preocupación del actual Presidente de la República, merecen que la ley agraria se tramite, en todos los casos, de oficio, para lograr los propósitos de su rehabilitación económica y social.

Respecto a los bienes afectables, el Artículo 203, estipula que todas las fincas cuyos linderos sean tocados por un radio de siete kilómetros a partir del lugar más densamente poblado del núcleo solicitante, serán afectables para fines de dotación o ampliación ejidal en los términos de esta ley, es decir, se conserva el límite señalado por las primeras reglamentaciones, cuando la distancia de siete kilómetros, que parece arbitraria, se justificaba o explicaba porque una mayor resultaría excesiva para poblados sin comunicaciones o muy aislados por la naturaleza de su topografía. Al presente, cuando muchos caminos han sido construidos, facilitando la comunicación de las gentes, debería haberse ampliado para contar con mayores posibilidades de afectación, sobre todo en las zonas más pobladas y donde la escasez de terrenos laborables ha impedido atender las demandas.

Merece destacarse por su importancia para afectar pequeñas propiedades simuladas el Artículo 209, que estipula que se considerará una sola propiedad los diversos terrenos que pertenezcan a un mismo dueño, aunque se encuentren separados unos de otros, y los inmuebles que siendo de varios dueños sean poseídos proindiviso, aunque se agrega que no se considerarán como un solo predio los terrenos de pequeños propietarios que personalmente exploten sus tierras y se organicen en cooperativas de comercialización de sus productos o que exploten colectivamente sus tierras, mientras no transmitan su propiedad a la cooperativa.

De mayor trascendencia y merecedora de aplauso, es la declaración del artículo 219, de que los propietarios afectados con resoluciones dotatorias o restitutorias de tierras, bosques y aguas que se hubieren dotado en favor de los pueblos o que en lo futuro se dicten, no tendrán ningún derecho, ni recurso legal ordinario, ni podrán promover el juicio de amparo. Se corrige en esta forma una de las reformas impuestas por el gobierno del licenciado Alemán que restituyó ese derecho a los afectados, que había sido negado durante la administración del Ing. Ortiz Rubio. Quedan libres las resoluciones de ese obstáculo, que sólo había determinado la de-

mora en la tramitación de las solicitudes de ejidos y ocasionado muchos juicios y perjuicios, casi siempre en contra de los intereses de los campesinos.

La dotación de terrenos ganaderos y forestales se determina y perfecciona, señalando que en caso de que puedan desarrollarse económicamente una explotación pecuaria o forestal, se entregarán en cantidad suficiente para que los campesinos puedan cubrir sus necesidades, con el aprovechamiento de los recursos que ellos proporcionen. En ambos casos se fijará técnicamente, mediante estudio especial que al efecto se elabore, la extensión de la unidad de dotación económicamente suficiente para asegurar la subsistencia decorosa y el mejoramiento de la familia campesina. El monto de las dotaciones en el primer caso no será menor a la superficie necesaria para mantener 50 cabezas de ganado mayor o sus equivalentes y se determinará teniendo en cuenta la capacidad forrajera de los terrenos y los aguajes y, en los segundos, tomando en consideración la calidad y el valor de los recursos forestales. Unos y otros deberán explotarse en forma colectiva, prevención ésta que puede asegurar el aprovechamiento racional de los recursos. Así es como, en este caso, la Ley Federal de Reforma Agraria, define con ventaja los términos de las dotaciones de terrenos ganaderos y forestales, que en los primeros códigos agrarios no se fijaban tales requisitos y sólo hace falta en estos casos, precisar la prohibición absoluta de que los pastos y bosques se vendan o renten a los particulares, lo cual ha dado por resultado que no se aprovechen las dotaciones en provecho de los campesinos, sino por quienes contratan esos recursos, por una parte los Comisariados Ejidales y, por la otra, los contratistas que en la mayoría de los casos han agotado los bosques ejidales que han explotado.

La tramitación de oficio de los expedientes agrarios, se amplía de acuerdo con el Artículo 285, cuando los terrenos laborables restituidos no sean suficientes para que todos los individuos con derechos obtengan tierras en extensión igual a la unidad de dotación, lo cual harán las Comisiones Agrarias Mixtas en expedientes complementarios, medida ésta que beneficiará a las Comunidades cuya restitución se haya solicitado, que seguramente son muy numerosas en el país, por tratarse de poblaciones comunales que han quedado aisladas y remontadas en las regiones más montañosas, donde la lucha por aprovechar los terrenos de labor ha dado lugar a enconados e interminables conflictos.

Una prevención novedosa y de especial utilidad, es la señalada en el Artículo 309 que dice: que cuando la resolución presidencial

sea negativa al grupo agrario solicitante y éste, en virtud de ordenamiento del Gobernador de la entidad, se encontrara en posesión provisional de las tierras, el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización estará obligado, en primer término, a negociar con los propietarios del o los predios, la compra en favor de esos campesinos de la superficie que se encuentren ocupando en posesión provisional y de no conseguirlo, a localizar en su favor con prelación a los demás núcleos, otras tierras de semejante calidad a las cuales trasladar a los campesinos afectados, preferentemente en la misma entidad, en los plazos convenientes que se determinen. Claro que serán excepcionales los casos en que los campesinos cuenten con recursos económicos para adquirir por compra los terrenos que se les nieguen en dotación, pero de todas maneras tiene utilidad esta prevención de la ley.

Hemos destacado y comentado los artículos de la nueva Ley Federal que en nuestro concepto introducen reformas y disposiciones que perfeccionan la dotación de ejidos, pero ella contiene, además, en el Libro Tercero, Capítulo Primero, todo lo relativo a la organización económica del ejido, cuyos solos títulos demuestran la preocupación porque las tierras dotadas se aprovechen de la mejor manera posible: El Régimen de Explotación de los Bienes de los Ejidos y Comunidades; de la Producción de Ejidos y Comunidades; Crédito para éstos; Del Fondo Común de los núcleos de población; Del Fondo Nacional de Fomento Ejidal; Comercialización y Distribución; Fomento de Industrias Rurales; Garantías y Preferencias para los ejidos y comunidades. Todos estos capítulos contienen disposiciones detalladas para la mejor organización económica y aprovechamiento de los recursos y bienes ejidales y comunales, señalando el Artículo 131, que el Presidente de la República determinará la forma de *explotación colectiva* en los casos que ésta se considere obligada y conveniente: cuando las tierras constituyan unidades de explotación que no sea conveniente fraccionar y exijan para su cultivo la intervención conjunta de los ejidatarios; cuando una explotación individual resulte anti-económica o menos conveniente por las condiciones topográficas y la calidad de los terrenos, por el tipo de cultivo que se realice, por las exigencias para el uso de la maquinaria, implementos o inversiones de la explotación; cuando se trate de ejidos que tengan cultivos cuyos productos estén destinados a la industrialización y constituyan zonas productoras de las materias primas de una industria; y cuando se trate de los ejidos ganaderos y forestales.

Queda en esta forma definida la explotación en común de los

terrenos, lo que se estableció durante el gobierno del General Cárdenas para diversas zonas ejidales y que tantas críticas provocó, pero opinamos que la determinación de esta forma de trabajo no debería hacerla el Presidente de la República, sino sujetarse a la decisión de la mayoría de los ejidatarios, con la promoción del Departamento Agrario y Colonización y aprobación de la institución de crédito que refaccione las actividades correspondientes. Tiene el inconveniente la decisión presidencial que puede aplazarse o retardarse indebidamente por las circunstancias diversas de sus labores y es forzoso que se convenza al mayor número de los ejidatarios para evitar inconformidades posteriores. En todos estos casos, debe procurarse obtener la opinión de los directamente interesados que son los ejidatarios y no someterlos a disposiciones que implican una tutela, tal como si fueran menores de edad. Las experiencias anteriores de esta forma de organización, demostró el error que consiste en imponer decisiones desde arriba, dado que ese sistema no puede funcionar eficientemente si no se cuenta con la conformidad convencida de los ejidatarios. En los mismos países socialistas ha quedado demostrado que se presentan serias dificultades cuando se imponen esta clase de disposiciones. En Yugoslavia pudimos observar que el gobierno había abandonado el sistema de determinar la explotación colectiva de los terrenos, reconsideraron este proceder y comenzaron por organizar las explotaciones colectivas en forma de empresas estatales, con la cooperación de los campesinos que aportaran sus bienes y trabajo, demostrando con ello las ventajas a quienes mantenían el sistema individual de trabajar la tierra, que en la medida que se convencían de ellas, se sumaban a la organización. Sugerimos, por otra parte, la intervención de la institución de crédito agrícola que refaccione la explotación, por ser ella la directamente interesada en que sus resultados sean los mejores, tanto para pagar los préstamos que otorguen, como para consolidar el sistema colectivo.

En el Artículo 136 se prevé la posibilidad de que dos o más ejidatarios resuelvan trabajar en común sus parcelas y en estos casos y todos los demás en que determinadas tareas agrícolas se hacen en común —la "guelagetza" en Oaxaca, el "darse el hombro" para el desmonte de los terrenos que se cultivan periódicamente durante las lluvias, la invitación al trabajo común "para levantar la milpa" y en los demás que existan formas de cooperación en los trabajos agrícolas, los encargados de la organización de la explotación ejidal deberían aprovecharlas para formar una sociedad inicial de cooperación, aunque no reciban préstamos de las instituciones de crédito,

para educar a los ejidatarios en estas formas de trabajo y dar base posterior para que acepten, convencidos de su utilidad, lo mismo las organizaciones cooperativas para diversos fines, que la colectivización de todas las labores. El artículo mencionado antes merece reformarse con esta prevención.

Al disponer el Artículo 141 la forma en que serán retribuidos los trabajos en la explotación colectiva, hace falta prescribir la necesidad de establecer normas para cada tarea durante las ocho horas de trabajo obligado, con el estímulo de un premio adicional para quienes las cumplan sobrepasándolas, de tal manera que haya la recompensa merecida para quienes se empeñen en aumentar los rendimientos de su trabajo.

El Capítulo Segundo, que trata de la producción en ejidos y comunidades, el Artículo 148 establece, que todo ejido, comunidad y pequeña propiedad cuya superficie no exceda la unidad mínima individual de dotación, tienen derecho *preferente* a la asistencia técnica, al crédito suficiente y oportuno, a las tasas de interés más bajas y a los plazos de pago más largos, que permita la economía nacional. . . Tan importante y generosa disposición, debería consistir en la obligación ineludible para todas las instituciones nacionales de crédito agrícola, de otorgarlo **EXCLUSIVAMENTE** a los que se refiere este artículo, que de no estipularse así dará los nefastos resultados que se han lamentado y censurado de que los créditos concedidos por las instituciones del Estado en muchas escandalosas ocasiones han servido para refaccionar a los viejos y nuevos terratenientes de tipo latifundista, aun a muchos propietarios que cultivan tierras rentadas a los ejidatarios.

Los artículos siguientes al 148 que proponemos su reforma o cuando menos señalamos como incompleto para lograr los fines que se persiguen, hasta el 154 inclusive, disponen la preferencia para los ejidatarios de los diferentes servicios otorgados por las instituciones del Estado o privadas, en la venta de los insumos necesarios para la explotación agrícola y demás atenciones que requieran para su prosperidad y buen uso de los recursos, disposiciones todas que recogen las demandas de los campesinos y las aspiraciones de quienes han clamado un interés especial para la nueva estructura ejidal que se ha creado.

En la imposibilidad de señalar cada una de las disposiciones referentes a la organización de los ejidos que la Ley incluye con los propósitos evidentes de perfeccionar la producción, de garantizar su consolidación y proteger sus intereses y derechos, hemos de terminar este análisis con la observación general y capital de que son

problemáticos sus resultados e ilusorias sus aspiraciones, mientras no se liquide radicalmente y por completo el latifundismo y todas las formas latifundistas de explotación de la tierra, todas las que emplean y siguen empleando tanto los pequeños y grandes propietarios, como las consolidan y protegen otras instituciones privadas, las bancarias y comerciales que en el régimen capitalista aseguran la explotación del hombre por el hombre.

Sin llegar a la socialización de la tierra y demás medios de producción, la revolución mexicana aspiraba a crear una estructura en la tenencia de aquélla, democratizando integralmente su posesión con base en el ejido y la genuina pequeña propiedad, que no lo es la que garantiza el actual Artículo 27 Constitucional, y mientras se mantengan y se sigan protegiendo todas las formas latifundistas de producción, ese régimen ideal de los verdaderos agraristas se mantendrá en condiciones precarias, imposibilitado de prosperar en competencia con tales formas de producción, ante la incompatibilidad muchas veces señalada de la convivencia de la HACIENDA y el EJIDO, formas antagónicas de producción.

REFLEXIONES SOBRE LA ENSEÑANZA EN MEXICO

Por *Rubén LANDA*

EL siglo XIX fue un siglo de revoluciones, y acaso la de consecuencias más profundas, y duraderas fue una revolución pacífica, que trajo algo nuevo y muy valioso al mundo: enseñanza primaria para todos. Esto, claro está, sólo pudieron realizarlo las naciones más cultas y más ricas; pero en las demás quedó arraigado el deseo de realizar lo mismo. En nuestro siglo XX yo diría que el cambio más importante y de más trascendencia es el ya realizado en algunas naciones de más medios económicos: que todos reciben la segunda enseñanza. En nuestros días, desde los comunistas a los verdaderos cristianos, aspiran a la igualdad. Quizá nada contribuya a ello tanto como el que todos reciban la segunda enseñanza, que hasta ahora ha sido privilegio de una clase social. Hace tiempo, en la Universidad Nacional de México, oí una conferencia a un profesor norteamericano, y en ella dijo que en los Estados Unidos ya todos recibían la segunda enseñanza. Poco después fui a los Estados Unidos, en donde pasé varios años, y tuve la impresión de que allí *casí* todos, pero no todos, reciben la enseñanza secundaria, y la universitaria todo el que quiera mediante becas o trabajando algo al mismo tiempo que estudia.

México no ha podido llegar a tanto, pero ¡cuánto ha hecho en este sentido! ¡Qué progreso tan enorme se ha hecho aquí desde la caída de Don Porfirio, tanto en enseñanza primaria como en secundaria! Y no satisfechos con lo ya conseguido, ahora presenciamos un fuerte movimiento que aspira a mejorar la educación del país. Bien quisiera yo poder contribuir a ello; mas no puedo. Mis aspiraciones al escribir estas notas son mucho más modestas.

Por otra parte, siendo mi profesión la de enseñar, tampoco me parece bien cruzarme de brazos. Aunque ya hace 30 años que soy ciudadano mexicano (nacé en España) no puedo conocer los problemas del país como los nacidos en México. Sin embargo, acaso por esto mismo puedo aportar una pequeñísima ayuda. Viniendo de fuera mis ojos quizás adviertan algo que sea más difícil percibir

a los nacidos en México. No pretendo enseñar nada a nadie; pero sí contribuir modestamente a fortalecer sus esperanzas en la mejora de México.

¿Por dónde empezar? ¿Qué es lo más importante, los edificios, los planes de estudios, los libros, los profesores? No. Lo más importante son los alumnos, y yo tengo fe en los de México, fe que es resultado de una experiencia ya larga. En los Estados Unidos como aquí trabajé en la enseñanza. Allí tengo la impresión de que la enseñanza primaria y la universitaria marchan bastante bien, aunque en el nivel de las distintas universidades hay diferencias considerables. Lo que no marcha bien allí es la segunda enseñanza, las "High Schools". Lo mismo que yo piensan profesores y profesoras de ellas con quienes he hablado. Yo he dado allí hasta cuatro cursos a profesores de español de las High-Schools. Para decir toda la verdad, toda "mi verdad", afirmaré que visité detenidamente una High School, y que la considero buena y que también lo es otra que he tenido ocasión de conocerla con detalle a través de un profesor de ella, amigo mío, español. También una profesora francesa muy competente me elogió una High School de los Estados Unidos, que ella había visitado detenidamente. A quien he oído más juicios desfavorables sobre estas escuelas es a profesores y profesoras norteamericanos. Además, en los Estados Unidos han sido alumnos míos jóvenes que acababan de salir de la High School. Comparándolos con alumnos mexicanos de la misma edad, como resultado de una experiencia de varios años, he llegado a la conclusión de que los mexicanos saben más de cultura general que los norteamericanos, aunque no lleguen a saber tanto como los franceses.

Pero mi optimismo se basa en razones aún más fuertes. No hace mucho, acaso no más de un año, que el príncipe heredero de Nepal (si no me falla mi debilitada memoria) pasó en México unos días, pocos, en un viaje que sin duda hacía para completar su educación. Ha estudiado en universidades inglesas. Este joven debe ser muy inteligente, porque en muy pocos días se dio cuenta de una verdad importantísima que para muchas otras personas pasa inadvertida. Cuando estaba a punto de ausentarse, los periodistas le preguntaron su opinión sobre México, y él contestó: "México tiene maravillas, pero lo más maravilloso de México es su pueblo." Yo pienso lo mismo; pero he llegado a esta conclusión después de vivir aquí más de 30 años.

Acaso porque soy profesor de adolescentes me interesa hablar con muchachos pobres de 11 o 12 años aproximadamente. En ellos he encontrado aquí siempre un gran afán de estudiar. El caso ad-

mirable de Juárez niño o casi niño es lo corriente ahora. Pero ahora es mucho más fácil satisfacer el deseo de ir a la escuela. No digamos en la capital y sus alrededores en donde sólo he encontrado una excepción: un niño que no ha podido asistir a la escuela primaria.

Andando yo por las hermosas montañas próximas a Contreras encontré a un pastorcillo de unos 12 o 13 años con un rebaño de ovejas. Los pastores tienen que pasar tantas horas solos, que les agrada un rato de conversación. Y por supuesto, el recuerdo de Juárez estaba presente en mí. Nos sentamos en unas rocas; él con su cayado, tenía ya ademanes lentos de persona mayor; consciente de su deber, como Juárez niño, no dejaba de mirar el rebaño. Hermosas eran las montañas, pero aún más la belleza moral de aquel casi niño. Vivía en Contreras, donde hay escuela primaria hace muchos años.¹

Es huérfano de padre, su madre tiene que ir a trabajar todos los días al centro de la ciudad, y él tiene que ayudar al sostenimiento de la familia. Le pregunto: ¿Te gustaría ir a la escuela? Me contestó con un magnífico "¿Y cómo no?" Con tono de reproche por si mi pregunta suponía una duda. Para él todo el mundo quiere ir a la escuela. Pudo ir a ella, a la de Contreras, muy poco tiempo, y me habló con simpatía y afecto del maestro. Allí tuvo una pelea con un compañero; intervino el maestro, según él de manera muy justa.

En la ciudad de México y suburbios este es el único niño que he encontrado que no ha podido ir regularmente a la escuela primaria, y todos quieren ir a ella. Muchos trabajan algunas horas, por ejemplo, como limpiabotas (boleros) o ayudando a empaquetar en las cajas de los super-mercados. Y no parece que el trabajo les desagrade ni mata su alegría infantil. Fuera de la capital he tenido ocasión de conocer aún más profundamente a niños y jóvenes campesinos, y he encontrado también el mismo afán por ir a la escuela. Sería largo contarlos con detalle, porque cuatro han vivido en mi casa varios años. Acaso lo haga alguna vez. Ahora no es posible.

Para terminar quiero contar sólo dos cosas que publicaron hace pocos años los periódicos de la ciudad de México. Son admirables, impresionantes. Lo más importante en educación es la educación moral y los dos niños a que me refiero ahora dieron ejemplos de moralidad que yo llamaría sublimes.

Casi en el límite de lo que ahora se llama bosque nuevo de

¹ También en Contreras hay escuela secundaria.

Chapultepec termina una barranca que de un lado tiene el cementerio de Dolores y del otro jardines particulares, cerrados, del barrio residencial "Lomas de Chapultepec". En la parte más baja de la barranca hay una presa que forma una laguna. Un niño de unos 12 años fue a nadar allí con tres amigos más pequeños que él. Estos nadaban poco todavía, y estando en el centro de la laguna se sintieron cansados y sin fuerzas para nadar hasta la orilla. El amigo mayor se dedicó a salvarlos. Nadando llevó a uno hasta la orilla, después a otro, y haciendo un gran esfuerzo fue también a salvar al tercero, y consiguió aproximarlos a la orilla lo bastante para que por sí solo se salvara; pero él habiendo gastado todas sus energías en salvar a su compañeros y en aquel momento agotadas las suyas, no pudo seguir nadando y se ahogó.

Otro caso: sucedió cerca de la colina llamada El Peñón, cerca del Aeropuerto. Un autobús de viajeros se incendió; dentro de él iban 3 o 4 niños. En aquel momento pasaba por allí otro niño poco mayor que los que iban dentro. Se dio cuenta del peligro que corrían éstos, y aunque para él eran unos desconocidos, se lanzó al interior del coche, y sacó de él a uno de los niños, y luego sacó a otro, y luego a otro. Salvó a los tres y él murió de las quemaduras.

Otra nota optimista de las escuelas mexicanas. En las escuelas oficiales no están permitidos los castigos corporales, y tengo la impresión de que en muchas de ellas no hay ninguna clase de castigo. Me consta que hay escuelas particulares en las que tampoco los hay. También me consta que hay escuelas particulares donde los aplican. Quizás esta es una de las causas que explican el afán de los niños pobres mexicanos por ir a la escuela. Sé de una maestra que enseña en una pequeña población de la provincia, que dice que el castigo corporal sólo debe aplicarse a los animales. Tengo entendido que en México se puede denunciar ante el juez a un maestro que emplee castigos corporales. En este punto México aventaja a algunos de los países más adelantados del mundo. Me consta que en Alemania está admitido que durante la lección el maestro dé una bofetada a un alumno indisciplinado. Un filósofo alemán tan eminente como el neokantiano Natorp, en su muy importante libro "Pedagogía Social", parece admitir el castigo corporal en la escuela.² No creo que él mismo lo practicase.

En Inglaterra, en principio también está admitido el castigo corporal. Allí no estaría bien visto lo que sucede en Alemania, que un profesor pierda los estribos; pero en principio también se admite

² Capítulo XXIV.

el castigo corporal, aunque no por todos. He conocido allí escuelas y maestros que no los emplean; pero, como los ingleses son tan conservadores, por lo menos en lo exterior (en su administración de justicia aún se usan las pelucas), todavía allí, visitando una de sus aristocráticas escuelas llamadas "Public Schools", el director, muy amable, queriendo enterarme bien de todo, abrió el cajón de su escritorio para mostrarme que allí tenía la vara que utilizaba cuando algún alumno había sido condenado al castigo de azotes. Durante la semana se va tomando nota de las faltas cometidas por los alumnos, y el sábado los "delincuentes" van desfilando por el despacho del director y allí le presentan su espalda desnuda para que le dé el número de azotes que corresponda al "delito" cometido. El gran pedagogo y educador inglés Tomás Arnold admite para ciertos casos el castigo corporal en su ensayo titulado "Sobre la disciplina en los colegios."³

Mucho admiro a Tomás Arnold y a Natorp, y mucho he aprendido de ellos; pero en este punto no estoy conforme con ellos y sí con la joven maestra mexicana que enseña en una escuelita de provincia.

Los profesores

DESPUÉS de los alumnos lo más importante en educación son los maestros. Pero no tanto como los alumnos. Con profesores sin alumnos no cabe educación, y en los casos, sin duda muy raros, de los llamados autodidactas, hay educación sin profesores. Estos, sin embargo, son factor importantísimo.

En México faltan todavía maestros, porque desde la revolución se han fundado muchas escuelas. Es un defecto que en este caso es buen síntoma. Lo hallamos también en otros países que han avanzado rápidamente, por ejemplo, Rusia e incluso todavía en los Estados Unidos.

Pienso que en este punto es frecuente que se olvide algo importante: el maestro, como el artista, nace, no se hace. Buenas son las escuelas Normales y las facultades de pedagogía, para quienes nacen con aptitudes para maestro; pero no son capaces de hacer un buen maestro de quien ha nacido sin aptitudes para ello. Importante es formar maestros, darles más cultura; pero aún más importante es descubrir quién tiene aptitud para educar.

En México tengo la impresión de que abundan los maestros con cualidades para serlo, porque a los niños y jóvenes a quienes pre-

³ Véase T. Arnold "Ensayos sobre educación", Madrid, 1940.

gunto (lo hago con frecuencia) les gusta ir a la escuela. Me es grato recordar a dos profesores mexicanos que han sido compañeros míos. Trabajaban con alumnos de secundaria y preparatoria. Los mexicanos y los españoles no tenemos fama de puntuales; sin embargo, estos dos profesores lo eran. Uno de ellos era el más puntual de todo el colegio. Allí estaba siempre 10 minutos antes de la hora. Jamás tuvo dificultad ninguna con los alumnos, y, como era tan buen profesor, se trató de que explicase más materias, por supuesto, aumentando su retribución; pero muy rara vez aceptó, porque no es codicioso y sí modesto, y no quería enseñar más que las disciplinas que dominaba bien.

El otro era de raza india, a mi parecer sin mezcla alguna. Excelente también. Pero el problema racial, que no lo es en México, merece capítulo aparte. Creo que no me excedo en mis palabras si digo que México en esto ha conseguido una de sus glorias más puras.

No sé cómo se llaman las escuelas normales donde se forman los profesores de educación física y las profesoras de párvulos o educadoras; pero deben ser buenas, porque he conocido a fondo y he visto trabajar a antiguos alumnos de ellas, y me han parecido excelentes. A veces los profesores que más influyen en los alumnos, incluso en lo más importante, que es la educación moral, son los de educación física; porque es muy frecuente que los otros profesores no hablen con ellos más que en clase, y los de educación física tienen más ocasiones de conversar con ellos y de conocer su carácter.

Analfabetos adultos

CUANDO la campaña de alfabetización fue iniciada por el gobierno del presidente Avila Camacho, se pensó que esta obra se hiciese a base de la ayuda generosa de mexicanos que supiesen leer y escribir. Creo que fue una buena idea. El dinero envenena la política, la enseñanza, los sindicatos obreros, la medicina, la administración de justicia y hasta la religión. De este asunto de enseñar a leer y escribir me he ocupado como algo marginal en mi vida, y siempre sin retribución. Hacia los veinte años hice el primer intento con bastante buenos resultados, gracias a que aprendí de dos buenos ejemplos. Pasaron muchos años y, durante la terrible guerra española, el gobierno republicano, en medio de tantas dificultades, se ocupó eficazmente de disminuir el número de analfabetos. Al terminar la guerra, en el ejército republicano no había ningún soldado analfabeto.

Por entonces una institución no oficial ni docente me pidió que escribiese una guía para que personas que no fuesen maestros enseñasen a leer y escribir a analfabetos adultos. Esa guía no llegó a imprimirse; pero lo que en ella decía se lo enseñé, sin carácter obligatorio, a muchos de mis alumnos de poco menos de veinte años. Con este bagaje adquirido en pocos días algunos de ellos se colocaron con sueldo en el ejército republicano para enseñar a leer y escribir a los soldados analfabetos.

Desde entonces pienso que un joven que ha cursado la segunda enseñanza puede realizar esta labor con una preparación técnica brevísima. Me basta con hablarles durante veinte minutos y regalarles mi guía.

Cuando en México se inició la campaña de alfabetización y el gobierno pedía para esto ayuda gratuita a todos los mexicanos que supiesen leer y escribir, pensé que yo estaba obligado a esto como el que más, y mi modesta experiencia aquí fue para mí muy interesante.

Un amigo mío, ingeniero y director de una fábrica, convenció al dueño de ésta para que en clases diarias de una hora yo enseñase a leer y escribir a sus obreros analfabetos. Estos cobraban la hora de clase como si trabajaran.

Conservo de ellos el mejor recuerdo. Serían poco más de diez. Siguieron las lecciones con el mayor interés y con muy buenos resultados. El más joven de todos (como en los cuentos para niños, era el más listo) tendría unos veinte años. Cuando les había dado 21 lecciones les dicté una carta. Reproduzco la mejor escrita, la del alumno más inteligente.* Todos los alumnos eran varones. En mi segunda experiencia de este tipo sólo había en la clase un hombre y todas o casi todas las alumnas eran sirvientas. Esta vez daba mis lecciones en el colegio particular en que yo trabajaba, el cual había ofrecido como ayuda a la campaña de alfabetización dos aulas y dos profesores en las primeras horas de la noche. Estaba situado en un barrio de familias de clase media, y acomodadas. En él no había familias pobres. El otro profesor y yo, tanto en España como aquí, enseñábamos filosofía en la preparatoria. A mi compañero, Don Martín Navarro, le había inte-

* México 14 de octubre de 1944

Querido amigo: Trabajo en la fábrica de productos tánicos en la calle Sidar y Roviroso. Estoy aprendiendo (sic) a leer y escribir —Tu amigo

Angel Paez

Como verá el lector mi alumno hizo una sola falta: aprendiendo en lugar de aprendiendo.

resado tanto este problema, que publicó aquí en México un libro muy interesante y original acerca del método para enseñar a leer y escribir a analfabetos adultos. Esta vez añadí a lo que yo ya había practicado un procedimiento ingenioso, útil y original, que el Sr. Navarro recomienda en su citado libro. También en este grupo los resultados fueron buenos, y la mejor alumna escribió al dictado una carta breve después de haber recibido sólo unas veinte y dos lecciones. Tendría ella veintitantos años; era excelente en todos sentidos, y confirma lo que antes he dicho (y dijo el príncipe de Nepal) acerca del pueblo mexicano. Dio la casualidad que esta joven servía en la casa de un amigo mío escritor, hombre muy culto, que conocía países extranjeros de los más adelantados. Me hizo grandes elogios de ella: "vale tanto, me dijo, que nos ayuda a la educación de mis hijos". Yo recuerdo su finura de espíritu, su discreción, su buen gusto en el vestir, muy sencilla y modesta, pero hasta elegante. Un caso, quizás más frecuente en México que en otros países, de una persona analfabeta y que, sin embargo, ha recibido una cantidad considerable de cultura. Con otra alumna, que yo conocía hacía tiempo y que yo estimaba muchísimo, por su edad, más de 50 años, a pesar de su gran interés, logré escasos resultados. Otro caso admirable, era ella del pueblo mexicano. Fue afanadora en nuestro colegio, y tan excelente en todos sentidos que se le fueron dando cargos de más y más responsabilidad, aunque no se le podía pagar mucho; con su espíritu delicado agradecía la confianza que se ponía en ella. Tuve ocasión de tratarla diariamente y conocerla bien. Quedó viuda muy joven, con un hijo y una hija pequeños. Los sacó adelante, los educó; la hija se casó joven, tuvo dos hijos, y perdió pronto al marido. Ella, mi alumna, siguió dedicada a los dos hijos y ahora, además, a los dos nietos. Murió muy bien cuidada en un hospital del Seguro Social.

Esto no es una digresión, sino que se refiere a lo que ya he dicho que es el punto más importante de nuestro asunto: los alumnos, el pueblo mexicano.

Volvamos a nuestro tema. Al enseñar a leer y escribir a adultos, como al enseñar una lengua extranjera, los alumnos temen que se trate de algo difícil, y que van a hacer mal papel. Es muy importante, esencial, que la primera lección les muestre lo contrario, que ya en ella lean y escriban, aunque naturalmente sean muy pocas palabras. Yo en la primera lección enseñé sólo unas tres letras y con ellas leen y escriben varias, pocas, palabras. Desde el principio enseñé palabras enteras; hay que ir de prisa. Insisto en este punto. Es de importancia capital. En general en las clases

para adultos parte de los alumnos empiezan pronto a desertar. Esta es mi experiencia y la de otros maestros. Por esto es de gran importancia ir de prisa, para que si un alumno deja de asistir conozca ya todas las letras y así, aun sin querer, va progresando solo al leer letreros en la calle y ojear a veces el periódico.

Prefiero la primera edición de la cartilla de la Secretaría de Educación a la segunda, porque en ésta se ha añadido algo que a mi parecer no la mejora, sino lo contrario. Recuerdo haber leído en su prólogo una invitación a la crítica, y me acojo a ella. Repito que me parece importantísimo que ya en la primera lección los alumnos aprendan a leer y escribir algunas palabras, muy pocas, por supuesto. Esto no se puede hacer con la cartilla de la edición segunda. Este mismo defecto encuentro en la hecha por el CEFAL.

Visité su escuela de éste en Pátzcuaro, en donde muy atentos, me informaron de lo que han hecho en nuestro asunto, y conozco lo que han publicado acerca de él. Trabajan allí muy seriamente y sólo disiente en el punto ya indicado: que los alumnos lean y escriban desde el primer día. Muy importante es disponer de textos que puedan ser leídos por quienes acaban de aprender a leer en las cartillas. Lo que de este tipo ha publicado el CEFAL me parece excelente.

Mi última experiencia en este asunto la hice con conscriptos analfabetos, y con los mismos resultados, que considero satisfactorios. En las clases para este tipo de alumnos es aún más necesario proceder con rapidez, pues se dan sólo los domingos durante menos de un año. Yo tenía a mis alumnos durante dos horas, de las cuales 15 o 20 minutos se dedicaban a un descanso, que para mí era muy interesante, porque lo dedicaba a charlar con los alumnos. Era en una capital de provincia. Sólo había un alumno de la capital; los demás eran campesinos de los alrededores.

Las clases para conscriptos tienen dos ventajas grandes. Una, que todos los alumnos son aproximadamente de la misma edad. En ellas no cabe que los jóvenes, por más ágiles, desplacen a los viejos. Otra ventaja: la asistencia está asegurada por la disciplina militar, que la hace obligatoria. Pero estas ventajas lo son si se procede con rapidez, porque el tiempo de que se dispone es poco.⁵

⁵ En mi "guía" digo lo siguiente: Sin disponer aún de una información completa, tengo la satisfacción de decir que lo que hasta ahora conozco de lo que se hace en México en esto, y de lo que se ha hecho desde hace bastantes años, me parece bien orientado. Hasta ahora no he encontrado en México una cartilla mala, lo cual es fácil en otros países. Las de Daniel Delgadillo, Enrique Rébsamen y Gregorio Torres Quintero, la de las profesoras Carmen Domínguez A. y Enriqueta León G. editada por

Inspección

TODA reforma de la enseñanza, sobre todo si se realiza en una área extensa, es muy probable que quede sólo en proyecto si no existe inspección. Me limito a decir lo que me contó un buen maestro mexicano, a quien he tenido la satisfacción de tratar varios años y conocerle bien.

Hijo de un campesino excelente, recto, que ya anciano era muy querido y respetado en su aldea, el hijo fue alumno mío en una capital de provincia, al mismo tiempo que trabajaba en una buena escuela federal. Una vez le vi dar clase en ella. También vi su casa, muy modesta y cuidada. A pesar de que su sueldo era reducido, él y su esposa habían hecho el esfuerzo de tener generosamente en su casa a una niña campesina pobre, para que pudiera asistir a la escuela. Este maestro me contó que en una ciudad bastante grande, a él y a otro compañero les encargaron de enseñar a dos grupos de analfabetos. Al terminar el curso les pidieron a los dos, para las estadísticas, datos sobre los resultados obtenidos. Mi amigo me dijo: "mi compañero faltó mucho a clase y los datos que dio para la estadística eran falsos. La inspección es necesaria". En España, uno de mis mejores maestros decía: "las mejores reformas sin inspección, son letra muerta".

Como mi misión ahora no es la de señalar defectos, no hubiese escrito lo anterior si no hubiese leído en estos días que el subsecretario señor Bonfil (cuyas declaraciones leo con interés) ha afirmado, que a veces las estadísticas no se ajustan a la verdad.

Edificios escolares

UN caso interesante. En la ciudad de Cuautla, entre la escuela secundaria y el hospital, encontré por casualidad un local de escuela primaria que me agradó mucho. Más tarde hablé con uno de sus maestros, que me puso en antecedentes.

La escuela primaria que se halla en el centro de la población llegó a ser insuficiente para el número de alumnos. No había dinero para construir otra escuela. Los maestros hallaron una solución, que resultó excelente: en unos terrenos que pertenecían al ejido, establecer una escuela casi al aire libre. Cada aula tiene una sola

la Secretaría de Educación, y las dos publicadas también por esta Secretaría destinada a los soldados analfabetos me parecen muy recomendables. Los maestros que las conocen no encontrarán en lo fundamental nada nuevo para ellos en esta guía.

pared, de la que cuelga el pizarrón o encerado; cerca de ella está la mesa del maestro; el techo está sostenido por cuatro o cinco postes de ladrillos. Cada aula está lo bastante alejada de las demás para no oír en ninguna lo que sucede en las otras. En el terreno que la rodea hay árboles espléndidos y flores en abundancia. La vista del conjunto es muy hermosa. Me contaron que un turista norteamericano que pasó por allí, al ver una escuela tan bonita pensó: "ésta será la escuela de los ricos". Después comprobó que no era así. Le interesó tanto, que pidió permiso para asistir a una lección, y quedó admirado de lo muy atentos que a las palabras del maestro estuvieron los alumnos.

Esta, que se pensó como solución barata para pobres, muchos pedagogos piensan que es la solución mejor: la escuela al aire libre.

En Madrid vi yo una en los pinares de la llamada Dehesa de la Villa, y en Barcelona, en una de sus playas, una llamada escuela del mar, en la que por cierto, durante la última guerra, un avión de los fascistas dejó caer una bomba que mató a cuarenta niños. Y en Londres vi en el jardincillo de una plaza más bien céntrica, una escuela al aire libre para niños pequeños. Aquel día nevaba; aunque muy abrigados, los niños estaban al aire libre. Me pareció demasiado, pero en climas como el de gran parte de México y otros análogos la solución que he visto en Cuautla me parece excelente desde el punto de vista de la economía, de la higiene y de la educación.

Como en Cuautla hay plantaciones de arroz, pregunté si se habían dado casos de paludismo, y me dijeron que no. Ya habían previsto este peligro y habían hallado no sé qué remedio.

Una escuela Normal Rural

LA que está cerca de Cuernavaca, en la Quinta de Palmira, en cuyo jardín el presidente Cárdenas firmó la expropiación de las empresas petroleras. Sin tener introducción alguna pedí que me enseñasen la escuela. Era o es de señoritas. Mi juicio fue favorable, pero lo que mejor impresión me hizo fue el director. Luego supe que había sido alumno del gran Rébsamen, en la escuela normal de Jalapa. Me dejó tan buen recuerdo esta escuela, y sobre todo su director, que poco después propuse a éste que un grupo de 12 o 15 de mis alumnas pasasen unos días de vacaciones (una o dos semanas) en aquella escuela, que tenía condiciones materiales para ello, con su jardín y alberca para nadar, y sobre todo la garantía de su director.

Se hizo esto con buenos resultados. Por falta de espacio no digo más sobre esta escuela y de su director, que creo llegué a conocer a fondo.

Un internado de primera enseñanza

Los internados de primera enseñanza sirven para que niños campesinos que viven muy lejos de toda escuela puedan recibir la primera enseñanza. En estos internados enseñan además tres oficios: carpintería, panadería y no recuerdo cuál otro. Yo conozco sólo uno, pero ese lo conozco bien. Dos maestros de él han sido alumnos míos, y me han permitido asistir a una de sus lecciones, y me han enseñado todo el local, que está limpiísimo y tiene campos de juego. La puerta está siempre abierta, y ningún alumno se escapa. Salen a veces, el que quiere, nunca en gran número, a un jardín público, poco concurrido, no céntrico, de una pequeña capital de provincia.

En este internado no hay castigos. Como las penas en la administración de justicia, uno de los fines del castigo en la escuela es la defensa de la sociedad, en este caso, de la sociedad escolar. Esto se logra en el internado de que hablo apartando de la "sociedad escolar" el tiempo necesario y sólo el necesario al alumno que perturbe. Si lo hace durante una lección, el maestro le pide que se siente en el fondo del aula hasta que termine la clase. Si lo hace durante un juego, tiene que dejar de jugar y permanecer hasta el final del juego un poco apartado de los demás en el mismo patio y sólo hasta que termine el juego.

Esto, que no haya castigos, es superior a lo que en este punto sucede en pocas escuelas inglesas famosas.

En otro punto este internado está a la altura de algo de lo mejor de las buenas escuelas inglesas, que con razón merecen por esto la buena fama que tienen. Me refiero a la mucha parte que los alumnos mayores tienen en la disciplina de la escuela, que de esta manera desarrolla en ellos el sentido de la responsabilidad.

Algunos alumnos de este internado desean seguir estudiando cuando salen de él. Conozco a varios de éstos muy bien. Uno de ellos es ya juez y otro ingeniero químico en Petróleos Mexicanos.

Una escuela secundaria

COMO mejor se conoce una escuela es a través de los alumnos. Una alumna mía, que había estudiado en la escuela secundaria número 8, que lleva el nombre del presidente Masaryk, y está en el

barrio de San Pedro de los Pinos, me elogió mucho su antigua escuela. También me la elogió una profesora compañera mía (enseñaba en el mismo colegio que yo) que trabajaba en esa secundaria número 8. La dirigía la Srita. Soledad Anaya Solórzano. Entonces en ella había coeducación. Pedí permiso para visitar esta escuela, y mi visita fue muy detenida, de todo un día, viendo el local con sus aulas, laboratorios y extenso jardín, asistí a algunas clases, hablé con la directora, que tuvo la bondad de decirme que no me ausentase de su despacho durante su entrevista con unas personas de fuera que iban a tratar de un asunto jurídico referente a una alumna, y pude darme cuenta de su discreción y energía para defender los intereses de ésta. Otro día me invitaron a la fiesta de fin de curso; uno de los números fue nada menos que la actuación del Coro de Madrigalistas, que entonces dirigía el Maestro Sandi, y que persona (no mexicana) muy competente en música, me había dicho que era uno de los mejores coros de su tipo que había en el mundo. En fin, salí completamente satisfecho de mis visitas a esta escuela. Nota importante: allí la coeducación había dado excelentes resultados. Un detalle, que no lo es para los que somos del oficio: no se veía ningún papel por el suelo, ni en el último rincón del edificio o del jardín.

Espíritu crítico

EN la ley (la única que conozco) de una Universidad Mexicana se dice que el profesor debe fomentar el espíritu crítico en los alumnos. Esta disposición me parece admirable.

Donde se consigue el nivel más alto de cultura intelectual es en la Universidad. ¿En qué consiste la superioridad de los que han pasado por la Universidad?; no es tanto que hayan adquirido una cantidad mayor de conocimientos, como que se dan cuenta de lo que no saben. Para adquirir esta valiosa cualidad, sin la cual no se puede tener un espíritu verdaderamente científico, no es indispensable, pero sí muy conveniente, estudiar filosofía.

La filosofía como parte de la Cultura general

EN los países latinos, tanto en los de América como en los de Europa, incluyen en los estudios del bachillerato, es decir, de la segunda enseñanza, la filosofía, lo cual, insisto, es una ventaja. El gran psicólogo francés Binet, en una época dominada por el positi-

vismo, temió que la enseñanza de la filosofía en los liceos franceses estuviese anticuada, y no interesase a los alumnos. Trató de enterarse, y se encontró con lo contrario de lo que él esperaba: que las clases de filosofía eran algo vivo y que interesaba a los alumnos. México hace bien en conservar esta disciplina en sus escuelas preparatorias, a pesar del influjo poderoso de su vecino del norte.

En este grado de enseñanza no se trata de formar filósofos, pero sí de que todo hombre culto tenga una cierta formación filosófica, sobre todo espíritu crítico. Nadie lo ha tenido en grado más alto que tres grandes filósofos: Sócrates, Descartes y Kant. Podría decirse que a ellos se deben los tres avances más considerables logrados por la filosofía, resultado sobre todo de que los tres se dieron cuenta de lo que no sabían, es decir, que tenían espíritu crítico. Hasta donde llega mi conocimiento deficiente del periodismo en México yo diría que José Alvarado es el mejor periodista de aquí, y que esto se debe a que ha estudiado filosofía, y en algún periodista de los Estados Unidos considerado como bueno he encontrado algún error, que sin duda se debe a no haber estudiado filosofía.

En nuestros países latinos abundan los hombres de palabra fácil, lo cual tiene un lado bueno y también otro malo: oradores abundantes en palabras y pobres en ideas. No se puede decir esto de tres mexicanos que yo he tenido la suerte de oír: Don Ezequiel Chávez; Vasconcelos y Lombardo Toledano. Explicación: que los tres eran competentes en filosofía.

Diversiones

Todo el mundo sabe que en las universidades se aprenden varias o muchas profesiones. Otros, mejor informados, saben que en la Universidad también se investiga, y algunos señalan otras funciones de esta escuela superior; pero no recuerdo haber oído o leído nunca algo que sé por propia experiencia: que el universitario, que quienes pasan por la Universidad, suelen tener más diversiones y mejores. Si no recuerdo mal, Oterga y Gasset, en su excelente ensayo titulado "Misión de la Universidad" no toca este punto, y es muy importante.

Al hombre el trabajo le acarrea muchas menos desgracias que las malas diversiones. Son excepciones el trabajo de las minas, el de los que navegan en barcos pequeños y el peor de todos, el de las selvas tropicales. Las malas diversiones son causa de más muertes, de más enfermedades y de vicios.

Los deportes son una buena diversión que está al alcance tanto

de los hombres cultos como de los incultos; pero hay diversiones, que producen un goce muy profundo y que sólo están al alcance de quienes tienen cultura: leer obras literarias, oír buena música, contemplar paisajes y buenas obras de pintura, escultura y arquitectura.

Aparte la enseñanza profesional, no poco hacen en esto muchas universidades: conciertos, teatro, exposiciones . . . , pero aún más que ello influye algo que es difícil de definir, y que es el resultado de tener cultura general.

Nadar

Los griegos exigían como mínimo de instrucción saber leer, escribir y nadar. Sabido es que nadar es el ejercicio más completo, dicen que también el Volibol.

Fomentemos la natación. En esto, que yo sepa, hay en la ciudad de México dos buenos ejemplos que imitar, dos albercas donde se puede nadar sin pagar: una en Coyoacán y otra en el magnífico barrio de viviendas económicas llamado Unidad Independencia del Seguro Social. Me parece (no puedo asegurarlo) que al hacer el llamado Nuevo Chapultepec ha desaparecido una alberca, donde se podía nadar sin pagar. Estaba cerca de la residencia del Presidente de la República. En el hermoso Parque Lira la alberca está abandonada. Lo mismo sucede con la que está muy próxima al jardín del Castillo de Chapultepec, y acaso podría convertirse fácilmente en alberca para nadar un antiguo estanque grande que se halla también en Chapultepec junto a la fábrica de armas; lo mismo digo del gran estanque, muy hermoso por el paisaje y su arquitectura, que podría usarse para nadar si se convierte en jardín público el fondo del antiguo huerto conventual donde hace pocos años se ha instalado otro cementerio francés, cerca de Legaria. Lo mismo podría hacerse con la presa que existe entre el cementerio de Dolores y la colonia Lomas de Chapultepec, a la cual me he referido antes y en la cual, por falta de vigilancia, se han ahogado ya varios niños.

Caballos

ESTE es un deporte muy mexicano, pero al menos en las ciudades sólo para ricos. En el campo me parece que disfrutan de él ricos y pobres. Muy bueno sería que en las ciudades se enseñara la equitación también a los pobres. Creo que algo de esto se ha iniciado ya

Anormales y presos

NUNCA me había ocupado ni de presos ni de niños anormales, creo que por egoísmo, porque unos y otros me daban tristeza. En la ciudad de México he conocido a la directora de una escuela de anormales. Es excelente, ha trabajado en el extranjero, ha aprendido métodos modernos, y ha estudiado también con especialistas mexicanos. Tiene título universitario.

Presos.—Estos últimos días los periódicos diarios en esta ciudad de México, nos han dado dos muy buenas noticias: el director de la cárcel de Toluca ha cambiado el régimen de la prisión. Como parte de este cambio un hecho impresionante: el director de la cárcel ha traído de excursión a la ciudad de México a 20 o más presos. Visitaron el Museo de Antropología y comieron en su restorán⁶ al aire libre, y después fueron a otro lugar a ver una película. En una fotografía se ve al grupo paseando por Chapultepec. Delante se veía al director hablando con algunos presos y detrás iban los demás que, al menos en aquel momento, no estaban presos ni se escapaban.

Pocos días después he leído en los periódicos, que el director de la cárcel de San Angel, también joven, ha mejorado el régimen de su cárcel. Con este motivo ha visitado esta prisión la esposa del presidente Sr. Echeverría. Por abreviar no cuento ahora un caso muy interesante de regeneración de un preso en que he intervenido sin habérmelo propuesto.

Los grandes problemas

COMO es más fácil influir con niños y adolescentes que en adultos, todo buen propagandista, desde los jesuitas a los comunistas, tratan de actuar sobre ellos; por esto es muy importante que la escuela se ocupe de los problemas más graves de la sociedad. Y el más grave de nuestros días es que no haya guerras. No digo más sobre esto por falta de espacio y de tiempo.

En México, como en los Estados Unidos, Rusia, Inglaterra y los estados Escandinavos, el alcoholismo constituye un problema grave y no es sólo grave para el individuo, sino para pueblos enteros. A más de uno lo ha hundido la sensualidad desmedida. En la llamada en España guerra de la Reconquista, al fin triunfaron los cristianos, a pesar de que eran menos cultos que los árabes, porque

⁶ Sigo el ejemplo de un buen escritor español que escribe "restorán" y de algunos "restoranes" de México.

eran sobrios, como el Cid, y los mahometanos se emborrachaban, aunque en su religión existe la ley seca. Entre ellos fracasó antes que en los Estados Unidos. Esta es sin duda una de las causas de que actualmente sea bajo el nivel de los pueblos musulmanes. No hace mucho uno de sus reyes declaró que los perfumes eran uno de los dos goces más grandes de su vida!

Los romanos de la Monarquía y de la república procedían de campesinos sobrios, robustos, sanos y por eso conquistaron casi todo el mundo conocido, en cambio las riquezas del imperio y sus orgías fueron causa de que el Imperio Romano no pudiera tener un ejército capaz de rechazar a los Bárbaros del Norte, mucho menos cultos que ellos.

No creo que lo más eficaz para combatir el alcoholismo sean palabras (lecciones y libros), aunque no estarán de más algunos. Lo más eficaz será enseñarles buenas diversiones. Así lo hicieron en México algunas de las primeras personas que se propusieron luchar seriamente contra el alcoholismo.

Se refiere más bien a la educación política algo que recuerdo de mi propia experiencia. Creo que se deben fomentar las sociedades de alumnos y de antiguos alumnos. Es de sentido común que los individuos aislados pueden menos que si se asocian; pero desgraciadamente he observado que la formación de sociedades de alumnos da ocasión a divisiones y luchas tremendas. Para evitarlo yo he aconsejado a alumnos míos, que, después de la votación, la directiva quede constituida de tal modo que en ella estén representados proporcionalmente por lo menos los grupos más numerosos que se hayan manifestado en la votación, siguiendo en esto el ejemplo de Uruguay, en sus buenos tiempos, cuando en política y en el gobierno siguió los consejos del gran Batlle.

Un ejemplo

ME refiero a España, porque lo conozco; no sólo lo he presenciado sino que lo he experimentado. España el año 1898 llegó al punto más bajo de su decadencia, sobre todo en lo político y militar. En otros órdenes se conservaron algunas brasas bajo las cenizas. Pues bien, desde el 98 hasta 1936 España fue uno de los países que más adelantaron en el mundo: aunque, como había partido de un punto tan bajo, no llegó al nivel de los países más adelantados como, por ejemplo Inglaterra y Alemania, ni siquiera a los de segundo orden, como Italia. Yo fui víctima de muchas deficiencias de mi escuela secundaria oficial y de mi universidad. A ésta, para no per-

der el tiempo, decidí examinarme sin asistir a clase. En la facultad de derecho asistí sólo a las clases de tres profesores excelentes. A la de dos de ellos asistí durante cuatro años sin que constase oficialmente. Veintitantos años después mi antigua facultad de derecho estaba en gran parte a la altura de las buenas de Europa. ¿Qué había pasado? Que a principios de siglo se fundó la Junta de Ampliación de Estudios, y una de sus actividades, acaso la más importante y eficaz, fue mandar pensionados al extranjero a cientos de futuros profesores e investigadores.

El inspirador de esta junta, Don Francisco Giner, que no quiso tener cargo oficial en ella ni retribución alguna, pero que si le dedicó con entusiasmo muchas horas de trabajo, recordaba que, si el Japón en el siglo XIX pasó de ser un pueblo casi de la Edad Media a una gran potencia moderna, se debió a que mandó a miles de personas a estudiar al extranjero.

Final

YA es hora de poner punto final a estas desordenadas notas. En nuestro tiempo, al pensar en la reforma de la enseñanza, debemos hacerlo a base de esta idea: enseñanza para Todos. Esto en cuanto a la cantidad. Seamos también ambiciosos en cuanto a la calidad: lo mejor que sea posible, y esto será posible sólo en una, dos, tres o cuatro escuelas que servirán como modelo para la formación del profesorado. Educar es un hacer, y todo lo que es hacer se aprende viéndolo hacer y haciéndolo luego uno mismo.

Ya he dicho antes, que aún más importante que formar maestros es descubrir quién ha nacido con aptitud para serlo. Este descubrimiento puede hacerse en esas escuelas modelo (a las que no conviene ponerle este adjetivo pretencioso). Muchas veces, aun siendo muy joven y antes de que dé una clase, se puede advertir quién tiene cualidades de Maestro y quién no; por ejemplo, encargándole de dirigir una excursión o de organizar un deporte.

Cuando se trate de conseguir lo más alto en calidad, no nos importe sacrificar la cantidad. Si es realmente bueno, con el tiempo conquistará a la cantidad. Pensemos en algunos ejemplos que nos ofrece la historia de la educación de un solo hombre o una sola escuela: Sócrates, su discípulo Platón y el discípulo de éste, Aristóteles, Jesucristo con sólo doce apóstoles; San Francisco de Asís, Pestalozzi, Arnold (padre) y su "Rugby School". En México, Don Vasco de Quiroga (que fue sobre todo maestro, incluso al actuar como oidor y como obispo); Rébsamen y su escuela Normal de Ja-

lapa; Don Antonio Caso: los dos países hispano-americanos que en este siglo más han hecho en filosofía, han sido México y la Argentina, debido, respectivamente, a dos maestros: Don Antonio Caso y Don Francisco Romero.

Una reforma de la enseñanza ¿consiste sólo en leyes, decretos, reglamentos, planes de estudios? No, aunque son necesarios o por lo menos convenientes, los que de verdad realizamos la reforma somos tú, compañero maestro, y yo, que tenemos que habérmolas con los alumnos. ¡Qué suerte la nuestra y qué responsabilidad tan grande!

En la segunda mitad del siglo XVI el gran educador portugués Gouveia, en carta a uno de los hijos del rey, decía algo así (cito de memoria): los arquitectos trabajan con piedras, nosotros los maestros trabajamos con "piedras vivas".

¿No es verdad, compañero maestro, que es un goce grande trabajar con piedras vivas?

LA NOCHE DE TLATELOLCO*

ANTE el recuerdo de los muertos y heridos del 2 de octubre de 1968, casi no se recuerda el origen de todo el desarrollo de lo ocurrido a partir del 22 de julio del mismo año. La relatista y periodista Elena Poniatowska, dos años y seis meses después, ha publicado un libro en el que se presenta en la forma más objetiva posible aquel desarrollo, culminante en lo que ahora se considera la más reciente pesadilla política mexicana.

El libro está dividido en dos partes y una cronología; en la primera parte se informa al lector sobre el crecimiento de la poderosa organización que fue el CNH (Comité Nacional de Huelga), integrado por la Universidad Nacional Autónoma de México, el Instituto Politécnico Nacional, las Normales, la Escuela de Agricultura de Chapingo, la Universidad Iberoamericana, la Universidad Lasalle, el Colegio de México y las universidades de provincia; en la segunda parte, sobre el encajonamiento de los miles de personas que asistieron al mitin del 2 de octubre en Tlatelolco y que fueron acribilladas por el ejército, los granaderos y miembros de otros cuerpos armados al servicio del Gobierno. Y en la cronología, la autora logra una síntesis que partiendo del 22 de julio concluye el 13 de diciembre, fecha después de la cual aún se llevan a cabo multitud de arrestos y detenciones por parte de las autoridades.

La cronología pasa, naturalmente, por fechas de actos que son verdaderos acontecimientos desde distintos puntos de vista; por ejemplo, la formación del CNH el 8 de agosto, y su primera manifestación, del Casco de Santo Tomás al Zócalo, que reunió ciento cincuenta mil personas cinco días más tarde; luego, la gran manifestación de trescientas mil personas el 27 de agosto, la del 13 de septiembre conocida como "Manifestación del silencio" y considerada como un ejemplo de disciplina organizativa; después, la invasión de Ciudad Universitaria por el ejército el 18 de septiembre y del Casco de Santo Tomás por la policía y el ejército el 24 de septiembre. En el Casco, el día de la invasión por las autoridades, hubo "una dura batalla campal entre estudiantes y policías" cuyo saldo fue notable en los destrozos de aulas y edificios y en el número considerable de muertos, heridos y detenidos.

En las dos partes del libro y en la cronología se muestra con adecuada claridad un contraste entre la agilidad mental, la rapidez y la riqueza de ideas de los jóvenes y los medios torpes, lentos, obsoletos de las autoridades

* Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*. Editorial ERA, 282 páginas, México, D. F., 1971.

para responder y atacar al CNH; se recuerda ahora con razón que en aquellos días solía decirse "la imaginación al poder", cuando precisamente la imaginación se enfrentaba a la atrofia y el anquilosamiento, lo cual sólo pudo conducir al doloroso desenlace de la tragedia de Tlatelolco.

El modo de ser de los jóvenes durante el lapso de pelea y el otro de encarcelamiento, su conducta ante el terror desatado, su unidad para resistir ya capturados las amenazas, los insultos y las torturas, su disposición al análisis de los acontecimientos antes y después de todo tipo de represalias y persecuciones, su comportamiento heroico en muchos casos, producen en el lector no pocos efectos de ternura y satisfacción; sobre todo en el lector que ha dejado de ser joven; sucede que de pronto, el vocablo *joven* traduce una concepción novedosa, induce a creer que el concepto anterior estuvo siempre equivocado, que nuestra misma juventud en sus mejores instantes de entrega y comprensión nunca estuvo tan cerca de un contenido tan preclaro, de una acepción tan sorprendente.

Con *La noche de Tlatelolco*, Elena Poniatowska ha dado una muestra más de su ingenio y su inteligencia de escritora, ha producido un libro noble, reflejante de una titánica finalidad: forjar un testimonio objetivo sobre la base de lo expresado por multitud de víctimas, testigos y hasta victimarios, forjar un testimonio indestructible en contra de la historia oficial y a favor de la historia verdadera, rescatar un lapso pletórico de acción política mediante la sujeción de la memoria fresca. Libro noble por desinteresado, por el amor, la desesperación, la rabia, la identificación humana y el dolor con que ha sido escrito; no es el producto del amarillismo, de la nota roja o del afán mercenario; no trasluce el anhelo del periodista menor o del autor pendiente de la oportuna hecatombe para producir el mejor reportaje.

Este volumen de Elena Poniatowska es totalmente distinto; trabajado no sólo con un criterio justo para manejar el caudal de materiales recogidos, sino también con un criterio profesional para circunscribir la selección de esto a una forma donde la composición e intercalación de textos, la armonía del conjunto, debe más a la literatura que al periodismo, al arte que a la gaceta, no quiere ello decir que se elude el dato real o se le desvirtúa, por el contrario, se le magnifica rodeándolo de cualidades que suele monopolizar la ficción. Un trabajo de esta índole hace desterrar la idea de la cinta magnetofónica o de la grabadora como medio para llenar un libro sin escribirlo.

La autora, al publicar *La noche de Tlatelolco*, no sólo está de acuerdo con las ideas sanas, liberadoras, progresistas, de los jóvenes combatientes, sino también con las de quienes se oponen a olvidar lo ocurrido el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas de la Unidad habitacional Nonoalco-Tlatelolco. ¿Olvidar esa fecha y ese lugar? No. Nada de ayudar a que cicatrice la herida porque se estaría contribuyendo a que en el futuro se

deban cicatrizar nuevas heridas. Nada de no agregar fuego a la lumbre. Es seguro que quienes piden tal olvido no son los muertos de entonces, ni los familiares de ellos, ni los heridos sobrevivientes, ni los humillados y golpeados por el ejército y las policías, ni siquiera por los espectadores o por quienes han tenido relación sensible con los hechos, con las personas atropelladas o con los familiares de los desaparecidos.

El libro de Elena Poniatowska tiene el poder de hacernos participar en aquella relación, de sensibilizarnos para captar mejor el suceso trágico, de introducimos al pasado para re-vivir la sangrienta violencia y mantenerla como una llaga inolvidable e intrasferible en el presente. A medida que se avanza sobre la información que permite la lectura, el lector sufre transformaciones inesperadas, se convierte en la hermana mayor que jala del brazo al hermano de quince años sin darse cuenta que ya está muerto, en el padre que es detenido por una bala cuando corre a salvar al hijo de dos años, en los hijos que miran horrorizados cómo cazan a sus padres, en las madres que recorren depósitos de cadáveres con la esperanza de no encontrar ahí a sus hijos, en los centenares de familias que en sus propias casas de pronto se encuentran encarceladas, atrapadas por soldados, tanques, metralletas, olor a pólvora, a sangre, gritos colectivos, llantos de viejos y niños, golpes, insultos, impotencia y muerte más muerte.

Y de la información surgen las interrogaciones: ¿qué será de los jóvenes que han vivido la experiencia de ese 2 de octubre?, ¿qué será de los que fueron capturados y humillados?, ¿cuántos quedarán traumatizados en las formas más negativas?, ¿cuáles se retirarán para siempre de la lucha?, ¿quiénes buscarán dentro de cuatro, cinco, diez años, la ayuda del que hoy fue su verdugo?, ¿cuántos dirán "después de Tlatelolco soy otro, no sé si mejor o peor... así como me dejó Tlatelolco, así voy a morir"?, ¿quiénes repetirán a coro: "el 2 de octubre volvimos a nacer. Ese día también decidimos cómo vamos a morir: luchando por la justicia y la democracia verdaderas"?; en fin, el libro es un testimonio de lo que fue y una aproximación a lo que podrá ser.

En uno de los testimonios reunidos por Elena Poniatowska, se da alguna de las respuestas; uno de los integrantes del CNH, dice: "Yo creo que el Movimiento repercutió en los niños en tal forma que si se puede confiar en este país es precisamente porque en él hay una inmensa cantidad de niños. En las generaciones que vivieron el Movimiento desde las aceras, viendo pasar a sus hermanos mayores, tomados de la mano de sus padres en las propias movilizaciones, los que oyeron relatos de los días de terror, o los sintieron en su carne, en ellos está la revolución. El gobierno de este país deberá tener mucho cuidado con aquellos que en 1968 tenían diez, doce o quince años. Por más demagogia que se les inocule, por más droga que se les aseste, ellos recordarán siempre en lo más íntimo de su mente, las golpizas y los asesinatos de que fueron víctimas sus hermanos... Re-

cordarán —por más que el gobierno se empeñe en hacérselos olvidar—, que de pequeños sufrieron la ignominia de los garrotazos, las bombas lacrimógenas y las balas.”

Gracias a la inteligencia de la autora para emplear cierta técnica en la distribución de textos, los testimonios no cansan, no conducen a la monotonía y facilitan un “muestreo” del pensamiento colectivo para acercarnos al pensamiento de los participantes, politizados o no, simples entusiastas o primerizos que casi no tenían que ver con los comités de lucha. Algunos de los testimoniantes consideran sin mayor comparación que el Movimiento, su Movimiento, es algo único y aislado en la historia de las luchas estudiantiles mexicanas; otros, en cambio, con más perspectiva histórica, ubican ese lapso de lucha en el desarrollo histórico correspondiente. Un ejemplo, y final, lo dicho por un estudiante de la Escuela Nacional de Economía de la UNAM: “Antes, en muchas partes del país, los estudiantes habían encabezado a todo el pueblo en luchas cuyo contenido general tiene mucha relación con el Movimiento de 1968. Los más importantes movimientos de este tipo son los de Puebla en 1964, Morelia en 1966, Sonora y Tabasco en 1967... Junto a lo anterior las manifestaciones de solidaridad con Cuba, Vietnam y la República Dominicana, movilizaron a grandes grupos de estudiantes principalmente de la ciudad de México, y la conciencia de la opresión de otros pueblos elevó el nivel de su politización y los hizo conscientes de su propia fuerza... Yo no creo que estas luchas estén aisladas las unas de las otras. Por el contrario, creo que podemos decir que a partir de la huelga nacional de abril de 1956, se abrió en México un proceso de ascenso de las luchas estudiantiles. El movimiento magisterial de 1958, el Ferrocarrilero de 1958-1959 y las manifestaciones de solidaridad con Cuba, fueron hechos que impulsaron dicho proceso, que tiene un punto culminante precisamente en 1968. Probablemente el Movimiento Estudiantil espera ahora el ‘relevo’ del movimiento obrero y de las luchas campesinas.”

INVESTIGACION SOCIO-ECONOMICA DIRECTA DE LOS EJIDOS DE AGUASCALIENTES

EN mayo y junio de 1969 se efectuaron las investigaciones socio-económicas que el Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, promovió en diversos ejidos en el Estado de Aguascalientes.

Se escogió esta entidad para la investigación, porque contrasta con su vecina, San Luis Potosí, tanto por su población como por su superficie ejidal y aun cuando como dice la autora, condiciones geográficas y en parte orográficas, entre otras, establecen cierta similitud entre ambos vecinos o mejor dicho, entre sus ejidos, además de los problemas que son comunes a la población ejidal.

La observación directa —añade la autora— nos permitió la indispensable asimilación del paisaje material y humano, y más adelante señala: Partiendo de la base de que una encuesta no es un espectáculo, tratamos de asociarnos lo más posible con los interesados, hacernos aceptar, a nosotros y a nuestras preguntas, por lo que nos empeñamos en hacer de nuestras entrevistas, conversaciones orientadas, propicias a la reunión tanto de datos como de informes, ya que aunque estos últimos sean menos exactos aclaran y complementan los primeros dándole vitalidad a la investigación.

En total se visitaron 58 ejidos y 600 familias se entrevistaron, seleccionándose 247.

Día con día, gracias al tamaño del Estado y la facilidad de las comunicaciones, mediante un vehículo que proporcionó el Instituto, fue posible realizar las investigaciones de observación y encuesta a los ejidatarios en sus propios pueblos, habitaciones, espectáculos, reuniones, oficios religiosos, cantinas, etc.

La muestra seleccionada de 42 ejidos, representó el 25%, que permitió estimar como altamente representativos del sector, los resultados obtenidos.

El interés se centró —dicho literalmente por la autora— “en el elemento humano, en este caso, el ejidatario”, a quien dedicó el libro.

Después de esta presentación que prepara al lector a medir el esfuerzo, tenacidad, entusiasmo, celo, disciplina, enjundia, por el enorme esfuerzo que implica “el trabajo de campo”, para el investigador y el científico, la obra se presenta en 7 capítulos, desde el relativo al concepto y los métodos, el de la problemática de la tierra, hasta la Reforma Agraria en México; el Estado de Aguascalientes, propiamente dicho, el referente a los ejidos, clasi-

ficados éstos en los ubicados cerca o distantes de las vías de comunicación que propiamente es el grupo más pobre.

El último capítulo, presenta las condiciones a que todo trabajo de esta naturaleza conduce, en cuanto al interés y las conclusiones propuestas, pero cuya "solución definitiva en Aguascalientes como en el resto del país, depende de cambios fundamentales en la estructura económica, social y política de la Nación."

Al ocuparse de los ejidos próximos a la capital del Estado, o sea los mejores del conjunto, se lee en la parte correspondiente a Alimentación infantil:

"La alimentación infantil presenta infinidad de deficiencias. Muchos niños son enviados a la escuela tan sólo con un té de hojas y apenas efectúan su primera comida "fuerte" (tortillas, frijoles), a su regreso a casa.

De pequeños son amamantados en un 80% de los casos hasta más de los once meses, suplementando la leche materna con aguas de arroz y atoles. La deficiencia de la dieta se manifiesta sobre todo porque en la mayoría de los casos es poca la cantidad de leche que puede proporcionar la madre, sometida también a una alimentación deficiente.

Sólo en uno de los ejidos observamos defectos físicos como consecuencia probable de deficiencias en la alimentación: en general se trata de casos avanzados de raquitismo. Asimismo, la población infantil es presa constante de enfermedades estomacales consecuencia de la citada alimentación inadecuada, la poca higiene existente y el uso de aguas contaminadas."

En cuanto a Salubridad, es imperioso acercarnos aunque sea a través del libro de Mercedes Escamilla, al problema lacerante paupérrimo mexicano en tantos y tantos rincones de la Patria.

Esperamos que algún día las generaciones que nos sucedan, puedan borrar de nuestro mapa o al menos, suavizar esta dolorosa pesadilla, que subsiste a pesar de tantos años de lucha para desterrar la pobreza precursora de la muerte.

"El problema del agua repercute directamente en el estado de salud ejidal. A pesar de que los habitantes de los ejidos se habitúan a una dieta deficientísima los problemas estomacales que surgen, a veces con carácter de epidemia, provienen del consumo de aguas contaminadas. Hablar de agua hervida es incomprensible para ellos. Hemos observado y en ocasiones tomado el líquido que ellos obtienen de los agujeros a los que acuden también a beber los animales; a simple vista se advierten pequeños gusanillos de esas aguas contaminadas.

El problema fundamental en el ejido en cuanto a salud es pues de orden estomacal. Existen aunque en menor grado los derivados de las vías respiratorias, sobre todo en los menores de edad.

Sólo en cuatro ejidos de los doce visitados se contaba con tomas de

agua para el uso doméstico y en dos de ellos ya empezaba a escasear por lo prolongado de la sequía.

Otras ventajas de tipo sanitario son completamente desconocidas para los ejidatarios, como los Centros de Salud inexistentes. Todos los habitantes de estos ejidos se ven obligados a recorrer largas distancias, penosas de cubrir por lo difícil del terreno, cuando se trata de solicitar auxilio médico. Regularmente, como es natural, las mujeres dan a luz asistidas por vecinas o comadronas prácticas."

Aun cuando la investigación termina con las conclusiones, el libro no acaba ahí; después de una bibliografía especializada, presenta una segunda parte, como apéndice cronológico desde el 9 de mayo al 8 de junio de 69 en que llevó a cabo la investigación de campo.

Esta parte del libro, tiene a su vez un interés particular, que a simple vista no se aprecia, ni en el título de la obra ni en la carátula, así como tampoco en la severidad de la exposición, que a pesar de lo analítica, está bien escrita, documentada, accesible e interesante.

Pues bien, el "apéndice" del libro no deja de tener singular interés, ya que muestra los aspectos humanos con narración sencilla, fluidez literaria, de quien convivió con los ejidatarios y sus familiares investigados.

Esta segunda parte también tiene su gusto para el lector, que muchas veces ignora las argucias que requiere el estudio de la sociedad, en sus ángulos económicos, para llegar a conclusiones a través de la investigación, sino porque sin ser novelada, se pueden saborear, como en un documental, todos los pasos que sus pinceladas le dan, algunas pintorescas, otras sentimentales, con sorpresas, y en fin múltiples aspectos que desbordan en las páginas del libro.

Entre estos pasajes señalamos algunos que, más que comentarse, es conveniente señalarlos, ya que dan idea de lo jugoso del contenido, recomendable por tanto, a los amantes de la investigación social, económica y política, pero también para quienes gustan saborear lo expuesto y vivido por la investigadora, sus inquietudes, anhelos, impresiones y a veces la sorpresa que muestra la realidad de nuestra vida rural, en donde la tragedia de la familia ejidal y el deseo de redimirla, condujo a Mercedes Escamilla a dedicarle su trabajo.

"De pronto quedo sola en la carretera junto al letrero "Ejido Los Caños", la entrada en la barda de adobe y el largo camino polvoso bordeado de jales miseros (piedras y pencas por techo) cruzado de escualidos cerdos y niños panzones. Desemboco en una plaza grande entre cuyas edificaciones (oficina de correos, tienda, escuela, etc.), destacan las torres de un enorme templo.

Un chico me acompaña a casa del representante municipal (animales, cercas, un tractor), pero el señor está en Aguascalientes y regreso a la plaza con mi guía que se queja todo el tiempo (16 años tristes y ojiazules), de

que en Los Caños no se puede estudiar y no hay ninguna oportunidad. Pregunta esta vez a la reunión por el Comisario Ejidal y un hombre joven y acabado me conduce donde "carnal" ocupado en labores de albañilería.

Poco a poco adelantamos en el cuestionario de tipo económico, cuidadosamente elaborado en la ciudad y el que, ahora lo veo, tiene en algunos aspectos la misma validez como si las preguntas estuvieran dirigiéndose a un marciano."

14 de mayo

"Todo lo que toco, cuestionarios, ropa, de regreso en el hotel, está lleno de tierra, como para recordarme a esa gente de tierra, su petición unánime "que nos hagan un pocito, la tierra es buena y tenemos chulos prados."

La mañana empezó en Duraznillo y transcurridas tan sólo unas horas, al recordarlo, el ejido me parece irreal no obstante haberlo visto iluminado por un sol inclemente. Todo tiene ahí algo de fantasma; Duraznillo se convierte en un tránsito de carne, ojos, cocinas ahumadas y mujeres renegridas dando el pecho a criaturas escuálidas y tristes.

Duraznillo tiene muchos problemas, fuera del habitual del agua.

Lo de adeveras malo es el hambre, señorita, comemos unos tacos al día, a veces sólo tres, a veces sólo los hombres, los niños... Carne... cada y nunca.

Mire usted a mis criaturas, panzones, empachados de sólo frijol. Hay sábados en que mi marido no toma y les da un peso... se lo gastan en galletas y refrescos.

En Los Conos tienen luz y agua potable de un depósito. Hay también problemas de alcoholismo, riñas, a veces muertos. Las autoridades no pueden hacer nada al respecto.

Vamos a la capital, me dicen. Planteamos las cosas como son y regresamos autorizados a hacer esto o aquello y al día siguiente el sinvergüenza se presenta en Aguascalientes, habla con las mismas personas, se pone bien y las cosas quedan como estaban. Y cuando hay pleitos, mejor es buscarles el modo, de amigos y no como autoridad, para que le hagan a uno caso."

15 de mayo

"Sólo las señoras se quejan conmigo a espaldas de los maridos. Tengo que inventar algo, ver de cerca las gallinas que picotean en el corralito del fondo para que la señora gorda de ojos claros pueda apartarse de la vigilancia de su cónyuge y suplicarme se haga algo con la venta descarada de aguardiente en el ejido. Han hecho antesalas e intentos con Primeras Damas pero la venta continúa. Como los que venden están protegidos y a los hombres les gusta... , aunque pasen hambre la botellita no falta."

16 de mayo

"Empiezo a divisar las casitas grises. Antes de ellas, en el pobre arroyuelo las mujeres lavan hincadas. Responden a mi salud y de inmediato inquieran si vengo a vacunar. Hace dos semanas les prometieron los de Salubridad que vendrían y desde entonces esperan a diario.

El zumbido de las moscas y el piar de los pájaros es tan fuerte como el hedor pero es aquí donde procedemos a nuestras preguntas.

En Garabato se come sólo dos veces al día en muchas casas. Es un poco la costumbre y otro tanto la necesidad. Los que trabajan para el "patrón", a la fuerza tienen que prescindir de tomar tres alimentos. "Es un viejo porfiriano, maltrata a los que al medio día quieren ir a comer, dice que qué cosa es eso, que con él se come sólo dos veces".

El patrón tienen a sus empleados fijos, no ejidatarios, viviendo en donde se ponía la pastura para los caballos; paga ocho pesos por el trabajo de una familia, les prohíbe tomar agua de "su" pozo y los pobres deben ir dos kilómetros a traerla. ¿La enorme iglesia? Esa sí la comparte."

19 de mayo

"Entro por un portoncito a casa de doña Narcisca que tiene diez hijos y espera el onceavo. La encuentro cosiendo en el suelo sobre un petate, no hay más muebles. En un rincón un montoncito de maíz y en las paredes los santos a los que doña Narcisca se encomienda cada dos palabras. ¿Lo que cose? Chambritas que le traen de Aguascalientes a su cuñada ya cortadas para que las borde; ella ayuda y gana algo, depende de lo que haga. En casa de doña Narcisca se muele en metate para ahorrar lo del molino, nunca comen huevos o beben leche; carne, ni pensarlo. Para ellos maíz, agua de arroz para los pequeños y frijoles, cuando hay; nopalitos no, no se encuentran por estos rumbos.

En la casa contigua la cuñada de doña Narcisca pedalea en una destaralada máquina dando el toque final a las chambritas. Por vez primera encuentro la famosa artesanía de Aguascalientes, hasta ahora sólo vista en aparadores de la ciudad. Estas mismas chambritas si no recuerdo mal se venden a 20 o más pesos cada una. La costurera me explica que las recibe cortadas, ella debe poner el hilo con el que las borda y terminarlás, le pagan 70 pesos por el ciento. No ignora que la explotan pero si pidiera un aumento le darían el trabajo a otras y ella necesita el dinero; tiene un hijo estudiando, termina la Normal y así ella reviente sus otros muchachos tendrán también escuela. Las tierras no dan mucho; ratifica lo dicho por el Comisario Ejidal: no hay necesidad de sacar las cosechas, por lo general se quedan en el ejido, para el consumo.

Pienso al observar estas sociedades primitivas si éste es el México en vías de desarrollo, la avanzada de América Latina. Las lecturas vienen a la mente, recuerdo a Marco Antonio Durán hablando sobre la renovación de incentivos, lograr el bienestar de los campesinos, sobre todo los temporales. El, otros tantos, han señalado desde hace mucho la urgencia de medidas adecuadas, sin embargo las pocas empleadas son tan sólo paliativos. De nada sirve la creación de Sociedades Artesanales anunciadas con gran bombo. En estos días en la capital, en Aguascalientes, han habido reuniones, discursos, noticias en los periódicos al respecto, ¿para qué?, para que los comerciantes continúen enriqueciéndose con la explotación de las mujeres de los ranchos y los ejidos."

21 de mayo

"La Congoja es fundamentalmente un ejido ganadero. Entre sus habitantes no todos tienen buenas condiciones, muchos se dedican sólo al cultivo y cuando el año se viene malo, como éste, se intensifica otra de las actividades económicas del ejido: la leña.

Para encontrar leña hay que caminar de doce a quince kilómetros.

Pregunto cuántos kilos o cargas pueden traer en cada viaje.

Pues mire usted, depende de cuántos burros tenga y de cómo los cargue. Mi compadre que está muy amolado le pone creo que una tonelada a la pobre bestia, pero eso sólo él, se le va a morir el burro.

Insisto por saber más o menos lo que produce cada excursión a acarrear leña.

Más o menos cien kilos, una carga cada burro... Y por carga nos pagan casi cinco pesos.

Descuento usted la comida de la bestia, lo que usted come. No siempre se puede juntar una carga en un día. Además, hay que dar un centavo por kilo a las autoridades. ¿A qué autoridades? interrogo. A las autoridades, seño, a las autoridades.

Digo adiós a La Congoja y rechazo el ofrecimiento del burro para bajar a donde espera la camioneta. El sol pica fuerte en la bajada. Me digo todo el tiempo. ¿Por qué sólo este ejido se llama La Congoja?"

22 de mayo

"Sigo por la callecita, el sol se hace ya sentir. Una mujer enrebozada me mira atentamente cuando entro a casa de la señora Enedina, la hermana del borrachín, la del niño enfermo que afortunada y milagrosamente de ayer a hoy, mejoró y duerme tranquilamente.

Disculpándose la señora Enedina nos pasa a la habitación que aún no está hecha. Una cama pequeña y revuelta donde duerme un niño amarillento. Por todo el piso patates llenos de polvo y cobijas hechas jirones.

Perdóne seño el desorden, pero como soy sola para todo, ya usted ve, ésta mi muchacha, no puede ayudarme. Su muchacha tiene 16 años. Cuando pequeña le pusieron una inyección y casi se muere. Quedó con las piernitas atrofiadas. Un tronco y el rostro de una jovencita se asientan sobre dos piernecillas delgadas y cruzadas. Para "caminar", se ayuda con las manos y así anda por todas partes, llena de polvo del cabello a los pies, ahuyentando a una gallina por el patio: pum, pum, pum. Nunca fue a la escuela, ella quería pero su padre no lo permitió.

La señora Enedina salta de hablar de su hermano, que se envició con la bebida desde muy joven, hasta la tristeza que antes le daba su hija. Ahora ya se acostumbró y su marido hasta piensa en la idea que un maestro les diera.

Llévesela a México, les dijo, a que pida caridad, verían que sacan bastante.

No sé qué siento ante esta tranquila declaración y ante estos ojos tristes que me observan desde el suelo. Qué decir..."

29 de mayo

"Ya me habían hablado sobre Calvillito, sobre toda esta zona, por años dolor de cabeza con hechos de sangre que ahora también, de vez en cuando aunque en menor grado, se registran. Estoy pues en el famoso Calvillito platicando con un ejidatario gordo que salpica sus respuestas de interjecciones que pronto cesan cuando descubre que no chocan ni traspasan mi coraza de investigadora.

Aquí los hombres somos bien fregados, y es que las mujeres nos ayudan mucho...

Qué, a poco no nos mandan. Mire esa que viene por allá, es medio líder de las viejas. Aquí hacen lo que les da la gana. A todas ellas les gusta ir a Aguas, ya se acostumbraron, como queda cercas... A diario juntan nopales y los llevan al mercado, sacan un par de pesos y regresan con un bote lleno de fruta podrida que les regalan o que les venden por unos cuantos centavos... así tenemos microbios gratis, ¡pura fruta podrida...! Interrumpo para preguntar sobre cosechas, rendimientos..."

"Pronto la historia de El Colorado me es dicha por sus habitantes. No señorita, crédito nunca se solicitó. Al temporal no se le presta. Aquí dos o tres volteadas a la tierra qué más, el zacate es malo, "Zacate gringo", sólo se sostienen sin embargo los que tienen vacas, otros, los más, salimos fueras a trabajar.

No señorita, los conos de la CONASUPO no han funcionado nunca, no hay cosechas, así ¿que con qué llenarlos?

La historia de El Colorado: están un poco en desgracia. Al Comisario Ejidal que es bien bragado se le ocurrió en uno de esos Congresos a los que asisten Gobernadores, denunciar el estado de su ejido, preguntar por ejemplo el porqué la construcción de la Central Camionera y otras cosas. Ahora los ignoran, no importa que la unidad de agua que se montó con tanto entusiasmo esté inservible. Y eso duele, sobre todo que todos cooperaron, con cuotas, con faenas.

Desde que trajeron la madera para los lavaderos por ejemplo, vimos que no servía, mire las vigas cómo se rajaron pronto... todo lo compran de segunda, sólo dura para la inauguración...

Desandamos el camino y salimos del ejido pasando nuevamente por los lavaderos desiertos, el tanque vacío con las grandes letras que se ven a distancia SSA.

¿Sabe lo que quieren decir esas letras en Aguascalientes? Siempre Sin Agua..."

8 de junio

"Hoy es domingo y creo que es tiempo de concluir estos apuntes. Algunos días más y regresaré a México. He bajado cerca de ocho kilos y sin embargo cada día al empezar mis recorridos me he sentido llena de energía, el cansancio se iba cada noche con unas cuantas horas de sueño... lo que es el interés por un trabajo determinado, un trabajo que me deja llena de impresiones, enriquecida y quizá también colérica. Es hasta ahora la más grande experiencia de mi vida."

Mercedes Escamilla, al concluir su investigación, narra en la segunda parte del libro, lo que llama "la gran experiencia de su vida". Pero el mosaico mexicano encierra otros panoramas más dolorosos y trágicos que lo descubierto.

En la encuesta, tal vez amable, en que la autora se desenvuelve, comprendida por todos, o casi todos y además observa lo estrujante de la vida, con su bondad y el noble sentimiento de su intelecto y sexo, sin poderse contestar muchas interrogantes: fuerza de trabajo desperdiciada, brazos inútiles que no trabajan, tanta familia que no va a ninguna parte, miseria, mugre, incuria y hombres ociosos, borrachos, que lo único que saben hacer son hijos y ni eso.

A veces también debemos pensar cómo hacer para levantar el espíritu en estos páramos, cómo estimular al hombre del campo, cómo inyectarle ansias de superación, de trabajo, para mexicanizarlo; cómo ha sido posible que a pesar del analfabetismo se hicieran pirámides, en otros lugares ciu-

dades y templos, y ante tanta magnificencia en ciertas zonas, encontramos indolencia e irresponsabilidad en otras.

La vida, el medio, el clima, el suelo, el agua, la distancia a los centros de población, los caminos, la fertilidad del suelo, todos son factores que se aglutinan con interinfluencia decisiva en la vida social, económica y cultural del hombre. El paisaje del altiplano se conjuga con el carácter de sus habitantes, como el norteño abierto y capaz de luchar contra las inclemencias y el del sur que espera todo de la exuberancia del medio.

En los ejidos visitados por Mercedes Escamilla, sus habitantes se ligan absolutamente al área geográfica en que se encuentran y seguramente mientras el medio no cambie, tampoco su producto, que es ese hombre que sufre y padece las consecuencias de su "habitat", y por tanto, la economía social derivada fundamentalmente del medio, sólo cambiará cuando este último, lo hayamos transformado.

La tarea a realizar es de la magnitud que el problema entraña, a un plazo muy largo y la suma de las miserias desperdigadas por doquier, reclaman intervención decidida para resolverlas.

El reto del pauperismo está ligado indisolublemente al carácter del hombre y al medio geográfico.

MARIO M. SAAVEDRA

*Dos Grandes Poetas
Mexicanos*

POEMAS DE ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ "EL DILUVIO DE FUEGO" Y "BABEL"

Por *Antonio CASTRO LEAL*

EN TREMOS desde luego en materia. El modernismo fue el movimiento hispanoamericano que renovó, a partir de 1880, la poesía de lengua española. Algunos críticos, principalmente españoles, lo han descrito como una renovación puramente verbal, de influencia francesa y de gustos exóticos. Era, en realidad, mucho más que eso. Esa descripción sólo conviene a una etapa del movimiento: la de los muchos poetas que se empeñaron en imitar las *Prosas profanas* de Rubén Darío.

El modernismo revolucionó la palabra; le dio nuevos brillos y tornasoles, la acomodó al verso, variando su música; aprendió novedades en la poesía francesa, pero también en otras literaturas, y exploró la poesía de España del siglo xv y la de la antigüedad clásica. Es cierto que le asombraron las tierras extrañas y pintorescas, y también las épocas más suntuosas de Europa; pero nunca olvidó su pasado americano, ni la obra de España en América. Y se preocupó por el destino del hombre, por los problemas políticos y sociales y por los dramas de su historia nacional.

Los críticos que creían que la poesía modernista era superficial y se conformaba con exhibiciones verbales, olvidaban muchas cosas. Olvidaban la angustia nacionalista en los versos de Martí, los poemas *Sursum* y *Voces interiores* con que, en 1884, Díaz Mirón revitalizó la poesía civil; el canto de *Anarkos* en que Guillermo Valencia exaltó la razón de todos los oprimidos; las poesías de Rubén Darío a Caupolicán, en 1888, a Tutecotzimí, en 1890; al destino de los pueblos amenazados por Roosevelt, en 1905, y a la grandeza de la Argentina, en 1910. Olvidaban que José Santos Chocano cantó las selvas americanas y las hazañas de incas y españoles desde principios del siglo; que Lugones celebró las tradiciones de su patria en su *Oda a los ganados y las mieses*, y que González Prada había escrito baladas peruanas. Considerándolo bien, las fronteras del modernismo se extendían por todos los campos de la poesía.

Por inclinación natural, siempre que se habla de poesía se sobrentiende la poesía lírica. Es más breve, está más cerca y es más impresionante para el público lector; sus realizaciones son más numerosas y fácilmente recordadas. Y la poesía que se designa con el nombre genérico —no muy exacto— de poesía civil o heroica, cuyos temas rebasan la efusión lírica, es menos popular. Esta poesía canta los conflictos del hombre en la sociedad en que vive, denuncia los peligros y corrupciones de la organización política, defiende las libertades amenazadas, celebra la independencia de los grupos nacionales, condena la injusticia social, exalta la moral pública y privada; le preocupa el rumbo que, en ciertos momentos, quieren dar al mundo, para su propio beneficio, las naciones más poderosas, y aun especula sobre el destino de la humanidad temerosa de que la civilización desaparezca.

Hay en ella anatemas y condenaciones, entusiasmos y júbilos, recuerdos gloriosos, elevación moral y piedad, lamentaciones de desastres y esperanza de mundos nuevos. Según la ocasión y el poeta, es civil, heroica, social, política, satírica y hasta filosófica. El destino, la vida y la integridad moral del hombre dependen de todos esos conflictos, que arrancan quejas a las muchedumbres, reflexiones y protestas a la mayoría de los hombres, y que suelen inspirar a los más altos poetas. Pero no hay duda de que, para el público lector, esta clase de poesía es menos atractiva que la poesía lírica. Y hasta ha habido algunos —enamorado del fenómeno poético con todos sus secretos, que ilumina el alma particular del creador— que se han preguntado si no será adventicia y secundaria, una especie de excelsa oratoria rimada, que puede degenerar en una simple poesía patriótica o social.

Pero es fácil encontrar en la poesía universal expresiones inspiradas en esos grandes conflictos humanos, que tienen calidad de verdadera y alta poesía. Se encuentran en los trágicos griegos y en Píndaro, en Virgilio y Horacio, en muchas páginas de la Biblia, en Dante y Milton, en el teatro de Shakespeare, Corneille, Racine, Goethe y Schiller, en Shelley y Byron, en Víctor Hugo y Carducci. Todos éstos, y otros, lograron transportar a un plano espiritual, fuera del tiempo, los sentimientos y preocupaciones provocados por vicisitudes humanas que pasaron, pero cuya resonancia quedó para siempre en los versos de esos grandes poetas.

En España, en la época clásica, pueden encontrarse en Fernando de Herrera, Quevedo, Cervantes, Lope de Vega y hasta en el mismo Góngora, cuando celebra la toma de Larache. Apresurémonos a aclarar que no es condición indispensable para adquirir la categoría de poeta supremo cantar estos grandes conflictos: no lo

hicieron Garcilaso, Fray Luis de León ni San Juan de la Cruz, ni tampoco, posteriormente, Antonio Machado ni Juan Ramón Jiménez. Y fuera de España, ni Keats, ni Baudelaire, ni Rilke.

Después de 1934, a la muerte de Hindenburg, asume en Alemania el poder Hitler y empieza su política totalitaria, la persecución racial y un temerario imperialismo que no supieron contrarrestar oportunamente las grandes potencias de Europa. La expansión nazi y sus doctrinas provocaron inquietudes en todo el mundo. Anunciaban una época de trastornos, conflictos y violencias. Empezaron las matanzas y los campos de concentración. La política de conciliación, seguida por estadistas ciegos y cobardes, fue una política de derrota.

González Martínez publicó en 1938 *El diluvio de fuego*, que llama esbozo de poema. Tiene cuatro cantos y es a la vez una profecía y una intensa visión del mundo descompuesto de ese tiempo; una exposición de las deformaciones escandalosas, increíbles y amenazadoras que sufrió entonces la verdad, que sufrieron las verdades. Su estilo profético y conminatorio tiene entonaciones bíblicas.

Habrà de llegar el redentor, el mensajero que anunciará un mundo nuevo, porque la violencia nunca resolverá las pugnas y rivalidades de los hombres. Ese redentor joven, hermoso, imparable, inspirado traerá la buena nueva, que es la misma nueva de hace dos mil años: paz y amor. González Martínez lo pinta con sobrias pinceladas, como un Cristo efebo, imberbe, deportivo y seguro, según aparece en los mosaicos bizantinos, antes de que el odio de los hombres lo transformara en el apóstol triste y doloroso que ahora presentan sus imágenes.

El joven apóstol tiene algo de sobrenatural, su belleza asombra a los hombres, su juvenil e innata convicción se impone misteriosamente antes de que razone su doctrina. Su presencia en la tierra es a la vez la revelación de que va a ocurrir un cambio moral en la humanidad y la invitación a que la humanidad reflexione, un anuncio celestial al que los hombres deberán responder con un examen de conciencia. En tercetos fluidos, con palabras que tienen la precisión de un dibujo y con los colores necesarios para avivar su imagen, aparece este mensajero de la buena nueva.

Ha de venir, y nacerá mañana.
Parto de soledad le dará vida,
sin hembra, ni serpiente, ni manzana.

Beberá leche y miel —virtud fundida
en gracia—, para dar música al viento
y acosar al dragón en su guarida.

Dos Grandes Poetas Mexicanos

Hierbas del campo le darán sustento:
dulce filtro de amor para la entraña,
jugo de acibar para el pensamiento.

Oirá su propia voz en la montaña
antes que asombre piélago y llanura
con palabra profética y extraña.

Pasará la niñez alegre y dura:
jugará con el cisne y con la fiera
en retozo de sangre y de blancura.

Sabrán cantar. Le prestarán su lira
mares y selvas, y será su canto
voz de perdón o sacrosanta ira.

Sabrán llorar. Destilará del llanto
eucarística sal para la ciencia
y linfa bautismal para ser santo.

Violará la caverna donde mora
la prole del león en el desierto,
y año tras año aguardará la hora.

Oirá la voz del mar desde el oscuro
antro de su retiro, y cada ola
le henchirá de esperanza y de futuro.

Se embriagará de gracia en la corola,
de blancor en las nieves, y de fuego
en el sol que las nubes arrebola.

Sabio de infusa ciencia, no aprendida
la evangélica voz, puro y entero
en su verdad, el ánima encendida

en hogueras de amor, por el sendero
que él abrirá desde la cima al mundo,
ha de bajar un día el Mensajero.

Lo anunciarán un aire vagabundo,
un divino pavor de corazones,
un callar enigmático y profundo.

Le seguirán rebaños de leones,
y heraldos de sus ojos adormidos
irán en vuelo pájaros y halcones.

Derramará la paz en los sentidos,
y en los arroyos de la clara senda
tigre y cordero abrevarán unidos.

El nazismo siguió su curso de locura y espanto. En ninguna otra época de la historia se había creado tanta confusión en las informaciones y en las ideas, porque nunca había contado el mundo con medios de difusión tan poderosos como la radio y la televisión. Nunca se habían propagado tantas mentiras y doctrinas falsas, para confundir y desorientar en favor de una causa que era, en el fondo, el sueño de un demente.

Su peor enemigo era la verdad, y la verdad fue sustituida por un credo racial que contrariaba la ciencia, y por máximas políticas de estrategia y propaganda que llegaron a crear una verdadera superstición colectiva. Superstición que fue más cruel e inhumana que cualesquiera de las supersticiones religiosas que antes habían ensangrentado la tierra. Superstición que llegó a corromper el corazón, dividiendo a las familias, haciendo de padres e hijos enemigos irreconciliables.

Dice la carta de la UNESCO que las guerras nacen en la mente de los hombres y que es ahí donde hay que combatirlos. Las doctrinas del nazismo y su propósito de dominar al mundo nacieron en mentes que, con irrefutable lógica extraviada, deformaban la verdad, la mezclaban con monstruosos prejuicios y delirios de grandeza, y con un insolente desprecio hacia el resto de la humanidad.

La religión de la fuerza agregó, a la deformación de las ideas, una adaptación de la moral a sus propios intereses. Las virtudes conservaban sus nombres, pero era otro su contenido, a veces diametralmente opuesto. Lo que en otro tiempo hubiera merecido el cadalso se premiaba con ascensos y condecoraciones. El nazismo sembró la confusión en el pensamiento de los que no descansaban en principios morales inmovibles. Hasta hubo quienes pensaron —por su persecución de los judíos— que Hitler propiciaba un renacimiento del cristianismo.

Este odio a la verdad y esta subversión de los valores morales, es el tema del segundo canto de *El diluvio de fuego*.

¿Qué hicisteis,
hijos del bien y de la luz; en dónde

arrojasteis el oro de la vida?
Supisteis sólo envilecer su nombre.

Os ofendió la desnudez augusta de la Verdad.
Escarnio y mofa hicisteis
de su divina claridad sin galas;
y con torpes arreos
y oropelescas ropas ataviada,
con un manto de burlas a la espalda
la hicisteis caminar, trémula y triste,
muda la voz, oculta la mirada...

Traicionasteis la vida
creyendo que era buena sólo para cantarla,
y la mentira en triunfo
entró con sus banderas desplegadas.

Visitasteis los campos en que el Angel del Odio
pisó cráneos hendidos y piltrafas humanas,
en las mismas campiñas en que el trigo meciera
para el pan de los hombres sus espigas doradas.
Repasasteis cuadrículas de trincheras hediondas
en que el asco y el miedo se agazapan,
en que el ansia cobarde chapotea
acosada de insectos y de miasmas...
¡E hicisteis el poema
triumfal del heroísmo y de la patria!

Conocisteis ciudades de silencio
en que yacen los hombres con las manos crispadas,
olvidados del mundo, el terror en los ojos,
la blasfemia en el alma...
¡Y en hedores de tumbas, alzasteis monumentos
a la resignación y a la plegaria!

Subisteis a la cumbre, allá donde se forja
la esclavitud del paria,
donde para los mártires en hogueras de orgullo
se preparan torturas y se forjan espadas...
¡Y urdisteis el poema de la acción generosa
y de la fuerza santa!

Siervos de la mentira,
la verdad os acusa y os señala
a la eterna ignominia de los tiempos. . .

Y la humanidad, como diría un profeta antiguo, fue castigada por las culpas de todos los que pecaron contra los fines más altos de la vida. Desde el cielo cae un diluvio de fuego. En el tercer canto queda despoblado el mundo, en una catástrofe que se pinta con esquemáticos y elegantes rasgos. Pero en un rincón de la tierra se salvan algunos supervivientes. El canto final los presenta en un desfile hacia una región que no fue invadida ni destruida, que quedó libre de los odios y violencias de los hombres. El Mensajero celeste se las entrega, les da posesión solemne para que la cultiven y la gocen, y para que establezcan en ella un refugio donde pueda surgir de nuevo y mantenerse una vida feliz, tranquila y noble.

¿Adónde la inocente caravana
dirige el paso de invisible huella
antes que el sol anuncie la mañana?

De la apiñada turba se levanta
un concertado son, un himno puro
que en el silencio de la noche canta.

Delante de la grey pasa el anciano,
ríos de nieve barba y cabellera,
alforja al hombro y báculo en la mano.

Detrás, en casta desnudez tranquila,
con hambre y sed de promisión arcana,
los hijos van en apretada fila.

Nunca el sueño del mal turbó su sueño,
ni una vez al surgir los vio la aurora
tristes los ojos ni arrugado el ceño.

Blanca niñez, codicia bullidora
de pubertad y juventud bravía,
van rasgando el misterio de la hora;

hasta que al fin el astro que los guía
palidece en la llama fulgurante
de repentino sol, y brota el día. . .

¡Sagrado resplandor! Miran delante,
ya roto el vientre de la noche impura,
la gloria del prodigio alucinante:

la tierra en paz; sobre la gleba dura
alta la hierba en que se cuaja el grano
y el fruto que en los árboles madura.

Tocan los gallos su clarín de alerta,
y surge el fénix de la nueva vida
de la culpable humanidad ya muerta
y en polvo convertida.

Y entonces el divino mensajero habla:

“Tomad el mundo en mansa posesión.
Crecisteis al amparo de una tierra de asombro
en que el verano es dulce y es piadoso el invierno,
en que cantan las flores si las mueve la brisa
y se mecen las aves como flores del viento,
en que hay ríos enormes como mares en viaje,
en que hay lagos más puros y más hondos que el cielo. . .

Que se hinque la planta reciamente a la vida
mientras cruza los aires el águila del sueño;
dejad en cada surco una gota de sangre;
prended en cada nube el ala de un deseo. . .

Del corazón en ascuas que se incendia a sí mismo
brotó la clara fuente de todo lo que es bello. . .
Cread, cread milagros de color y de línea,
de cántico y de verbo. . .

Leed en los augurios. . .
Corred siempre delante, pescadores de sueños;
pastores de las hondas soledades,
cazadores furtivos de silencios. . .

Y tal vez algún día el humano linaje,
que guarda resonancias de los hombres que fueron,
renazca de sí mismo
en un ímpetu eterno. . .”

En los cuatro cantos de *El diluvio de fuego* se ha escenificado, primero, la existencia de una voluntad divina, personificada en el Mensajero juvenil e inspirado. Dentro de una concepción antiquísima, adivinada por los profetas, siempre que los hombres traicionan a la vida, una catástrofe los detiene, los castiga y les indica que han errado el camino. El segundo cuadro es la lista de sus culpas; el tercero, su destrucción, y el cuarto, la esperanza de su redención. Y en ésta el poeta sugiere que el sentido de la belleza, la capacidad de apreciarla y de crearla, es una nueva esperanza de iluminación.

Volverá la humanidad, una vez más, a aprender lo que todavía no sabe: organizar la vida, ennoblecerla, darles felicidad a todos, y la ocasión de que puedan implantar, al fin, la paz y el amor. Y todo esto lo ha dicho en versos limpios, con imágenes de noble dibujo y mezclando su propia filosofía a las líneas de un mito bíblico.

La guerra era inevitable, y vino la guerra. La más despiadada y destructiva, que borró la diferencia entre combatientes y no combatientes, que borró las leyes más elementales de humanidad; que llegó a torturas que hicieron un juego inocente las atrocidades que habían desacreditado a la Revolución Mexicana; nuestros caudillos bárbaros quedaron muy por abajo de los nazis frenéticos que utilizaron la ciencia para torturar y destruir al hombre. Y, finalmente, un arma prohibida acabó con una ciudad inocente para sembrar el terror en el enemigo. Pero hubo otra novedad: fue una guerra confusa, porque la cuarta dimensión de las luchas sociales y la esperanza de futuros imperialismos distorsionó sus perspectivas. Los franceses, en un momento, prefirieron la dominación alemana al triunfo de los socialistas; los aliados estaban juntos en los frentes de batalla, pero en el fondo divididos, desconfiados y llenos de profundas reservas: querían que sus aliados triunfaran, pero que no usufructuaran su triunfo.

Aquellos horrores exigían una actitud, una definición: había que alistarse entre los defensores del bien o entre los dementes que querían el mal sin límites. ¿Y el artista, que sobre el mundo material y sangriento levanta un mundo ideal, refugio del espíritu? Apareció el artista "comprometido". ¿Comprometido a qué? A luchar contra la violencia y el error sin desnaturalizar su arte, sin traicionarlo. Problema de enorme trascendencia. ¿Cómo iba resolverlo el pintor, el músico, el escritor? La necesidad de enseñar a los ignorantes y descarriados, las moralejas, las verdades de propaganda, los gritos de protesta ¿exigen la desaparición del arte?

Hubo momentos de desorientación, que no han pasado todavía. En pintura se cayó en un realismo social, que presentaba imágenes superficiales, de tan claro y evidente sentido que no valía la pena de pintarlas. En música desvió a compositores geniales hacia la expresión de melodías que despojaron de todo arte para acercarlas a las multitudes. En literatura, el novelista podía presentar —y lo ha hecho— la vida de su tiempo conmovida por problemas políticos y sociales, y aun —sin violentar el arte— orientar a sus lectores hacia visiones más nobles.

Pero ¿en la poesía? ¿Podía existir una poesía ligada a un compromiso que no sea su propia realización poética? La poesía, que obra por caminos misteriosos ¿iba a renunciar a su misterio para refugiarse en manifiestos y proclamas? ¿Existía la poesía? ¿No era mejor que desapareciera?

Unos, los más, decidieron defenderla en sus reductos más íntimos, en la fortaleza inexpugnable de su alma y se negaron a todo colaboracionismo con las inquietudes y los anhelos de los generosos. Otros, los menos, resolvieron colaborar; pero en sus propios términos, sin desnaturalizar la poesía, sin rebajar sus valores.

González Martínez pertenece a estos últimos. Siempre, hasta su muerte, fue un convencido de la necesidad de renovar al mundo. Hay artistas que, al entrar a la vejez, pierden la fe, claudican, los vuelve escépticos la inutilidad de tantos esfuerzos para mejorar las cosas, y se unen a los ejércitos egoístas, cansados o ciegos que defienden a la sociedad inicua de nuestro tiempo. González Martínez no fue de éstos. Siempre prestó su apoyo —y muchas veces su firma— a todo empeño de renovación, a toda resistencia a la injusticia.

Sobre el gran desastre de la Segunda Guerra Mundial compuso un poema nobilísimo de versos perfectos: *Babel*, poema al margen del tiempo, publicado en 1949. Describe la situación creada por ese conflicto para la humanidad y también para el poeta. Se vuelve al espectáculo del mundo, desecho de esos momentos, al que se siente misteriosamente ligado:

Miré la dura tierra en que he nutrido
 cardos de angustia y mieses de esperanza,
 y la sentí tan mía cual si fuera
 yo la trémula flor, ella la planta.
 Al cielo se tendía mi corola
 como un alado corazón que sangra,
 y el tallo se alargaba y extraía,

del terrenal pezón aliento y savia;
y mientras más ahondaban las raíces,
la floral avidez iba más alta,
en busca de invisibles universos,
de nuevos soles y de nuevas almas,
por deshojarse allá como la ofrenda
de un mundo triste en que el amor acaba;
por sorber el efluvio de las rosas
que revientan en selvas no soñadas
donde el aire cordial pulsa las cuerdas
sonoras de los árboles que cantan;
donde a la sombra de olivar antiguo
espera el ave que salió del arca
que el sol piadoso y el sagrado viento
oreen la llanura ensangrentada.

Y le apareció entonces una Visión:

Con ambas manos me ciñó la frente
y fueron como un halo florecido
que saturó de aromas el ambiente.

—Yo te voy a decir a qué he venido
(y el hilo de cristal de su voz pura
me entró en el corazón por el oído).

Yo soy la que en la página insegura
de tu libro inicial, escribí el sueño,
y en él amanecí y el sueño dura.

Yo he sido la que viste en el risueño
umbral de tu niñez; mi trenza de oro
cautivó tu ilusión cuando pequeño.

Era mi propia voz la que en el coro
cantaba para ti cuando la nave
se alzaba al aire en huracán sonoro.

Yo me fundí en tu ser, y el eco grave
de tu canto precoz, te unió conmigo.

Más tarde fui la hiedra y tú la encina;
vestí de azul tu corazón desnudo
y nos besó al pasar la golondrina.

A tu fronda subí de nudo en nudo
y mi abrazo en el tronco solitario
la misma muerte desatar no pudo.

Supe de tu tabor y tu calvario
y el alma se me fue como paloma
viajera, como nube de incensario
que vuelven en mensaje y en aroma.

Y aquí estoy otra vez, desvanecida
la faz de antaño; mas la antigua llama
alienta en mí y avívase en tu vida.

La misma soy; tu corazón me llama.

Yo te arranqué del pálido horizonte
y haré que en pos de la celeste esfera
la avidéz de tu vuelo se remonte.

La misma soy. Providencial viajera,
vengo a asistirte con sonrisa y llanto
en el trance final de tu carrera.

Y el alma se hizo vuelo y se hizo canto.

Esa Aparición es la poesía. Es la misma de antes pero ahora vuela más alto. Porque la poesía no cambia: es una visión única, un modo de contemplar, y no importa que su campo visual sea grande o pequeño: puede ser una hoja, una flor, un árbol o todo el paisaje. El secreto está en la contemplación, en la forma en que el alma transfigura todo aquello en que pone los ojos: la hoja, la flor, el árbol o todo el paisaje.

Y con la poesía ascendió el poeta a la "montaña de zafiro" y desde ahí vio el mundo:

Del mar violado, de la tierra herida,
del profanado viento, del impuro
fuego que atiza el mal sobre la vida,

vino el clamor despedazando el muro
de mi punible soledad de antaño,
y ardió toda mi sangre a su conjuro.

¿Por qué un grano de amor no se condensa
en aquel río de salobre llanto
que va cruzando la llanura inmensa?

Sin fe en su voz ¿enmudeció el poeta
que serenó las almas? ¿Peregrina
por extraviados rumbos el profeta
de mansos ojos y de faz divina?

El mar que en su cristal miró las naves,
el que besó a Jesús con sus arenas
y lo meció sin remojar su planta
amasada de rosas y azucenas
hoy en olas de sangre se levanta.

Y ve pasar las visiones de un nuevo apocalipsis. Caín que maldice al sol, los buitres en festines de podridas carroñas, la separación de las razas, las cavernas de todos los instintos, la leche emponzoñada, y los mantos azules del mar y la montaña teñidos con sangre de mendaz heroísmo. Y entonces el poeta, conmovido, se vuelve a la Aparición y le pregunta:

Que tu amorosa voluntad decida
¿Hay que oír el silencio de la altura
o volver al estruendo de la vida?

¿Al fango rojo de la tierra impura
o a la limpia región en donde impera
la paz perfecta del amor que dura?

Se planteaba el poeta un dilema que nunca se había planteado antes: el silencio o el estruendo, la tierra impura o la región de la paz perfecta. El silencio había sido su viejo amigo desde sus años juveniles; bien pronto aprendió a descifrar sus mensajes misteriosos, y en su compañía —en las diarias y largas caminatas en que siempre buscó horas de soledad— había ido levantando la noble arquitectura de su poesía. ¿El estruendo? Odiaba al estruendo. Amaba la vida, la había cantado desde sus primeros versos, era un existencialista meditativo y alegre, pero su vida siempre estuvo en armonía con su medio y con la naturaleza.

En las pequeñas ciudades donde vivió durante su formación poética, el árbol, el campo, la montaña eran decoraciones familiares. ¡Y qué bien se entendía con la naturaleza! Si Manuel José

Othón gustaba de una naturaleza salvaje, solemne, labrada por tremendos cataclismos, González Martínez prefería otra, íntima apacible, virgiliana, que, por momentos, sentía como una prolongación de él mismo. Le turbaban una hoja desprendida de los árboles, un trino de ruiseñor; hallaba consuelo en el rumor de una fuente escondida, recibía lecciones del árbol y de la montaña. Pero el estruendo rompía toda armonía en la naturaleza y en el alma.

Y entre la tierra impura y la región de la paz perfecta era indudable la preferencia del poeta. En esa paz se abrían los caminos hacia el aislamiento y la meditación, por los que había transitado, gozoso viajero solitario, practicando el consejo que dio en uno de sus primeros versos:

¡Y abrí mi alma y me cerré por fuera!

Ese dilema, presentado con tan aparente serenidad, era un dilema doloroso y dramático. Se estaba jugando en él la integridad de su poesía.

Pero la Aparición le responde:

Que tu ansiedad no espere
amor distante o paz en lejanía.
Hay que volver allá, donde se muere,

donde el dolor azuza la jauría
de los canes del mal, donde la entraña
teme la noche y aborrece el día.

El poeta queda atónito. Pero entonces el apóstol Juan, sobrio de palabras como en su vejez, le indica la tierra y le dice: "Ven y mira".

El paisaje del mundo se ha ensombrecido más todavía. Desfilan jinetes despavoridos, con banderas enemigas desplegadas, los hombres ruedan a los escollos de la muerte, se arman los brazos contra el padre y el hermano, los incendios inflaman el monte, histéricos alaridos acallan las palabras de amor, la raza es de un lado fuerza y de otro servidumbre; la patria, muros enemigos y la abominación de la frontera; todo poder se vuelve tiranía,

el arado se funde y se convierte
en nave artera, bajo el tul marino,
que lleva los mensajes de la muerte.

Ante el espectáculo del mundo que se derrumba el poeta reflexiona. Duda del poder de la poesía contra la violencia desencadenada de los hombres y opone su última objeción:

¿Qué vale la palabra iluminada
si no refrena el viento de agonía?
¿De qué sirve el laurel frente a la espada?

Y la Aparición le responde:

No muere la palabra desoída;
simula que se pierde a la distancia;
pero retorna al punto de partida.

Hecha voz, hecha luz, hecha fragancia,
se filtra por debajo de la puerta,
y entre los labios del que duerme escancia
el filtro que lo aviva y lo despierta.

Grave misión para la poesía redimir el mundo. ¿Qué podrá hacer sino ir destilando en el corazón sus jugos hasta que acaben por endulzarlo? ¿Cuándo?

El hoy es artificio de la mente,
devaneo del ayer, sombra el mañana.

Sólo la eternidad está presente,
y el ansia universal y tu destino
van en pos del amor eternamente.

Y la Aparición conmina al poeta y acaba, con sus gracias femeninas, por seducirlo:

¡Ni un alto ni un recodo en el camino!
En viaje vertical, vuelo fecundo,
se alcanza con lo humano lo divino.

Vive la inmensidad en lo profundo
de la vida mortal. ¡Bésame y sella
con este beso el corazón del mundo!

El poeta vive todos los misterios del mundo, de ese mundo que le ha entregado la Aparición al besarlo.

¿Quién las iras del mar desencadena?
 ¿Qué implacable deidad con mano impía
 el ritmo de las almas desordena?

¿Quién nubla el cielo y ensombrece el día?
 ¿Quién marchita la gracia de la rosa
 y malogra el botón de la alegría?

¿Quién mezcla acíbar a la miel que canta?
 ¿Quién goza en derribar muros de arena
 que el niño a orillas de la mar levanta?

¿Qué viento en el rumor de la colmena
 ahuyenta con fogatas el enjambre
 que de aroma y dulzor el campo llena?

¿Quién teje los barrotes del alambre
 que apresca al ruisenior? ¿Quién niega el vino
 y oculta el pan frente a la sed y el hambre?

¿Quién circunda de espectros el camino?
 ¿Quién se complace en apagar la estrella
 que es en la noche el ojo del destino?

Siente que esa misión es, para él, imposible, y para la poesía, larga y laboriosa. Sin embargo sueña en lo que sería una redención; el consuelo y la felicidad de alcanzarla, la gozosa tranquilidad en que viviría el alma, una bienaventuranza que abriría, al fin, un camino de perfección.

Y me puse a soñar. Y miré al hombre,
 en comunión de fraternal sosiego,
 sobre una patria con el mismo nombre;

tenderse hacia el azul un solo ruego
 dulce y coral; arder en cada entraña,
 al soplo del amor, un mismo fuego:

el que prende el lucero en la montaña,
 el de la antigua alianza, que se irisa,
 el que alegra el rincón de la cabaña;

el que de noche al viajador divisa
en lágrimas de luz fosforescente;
el que el ósculo enciende en la sonrisa.

Pero, finalmente, no se desiste el poeta, sólo ha detenido su vuelo, consciente de su tremenda responsabilidad. Ha tenido siempre por la poesía —no respeto y veneración— sino una consagración que la ha hecho sangre de sus venas, alma de su alma. Traicionarla sería traicionarse a sí mismo. ¿No es, el que vive el mundo, un momento de trastorno y arrebato que pasará y dejará sus ruinas, como a lo largo de la historia las han dejado otras guerras y otras catástrofes, sin que haya querido barrerlas la poesía, saliendo de su cauce y enturbiando sus aguas?

¿No son dos mundos distintos la materia y el espíritu? Y la poesía ¿no es la flor suprema del espíritu? Pero ¿no es el espíritu también el que impone leyes a la materia? Y la poesía, más que una flor —todo lo preciosa que se quiera— ¿no es capaz de iluminar al hombre? Lo ha iluminado siempre. Le ha revelado desde tiempo inmemorial el nombre de sus sentimientos, le ha enseñado a delinearlos, a perfilarlos y a decorar con ellos su alma para transformarla en una mansión que no iguala ninguna otra maravilla de la tierra.

El poeta, como un mensaje, al mismo tiempo de su fe en la poesía —en la verdadera, en la más alta y la más pura— y de su noble y generoso interés en el destino y la redención de los hombres, deja planteado el problema, nos entrega, sincera y conmovedora, su preocupación:

Mi final decisión quedó burlada,
las alas sin vigor para el ascenso,
y medrosos los pies en la bajada.

Como flotante nébula de incienso
que no alcanza la cúpula vacía,
entre la tierra y el azul, suspenso,
soy juguete del aire todavía.

Así termina el poema. Como *El diluvio de fuego* es una alegoría dramática. Su escenario está construido en dos niveles. Abajo, la tierra ensangrentada y deshecha, con personajes y multitudes que se debaten en la confusión y los horrores de la guerra. Arriba, en el cielo, dialogan una aparición aérea y el poeta sobre los destinos del mundo y la grandeza de la poesía. En su diálogo se desvían a veces, meditan a solas, monologan. Y, al fin, el mundo

desaparece de la escena y queda solo el poeta, indeciso, en su misión sagrada.

El poema está admirablemente compuesto con esas visiones, entretrejidias y sucesivas, de tierra y cielo. Su verso es sobrio, puntual, definitivo como una inscripción y recuerda a Virgilio y a Dante. Su desarrollo es como una melodía recurrente que, al ascender, va aclarando su sentido como la música de Bach. Sus conceptos y reflexiones han cristalizado en imágenes poéticas de noble dibujo, hechas de comunes experiencias humanas, de visiones exactas de la realidad y de esas alusiones literarias que son recuerdo de la humanidad. Es uno de los más admirables poemas de González Martínez. Pertenece a esa categoría que canta los grandes conflictos humanos, mencionada al principio.

Se podría pintar un inmenso y maravilloso fresco con todo lo nuestro que ha cantado la poesía hispanoamericana. Las montañas y las selvas, la vida y los templos de incas y de aztecas, las gestas de los conquistadores, las grandezas y torturas de los indígenas, los sacrificios de los misioneros, las luchas de los insurgentes, los hombres y los ganados de la pampa, los ríos y las inmensas aguas que se desploman de la montaña, las luchas fratricidas, los cachorros hispanoamericanos que atisban al cazador yanqui, los tiranos soberbios abatidos por los valientes, y todos los indios que sufrieron y que siguen sufriendo todavía.

A ese inmenso fresco González Martínez agregó, con trazos sintéticos, los horrores universales. Y, en su parte superior, dos figuras sentadas en las nubes, como en un cuadro del Greco, que presiden a todas las realizaciones de la raza. Una imagen celestial, que es la poesía. Y una figura humana, que es el poeta. Este simboliza la veneración que Hispanoamérica siempre ha profesado a la poesía, hasta ahora la revelación más alta de su espíritu.

Del siglo XVII a nuestros días tres veces ha tenido Hispanoamérica el cetro de la poesía de lengua española a lo largo del Continente. Después de 1681, cuando muere Calderón de la Barca, Sor Juana Inés de la Cruz, en el norte, cierra gloriosamente los siglos de oro; a fines del siglo XIX y principios del XX, Rubén Darío, de Centro América, hace triunfar la renovación poética que se inició en tierras americanas, y en la actualidad Pablo Neruda, de la América del Sur, cuya invención inagotable encuentra poesía en todas las cosas.

Ejemplo de nobleza y admirable integridad Enrique González Martínez. Para honra de su país y de las letras, nació hace cien años, y es uno de los poetas más grandes y originales, más delicados y profundos de lengua española.

SE IGUAL Y FIEL

Por *Benjamín CARRION*

I

Ramón López Velarde

EL conocimiento de México, que trae consigo el "gusto de México" que diría Mariano Picón Salas es realmente desigual por estos predios de Latinoamérica, hacia el sur. México nos paga —la balanza de pagos— en la misma moneda. Singularmente en lo relativo a la cultura: acaso por despreocupación, acaso por la larga dictadura porfiriana que el gran país soportó durante más de treinta años, con la cara hacia Europa y Estados Unidos y un olvido de sus hermanas continentales. Muchas otras causas más: lo cierto es que solamente a partir del modernismo, la literatura mexicana, singularmente la poesía mexicana, tienen curso libre en los mercados suramericanos. Quizás la circulación válida, comienza con Gutiérrez Nájera, muchas de cuyas cosas son base indispensable de las recitaciones en los salones altos, en forma de melopea, con música de la *Elisa* o el *Claro de luna* de Beethoven, nocturnos de Chopin, piezas melódicas de Schumann... Así, por ejemplo, la *Serenata de Schubert*, las cosas del *Duque Job* y aquello de

Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo...

que se cantaba en noches de serenata, cuando el reclamo amoroso de la muerte era de rigor entre los poetas y los enamorados.

Mucho se conocía a Díaz Mirón. Aquellas estrofas orgullosas y desafiantes a *Gloria* se las recitaba en los círculos de conspiración y de insurgencia:

Tú, como la paloma, para el nido,
y yo, como el león, para el combate...

Pensar que poetas como Manuel José Othón, como Francisco A. de Icaza, como Luis G. Urbina eran, y son, casi desconocidos en los países del sur de la América Latina, donde en cambio ¡cuantísima gente se ha suicidado inspirada por el *Nocturno a Rosario* de Manuel Acuña! Y cuantísima gente enamorada ha utilizado los versos —¡qué versos!— de Manuel M. Flores . . .

Es con el Modernismo con que la lírica mexicana nos domina; puede afirmarse sin exageración, con un solo nombre: Amado Nervo. Aún antes que Gabriela Mistral lo declarara su poeta preferido y su maestro, ya la poesía unciosa y dulce de Nervo emocionaba a los jóvenes de América Latina y su nombre marchaba al par —un poquitín menos alto— con el de Rubén Darío. Los iconoclastas de entonces —siempre los ha habido y los habrá— insurgían invocando nuevos nombres: de América Latina mismo, Julio Herrera y Reissig y ese fantasma, salido de los Cuentos de Hoffmann, Porfirio Barba Jacob, comenzaron a insurgir contra ese tipo de poesía, sobre todo viniendo desde México que ya, en ese tiempo, comenzó para la imaginación a ser la tierra a pura bala de Pancho Villa, Emiliano Zapata y la Revolución . . .

Una voz mexicana sí llegó, como iniciadora del pos-modernismo: Enrique González Martínez. Y llegó blandiendo el famoso soneto:

Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje . . .

Grito de guerra contra el dariísmo de la *Sonatina*, de *Era un aire suave* . . . No, nunca, contra el Rubén de *Lo fatal*, la *Oda a Roosevelt* o *Los motivos del lobo*. Grito de guerra, sí. Pero no con las intenciones protervas que le atribuyeron los malquerientes, probablemente de ambos grandes poetas. González Martínez, en su bello libro de confesiones *La Apacible Locura*, lo explica noblemente:

"Entre los poemas de este cuarto libro estaba el soneto *Tuércele el cuello al cisne* que Pedro Henríquez Ureña, a mi segundo arribo a México con el volumen debajo del brazo, habría de considerar como intencionado manifiesto literario o como síntesis de una doctrina estética. En realidad el poema no era, como definido propósito, ni una ni otra cosa, sino la expresión reactiva contra ciertos tópicos modernistas arrancados al opulento bagaje lírico de Rubén Darío, el Darío de *Prosas profanas* y no el de *Cantos de vida y esperanza*. Dejando a un lado lo esencial de la poesía del gran nicaragüense, se prolongaba en sus imitadores lo que podría-

mos llamar exterioridad y procedimiento. Claro está que en los imitadores faltaban la gracia, el virtuosismo excepcional y la encantadora personalidad del modelo. No alcanzaban tampoco los secuaces de Darío su emoción lírica, perceptible en él desde *Prosas profanas*, aun en poemas donde la agilidad técnica y el dominio de la forma parecían la única intención creadora; mucho menos la que, en *Cantos de vida y esperanza*, lograra, ya íntegra, madura y sabia, la poesía de Rubén. Lo único que estaba a la mano de los imitadores era lo temático —cisnes, pajes, princesas—; la métrica —ya tomada de Francia o de la vieja poesía española—; la adjetivación que, a fuerza de repetida por ellos, perdía eficacia y novedad; en general, la palabra, estéril para quien la hurta, y no el espíritu, fecundo y renovador.

"Contra aquella moda inquietante, aunque efímera, iban los versos míos que tomaban el cisne como símbolo de la gracia intrascendente, y el buho como paradigma de la contemplación meditativa que ahonda en los abismos de la vida interior. Nada contra Darío, salvo las inevitables discrepancias personales; nada contra su poesía fascinadora y estimulante . . .

"Yo me sentí —aprovechando la ocasión de una velada en honor de Darío— obligado a aclarar estos puntos. Y como yo rindiera en aquel acto férvido homenaje al autor de *Azul* y tratara de aclarar que mi poema nada entrañaba de condenatorio a su poesía, algún crítico joven, por cierto muy inteligente y muy poeta, aseguró que yo, con mi palabra, 'había pretendido borrar veinte años de la literatura mexicana'."*

LUEGO, la mera verdad: México caminaba por cordilleras y caminos de América del Sur portando los reflejos deslumbrantes de la Revolución. La Revolución mexicana "tuvo buena prensa" en nuestros pueblos. Su historia y su leyenda. Se encrespaban los nopales y los cactus para convertirse en los caudillos, para unos, héroes de leyenda, para otros, bandidos de camino real: Pancho Villa, Emiliano Zapata hasta Obregón y Calles. Eran los corridos, era *La Valentina* y *La Adelita*. Era:

*Si me han de matar mañana
que me maten de una vez.*

* Enrique González Martínez: *La apacible locura*. Ediciones Cuadernos Americanos, 1951.

No. En ese tiempo —no hemos de negarlo— no nos llegaba de México la dulce poesía, la sabia poesía que nos estaba ofreciendo la legión rubendariana. Y los españoles, que confesaban la paternidad de Darío en la primera época: Machado, Jiménez . . .

Por los predios de la cultura, y en muy grande medida, no llegaba Vasconcelos. Sí, señor: Vasconcelos. No como miembro del Ateneo de la Juventud, del cual se ignoraba prácticamente todo, hasta su nombre: era Vasconcelos el que andaba predicando su apostolado mexicanista, educacional, casi mesiánico.

Muchas cosas me han separado —nunca enemistado— con el ilustre maestro. Y sin embargo, he de confesar que, con más pasión que el arielismo de Rodó —que se quedaba un poco en capas superiores, universitarias—, era el vasconcelismo de *La raza cósmica*, de las cien mil escuelas, del millón de volúmenes de libros clásicos —principalmente griegos, hebreos, latinos—. Vasconcelos, para América Latina, era el inventor del muralismo mexicano. El inventor de José Clemente Orozco, de Diego Rivera, de David Alfaro Siqueiros . . . Vasconcelos el que abolió las fronteras y cercos culturales y, como primer paso, se llevó a Gabriela Mistral . . . Vasconcelos, admirado por Romain Rolland, por Henri Barbusse.

Vasconcelos fue un vendaval, un ciclón arrollador. Y para entonces —décadas de los veintes en adelante—, acaso dentro de una etapa que pudiera llamarse de la primera Guerra Mundial y su pos-guerra, el vasconcelismo, agresivo y peleador, con las gentes, con las situaciones y con las ideas, se había ido por sobre el arielismo idealista, un poco lírico. La "iracundia" y un cierto tipo de antimperialismo originado por el "gran garrote" del primer Roosevelt, se inspiraron en esta toma de conciencia latinoamericana despertada por el vasconcelismo. Esto, por mucho que no acabe de agradarnos ahora, hay que apuntárselo al haber de Vasconcelos. Porque además era, entonces, alborotador y bochinchero: andaba peleándose con las gentes en casi todas partes donde llegaba. Y, a pesar de que no era un orador, dejaba por donde iba una siembra de inquietudes, de protestas, de insurgencias. Hablo, lo repito, del Vasconcelos de entonces, al que conocí y admiré.

En plano menor de contenido y prédica, con inspiración inicial vasconcelista, el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre despertó inicialmente una ráfaga parecida. Se apagó . . .

FUE en Lima donde un poeta mexicano que acaso merece mayor conocimiento y admiración en su propia tierra, Gilberto Owen, fallecido en Filadelfia de "mal de México", donde la unciosa devo-

ción de este gran poeta por su hermano mayor en edad y poesía me hizo conocer a Ramón López Velarde. Con humildad y vergüenza lo declaro: me hizo conocer el nombre del gran zacatecano. Y luego, ante mi avidez por leerlo, me facilitó entonces —a los diez años de la muerte del poeta— la mayor parte de la obra publicada. "Alcancé a besarle la frente, apenas fallecido, con estremecida emoción," nos contaba Owen a mí y a varios intelectuales y poetas peruanos.

La primera comunicación, he de confesarlo también, entre López Velarde y yo fue la provincia. Esta especie de mafia universal de la provincia, que establece de inmediato un nexo, un cordón humano que recuerda la *Balada* de Paul Fort:

*Si todos los hombres del mundo
la mano se pudieran dar... ,*

y que nos hace a todos los provincianos del mundo y de la historia recordar con orgullo que provincianos fueron Homero, Esquilo, Virgilio, San Agustín, Cervantes, Rabelais, Shakespeare, Montaigne, Velázquez, Leonardo, Rafael, Goya, Picasso, Mozart, Bach, Beethoven, Victor Hugo, James Joyce, César Vallejo, García Lorca, Neruda y mil y millón más. . . Sin olvidar a San Francisco de Asís, a Pasteur, a Lenin ni a Fidel Castro. . . Y en México, ¿no son provincianos Juárez, Madero, Cárdenas? ¿Y Vasconcelos, Alfonso Reyes, Jesús Silva Herzog, Juan Rulfo, Rosario Castellanos, Juan José Arreola?

Con todos ellos, y con Ramón López Velarde, me siento en buena compañía. Y por ello, decir palabras sobre el autor de *La sangre devota* y *La suave patria* es algo grato y bueno.

REPITÁMOSLO: La visión de México, la sensación de México era —y en buena medida sigue siéndolo aún— la de una tierra erizada de cactus y pistolas. No el nopal de la tunas, sino la planta arisca que sale al encuentro de las gentes para picarles, hacerles daño, causarles escozor. Y la pistola mexicana —que tenían que ser dos— se la consideraba buena para disparar sobre el pianista y sobre "el que me cae gordo".

La balacera nuestra de cada día era el cuento de México. Ir a México, era casi una hazaña. Hubo un tiempo en que "hasta" se pensaba que era peor que ir a Chicago o a Dallas. . . Los primos

rubios tenían —y tienen— el hábito de matar a sus presidentes, sobre todo cuando se aseguraba que eran buenos: el caso de Lincoln es significativo. Acaso después, mucho después, también pensaron que mister John F. Kennedy era bueno, y claro, eso no puede permitirse. Solamente que en este último caso se equivocaron: el señor del ataque a la Bahía de Cochinos —los atacantes lo eran— y el señor de la Alianza para el Progreso no podía ser equiparado con el Leñador casi santo. Ni siquiera con el Franklin Roosevelt, buena persona. Era, más bien, de la línea de Teodoro Roosevelt, el del *big stick*, solamente que el garrote del de Boston eran más bien un látigo, porque castigaba con afrenta y con burla . . .

México, que había permanecido tranquilo los treinta y más años beatíficos de don Porfirio, con su *carro completo* y sus *científicos*, resolvió sacudirse desde 1910, a la voz de un apóstol chiquito, "charrrito" le dicen con amor sus compatriotas, que creía en los espíritus y en la libertad . . . Y se encrespó de veras. Sobre todo desde que un generalote borracho con su camarilla, apoyado por el embajador Lane Wilson, resolvió cometer el crimen de la historia mexicana, después del sacrificio de Cuauhtémoc: el asesinato de Madero y Pino Suárez, Presidente y Vicepresidente de la República.

Y desde allí —contado *grosso modo*— se armó la grande. Y desde allí, la imagen de México hacia afuera se proyectó —aumentadas las cosas como siempre por las agencias yanquis— como la de un pueblo feroz, implacable, armado hasta los dientes. Agresivo y cruel hasta la temeridad. Un hombre, el mexicano y su imagen hacia el mundo y, particularmente hacia Suramérica, tenía todo agresivo y temible: unos bigotes encrespados, casi tan fieros como los de Salvador Dalí, y un sombrero amenazante, cuya sola proximidad metía pavor.

Ni siquiera la prédica y la obra vasconcelianas limpiaban el ambiente. El oaxaqueño asomaba como un San Carlos Borromeo entre tribus indígenas a las que había que evangelizar, para llevarlas por el camino del cielo. La voz de Amado Nervo, eco lejano, pero eco de todos modos, de la fascinante algarabía rubendariana, algo conseguía en cenáculos literarios y, sobre todo, como una continuación no muy afortunada de Bécquer, en las urgencias líricas de los enamorados. Pero la explicación era muy fácil: Nervo no representaba a México, era un evadido, un tránsfuga de la "bola" que se había

puesto al abrigo del chubasco bajo las alas del modernismo y su gran pajarón deslumbrante: Darío.

Reyes. Alfonso Reyes, sí. Pero a él, mucho más que a Nervo —como actualmente se dice de Borges el argentino—, no se lo incluía dentro del "caso México". Su helenismo, su romancismo, su inmersión en lo clásico, su delicado oscilar entre "simpatías y diferencias", se lo creía muy poco mexicano. De ese mexicanismo exportable y exportado, con la figura cerril de Pancho Villa en la contratapa y los *corridos*, "Adelitas" y "Valentinas" en el texto. El gran regiomontano llevaba, como estigma luminoso, como las llagas de Cristo San Francisco, "la X en la frente". Y la frase —¿es de Alfonso o de Humboldt?— "viajero has llegado a la región más transparente del aire" es un acto de fe, una partida de nacimiento fulgurante, que se exhibe y se pasea por todas partes —y son muchas— por donde ha soplado "el viento Alfonso Reyes".

Por eso, el caso López Velarde, y singularmente, "el caso *La suave patria*", himno de la provincia, cántico de la provincia, fue en su momento como la aparición de una planta exótica, como el nacimiento de una palmera entre las nieves eternas, algo inesperado, algo refrescante en medio de la belicosidad, de la agresividad que se atribuía a todo lo mexicano de la Revolución.

Porque la Revolución Mexicana, tal como la exportaban probablemente para desacreditarla, era una explosión de violencias. Pero no de violencia de los de arriba, de los creadores y autores de la insurgencia, como en la Revolución Francesa o en la Revolución Cubana, en las que se puede personificar la dureza en Robespierre o Fidel Castro. No. En la Revolución Mexicana es el caso de una violencia desatada de todos contra todos. Y en la que se distinguen los casos personales: para la bondad, Francisco I. Madero, para el desenfreno, Francisco Villa, para el apostolado popular, Emiliano Zapata. Así andaba por nuestras sierras y nuestros litorales, en el cuento, la novela, el corrido, la Revolución Mexicana. Así andaba México mismo, todo él.

La leyenda parda de México, como la leyenda negra española —sobre todo en la plástica—, duró mucho tiempo. Más o menos hasta la tercera década de este siglo. Acaso el asesinato del general Obregón del que —gracias a la propaganda vasconceliana— se tenía una idea muy favorable en el sur del Continente, a pesar de su incongruencia, marcó el "comienzo del fin" de esa leyenda negra. Calles abrió mucho las puertas de México hacia el mundo.

En un pequeño ensayo mío, publicado en *Cuadernos Americanos* con motivo de su "Número 100", y que se llamaba *Mis Bodas de*

Plata con México (1933-1958), observé este tránsito de lo mexicano: de la adustez, de la acritud, hacia la suavidad. El paso de "si me han de matar mañana/ que me maten de una vez", a la "Suave patria". Y entonces fue López Velarde...

Y, antes de entrar con el poeta, quiero recordar unos párrafos de lo que yo dijera entonces en *Cuadernos Americanos* No. 100 cuando conté "mis bodas de plata con México", referentes a lo que ahora estamos sustentando. Dije así:

"En sus relaciones con Latinoamérica, parecía como que México hubiese asumido una generosa actitud de atracción fraternal. Se daba cuenta de su 'cara exterior', del prestigio insuperable que había llegado a conquistar en todos los pueblos de idiomas latinos dentro del Continente. En esos pueblos, es verdad, había soplado entonces una benéfica racha democrática, y todos volvían sus ojos hacia México, como hacia el norte verdadero de conducta, además de ser el norte geográfico de todos.

"Era grande el cuidado que se ponía en las representaciones diplomáticas de México en Latinoamérica, hasta el punto que —todos lo recuerdan— en cada capital latinoamericana la Embajada o Legación Mexicana era el centro de atracción de trabajadores, estudiantes, intelectuales. Las sociedades de "Amigos de México" se multiplicaban por todas partes. Todos los exilados latinoamericanos —y entonces eran muchos, casi tantos como ahora, porque el sino del latinoamericano rebelde es el exilio— señalaban en el país de su destierro a la Representación de México como su *propia* representación, para recibir correspondencia, para pedir apoyo ante las autoridades del país asilante.

"No hay que olvidar, eso sí, que el cuidado que entonces se ponía para seleccionar el personal mexicano de esas Embajadas y Legaciones era grande. Por el mundo anduvieron —especialmente por Latinoamérica— Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, José Rubén Romero, Jesús Silva Herzog, Alfonso Cravioto, Moisés Sáenz, tantos más. Como he dicho: la Embajada o Legación mexicana en cualquier país —de Latinoamérica en especial— era la Embajada o Legación de todos los hombres libres, con inquietud de justicia o de cultura. A esas representaciones mexicanas —era entonces Secretario únicamente— debo una de las mejores amistades que haya hecho yo en el exterior: Gilberto Owen, el gran poeta no ha mucho desaparecido. Gilberto Owen, quien me llevó al conocimiento y al amor de Ramón López Velarde".

Quando me sobrevenga el cansancio del fin, me iré como la grulla del refrán a mi pueblo, a hincarme entre las rosas de la plaza, los flecos de los tápalos y los aros de los niños.

Ramón López Velarde

(De una entrevista de Mauricio de la Selva a Juan José Arreola, en Zapotlán, quien cita de memoria al poeta zacatecano.)

A esa edad tan temprana, estaba muy lejos, aparentemente, "el cansancio del fin". Pero el poeta sabía que habría de llegar. Porque el trasplante es obra difícil de jardinería. Porque no se puede trasplantar el sol, el aire, los paisajes . . . Y la hora, tarde o temprano, habría de llegar. Este anhelo, que es casi una promesa, es el acta de nacimiento de la *provincialidad*. Del provincianismo, en términos peyorativos, la capital —las capitales— siempre ha tenido un tolerante, casi un perdonador concepto. Todo el léxico referente a esta circunstancia: no haber nacido en la capital política de un Estado, está teñido de burlesca ironía: gaucho, en Argentina; huaso, en Chile; huachafo, en el Perú; chagra en el Ecuador. . . Y así. en cada país un nombre, no diremos denigrante, pero sí despectivo.

Payo, en México, entre las mil denominaciones regionales. *Payo*, cosa inocente, inofensiva. Qué distinta de *pelado*, cuya definición, dada por Samuel Ramos es tremenda:

"El mejor ejemplo para estudio es el 'pelado mexicano', pues él constituye la expresión más elemental y bien dibujada del carácter nacional. No hablaremos de su aspecto pintoresco, que se ha reproducido hasta el cansancio en el teatro popular, en la novela y en la pintura. Aquí sólo nos interesa verlo por dentro, para saber qué fuerzas elementales determinan su carácter. Su nombre lo define con gran exactitud. Es un individuo que lleva su alma al descubier-to, sin que nada esconda en sus más íntimos resortes. Ostenta cínicamente ciertos impulsos elementales que otros hombres procuran disimular. *El pelado pertenece a una fauna social de categoría ínfima y representa el desecho humano de la gran ciudad.*"

El *payo* es otra cosa. Es el provinciano, pura, simple y noblemente. Dice por allí Villaurrutia: "Apenas si recuerdo la conferencia en que José Gorostiza trazó el precioso retrato del *payo* que

Ramón López Velarde no ocultó jamás". Y es que la *provincianidad* es una cosa que no se oculta nunca. El confesarlo, conlleva —y lo dice un provinciano a la enésima potencia— una cierta proclamación de superioridad. Parece que cada uno de nosotros —los *payos*— dijéramos: Soy de aquel pueblecito, tan pequeñito como Belén, como Chios, como Alcalá de Henares, como Stratford-on-Avon . . . y sin embargo . . . En la ruda disputa de varias ciudades y pueblos portugueses por ganar la paternidad —o la maternidad— de Eça de Queiroz, el creador de *A Reliquia* sentenció orgullosamente: *¡Eu so un pove home da Povoia do Varzim!*

Amapolita morada
del valle donde nació.

Alfonso Reyes

LA literatura mexicana es una literatura de provincia, hecha por provincianos, para provincianos. Con la natural excepción de autores clásicos, en los cuales aún no se ha realizado el corte del cordón umbilical con las literaturas matrices. Que pertenecen aún a ellas. Los grandes casos son bien conocidos: Sor Juana Inés de la Cruz, poetisa española nacida en tierras de la Nueva España. Bien dicho para ella eso de "la Nueva España"; su potencia lírica nos hará recordar siempre a los mejores poetas místicos peninsulares, desde San Juan de la Cruz. Y a los más grandes innovadores de la lírica española: Lope de Vega, Garcilaso y, singularmente, Góngora.

Del caso de Juan Ruiz de Alarcón, no vale hablar siquiera: es uno de los grandes de la dramaturgia peninsular, que puede ser conjugado al par de Tirso, del mismo Lope y hasta de Calderón. Es un dramaturgo español, que asimismo nace y produce en tierras de la Nueva España.

Y aun el fundador de la narrativa mexicana, Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano*, provinciano de Tepotzotlán —en esa época, la provincia comenzaba en Cuautitlán—: "Después de México todo el mundo es Cuautitlán"—, está todavía ligado, por lo menos en la manera de novelar, con la picaresca española: *El Periquillo Sarniento* y *Don Catrín de la Fachenda* son en realidad mexicanísimas "novelas picarescas", de la mejor tradición de la picaresca española, la del *Lazarillo de Tormes* y *Guzmán de Alfarache* . . .

Julio Torri, el gran escritor, el gran crítico, no tiene obstáculo alguno para poner a Sor Juana Inés de la Cruz en su *Literatura Española*, de la colección Breviarios del Fondo de Cultura Econó-

mica. Sor Juana, en más alta medida, es lo que el Padre Aguirre para la literatura ecuatoriana y la que Domínguez Camargo para la colombiana: un poeta español nacido en tierras de Indias.

Alfonso Reyes, el mexicano universal, que proclamó sin embargo su mexicanidad llevando siempre "la X en la frente", es un provinciano esencial. Que ama y defiende a su rica e industrial provincia regiomontana —Monterrey— a la cual llama "honesta fábrica de virtudes públicas, vivero de ciudadanos". Y luego agrega: "El regiomontano es un héroe en mangas de camisa, es un paladín en blusa de obrero, un filósofo sin saberlo, un gran mexicano sin actitudes estudiadas para el monumento, y hasta creo que un hombre feliz". En su hermoso *Voto por la Universidad del Norte*, Alfonso Reyes termina así: "El voto que ofrezco a mis paisanos, sin más título que el de ser el más modesto industrial nacido a los pies del Cerro de la Silla: aquel que sólo produce y elabora, en pequeña escala, unas cuantas palabras. Eso sí: palabras sinceras."

Vasconcelos, ese otro gran provinciano universal nacido en Oaxaca, ama la provincia, como núcleo esencial de la vida de las gentes, y así dice:

"Es una ciudad alrededor de una plaza; alrededor de dos o tres plazas, pero con una plaza principal que es su corazón . . . Ciudades que comienzan por poseer el gran cuadro normativo de la plaza principal, a cuyo alrededor se levantan la casa del Ayuntamiento de un lado y del otro la iglesia parroquial o la catedral y en los costados galerías con soportales para el paseo y para el comercio. En el centro un parque, lugar de reunión general; templete para la banda militar, pasarelas exteriores y diagonales con bancos para los desocupados, para los enamorados, para las tertulias interminables de los genios en cierne que meditan poemas y discuten la creación. Por el interior del jardín, entre los follajes, nunca muy altos, siempre floridos, uno que otro paso, mal alumbrado y fragante, donde los novios se buscan para el primer beso, y por los extremos del cuadro en los andadores más anchos, mucho espacio para caminar gallardamente al son de los aires marciales que llenan el pecho de anhelo".

Profundamente provincianos los dos grandes novelistas de la Revolución: Martín Luis Guzmán, nacido en Chihuahua, hombre universal que, desde la altura de sus ochenta y cuatro años, domina aún el panorama literario de México. Mariano Azuela, nacido en la ciudad jalisciense de Lagos de Moreno, la del famoso Alcalde del famoso edicto:

El que tenga vacas, que las amarre.

El que no tenga vacas, que no las amarre.

Guzmán, o más bien dicho, Martín Luis, nombre con el que se lo conoce y reconoce en todo México, no es particularmente provinciano en su obra. Desde su lejana Chihuahua, salió pronto al panorama nacional y, luego, al internacional. Pero el sentido de su obra, el conocimiento de los campos y aldeas mexicanos en sus grandes novelas: *El águila y la serpiente*, *La sombra del caudillo* y, sobre todo, su gigantesca crónica novelesca *Memorias de Pancho Villa*, monumento de mil páginas en las que se recorre el campo y la provincia cerca del fabuloso caudillo de *los dorados*, hacen de él —el mayor escritor mexicano viviente— un auténtico escritor provinciano-universal.

Mariano Azuela, en cambio, tiene la mayor parte de su obra teñida de color provinciano: se gradúa de médico en Guadalajara, gran ciudad hoy millonaria de gentes. Pero gana premios en juegos florales de su nativa Lagos de Moreno y obtiene asimismo premios en concursos aldeanos. Muchas y muy valiosas obras suyas, como *Mala Yerba*, son de ambiente campesino y aldeano. Pero para colmo de provincianismo, fue Jefe Político de Lagos, cuando triunfó Madero, formó allí su hogar y —lo que todo lo define— compró botica y se puso a vender pócmas y yerbaterías. Casi más provinciano que yo. La gran novela del doctor Azuela, la que lo coloca en la primera línea de la narrativa americana latina, es *Los de abajo*: cien ediciones, otras tantas traducciones, teatro y cine.

Túrcele el cuello al cisne de engaño-
so plumaje.

Enrique González Martínez

EL aporte fundamental de México al Modernismo fue, lo hemos dicho, Amado Nervo. Poetas grandes, como Gutiérrez Nájera, como Manuel José Othón —provinciano por excelencia— pueden ser considerados como precursores del movimiento rubendariano, como Julián del Casal, José Asunción Silva y otros, en diversos países latinoamericanos. Nervo sí. Provinciano de Nayarit —nacido en Tepic—, Nervo, por la misma traza de Rubén Darío, seguida por todos los modernistas, se lanzó a un cierto universalismo con especial fijación originaria en Francia.

Pero las fuentes se fueron agotando. Figuras excepcionales del movimiento, como Herrera y Reissig en Uruguay, Porfirio Barba

Jacob en todas partes de América Latina, Gabriela Mistral y Vicente Huidobro —aunque algo más jóvenes— en Chile, varios más . . . comenzaron a separarse de las ubres maternas del modernismo. Empezó a presentarse la exigencia de mayor latinoamericanismo a los poetas de "nuestra" América. De mayor sentido interpretativo de la sensibilidad nueva de estos pueblos nuevos. Por lo menos en lo que se refiere a su coexistencia con la llamada "Civilización occidental". Ya no se quería poetas franceses o de inspiración francesa, haciendo bella poesía en español. Se exigía que la poesía se encarnara en lo americano, en lo latinoamericano, no como un cartel o un compromiso, sino como un efluvio, como una emanación de nuestra vida, de nuestra esencia.

Y es entonces cuando viene el grito. Había de ser de México, de un poeta mexicano, González Martínez:

Tuércle el cuello al cisne de engañoso plumaje.

El poeta lo ha reiterado: no es *contra* Darío. Ni siquiera es *contra* el modernismo. Es sencillamente inscribir en nuestra historia literaria una partida de defunción: la de un modo, una manera, un momento de sensibilidad, una "escuela" si se quiere que hizo inmensos servicios a nuestras letras, al idioma. Que marcó, con increíble brillantez, la presencia de lo latinoamericano ante América Latina, ante el mundo.

Porque no debemos engañarnos: salvo contadísimas excepciones, para cuya cuenta sobran acaso los dedos de una mano, los escritores, la literatura misma de nuestros países estaba atacada de domesticidad —de la que no se libra completamente hasta hoy— que se expresaba así: nuestros escritores apenas salían de los linderos nacionales, aun dentro de la misma América Latina. Y, como es natural suponer, no salían a los más anchos ámbitos del mundo.

Mientras Norteamérica, los Estados Unidos, habían ya entregado figuras universales dentro del cercado de lo literario: Poe, Walt Whitman, Emerson, Mark Twain, Longfellow y muchos más; del coto cerrado de los idiomas español y portugués en el Continente, no asomaba aún un nombre que universalmente nos representara. Bolívar, sí. Pero en Bolívar, buen redactor de proclamas y de cartas, el Libertador opacaba todo lo demás. Y, desde la misma Venezuela, Andrés Bello. Y acaso Sarmiento, Alberdi, Lastarria, Montalvo. Pero, nuevamente, no nos engañemos: en realidad ni ellos, con ser tan grandes para nosotros, no marcaron huella, no tomaron sitio en la literatura universal. Ni Jorge Isaacs, o Justo Sierra, ni los escritores y poetas colombianos anteriores a Silva, ni

Hostos o Ricardo Palma —Palma, acaso un poco más que los otros—; ni los que veneramos como grandes en cada casa nacional —y lo son en efecto— se impusieron, sobre todo en el terreno de la literatura.

El caso de José Martí es un caso aparte. En primer lugar, en lo estrictamente literario, estaba ya aproximándose mucho a la aparición del Modernismo. Pero lo grande en él es que configura y representa la mayor figura heroica, a la hora en que ya los demás países estamos buscando —y sin hallarla aún— nuestra *segunda independencia*. Martí, como tres cuartos de siglo más tarde Ernesto Che Guevara. Pero en este último caso, sin ningún parentesco con la literatura: el puro héroe.

Es la provincia la autora de la Revolución Mexicana. Como ha sido la provincia la autora también de la Revolución Cubana. En lo que respecta a la primera, aun los precursores como la familia Serdán, en Puebla, Camilo Arriaga en San Luis Potosí, y luego los realizadores, Francisco I. Madero y Venustiano Carranza, ambos nortños, representantes de dos etapas de la Revolución: la iniciadora y la constitucionalista. Y, dentro de la operación revolucionaria, Pancho Villa, el capitán de aventuras; Emiliano Zapata, el peón en armas para reclamar la tierra; Alvaro Obregón, el caudillo y el político; Plutarco Elías Calles, el buscador de permanencia institucional y orgánica, provincianos todos ellos, casi todos del Norte, excepto Zapata, del Sur. Y el hombre que le da contenido y justicia, dignidad internacional y nacionalismo popular insobornable: Lázaro Cárdenas, el michoacano admirable, que dignifica, personaliza, enaltece a la Revolución.

Ya en el orden del espíritu, hemos señalado ese provinciano excepcional: José Vasconcelos.

Y provinciana ha sido la pintura de la revolución, con el formidable Diego Rivera, como significación más aparente. Con Orozco y Siqueiros.

La capital —es explicable— se lamentó un poco por lo que se llamaba “la invasión de la provincia sobre el D.F.—”. Cuando yo llegué a México, año de 1933, en realidad sólo se escuchaban nombres de provincianos en todas las esferas determinantes de la vida nacional: los altos niveles políticos y administrativos: Presidente de la República, Secretarios de Estado, casi sin excepción, eran venidos de provincias. Pero lo eran también los escritores y los tratadistas: Vasconcelos, Reyes, González Martínez, Jesús Silva Herzog, el pa-

triarca venerado de la cultura, de la dignidad. Y los ya nombrados, Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela . . .

Los que van viniendo luego: Pellicer, "el magnífico poeta", se empuña desde su Tabasco de tierra baja con selvas y con ríos, hasta las alturas del Distrito Federal, para convertirse en "ayudante de campo del sol"; Gilberto Owen, ya nombrado; Agustín Yáñez, el novelista de *Al filo del agua*; Juan Rulfo, el novelista sumo, el no superado todavía, el no igualado acaso, hombre de Sayula, escritor universal; su amigo fraternal, Juan José Arreola, propulsor, impulsor, escritor de una perfección y una levedad tan sutiles, de obra parva, pero casi perfecta.

¿Qué decir de Rosario Castellanos, la chiapaneca incomparable, nacida por azar en el D.F., pero autora de la más bella y auténtica literatura india, de cristalina inspiración maya: *Balum-Canán, Los convidados de agosto?* ¿Del poeta de *Oficio de tinieblas*? Maestra, auspiciadora, suscitadora de cultura, María del Carmen Millán, es el guía más seguro por los meandros de la literatura mexicana. Voz serena que es preciso escuchar, y que nos viene también de la provincia: Teziutlán, en Puebla. Como de la provincia nos llega también la voz serena, el juicio penetrante de una de las mentes más lúcidas de la crítica y el ensayo mexicanos: José Luis Martínez, de Jalisco como Rulfo, como Arreola, como Yáñez . . .

Bueno. No quiero convertir esta parte de mi ensayo en catálogo o lista de nombres ilustres de provincianos de México. Ejercicio para mí obvio, fácil y grato, porque estoy haciendo el alegato de mi causa: la causa de la provincia. Porque, en este país "chiquito de cuerpo", mi Ecuador, también es llano el alegar por la provincia. Y los provincianos como yo, siempre la hacemos ganar . . . Porque en esta parcela, provincia ella misma de la América grande, provincianos son Olmedo y Montalvo, el Padre Velasco y el Padre Aguirre, Solano y Honorato Vázquez, Jaramillo Alvarado, Pablo Palacio, Angel Rojas. Provincianos Dávila Andrade y Jorge Enrique Adoum . . .

Otra vez bueno. Y esta vez, basta.

NADIE ha dicho así las cosas de la patria. Porque las ha dicho en medida provinciana, en medida filial, en medida materna. Ya el gran viejo Unamuno, mi venerado maestro y amigo inolvidable, dijo la gran cosa: España es mi madre y mi hija. Y como a madre y como a hija, la acaricia, la aconseja, la reprende. López Velarde, sin apotegma, sin dogma, coge a la patria entre las manos, y se

pone a jugar con ella, como si fuera una bolita de cristal, un tren-cito de cuerda o un caballito de *tío vivo*.

Nadie ha dicho así las cosas de la patria. Las han dicho con acento de epopeya heroica, precedida de trompetas y música de Wagner. O las han dicho tiernas, endulcedidas, casi con movimiento de canción de cuna, de *berceuse*, de barcarola . . .

La cosas de la patria las ha dicho Homero —había de ser el primero— cantando heroicamente a la Hélade de los Atridas y con nostalgia total a la Itaca, de Penélope, en el viaje de Odiseo. Las han dicho los poetas judíos, desde Moisés hasta Heine. Las han dicho los ingleses, los españoles, los franceses, los italianos, los árabes, los hindúes . . . Pero la han dicho con voz épica o con voz elegíaca . . . Proclamándola o llorándola. Pero he aquí que viene uno, Ramón López Velarde, y la canta en arrullo, en endecha, en epigrama.

ACÁ, en el resto de Latinoamérica, singularmente en América del Sur, las cosas de la patria las hemos cantado con acompañamiento de clarines y atabales. Aquí, en la mitad del mundo, hemos dicho, al cantar las cosas de la patria:

El trueno horrendo que en fragor revienta
y sordo retumbando se dilata
por la inflamada esfera,
al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y en otra oda, cantando a un general extraño e invasor:

Rey de los Andes,
la ardua frente inclina,
que pasa el vencedor . . .

Y José Joaquín de Olmedo, épico a lo Herrera y hasta hoy el "cantor de Bolívar", al adoptar un cierto tipo prosaico de poesía didascálica, en su famoso *Alfabeto*, comienza:

Amor de Patria comprende
cuanto el hombre debe amar:
su Dios, sus leyes, su hogar
y el honor que los defiende.

Cantaron a la patria y a sus cosas los poetas latinoamericanos. Todos. Casi todos. Si no a la patria precisamente, a su historia, a sus hazañas, a sus grandes nombres. Cantó el indio: poco se ha guardado, además del Popol-Vuh, de algunos recuerdos de Nezahualcóyotl y otros indios nahuas. Casi nada los incas o quechuas —o casi nada se ha conservado—. Pero ya en la colonia, cantaron ¡y cómo!, Sor Juana Inés de la Cruz, Juan Bautista de Aguirre —el fraile ecuatoriano—, Domínguez Camargo, el vate colombiano.

Del nuestro, de Juan Bautista de Aguirre, gran gongorino y sutilísimo poeta, nos quedan unas décimas, unas largas décimas de glorificación a Guayaquil y diatriba para Quito. Copiaremos unas dos de elogio a su tierra:

Guayaquil, ciudad hermosa,
de la América guirnalda,
de tierra bella esmeralda
y del mar perla preciosa,
cuya costa poderosa
abriga tesoro tanto,
que con suavísimo encanto
entre nácares divisa
congelado en gracia y risa
cuanto el alba vierte en llanto.

Ciudad que es por su esplendor,
entre las que dora Febo,
la mejor del mundo nuevo
y aun del orbe la mejor;
abunda en todo primor,
en toda riqueza abunda,
pues es mucho más fecunda
en ingenios, de manera
que, siendo en todo primera,
es en esto sin segunda.

Ya en la época republicana, la cosa es igual. Acaso exacerbada, porque al nombre grande, Patria, le acoplaron otro nombre grande, Libertad.

Ya lo hemos visto en nuestro Olmedo. Los poetas colombianos, casi todos, se han metido en verso con la Patria. Aun el mismo José Asunción Silva, que la toma con Bolívar y le dice:

¡Oh Padre de la Patria!,
te sobran nuestros cantos; tu memoria,

cual bajel poderoso,
irá surcando el océano oscuro
que ante su dura quilla abre la historia
y llegará a las playas del futuro.

Miguel Antonio Caro, el gran prócer, el ilustre que, naturalmente, era también un gran poeta, entra de lleno a entenderse con la Patria y así la invoca:

¡Patria! Te adoro en mi silencio mudo
y temo profanar tu nombre santo;
por ti he gozado y padecido tanto
como lengua mortal decir no pudo.

Guillermo Valencia, "el Maestro Valencia" por antonomasia, se consagra al cántico heroico de su Popayán nativa y en alejandrinos sonoros, como suyos, le dice:

Ni mármoles épicos, claros de lumbre y coronas,
ni muros invictos que prósperos yerros defiendan
y guardan leones de tranquila postura triunfal,
ni erectas pirámides —urnas al genio propicias—,
magníficamente tu fama dilatan, sonora
con voces eternas, fecunda ciudad maternal.

En cambio, el gran Luis Carlos López, canta también a su tierra, a su ciudad natal, a Cartagena, la "Cartagena de Indias" de los relatos coloniales de bucaneros y piratas, de asaltos nocturnos y de sitios heroicos. "El tuerto López" que, para mí por lo menos, hace con Silva y Barba Jacob la gran trilogía de auténticos poetas colombianos de la contemporaneidad —porque no podría sin sacrilegio excluir al fabuloso Rafael Pombo de la "Noche de Tinieblas" y "Simón el bobito". En cambio, López sí halló también un modo nuevo, un acento suyo para cantar a su tierra, sin epopeya y sin elegía:

Noble rincón de mis abuelos: nada
como evocar, cruzando callejuelas,
los tiempos de la cruz y de la espada,
del ahumado candil y las pajuelas.

Pues ya pasó, ciudad amurallada,
tu edad de folletín... Las carabelas

se fueron para siempre de tu rada...
 ¡Ya no viene el aceite en botijuelas!

Fuiste heroica en los años coloniales
 cuando tus hijos, águilas caudales
 no eran una caterva de vencejos.

Mas hoy, plena de rancio desaliño,
 bien puedes inspirar ese cariño
 que uno les tiene a sus zapatos viejos...

Lo poco de poesía quechua que ha quedado revela sutileza y amor a la tierra. Es muy poco en verdad, y lo más importante es el drama pasional y patriótico *Ollantay*. Queda de esa época final del incanato, la expresión de la india de la parcialidad de los zarzas que dijera:

Chanpi punchapi utayacu,
 "Amaneció en la mitad del día".

Las primeras décadas de este siglo, en el Perú, están llenas de la voz apasionada, sensual y épica de Santos Chocano. Pasando por González Prada y Palma, los dos grandes de finales de siglo, el Perú ha producido algunos de los más altos poetas del idioma español en las primeras décadas del siglo XX. Vallejo, letra inicial de la lírica latinoamericana a partir del modernismo. José María Eguren, poeta puro. Y, singularmente, Martín Adán, el de los *anti-sonetos*, *Travesía de extramares* y la *Oda a Machu Picchu*, acaso más honda, más entrañable que la de Pablo Neruda. Y decir esto, es ya un alto decir.

Podríamos recorrer el Continente. Argentina, desde el *Martín Fierro*, acaso el cántico de patria, el cántico de tierra más auténtico que hayamos producido en América Latina, hasta los payadores de la cordillera como aquel que dice:

Las penas y las vaquitas
 se van por la misma senda...
 Las penas son de nosotros,
 las vaquitas son ajenas...

Chile, con las figuras supremas de Gabriela Mistral y Pablo Neruda. Cada uno de ellos, en su momento, la voz mayor del continente de habla castellana. La voz de Gabriela tuvo cánticos para la patria, acendrados, enamorados, puros. Neruda, el poeta mayor de

la hora actual del mundo, en cualquier idioma y comarca, ha hallado la voz, entre todas las voces innumerables de su cántico, para decir la patria, como él sólo sabe hacerlo: grave y apasionada voz:

Patria, mi patria, vuelvo hacia ti la sangre.
Pero te pido, como la madre al niño
lleno de llanto.

Acoge

esta guitarra ciega
y esta frente perdida.
Salí a encontrarte hijos por la tierra,
salí a cuidar caídos con tu nombre de nieve,
salí a hacer una casa con tu madera pura,
salí a llevar tu estrella a tus héroes heridos.
Ahora quiero dormir en tu substancia.
Dame tu clara noche de penetrantes cuerdas,
tu noche de navío, tu estatura estrellada.

Patria mía: quiero mudar de sombra.
Patria mía: quiero cambiar de rosa.
Quiero poner mi brazo en tu cintura exigua
y sentarme en tus piedras por el mar calcinadas,
a detener el trigo y mirarlo por dentro.
Voy a escoger la flora delgada del nitrato,
voy a hilar el estambre glacial de la campana,
y mirando tu ilustre y solitaria espuma
un ramo litoral tejeré a tu belleza.

Patria, mi patria
toda rodeada de agua combatiente
y nieve combatida,
en ti se junta el águila al azufre,
y en tu antártica mano de armiño y de zafiro
una gota de pura luz humana
brilla encendiendo el enemigo cielo.

Guarda tu luz, ¡oh patria!, mantén
tu dura espiga de esperanza en medio
del ciego aire temible.
En tu remota tierra ha caído toda esta luz difícil,
este destino de los hombres,
que te hace defender una flor misteriosa
sola, en la inmensidad de América dormida.

II

La Suave Patria

"Ramón López Velarde era provinciano, silencioso y reconcentrado".

Octavio Paz.

OCTAVIO Paz es el desentrañador más hondo de lo mexicano. El, con Samuel Ramos y Leopoldo Zea por los caminos arduos de la filosofía, interrogan buidamente la esencia de este gran enigma: México. Y en libros como *El laberinto de la soledad*, primero y poco después en *Posdata*, ha interrogado tan ahincadamente, que esas interrogaciones nos sirven ya como respuestas o principios de respuesta. Paz, moviéndose en los más altos niveles, ha ingresado en la línea de ensayistas que inaugurara José Carlos Mariátegui y continuara Ezequiel Martínez Estrada. Y ha fijado, parigual de ellos, el lugar de la inteligencia que ha ocupado el ensayo latinoamericano. Que le debe más a Platón que a Montaigne. Porque Octavio Paz es, además, el altísimo poeta y el creador de una prosa tan poética, pero al mismo tiempo tan ceñida a lo indispensable, que nos recuerda a Flaubert, atormentado por su verdad: no existe sino una palabra para cada cosa y esa palabra hay que encontrarla. Octavio Paz, en la Introducción a la *Anthologie de la poésie mexicaine* —de la Colección publicada por la UNESCO— dice, además de lo tomado para epígrafe de este capítulo:

"La herencia de López Velarde es ardua invención y lealtad a su tiempo y su pueblo, esto es, una universalidad que no nos traicione y una fidelidad que no nos aisle ni ahogue. Y si es cierto que no es posible regresar a la poesía de López Velarde, también lo es que ese regreso es imposible precisamente porque ella constituye nuestro único punto de partida.

"La poesía mexicana contemporánea arranca de la experiencia de López Velarde".

Eso: una universalidad que no nos traicione y una fidelidad que no nos aisle ni nos ahogue. Eso es la provincia que nos dice y nos cuenta Ramón López Velarde.

Porque lo raigal: eso que oímos toda la vida, desde la infancia, eso que lo sabe decir como nadie César Vallejo; eso es la provincia. Recordad a Vallejo;

Qué estará haciendo ahora mi andina y dulce Rita
del junco y capulí;
ahora que me asfixia Bizancio, y que dormita
la sangre como flojo cognac, dentro de mí?

Y más lejos, al recordar la madre:

He almorzado solo ahora, y no he tenido
madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua,
ni padre que, en el facundo ofertorio
de los choclos, pregunte para su tardanza
de imagen, por los broches mayores del sonido.

En la poesía de Vallejo se cumple el precepto de Paz: *ni fidelidad que nos aisle y nos abogue, ni universalidad que nos traicione*. Las cosas propias, las de siempre, la madre, la novia, el agua, el viento, los primeros dolores de muelas o barriga, el día del amor o del júbilo, "el 2 en el cuaderno"...

Eso, la provincia. Eso, el ser "payo", el ser "chagra" en el Ecuador. Eso es lo que han sabido decir Homero y Virgilio, Rabelais y Shakespeare, Cervantes y Pascal, Dante y Goethe, Eça de Queiroz y Unamuno en fin, "todos los 'chagras' que en el mundo han sido".

Xavier Villaurrutia, una de las cifras torales de la promoción de los "contemporáneos" —promoción hasta hoy no superada en el panorama literario mexicano—, ha dedicado un ensayo penetrante y sagaz a la obra del poeta de Zacatecas. Quiero destacar lo siguiente: "Apenas si recuerdo la conferencia en que José Gorostiza trazó el precioso retrato de *payo*, que Ramón López Velarde no ocultó jamás". Me gusta, mediante esta cita, asociar también el nombre del poeta extraordinario, tampoco superado hasta hoy, José Gorostiza, autor de aquella cosa grande que es *Muerte sin fin*, que está esperando en la lírica posterior al poeta y al poema que le haga compañía.

Pero es Octavio Paz el compañero que necesito para comprender al poeta de *La Suave Patria*. Porque López Velarde, el "payo" titulado, como hemos visto, no tuvo el valor —ninguno de los "chagras" del mundo lo hemos tenido— de permanecer fiel a lo dicho por Fray Luis:

Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida

senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.

López Velarde, como todos —Virgilio, Ovidio, Pascal, Cervantes, Shakespeare, Santa Teresa, Victor Hugo, Rubén Darío, Unamuno, Alfonso Reyes . . . todos, todos los “chagras” hemos desertado de “la escondida senda”—, fue presa del complejo de Rastignac. Y, como el personaje balzaciano desafía a París desde la Colina y le dice: “À nous deux maintenant”,* todos los demás “payos” o “chagras” de la historia, también arribamos con las alforjas a cuestras a nuestra respectiva capital y le decimos arrogantemente: “Aquí estamos frente a frente, tú y yo”.

Seguimos nuevamente a Octavio Paz:

“El otro hecho decisivo en la poesía de López Velarde es su descubrimiento de la capital. La marea revolucionaria, tanto como sus propias ambiciones literarias, lo llevan a la ciudad de México cuando ya estaba formado su espíritu, pero no su gusto ni su poesía. Su sorpresa, desconcierto, alegría y amargura deben haber sido inmensos. En la ciudad de México descubre a la soledad, a la duda y al demonio. Y al mismo tiempo que sufre estas deslumbrantes revelaciones, conoce la poesía de algunos poetas sudamericanos que se atreven a romper con el modernismo, extremando sus conquistas: Julio Herrera y Reissig y Leopoldo Lugones. Al contacto de estas lecturas, cambian su manera y su visión. Los críticos de su tiempo lo encontraron retorcido, incomprensible y afectado. La verdad es lo contrario: gracias a la búsqueda de la imagen, a su casi pérfido empleo de adjetivos hasta ayer insólitos y a su desdén a las formas ya hechas, su poesía deja ser confidencia sentimental, para convertirse en la expresión de un espíritu y una zozobra.

“La poesía mexicana contemporánea, arranca de la experiencia de López Velarde”.

AHORA, digamos algo de la biografía del poeta de *La suave patria*. Y para ello sigamos, en síntesis apretada, a José Luis Martínez, probablemente el más penetrante conocedor de la literatura mexicana en todas sus expresiones, y el mejor exégeta del ensayo de su tierra de ensayistas. Oigamos a José Luis Martínez:

“Los pasos de su vida son semejantes a los de tantos otros jóvenes provincianos que vienen a la ciudad de México a probar las

* Honorato de Balzac.

fuerzas de su talento. El año de la aparición de AZUL . . . de Rubén Darío, nace en un hermoso pueblo de provincia. A los doce o catorce años es enviado a estudiar en el seminario de Zacatecas, de donde pasa al de Aguascalientes. Hacia 1906 inicia sus estudios preparatorios en esta última ciudad y, dos años más tarde, ingresa como estudiante de jurisprudencia en la Facultad de San Luis Potosí. En 1910 conoce a Francisco I. Madero, que comenzaba su pasión revolucionaria. Se adhiere a su causa y colabora quizás en la formulación del Plan de San Luis, pero no sigue la aventura revolucionaria, sino que continúa su carrera, que concluirá en 1912, en que recibe su título de abogado. Su primera ocupación es como juez de El Venado, S.L.P.; mas inconforme con su suerte e impelido por la tormenta revolucionaria, emprende su primer viaje a México. Aquí inicia el oscuro destino de los pretendientes sin títulos en la corte. Trabaja en algunos periódicos, ocupa modestos puestos burocráticos y docentes, entabla rápidas y efusivas amistades en el mundillo periodístico-bohemio y se inicia, con todo su arrojo pero con toda su timidez y su freno religioso, en un erotismo al alcance de sus posibilidades. Comienza a publicar también sus versos. En 1916 aparece su primer libro, con un título y un aliento que delatan al hombre que aún no olvida ni su provincia ni el fervor por su pureza: LA SANGRE DEVOTA. Pero un año después muere, en el valle de México, la mujer que le había inspirado los primeros cantos, Josefa de los Ríos, "Fuensanta" . . .

"Este primer amor no pasó del límite de los versos y, con él, perdió Ramón López Velarde el lazo que más profundamente lo sujetaba al mundo de su adolescencia. En su segundo libro, *Zozobra*, de 1917, puede advertirse la marca que habían dejado en su ánimo las experiencias de la ciudad —"flores de pecado" las llamaba. Tiene ya treinta y un años, continúa soltero y, amando a todas las mujeres, ninguna lo acompaña constante. Dos años más tarde muere, en la madrugada del 19 de junio de 1921, asfixiado por la neumonía y la pleuresía. Lo habían matado dos de esas fuerzas malignas de las ciudades que tanto temiera: el vaticinio de una gitana que le predijo la muerte por asfixia, y un paseo nocturno después del teatro y la cena, en que pretendió oponerse al frío del valle, desarmado, porque quería seguir hablando de Montaigne."

Nos acercamos ya a los umbrales de *La suave patria*. Primero en prosa: en un corto ensayo llamado *Novedad de la patria*, López Velarde habla de que, treinta años de paz dictatorial habían defor-

mado, para los mexicanos y acaso para el mundo, la idea esencial de la patria. Y daban "una idea de una patria pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado. Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa".

Nos habla de una patria hacia afuera, épica, pretenciosa, bélica. La patria del Himno Nacional:

y retiemble en sus centros la tierra
al sonoro rugir del cañón.

Y entonces piensa que los sufrimientos, las derrotas, las limitaciones de la libertad, "nos han revelado una patria no histórica ni política, sino íntima."

La suave patria, en suma.

EL provinciano, el "payo" Ramón López Velarde, era el poeta que había de hallar la entraña vital, maternal, de la patria verdadera. Una patria limpia del patrioterismo, del *chauvinismo*, de la épica falsa, de la épica inútil. Y así como alguien dijo: "Cuando la Revolución se bajó del caballo", así poder decir: Cuando la patria dejó a un lado el morrión emplumado y el clarín sonoro, para adoptar, en su futuro, el lema de Eugenio D'Ors, el pensador catalán, objetivo y pragmático: "¡Abajo la historia, viva la geografía!", o el lema irrespetuoso, al parecer, del gran aragonés Joaquín Costa, cuando dijo: "Hay que cerrar con doble llave el sepulcro del Cid", o lo que dijo Michelet —¿fue Michelet en verdad?— que había que buscar un tizón para afeitar con él las barbas de Carlomagno...

López Velarde nos alinda, nos hace bonita la imagen de la patria. Y entonces en el Proemio, que pareciera anunciarnos un canto épico, como lo hace nuestro gran poeta Olmedo al iniciar el *Canto a Junín*:

El trueno horrendo que en fragor revierta
y sordo retumbando se dilata...

achica la voz para empezar:

Diré con una épica sordina:
la patria es impecable y diamantina.

¿Sordina épica, épica sordina? ¿Es esto siquiera concebible dentro de los cánones de la poética tradicional?

Una épica de tono menor, que se nos acerca más bien a la barcarola o a la canción de cuna. Una épica que, en vez de despertar-nos, de quitarnos el sueño con la operación tremenda del *deus ex machina*, el estrépito de la gloria y del triunfo, la pujanza del héroe o de los héroes, toda la dinámica fonética de lo triunfal, que sabe usar hasta el Rubén Darío de *Lo fatal* o de la *Canción de otoño en primavera*. Sí, señor. El mismo poeta que dice:

Cuando quiero llorar no lloro
y a veces lloro sin querer.

Ese mismo poeta es capaz —y muy capaz— de orquestar todo el estrépito de la *Marcha triunfal* o los grandilocuentes anatemas del *Canto a Roosevelt*.

Oigamos la *sordina épica* de López Velarde:

Suave Patria: permite que te envuelva
en la más honda música de selva
con que me modelaste todo entero
al golpe cadencioso de las hachas,
entre gritos y risas de muchachas
y pájaros de oficio carpintero.

La milagrería sonora empleada para cantar "esta patria" nos está situando en un lugar de la vida, al que solamente, en América, ha podido llegar César Vallejo con su canto. La patria amiga, la patria compañera, la patria familiar a la que, sin licencias poéticas, podemos tratar de tú. Una patria para la que los términos de padre, de madre, son ya términos engolados y tiesos. Una patria a la que se le puede decir confianzudamente: "Mamá".

Es la patria-provincia, la patria-aldea. La patria a la que se le conoce en los nombres de sus ríos, de sus piedras, de sus flores. Los del panadero de la esquina y la maestría esa . . .

Y entonces llegamos al

Primer acto

Patria: tu superficie es el maíz,
tus minas el Palacio del Rey de Oros,
y tus cielos, las garzas en desliz
y el relámpago verde de los loros.

Y así está contado el cuento. El cuento de la patria. Por allí, por entre ese paisaje, puede andar confiada la Caperucita. Y por allí también, casi seguro, el lobo . . . El lobo que se la quiere comer. Que ya se ha comido los mejores bocados . . .

El niño Dios te escrituró un establo
y los veneros de petróleo el diablo.

No por católico, acaso. Sino por decir el verdor nutricio de la patria, la patria verde, en la que pacen los ganados y el establo, señal de abrigo con sabor de lecho, con aliento de vacas y terneros. Y la lejana reminiscencia de aquel establo del Niño Dios, allá, en Belén . . . Pero el diablo debía entrar en esta historia, como el lobo de la Caperucita, como el Señor Diablo en los cuentos infantiles.

Hans Christian Andersen, en un extremo, Henry Miller en el otro, saben usar del diablo sin nombrarlo. El uno con divinos procesos de levitación, que nos hacen caminar por los aires, por lo menos a dos palmos de la tierra. El uno con diablos-ángeles y diablos-niños, el otro con diablos-hombres, tan buenos los unos y los otros. Y en México, ya tenemos un "manejador del Diablo": Juan Rulfo, *Luvina* es, que me perdone el Dante, un sitio mejor para asiento permanente del infierno. Y *Comala* es, asimismo, la capital del infierno. Todos suponemos los cachos colorados y el rabo negro de Pedro Páramo . . .

López Velarde ve las mil bocas del infierno en los mil pozos del petróleo mexicano que se lo llevaban los gringos. Dejando, como es de rigor, no precisamente "olor de azufre" sino olor de petróleo . . . Para mala fortuna suya, el poeta de Zacatecas no llegó a vivir la época del gran exorcizador: el general Lázaro Cárdenas, que con consejeros como Jesús Silva Herzog espantó al diablo gringo que se llevaba el petróleo, y lo hizo mexicano . . .

Nosotros estamos en la hora negra: precisamente en la hora en que el Niño Dios no nos ha "escriturado un establo", pero en cambio sí nos está escriturando "los veneros de petróleo el diablo".

HA ido, lo cuenta José Luis Martínez, a la capital. Conoce ya todo el cuerpo, toda "la piel canela" de la patria:

Sobre tu capital, cada hora vuela
ojerosa y pintada, en carretela;
y en tu provincia, del reloj en vela

que rondan los palomos colipavos,
las campanadas caen como centavos.

"Ojerosa y pintada", o sea la gran ciudad asustadora y sorprendente, se le entrega, de primer intento, en la seducción anhelada y temida, de la mujer. De la mujer que no es Fuensanta, la novia provinciana, la única —esa que los poetas, si son provincianos sobre todo, deben tener: Beatriz, Laura, Dulcinea, Anabel Lee, Rosario la del nocturno suicida. No. La mujer que le sale al paso en México es "ojerosa y pintada", como son las mujeres de las capitales... Como fueron las mujeres del poeta, "católico y sentimental", que llegaba de la lejana provincia limpio, puro, con "la sangre devota" . . .

En la provincia, en cambio, "las campanadas caen como centavos". Yo, por ejemplo, provinciano incurable, después de recorrer todos los caminos y de haber, como Mallarmé, "leído todos los libros", bien entrada la tarde, a la distancia insuperable, porque están rotos todos los caminos y cegadas todas las fuentes de la vida, en las noches escucho —de verdad, escucho— las campanas de San Francisco. Esas campanas . . .

Patria: tu mutilado territorio
se viste de percal y de abalorio

DEL uno al otro océano: de Tejas a California, la patria mexicana había perdido tanto territorio, en extensión, como el que aún conserva. Con ciudades tan, pero tan grandes que nadie se ha atrevido, después del hurto, a cambiarles de nombre. Bárbaros propios, como esa Alteza Serenísima López de Santa Anna, que jugando a la grotesca tragicomedia del héroe, pierde la pierna, —lo que apenas le importaba a él, porque le sirvió para hacerle, a la pierna, funerales imperiales— y pierda la mitad de la patria. Y los bárbaros extraños que mutilaron a México y a casi toda la América Española. No se han atrevido a cambiarles el nombre, y allí están, acusadoras perennes: San Francisco, Los Angeles, San Antonio, San Diego . . ., cien más.

El poeta siente el dolor de la Patria:

tu mutilado territorio,

pero la ve clara y luminosa, como se quisiera ver a la madre, a la *mamá*, que debe abandonar las tocas de viudez:

se viste de percal y de abalorio.

Y es entonces como se ve destilar la milagrería del traje nacional: la china poblana, la yucateca, la tapatía, la oaxaqueña . . . Polleras y huipiles, sombreros y cintillos . . .

Y es cuando, sobre el mismo tema, continúa:

Suave Patria: tu casa todavía
es tan grande, que el tren va por la vía
como aguinaldo de juguetería.

El poeta sigue viéndola grande. Es el chiquillo que, ahogando en la garganta los sollozos, mira a la patria, a la suave patria, jugando a los juguetes de latón, al trencito de cuerda . . .

Es la ronda infantil jugada por la patria. No el trágico fulgor de los disparos, ni el heroísmo, ay, el heroísmo . . .

Suave Patria: en tu tórrido festín
luces policromías de delfín,
y con tu pelo rubio se desposa
el alma, equilibrista chuparrosa,
y a tus dos trenzas de tabaco sabe
ofrendar aguamiel toda mi briosa
raza de bailadores de jarabe.

Vengo sosteniendo, desde hace algún tiempo —mucho tiempo—, la necesidad de luchar contra la tristeza en la música, en la danza. Yo no creo en la tristeza congénita del indio, que es la excusa que se da para explicar la tónica funeral de nuestra música popular. Al indio lo hemos hecho triste, porque le hemos quitado todo lo que tenía: la tierra, el aire, la comida, el sol. El indio es triste porque lo hemos dominado hasta la crueldad, hasta la estupidez. Más que los españoles de la conquista, rapaces y ávidos de oro y de metales, los terratenientes criollos, ociosos y voraces, que hemos exprimido al indio como un limón, para cuando se haya secado, tirarlo por bajo del barranco. Y ahora, para colmo de injusticia, tratamos de culpar al indio por esta tristeza de la cual, en varios estudios míos, he tratado de investigar la causa. Estando entre muchas la del *mes-tizaje inconcluso*, lleno de frustraciones y de negaciones, en medida tal que —incumpliendo el complejo de Edipo, se llega acaso al

complejo de Electra— el mestizo niega la madre, casi siempre indígena pura o de pequeña participación extranjera, para apegarse al padre, usar su apellido, porque el padre representa aristocracia —por falsa que ella sea. Y así encontramos al *malinchismo* mexicano, estudiado por Samuel Ramos y clarificado por Octavio Paz, produciendo efectos contrarios: allá un *padrismo* muy machista; acá una quejumbrosidad desesperante:

Yo quiero que a mí me entierren
como a mis antepasados:
en el vientre puro y fresco
de una vasija de barro.

Este pedido de entierro, por muy histórico que quiera ser, es acompañado de una música de funeral, agobiante, llorosa, invitadora al suicidio.

En la suave patria, se presume de una "briosa raza de bailadores de jarabe." Y el jarabe es pinturero, enamorado, jacarandoso, vital.

Intermedio: Cuauhtémoc

Joven abuelo: escúchame loarte,
único héroe a la altura del arte.

YA los pueblos despiertan. Y, en esto, México el primero: la exaltación del aborigen, la airosa confesión de lo que somos. La patria, en verdad todas las patrias necesitan piedras angulares sobre las que hemos de edificar su futuro. México ha sentido eso. Por ello, sus avenidas están pobladas de monumentos a héroes indios. En el encuentro de todos, en el lugar en que se cruzan en forma de grandes avenidas, los dos momentos mayores de la vida histórica: los Insurgentes y la Reforma, allí está la señal del centro, el ombligo: Cuauhtémoc.

López Velarde invoca al "joven abuelo" y lo titula: "único héroe a la altura del arte". Es abuelo y es joven. En lo primero, se está mostrando la paternidad azteca de estos pueblos que, largo tiempo, se llamaron Nueva España.

Joven abuelo es Cuauhtémoc, como lo es para nosotros Atahualpa. Lo hermoso es que lo admitamos, que lo confesemos, que lo glorifiquemos.

En el Ecuador, un fraile casi genial, Juan de Velasco, creó la mitología de la patria.

No nos resignábamos a aceptar que toda nuestra raíz fuera originaria de los Incas del sur. La bella leyenda de Manco Cápac y el Clavo de Oro no nos tocaba muy de cerca: en efecto, los Incas, su gran héroe Huayna-Cápac, solamente nos dominaron unos setenta años antes de la venida de los españoles. Y algo había en estas tierras antes de su llegada. Por eso hubo sangre. *Yaguar-Cocha*, "lago de sangre", es el nombre trágico de la última batalla, en que el Shyri, "señor" de estas tierras, cayó vencido y muerto a manos de los invasores.

Hemos aceptado, mejor, una leyenda romántica: el vencedor se ayunta con la reina, hija del señor derrotado. Y el fruto de ese amor —que los mexicanos tildaran de "malinchismo"— es Atahuallpa: el último de los Incas, pero también el último de los shyris. Atahuallpa, emperador del Tahuantinsuyo incásico, como hijo de Huayna-Cápac. Shyri, "señor" del Reino de Quito, por su madre, Paccha.

Y este Atahuallpa, que fue la víctima de la ferocidad de los hombres "pálidos y barbudos", se constituyó para nosotros en el héroe, nuestro héroe: "único héroe a la altura del arte".

Segundo acto

Suave Patria: tu vales por el río
de las virtudes de tu mujerío.
Tus hijas atraviesan como hadas
o destilando un invisible alcohol,
vestidas con las redes de tu sol,
cruzan como botellas alambradas.

Suave Patria: te amo no cual mito
sino por tu verdad de pan bendito,
como a niña que asoma por la reja
con la blusa corrida hasta la oreja
y la falda bajada hasta el huesito.

Inaccesible al deshonor, floreces;
creeré en ti, mientras una mexicana
en su tápalo lleve los dobleces
de la tienda, a las seis de la mañana,

y al estrenar su lujo, quede lleno
el país, del aroma del estreno.

ESTAMOS en plena provincia. Solamente allí, en la provincia —en todas las provincias de la tierra y en todos los tiempos del tiempo—, se puede pensar así, sentir así. Beata y devota virtud, que piensa en la novia —¿en Fuensanta?— “con la blusa corrida hasta la oreja y la falda bajada hasta el huesito”. Esta sí es, en verdad, la suave patria. Para nombrarla, para bendecirla, chocan las palabras grandes, nos raspa el alma el heroísmo. Y solamente se nos vienen las palabras que pueden ser cuchicheadas, sin trompeta ni cántico. Con nombres de flores, media lengua de niños, nombres de pan y confituras hechas por manos buenas —¿las de la mamá, las de la hermana?— en la casa, el hogar y el horno encendidos con leña.

Solamente así se huye de lo cursi, de lo “huachafo” que siempre van envueltos en las—palabras—que—sirven—para—hacer—los discursos en fiestas de matrimonio o conmemoraciones de batallas . . .

Todo puede ser López Velarde y su suave patria, menos huachafo o cursi. Tampoco sentimental ni lloriqueante. Y, no hay por qué negarlo, mucho en la poesía latinoamericana de la época romántica es así. Es como tomar agua, respirar en el campo, pensar o sonreír.

Como la sota moza, Patria mía,
en piso de metal vives al día,
de milagro, como la lotería.

Tu imagen, el palacio nacional,
con tu misma grandeza y con tu igual
estatura de niño y de dedal.

¿ELOGIO? Los economistas y los sociólogos dirán que diatriba. Señalamiento de defectos. ¿Vivir al día? Nunca el poeta verdadero —López Velarde lo es— pone una base socio-económica a su poesía.

El francés es un idioma sin diminutivos. Sin embargo, acaso en ninguna lengua hallamos mayores posibilidades de expresar el cariño, la confianza, la proximidad que anteponiendo la palabra *petit* a las cosas que amamos con ternura. Es decir sintiéndolas pequeñas, pequeñitas. López Velarde realiza ese milagro: encontrándola pequeña —pequeñita de ternura— a la patria. A eso que, generalmente, se nombra en idioma declamatorio y rimbombante. La *suave patria* tiene esa grandeza: “estatura de niño y de dedal”.

Suave Patria: vendedora de chía:
 quiero raptarte en la cuaresma opaca,
 sobre un garañón y con matraca
 y entre los tiros de la policía.

¿Lo habéis visto? la suave patria necesita su epopeya. Pero no con regimientos enfilados, con cañones y ametralladoras. Con soldados y tarán, tan, tan. No: la epopeya de la patria suave es la busca del *mitote*, de la *huachafita* de los colombianos, del *chivo* de los ecuatorianos. Es la aventura de amor y de "machismo". Es la aparición del "donjuanismo" español, pero lleno de aspaviento, de jacarandosa alegría, de fuegos de artificio, colorines y música "y entre los tiros de la policía".

He allí el homenaje mayor: la suave patria es tratada como madre —vale decir como mamá—, como niño, como niña, como enamorada, como novia. Para las más dulces palabras y el más tierno cariño.

Y el amoroso y paternal consejo:

Patria, te doy de tu dicha la clave:
 sé siempre igual, fiel a tu espejo diario:
 cincuenta veces es igual el Ave
 taladrando en el hilo del rosario,
 y es más feliz que tú, Patria suave.

Sé igual y fiel; pupilas de abandono;
 sedienta voz, la trigarante faja
 en tus pechugas al vapor, y un trono
 a la intemperie, cual una sonaja:
 la carreta alegórica de paja.

Igual y fiel. La ecuanimidad, suma virtud entre los hombres. Clara virtud latina. Ser igual, para ser mejor y, si conviene, ser grande. Igual, acendrando las esencias eternas. Engarfiando las uñas en la tierra propia, en la historia propia, en la propia geografía. No dejarse tentar por los descastamientos, por las extrañas influencias despersonalizadoras, ni por el poder del dinero.

México, la "Suave Patria" de Ramón López Velarde tiene deberes asignados por la fatalidad geográfica: ser la zanja divisoria entre dos culturas, dos modos de vida, dos idiomas. Y su defensa —que es el comienzo de nuestra defensa— está en el consejo paternal del poeta: "Sé igual y fiel".

Igual a sí misma, a su destino, a su lugar en la historia y en la

geografía. Como ya lo dijera Alfonso Reyes en su *Voto por la Universidad del Norte*.

Sé igual y fiel. El consejo es seguido por la "Suave Patria". En la mejor orilla de la historia en todas las tragedias que el hombre —¡el hombre!— ha desencadenado contra el hombre en el mundo. Sé igual y fiel . . .

HE querido platicar sobre la provincia, con la iluminación lírica de Ramón López Velarde y de su poema provinciano esencial: *La suave patria*. El reflejo de lo mexicano sobre América Latina se está haciendo cada vez más favorable. Y se va borrando la imagen falsa que no se podía alejar aún: tierra de Pancho Villa, tierra de la doble pistola, tierra del nopal que da espinas, no del agave que da pulque. Y es, entre algunos, López Velarde con *La suave patria* quien ha esclarecido la noción y hecho clara y translúcida la imagen de México.

Es que América Latina es un rosario de provincias. Y lo que más ha salido de México es provinciano: Benito Juárez, Lázaro Cárdenas, José Vasconcelos, Jesús Silva Herzog, Alfonso Reyes y . . . Ramón López Velarde. Y los provincianos de estos pueblos, que somos por millones, nos sentimos contados y cantados por el poeta de *La suave patria*.

Presencia del Pasado

RAMON LOPEZ VELARDE Y LA REVOLUCION MEXICANA

Por Germán LIST ARZUBIDE

HASTA antes de cumplir 21 años, a López Velarde no lo inquietaron otros problemas que no fueran los sentimentales. Su adolescencia sigue la trayectoria que corresponde a sus años juveniles. El poeta está dentro del cuadro de su edad.

Pero he aquí que en 1909, López Velarde ha escrito una carta al Lic. Eduardo J. Correa en la que lamentando el que dicho abogado haya sido destituido del cargo de Agente del Ministerio Público Federal de Aguascalientes, le dice: "... y por lo que se refiere a usted, le diré que aunque no apruebo esos procedimientos contra un amigo, me alegra verle desligado de un Gobierno como el que pesa sobre el país". El poeta expresa así una opinión política contra la Dictadura.

Hasta aquí ha vivido dentro de la paz porfiriana, en la paz provinciana, sin otras inquietudes que no sean las literarias a las que lo lanza el proceso de su adolescencia. Ahora esa misma adolescencia, va a tomar el derrotero de la lucha civil.

En 1908, Madero ha escrito y publicado su libro "*La Sucesión Presidencial en 1910*". El libro corrió de mano en mano levantando el ánimo de quienes lo leyeron por la forma valiente y digna con que encaró el grave problema de la dictadura porfiriana. Desgraciadamente ya en la segunda edición, aparecida en 1909, Madero aceptaba la última reelección de Don Porfirio, por miedo a la guerra civil. Muchos de los partidarios que había hecho con su libro, sintieron el resfrío de su contemporización; pero hubo un joven que se levantó para reclamar al autor del libro lo que consideró, no sólo una retirada, sino un suicidio político, este fue Ramón López Velarde. En el periódico que se editaba en Guadalajara, "*El Regional*", del 14 de octubre de 1909, se publicó el siguiente comentario:

MADERO

Este fronterizo vale, por su hombría, más que los políticos sin sexo de la ciudad de México, en la que están domiciliados tantos misérrimos individuos.

Al proclamar el antirreeleccionismo tuvo Madero una actitud caballeresca, un gesto bizarro, una palabra de justicia.

Madero me es simpático.

En la ergástula de los hombres públicos del día, aún fuera de ella, causó Madero, por su independencia de *rara avis*, la misma sorpresa que le produjeron a Cook, las zorras azules de la fauna boreal.

Pero el coahuilense, por desgracia, tornóse un suicida.

Políticamente.

Se suicidó con la transacción que propuso a últimas fechas, ya esbozada desde la primera edición de su obra.

Transacción consistente en que los antirreeleccionistas puedan admitir la reelección del Presidente de nuestra llamada república.

¡Señor Madero, por Dios!

Tamaña contradicción, que se demuestra al anunciarse, a duras penas habría cabido en la cholla putrefacta de Rafael Reyes Espíndola, por ejemplo.

Torpeza semejante de Madero, tan sesudo en otras cuestiones, sólo se explica por aquello que dijo Horacio, de que alguna vez duerme el buen Homero.

Porque, prácticamente, la transacción propuesta es risible.

¿De qué partido militante pide o acepta condiciones para seguir en el poder el Jefe Supremo de la Nación?

¿Quién puede impedirselo?

Menos podrá el Partido Antirreeleccionista, que por su antiporfirismo ideal es el grupo que menor influencia logrará en la abyección ambiente.

Considerada en abstracto la famosa componenda, ésta es el absurdo de quien transige con la idea capital de su vida pública, de su programa de partido.

Consentir en la reelección del presidente para oponerse a la de los demás funcionarios, es lo que en romance se llama andarse por las ramas.

Pero creo que en esto Madero fue torpe. No más.

Lo juzgo honrado como siempre.

Hemos querido copiar íntegramente este comentario, porque es sorprendente la visión política que se desprende de él. El hombre que lo escribe, tiene veintiún años, es particularmente un poeta, un

idealista, y se dirige al jefe de un partido político en acción, para hacerle ver la grave equivocación que ha cometido. Le explica la falta de rectitud que su propuesta de admitir la reelección del Dictador encierra y para esto, no emplea más de media cuartilla y en ella, redondea una tesis completa. Lo admirable es que, consciente de la situación política, busca no poner al jefe del Partido Antirreeleccionista, a pesar del grave error que ha cometido, en una posición comprometida o en ridículo, sino que, después de hacerle ver lo absurdo de su propuesta, lo deja en pie reconociendo su error, pero sosteniendo su honradez.

Por aquellos días la juventud toda de México, se hizo antirreeleccionista. La actitud no sorprende, porque es patrimonio de la juventud una acción protestativa. "Esta preocupación por el pueblo y los humildes, escribe en su *Psicología de la Adolescencia* Aníbal Ponce, por los oprimidos y los explotados, marca al final de la adolescencia la última etapa de una larga curva que comienza con el descubrimiento angustioso de la propia soledad y que culmina ahora con la certidumbre reconfortante de que hay, más allá de nuestros propios límites, una vasta alma humana con cuyo destino es una dicha sentirse solidario".

De la misma manera que en sus primeros brotes poéticos, López Velarde dejará ver en todo su perfecto desarrollo anímico juvenil, en lo político será también un caso típico del idealismo social del adolescente.

En su ansiosa inquietud, el joven, que busca alcanzar al mundo para integrarse en él, halla que es la acción social, donde pueda dar rienda suelta a esa ansia de romper su soledad entregándose a un afán de solidaridad y altruismo. En este momento, la voz de un maestro, de un escritor, de aquel que interpreta su deseo latente de darse, lo despierta a la lucha, al cumplimiento de sus mejores deberes.

Y fue en ese momento de la vida de López Velarde, cuando apareció en el horizonte de México Madero con su prédica antirreeleccionista. Su libro, para aquellos días extraordinariamente valeroso y acusador, fue leído por López Velarde, lo atestigua la reclamación que le ha hecho, desde su primera edición. Lo ha leído y lo ha asimilado. Este libro ha sido para él, de fijo una revelación, un descubrimiento. En ese momento, el joven ha recibido el primer choque con la realidad. Hasta antes de la aparición de Madero y de la lectura de su libro, las creencias de López Velarde han formado un todo con su existencia de adolescente soñador, imbuido de la idea de que México marcha por un camino de paz, bienestar, tranquilidad y felicidad. Sus inquietudes líricas, en las que vacía sus

inquietudes orgánicas, no revelan ningún contacto con la vida social. La idea de la patria, del pueblo, del porvenir de México, correspondían a la quietud, al sosiego, a la aparente tranquilidad que se sentía en la provincia. Esa tranquilidad y su propio bienestar era la imagen de la patria, pero al leer el libro de Madero, algo nuevo sonó en su interior.

Aquí sonaba el nombre de la patria, pero sonaba de otra manera que como había sonado en las festividades cívicas de los días porfirianos. No era la patria de los discursos escuchados en formación escolar allá en Jerez, cuando niño; ni la patria patrioterica y arrogante de los libros de lecturas escolares; ni la patria que igualaban con el dictador los periódicos al servicio de aquél. Era una patria en lucha, una patria que reclamaba dignidad y decoro ciudadano, una patria de sacrificio, una patria en protesta. Y esa patria despertó el civismo del joven estudiante. López Velarde se hizo maderista, antirreeleccionista, revolucionario. Se hizo político.

Su ingreso a la política coincide con el final de su juventud y el principio de su madurez. Un destino manifiesto señala cada una de las etapas de su vida con una acción neta y precisa.

Junio de 1910. La república entera se halla en plena ebullición política. Madero ha recorrido gran parte del territorio nacional en jira de propaganda antirreeleccionista, después de que en abril de ese año, la *Convención Nacional Independiente* reunida en la capital en el Tívoli del Eliseo, lo ha designado candidato a la presidencia de la República. Su recorrido, es una marcha triunfal. El pueblo responde con entusiasmo en Puebla, en Veracruz, en Yucatán, en Saltillo, al igual en el norte que en el sur; obreros, campesinos, profesionistas, estudiantes, lo reciben ansiosos de escuchar su prédica contra la dictadura; su promesa de levantar una patria de justicia.

En Monterrey, días antes de las elecciones, un paniaguado al servicio del dictador, afirmando que Madero y el Lic. Roque Estrada, en sus discursos han invitado al pueblo a la rebelión contra de las autoridades constituidas y han lanzado ultrajes contra de las mismas, consigue que se les abra proceso, se les aprese y se les lleve a San Luis Potosí para ser juzgados.

San Luis Potosí en 1910. Allí, en la provincia ahora convulsa y ardiente de prédica antirreeleccionista, cursa sus últimos años de estudiante de Leyes Ramón López Velarde. Ya un año antes, después de haber leído el libro de Madero, sobre el cual escribiera un comentario no sólo de alabanza, sino de adhesión, ha escrito al Lic. Eduardo J. Correa, director de "*El Regional*" de Guadalajara, al que enviara el artículo aludido para hacerlo publicar en ese periódico, la siguiente carta: "...Varios estudiantes de Derecho en

San Luis Potosí, se han organizado (nos hemos organizado debió escribir) para intervenir en su esfera de acción en el problema político del país. Trabajarán, entre otras cosas, por la no reelección de los actuales Presidente y Vicepresidente de la República, y en juntas habidas últimamente se ha acordado hacer propaganda a la idea antirreeleccionista por medio de la imprenta y de conferencias de viva voz al pueblo. No es exacto, como han asegurado varios periódicos, que los estudiantes de San Luis Potosí se hayan declarado reyistas, pues todavía no se discuten candidatos . . ."

Afirmamos que López Velarde debió escribir "hemos organizado", por el hecho mismo de que esta carta iba acompañada de un artículo en favor de Madero, lo cual correspondía a la noticia de haberse propuesto hacer propaganda al antirreeleccionismo por medio de la imprenta, lo que el poeta hacía desde luego. Maderista, antirreeleccionista era de hecho ya en 1909, y esto iba a confirmarlo en 1910, a la llegada por primera vez de Madero y González Garza a San Luis, pues en cuanto llegó a la ciudad, un grupo de estudiantes lo rodeó para patentizarle su afecto y su adhesión. López Velarde será uno de los oradores en el mitin.

He aquí a López Velarde metido en el corazón de la lucha antirreeleccionista, lado a lado con el caudillo, ayudándole en la lucha legal contra la dictadura y en la ilegal al preparar la fuga de aquél fuera del territorio nacional. ¿Ayudó a escribir el documento más importante de la Revolución de 1910? Seguramente no, pero al igual que todo el país, y con mayor cuidado y cariño, por su personal devoción a Madero, López Velarde habrá leído el *Plan de San Luis* y una vez más el nombre de la patria le habrá sonado con otro acento del que hasta entonces escuchara en la paz esos días ya en derrumbe, paz porfiriana y paz provinciana. La patria, la nueva patria iba tomando cuerpo en su conciencia entre aquella ardiente proclama que llamaba al pueblo a la lucha contra la dictadura y sus sueños de hombre que acaba de poner pie en la vida como ciudadano. Se hermanan paralelamente la lucha contra la injusticia, la explotación, el abuso y la lucha por la vida como abogado, como hombre que ejercerá una carrera que en esa hora él quiere poner al servicio del pueblo.

El 20 de noviembre, de acuerdo con el llamado del Plan de San Luis, estalló la Revolución. Dos días antes, Aquiles Serdán en Puebla, hacía sonar un grito de desafío al tirano inmolándose con sus veinte compañeros en aras de la libertad. No más de siete meses duró la contienda, durante la cual se vio a todo un pueblo erguirse con gesto airado y batallar sin tregua. El 21 de mayo de 1911, después de una escaramuza sin importancia, un contingente de tropas

federales, fuertes en cuatrocientos hombres, al mando del general Navarro, se rendía al empuje de dos centauros de la Revolución, Pascual Orozco y Francisco Villa. A pesar de la oposición de los generales revolucionarios, Madero se apresuró a firmar los tratados de Ciudad Juárez pactando la paz con el grupo porfirista, mientras el dictador presentaba la renuncia de su cargo y se embarcaba en el vapor alemán Ipiranga.

El Convenio de Ciudad Juárez decía en su artículo único:

Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre las fuerzas del gobierno del general Díaz y las de la Revolución; debiendo éstas ser licenciadas a medida que en cada estado se vayan dando los pasos necesarios para restablecer la paz y el orden público.

En conjunto, los historiadores de esta etapa de la vida nacional, han estado de acuerdo en que fue una grave equivocación política de Madero el haber acordado el licenciamiento de los contingentes revolucionarios, entregándose en manos del ejército federal, hechura y, durante treinta años, apoyo del dictador. Una ola de protestas se dejó escuchar en toda la República. Los primeros que se sintieron defraudados fueron los que tomaron las armas y expusieron sus vidas en la lucha contra la dictadura y reclamaban ser los guardianes de la Revolución. Madero, en cambio, consideraba que el triunfo rápido, fulminante de la sublevación, al mismo tiempo que afirmaba la voluntad del pueblo, impedía los peligros de una lucha fratricida con los inevitables desbordamientos de pasiones incubadas en la venganza y el odio. No debemos olvidar que Madero era un hacendado; su familia, desde hacía casi un siglo, pertenecía a la oligarquía del dinero del norte del país. Su concepto político era el de un sentimental que sufre las angustias de su pueblo y se ofrece a resolverlas, pero que teme que ese pueblo, al ponerse en pie arma al brazo, vaya más allá de los caminos que él le señala.

Madero, en realidad, le tenía miedo a la Revolución. Y no porque fuera un cobarde, sino porque temía que México volviera a la guerra civil con sus violencias y miserias. Fue por este mismo temor que en la segunda edición de su libro *La Sucesión Presidencial en 1910* escribió aquel párrafo criticado por López Velarde y que a la letra dice:

"... honradamente creo que será un mal para el país que el general Díaz vuelva a reelegirse. A pesar de esto, comprendo que la reelección de este último no la podré evitar sino por medio de las

armas, y tan culpable será el general Díaz en provocar una revolución no respetando la voluntad popular, como yo promoviéndola."

Como se ve, Madero se sentía responsable de la guerra civil y de allí su empeño en darla por terminada lo más pronto posible ¿Qué pensó de esto López Velarde? Seguramente estuvo de acuerdo con Madero.

Desde luego, su simpatía por el apóstol no mengua, sigue tan firme como el primer día que lo conociera en San Luis. Para él, Madero representa al valeroso luchador que se enfrentó contra la maquinaria de treinta años oscuros y logró despertar la dormida conciencia ciudadana de un pueblo. En carta dirigida al Lic. Eduardo J. Correa, el 18 de noviembre de 1911, a raíz de la elección de Madero a la presidencia de la República le dice:

"Amigo muy querido: Después de tanto tiempo de no ver sus letras, leí hoy, con el agrado de siempre, su grata que recibí al mediodía. En ella me encuentro con la declaración de lo que yo me presumía ya con la lectura de su diario: de que está usted desilusionado del Presidente. No me extraña esa confesión, pues le diré con la franqueza con que siempre nos hemos tratado, que nunca he tenido a usted por un maderista entusiasta. Sobra aclararle que con esto no le quiero decir que no haya sido sincero en las simpatías que, en distintas ocasiones, ha llegado a externar por don Francisco, sino que está usted, y siempre lo ha estado, en mi concepto, algo lejos de los "partidarios" propiamente tales, de Madero. Juzgo a usted devoto de las ideas sostenidas con una firmeza sin precedente por el actual Jefe de la República; pero su afecto al hombre lo he tenido siempre por tibio, muy inferior al profesado, por ejemplo, a De la Barra. Y que es como lo pienso, me lo pone de manifiesto el efecto desastroso que me cuenta usted le produjo la manera poco diplomática con que lo recibió don Francisco. En un espíritu más adicto la desilusión habría sido menor que en usted. Y se lo digo por experiencia propia: yo, en cierta ocasión y en compañía de varios maderistas, recibí de Madero una descortesía, producto, no de mala voluntad, sino del carácter especial de Madero. —Pero eso, si bien me molestó en un principio, no mermó la voluntad decidida que siempre he tenido por el hombre fenómeno, porque yo sí soy de abolengo maderista, de auténtica filiación maderista y recibí el bautismo de mi vida política en marzo de 1910, de manos del mismo hombre que acaba de libertar a México. Le diré con franqueza, amigo Correa, que una de las satisfacciones más hondas de mi vida ha sido estrechar la mano y cultivar la amistad de Madero, y uno de mis más altivos orgullos haber militado como el último soldado del hombre que hoy rige el país. Para que se acabe de formar concepto

cabal de mis impresiones sobre este asunto, le diré que si la administración de Madero resultase el mayor de los fracasos, eso no obstante, sería yo tan lealmente adicto a Madero como lo he sido desde la tiranía del general Díaz. —Me dice usted en su carta que le parece que la Revolución sólo ha servido para cambiar de amos. Medite tranquilamente cómo vivimos hoy y cómo vivíamos antes, y se convencerá de que está preocupado, muy preocupado. No estaremos viviendo en una República de ángeles, pero estamos viviendo como hombres, y esta es la deuda que nunca le pagaremos a Madero. —Ya platicaremos.

Sin tiempo para más porque estoy escribiendo casi en la sombra, concluye su afectísimo. — Ramón López Velarde”.

A esta carta no le sobra una coma. Es un documento precioso del pensamiento político de quien sabe distinguir entre el caudillo de una causa noble, alta, pura, gloriosa, y el hombre con todas sus pequeñas miserias. Que distingue con dignidad ciudadana, entre la empresa verdaderamente grandiosa emprendida por ese hombre, empresa que dignifica y ennoblece a una patria, y la contingencia transitoria de ese hombre en el poder. Es la expresión de un político de altura; del que ve la política como lo que debe ser, como el servicio social por excelencia, entrañando éste, primordialmente, el despertar de la conciencia ciudadana, el levantar a los caídos hasta la altura de su dignidad de hombres *“lo que nunca le pagaremos a Madero”*.

Advirtiendo esto, nos damos cuenta de que su afecto por Madero, no es un afecto de pura simpatía, sino el convencimiento de que el apóstol ha abierto un camino de libertad, de auténtica libertad para su patria.

Convencido, batalla denodadamente en defensa de Madero. Se da cuenta, con su aguda percepción política, de dónde vienen los ataques a Madero y qué fines persiguen. Así cuando la fórmula Madero-Vázquez Gómez, se cambia, a solicitud del propio Madero en Madero-Pino Suárez y los enemigos hablan de la imposición al salir triunfante dicha postulación, López Velarde publica un concienzudo artículo en *“El Regional”* de Guadalajara el 10 de noviembre de 1911 (previa nota de la dirección de dicho periódico indicando no estar de acuerdo con la tesis del articulista) con el cual analiza serena y diáfana la personalidad del Lic. Pino Suárez primero, y después con abundancia de argumentos, esgrimidos dentro de una lógica impoluta, prueba que el triunfo del Lic. Pino Suárez fue absolutamente legal: *“Procedió el señor Madero. —dirá en su exposición— no como quien impone, sino como quien persuade, al luchar por la exaltación del Lic. Pino a la vicepresidencia . . .”* y más ade-

lante: "Cualquier persona libre del influjo de las pasiones políticas dirá con nosotros que quien impone, es decir, quien hace prevalecer su capricho contra todo viento y marea, como Breno al echar su espada en la balanza de los romanos, está muy lejos de conducirse como el señor Madero, que discutió con los públicos de distintas ciudades del país y que teniendo en su mano un formidable poder moral y material no se desdeñó de entrar en pláticas de avenencia con los clubes refractarios al pinismo..."

Maderista por convicción revolucionaria, frente a los impacientes que buscaban un cambio total en unos cuantos días; y frente a los emboscados que comenzaron a envenenar la volubilidad popular, publica en "*La Nación*" de la capital el 18 de septiembre de 1912, un artículo titulado "*Ayer y Hoy*" en el que reclamaba a los ayer furiosos antiporfiristas, lanzaran hoy (1912) vivas al tirano, con el afán de denostar al gobierno maderista y les decía:

... La historia dará a cada cual lo que le pertenezca; pero quienes se declaran hoy porfiristas habiendo sido, hace pocos meses antirreeleccionistas, demuestran carecer de convicciones y proceder únicamente por impulsos de sentimientos.—Nada tiene que ver los aciertos ni los yerros del actual gobierno con el general Díaz.—El fracaso definitivo del maderismo, si llega a darse, no justificará ni en poco ni en mucho a don Porfirio, si como éste tampoco resultaría deprimido con el triunfo moral del maderismo.—La obra de don Porfirio tiene que ser juzgada en sí misma, sin ligarse con los acontecimientos posteriores más allá de donde lo consiente la crítica sociológica.—Don Porfirio representa el pasado, y ensalzar al viejo dictador, después de haberlo combatido, es retrogradar.

No deja de ser digno de mención el que este joven poeta, recién salido de las aulas, a los veinticuatro años de edad, discurra con tan certero juicio político, poniendo la razón por encima de las pasiones políticas que cegaron en aquella hora a muchos que habían sido antirreeleccionistas y los que con su lamentable conducta, crearon el clima propicio para el sacrificio de Madero.

Pero él sigue fiel a Madero y al antirreeleccionismo. Su afecto a Madero deriva de su convicción de que Madero ha despertado al país, le ha dado dignidad ciudadana. Madero es para López Velarde la representación de su ideal como político. Nada de desmanes a pretexto de la guerra civil, orden y transformar las condiciones del país en forma evolutiva, dándole tiempo al tiempo.

Madero aspiraba a hacer una revolución absolutamente ordenada; una revolución blanca; por eso en cuanto la lucha comenzó a

enrojecerse, pactó. López Velarde, sentimental, sensible, sigue también a Madero en esto. No es de extrañar, por lo mismo, que califique a Zapata, como lo calificó toda la prensa reaccionaria de México, ante la reclamación del caudillo del sur, exigiendo de inmediato se diera satisfacción al postulado que el mismo Plan de San Luis reconocía de devolver a los indígenas y a los pequeños propietarios las tierras de que habían sido despojados, lo califique ("*La Nación*", 22 de julio de 1922) "de hombre (o fiera) que ha reunido en sus manos (o en sus garras) la mayor suma de poder efectivo. . ." Mas a pesar de su odio contra "de su tipo selvático y sus hazañas delictuosas. . . de sus proclamas de barbarie comunista y gramatical" tiene que declarar, porque su sentido político así se lo avisa, que "El populacho, incapaz de discurrir sobre temas especulativos, simpatiza con Zapata porque éste representa el pillaje para saciar el hambre. El populacho es zapatista . . . Zapata aparece a los ojos de las multitudes agobiadas por la miseria, con el prestigio del volador de trenes que les dará el bocado opíparo del dinero y la honra ajena. . ."

López Velarde, al igual que Madero, no podía simpatizar con Zapata, aun sintiendo que éste encarna *la justicia del hambre*; pero su sentido de clase, de pequeño burgués que ama la tranquilidad, el orden, las jerarquías y se opone a la violencia, aun cuando ésta sea el producto de la venganza, o tal vez por esto mismo.

No puede transigir con los maderistas, porque esas tropas, para este aristócrata en la clase y en el pensamiento, ese pueblo que la Revolución levanta, es la chusma, la plebe, la ralea. Le molesta hasta hacerle sangre, que esos plebeyos ocupan los puestos destinados a su clase y no es una casualidad que la mayoría de sus artículos políticos (léase *Prosa Política de Ramón López Velarde* —Imprenta Universitaria, 1953) estén dedicados a herir, en el concepto fiel de esta palabra, a mortificar, a los gobernadores maderistas de los dos lugares donde ha vivido, a don Alberto Fuentes D., gobernador de Aguascalientes, y el Dr. don Rafael Cepeda, gobernador de San Luis Potosí; rociando con su maligna metralla al Ing. Alberto Robles Gil, gobernador de Jalisco; al Dr. Miguel Silva, gobernador de Michoacán y a otros gobernadores, a los que su vitriólica pluma, no siempre muy feliz en estos menesteres, atacaba haciéndoles sentir que eran zafios, palurdos y plebeyos.

Y fue por este odio hacia la "plebe levantada" que López Velarde, uno de los espíritus más finos y sagaces que hemos tenido, llegó a sostener el nauseabundo mito de la existencia de *La Porra*, el grupo que se decía creado por Gustavo Madero para actuar como asaltantes políticos, aprovechadores de la situación, pescadores en el río revuelto del maderismo. Se dice que fue don Trinidad Sánchez

Santos, terrible panfletista, el inventor de tal infundio que los otros diaristas, antiguos turiferarios de don Porfirio, se apresuraron a ampliar y sostener. Para saber si existió la famosa *Porra*, bastará ahora, ya a la distancia de aquellos odios, dar los nombres de quienes aparecían como jefes de tal organismo: Pino Suárez, Gustavo Madero, José Vasconcelos, Sánchez Azcona, Alberto R. Pani, Jesús Urueta, Serapio Rendón, Luis Cabrera, Bordes Mangel . . . Fue la conspiración de la sombra para herir a Madero y en esta sucia y vil maniobra colaboró, sin darse cuenta, llevado por el odio de clase, el ingeniero poeta López Velarde.

¿Qué otro significado podremos aplicar a su ceguera que el de la ingenuidad? Estaba de corazón con Madero y sin saberlo, caía en la trampa que los enemigos preparaban para reclutar a los que iban a servir en el tremendo crimen.

Se asombra uno al leer el artículo publicado el 11 de noviembre de 1912 en "*La Nación*" dedicado al que iba a ser uno de los asesinos de Madero, el general Aureliano Blanquet, pidiéndole con lenguaje que destila odio, que persiga a Zapata hasta que éste sucumba, "antes que el socialismo embrionario e inconsciente del Sur se extienda como un cáncer por todo el territorio de la República . . ." y terminaba con esta frase de homenaje al futuro traidor: "Que Blanquet extermine la hidra del bandolerismo (el zapatismo) y sumará otro laurel a los que ciñen su frente veterana . . ."

Es innegable que en otras ocasiones López Velarde dio muestras de tener capacidad política, pero su odio de clase lo cegó. Sin darse cuenta tomaba parte en negro complot, sumándose a la gritería que se levantaba contra la administración de Madero.

El nueve de febrero de 1913, estalló la sublevación militar que puso en libertad a los rebeldes Bernardo Reyes y Félix Díaz. Diez días después, *la decena trágica*, los generales Victoriano Huerta y Blanquet traicionaban a Madero, lo ponían prisionero junto con el Vicepresidente Lic. Pino Suárez, y el 22 de febrero, los asesinaban en la forma más vil y repugnante que recuerda la historia.

¿Qué hizo ante este crimen monstruoso López Velarde? el Lic. Eduardo J. Correa, asegura que: "se consagró a la lucha contra el usurpador, ayudando cuanto pudo al constitucionalismo".

¿Fue verdad que luchó en alguna forma contra Victoriano Huerta y en alguna forma, también ayudó al constitucionalismo? Permítaseme que lo dude y no porque fuera incapaz de tener arrestos revolucionarios tal como lo probó en sus días de estudiante en San Luis Potosí, al lado de Madero. Lo que nos hace dudar de tales ayudas al constitucionalismo, es el recuerdo de su odio implacable a todo lo que fuera pueblo sublevado que para él representaba, dentro de

su clase, tan claramente delineada en su actitud política, una intromisión en las jerarquías, una subversión al orden social que él exige como prenda de su propia vida. Ya hemos recordado aquí sus artículos en "*La Nación*" ensañándose con los gobernadores maderistas, porque eran plebeyos, particularmente contra don Alberto Fuentes Dávila, modesto vendedor de ataúdes de Aguascalientes, elegido popularmente, sobre quien volcó sus más hirientes frases, sus burlas más corrosivas y vulgares por el hecho de que el humilde comerciante, siendo ya gobernador, se hubiera presentado vistiendo el jaquet y la chistera que se usaban entonces en todos los actos públicos y eso, para el joven abogado, era un hecho inaudito, que venía a romper la escala social, lo que sublevaba su ánimo de aristócrata pueblerino. Con igual odio cauterizaba al doctor Rafael Cepeda gobernador de San Luis Potosí; y si se recuerda que estos maderistas fueron los primeros en seguir a don Venustiano Carranza en la gloriosa aventura de luchar contra el usurpador y sus tropas federales, se nos hace muy cuesta arriba creer que hubiera olvidado sus rencores para ayudar en algo el campo de sus enemigos.

Odiaba además, como católico recalcitrante, a todo lo que olía a liberalismo y en el nuevo ejército del pueblo, estaban los liberales, aquellos por quienes llegó en su abominación, a escribir artículos de la más rancia propaganda religiosa, como aquel titulado *Coincidencias ¿no?*, tratando de hacer creer que los temblores de tierra que en el año de 1912, padeció Guadalajara, eran el resultado de las prédicas intolerantes de algunos exaltados.

Este joven aristocratizante desdeñaba tratarse con el pueblo tomando esta palabra en el sentido peyorativo, con toda la altivez de sus resabios feudales, copiados de los hacendados que componían la pequeña sociedad en que ha nacido y se ha formado en sus primeros años. De aquella gente que se vestía de oro y plata (el charro mexicano) y mantenía al peón desnudo y hambriento, encerrado en los muros de las haciendas. No es por casualidad que la furia de la Revolución cayó desde el primer día sobre esos muros carcelarios.

De esa gente ha tomado su desdeñosa actitud que lo llevó insensiblemente, desde sus primeros poemas, a buscar hacerse una lengua sólo para él. Caminaba así por un sendero de orgullosa soledad.

Rompió ese aislamiento al tomar contacto —ideal juvenil— con Madero, hombre de su propia clase, quien lo despertó a la lucha social, pero alejándose siempre de los maderistas, del pueblo, alejándose de zafios y palurdos. Volvería a la soledad de su adolescencia, después del asesinato de Madero horrorizado ante el crimen

monstruoso, fenómeno que los psicólogos han observado en los espíritus refinados, que le vuelven la espalda a su época en ciertas circunstancias repugnantes a su ser.

Su poesía toma entonces ese carácter de ingravidez, latente en sus dos últimos libros. Alejado de todo, se encierra en el mundo de su propia vida y da principio a esa labor de buscar y rebuscar adjetivos extraños, que traducían su propia angustia, y lo mantenían en perenne fuga. Adjetivos que por lo insólitos, ponen en vilo al lector quien, mientras busca entrar en su concisa significación, olvida la realidad y cae en el mismo mundo nebuloso del poeta. Así se creó la atmósfera turbia e imprecisa que ha servido para mantener, alrededor de López Velarde, esa mitología alimentada con palabras huecas y forzadas en las que retorciendo los conceptos, buscando hacerlos más oscuros, llevándolos a rastras por caminos ásperos y violentos, nos adentran a laberintos por donde vaga la sombra del poeta.

Lo cierto es que después de la muerte de Madero, López Velarde se retira de toda actividad política. El crimen, hiriéndolo en lo más hondo, lo desarraiga de todo contacto social y lo deja espiritualmente flotando en el aire, sin nada a que asirse, contemplando el mundo como una frustración.

Estas frustraciones han sido certeramente señaladas por el crítico español Guillermo Díaz Plaja en su ensayo sobre *El tratamiento de la realidad en la poesía de Ramón López Velarde* en la que domina dice: "una decepcionada actitud vital . . . que se debate entre una tímida impotencia ante las seducciones del mundo y una desahuciada renuncia de lo que se le antoja ya una pérdida irrecuperable . . . una lírica que se mueve entre una expectación mística y una nostalgia desencantada . . ."

* * *

Al triunfo de la Revolución Constitucionalista, y al ocupar el cargo de Secretario de Gobernación en el gobierno de don Venustiano Carranza, el Lic. Manuel Aguirre Berlanga, designó a López Velarde abogado consultor de dicha Secretaría. El poeta había sido su compañero en la carrera de Leyes en el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí.

Con la victoria del obregonismo y la muerte a traición de don Venustiano, López Velarde, herido en sus sentimientos, una vez más, después de la muerte también a traición de Madero, se alejó de toda colaboración gubernamental, recluyéndose en sus versos con suprema amargura, como se puede leer en ellos.

LA ACTIVIDAD POLITICA DE UNAMUNO Y SU COLABORACION EN HOJAS LIBRES

Por Maryse BERTRAND DE MUÑOZ

UNAMUNO ha sido "no sólo una gran figura del más alto prestigio literario, sino también de gran significación e influencia políticas",¹ afirmaba Justina Ruiz Conde en 1966; la profesora de Wellesley College se oponía entonces al comentario de Angel del Río sobre el apoliticismo de los miembros de la Generación del '98 hasta los años de la República y de la Guerra Civil.² Se pueden leer también en libros difundidos varias aseveraciones de críticos conocidos acerca del desdén de Unamuno por la política y la más categórica nos parece la de Segundo Serrano Poncela: "Unamuno apenas sintió interés por la política de puertas adentro o puertas afuera del país".³ Creemos con Justina Ruiz Conde que tales afirmaciones son inexactas y analizaremos, para probar nuestras ideas la vida y obra de Unamuno insistiendo en el período dejado de lado por la conferenciante de la Vanderbilt University, es decir el período posterior a 1912 y particularmente el de su exilio en Francia y de su colaboración en *Hojas Libres*.

En 1895, al joven Unamuno, todavía le parecía ridículo que se creyera en España que "el destino de todo joven estudioso y serio es la política";⁴ pero ya en 1896, en su ensayo "La crisis del patriotismo" manifestaba su cambio de actitud:

Ahora que [...] se ha dado suelta por la Prensa de la mentira a la patriotería hipócrita, ahora es la verdadera oportunidad de hablar aquí del sentimiento patriótico [...] En triunfando tienen razón, que es

¹ Ruiz de Conde J. "El presunto apoliticismo de Miguel de Unamuno". Reproducido en BLEIBERG, G. y I. E. FOX. *Pensamiento y letras en el siglo XX*. Nashville, Tennessee, Vanderbilt University Press, 1966, p. 439.

² *Historia de la literatura española. II*. Holt, Reinhart and Winston, 1963, p. 234-5.

³ *El pensamiento de Unamuno*. México, Fondo de Cultura Hispánica, 1964, p. 19.

⁴ Alas, A. *Menéndez y Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés. Epistolario a Clarín*. Madrid, Ediciones Escorial, 1941, p. 66.

lo propio del bruto. Lo del hombre es tener verdad, no razón precisamente.⁵

He aquí la idea básica de Unamuno: la verdad; y por esta verdad peleó toda su vida. En 1909, escribía a Casimiro González Trilla: "Mi divisa es: primero la verdad que la paz. Antes quiero verdad en guerra que mentira en paz".⁶ Frases de este tipo jalonan toda su obra.

Entre los ensayos comentados por Justina Ruiz Conde, figura uno muy representativo "Los antipoliticistas", con afirmaciones tan rotundas como:

No me cansaré de repetíroslo —pues sabido es que si de algo peco es de machacón—: la política es uno de los mejores puntos de vista para encarar cualquier problema [...]

Yo, por ejemplo, creo ser uno de los españoles que ha heho más política en mi patria, y, sin embargo, no figuro afiliado a ningún partido [...] Donde no hay una intensa vida política, la cultura es flotante, carece de raíces.⁷

Un análisis detallado de la obra total de Unamuno nos revela su oposición constante al parlamentarismo, al separatismo, al militarismo, al Ejército, y su disconformidad con la Monarquía española, la dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República.

Su actitud netamente beligerante se hizo pública a partir de 1914. En esa fecha, Unamuno se había declarado aliadófilo frente a la primera guerra mundial e hizo una campaña vigorosa para salvar la libertad en Europa. Unos amigos suyos decidieron presentarle como candidato para senador y en plena actividad electoral, el ministro de Instrucción Pública, Bergamín, le destituyó de su puesto de Rector de la Universidad de Salamanca: el gobierno juzgaba que el cargo de Rector no era político y que Unamuno tenía ideas peligrosas. Desde entonces, la oposición de Don Miguel al régimen se hizo sistemática y su enemistad hacia Alfonso XIII llegó a ser verdadera fobia. En 1920, fue condenado y luego indultado por haber colaborado en un periódico de Valencia con artículos en contra de la institución real. En 1922, pronunció un escandaloso discurso en el Ateneo de Madrid para protestar contra la suspensión de garantías constitucionales. El golpe de Estado del 13 de

⁵ *Ensayos I*. Madrid, Aguilar, 1966, p. 285.

⁶ Carta a Casimiro González Trilla; Salamanca, 2 de enero de 1909.

⁷ *Ensayos II*. Madrid, Aguilar, 1966, p. 717.

septiembre de 1923 le pareció intolerable; unos discursos en Valladolid y en Bilbao y una carta a Américo Castro (carta que se publicó en la revista *Nosotros*⁸ de Buenos Aires sin permiso de su autor) costaron a Unamuno el puesto de Vice-rector de la Universidad de Salamanca y de Decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Desterrado a Fuerteventura en febrero de 1924, se evadió en julio y marchó a Francia, donde permaneció como exiliado voluntario (ya que había sido amnistiado en el mismo mes de julio) hasta 1930. Continuó su campaña contra el rey y el dictador en París y decidió luego trasladarse a Hendaya para estar más cerca de España.

De pronto el destierro de Unamuno pasó a ser el tema del momento en los ámbitos intelectuales no sólo de España, sino de toda Europa. Protestaron los estudiantes, los periodistas, los políticos, como Fernando de los Ríos, que fue procesado por esta causa.⁹

Un clamor de indignación resonó en la prensa mundial. Antípodas espirituales como D'Annunzio y Romain Rolland se unieron en la protesta. De la noche a la mañana Unamuno se había convertido en una figura europea.¹⁰

De esta época del exilio de Unamuno, todos conocen sus versos vibrantes en los cuales se queja de su situación de proscrito, llora por "su" España escarnecida y espera con ansia que la verdad y la justicia salvarán a su patria; todos saben también que su verso se hizo entonces sátira flagelante contra el rey y el dictador. Pero menos conocidos son sus artículos en *Le Quotidien* de París, dirigido por su amigo M. Dumey, el cual le ayudó a escapar de Fuerteventura; sólo citaremos dos frases significativas:

Si el rey vuelve a Fuerteventura será aclamado por los camellos, estoy seguro.
¡Admirar él! ¡Primo! A lo sumo, su ombligo de pequeño Budá charlatán.¹¹

Estos ataques virulentos constituyen sin embargo una parte infima de los que profirió Unamuno durante su destierro. Nos de-

⁸ Diciembre de 1923.

⁹ Nuez, S. de la. *Unamuno en Canarias. Las islas, el mar y el destierro*. Santa Cruz de Tenerife, Universidad de La Laguna, 1964, p. 139.

¹⁰ Curtius, R. *Ensayos críticos* (Unamuno, 1926). Trd. Barcelona, 1959 (citado en S. de la Nuez, p. 139).

¹¹ 26 de agosto de 1924.

tendremos unos momentos en unos escritos en general ignorados por los críticos: la colaboración de Unamuno en las *Hojas Libres*,¹² publicadas en Hendaya por Don José Ortega y Gasset, exiliado voluntario también. El primer número de esta revista mensual salió el primero de abril de 1927 y siguieron quince más hasta julio de 1928. Hasta el mes de agosto de 1927, Ortega y Gasset y Unamuno fueron los únicos colaboradores; luego se agregaron unos más, siendo los más asiduos Juan Moro y Juan Casanovas. Estas *Hojas Libres* tuvieron una enorme resonancia en España a pesar de ser prohibida su entrada; la policía multiplicaba sus esfuerzos pero las *Hojas* se introducían clandestinamente por Guipuzcoa; al parecer su lectura fue muy difundida también en América.

Veamos un poco los artículos de Unamuno en estas *Hojas Libres*. En el segundo número escribe: "Querría poder escribir estas líneas conteniendo la indignación que me enciende, pero no me es hacedero".¹³ Este sentimiento le llevó a unos extremos insospechables en un hombre de su categoría intelectual. En otro lugar, empieza diciendo: "Aquietado ya el pulso, me figuro, y segura la mano me pongo a escribir como quien ara con espada".¹⁴ Y en efecto, toda la colaboración del exiliado consistió en golpes de espada al dictador y al rey.

Los temas de Unamuno son poco variados, concentra toda su energía en condenar al régimen español del momento. Este régimen se hizo verdadera obsesión en el profesor: "Hay que insistir, hay que insistir para existir, pues la insistencia es la raíz de la existencia". Y la raíz de su existencia parece ser entonces sus diatribas políticas. Sigue a continuación:

Hay que insistir: no combatimos ni la dictadura ni la tiranía que son abstracciones; combatimos concreta e individualmente a los tiranuelos, que usurpan contra la voluntad del pueblo, el poder de España.

Y continuará la insistencia.¹⁵

¹² La colaboración casi total de Unamuno en la *Hojas Libres* ha sido reproducida en *Unamuno libelista. Sus campañas contra Alfonso XIII y la dictadura* de Eduardo Comín Colomer (Colección Siglo Ilustrado, Madrid, 1969, 176 p.).

Sólo dos de estos artículos, "Mi pleito personal" y "Cuatro años de Dictadura" fueron publicados anteriormente en España en *Dos artículos y dos discursos*, Madrid, 1930.

¹³ Año I, núm. 2, 1 de mayo 1927.

¹⁴ Año II, núm. 10, enero 1928.

¹⁵ Año I, núm. 9, diciembre 1927.

Se ensaña contra el ejército, la guerra de Marruecos, pero las frases más feroces van dirigidas contra Primo de Rivera y Alfonso XIII. Califica al primero de sujeto mediano, de niño tonto y mal educado, de tiranuelo, de espantapájaros, de hombre vacío, carente de inteligencia; acusa al rey de haber sido el promotor del golpe de Estado, de ser un irresponsable, habla de la doblez característica del "Trece" y le apoda "Rey de envidiosos y envidioso de los reyes".¹⁶

Su meta en estas páginas, como en todos los escritos políticos suyos, es hacer triunfar la verdad y con ella la justicia y la libertad, y lo repite constantemente:

Ya sé lo que dicen y es que todas las verdades no son para todos. Es lo que dicen los que temen a la Justicia, que es la Verdad. Hay en ruso una hermosa palabra preñada de sentido: "Pravda". "Pravda" quiere decir a la vez verdad y justicia. Sin verdad, no hay justicia posible y a la vez sin justicia no hay verdad.¹⁷

Hay que devolver al país la libertad, o mejor, hay que recobrar la libertad, pero no implorándola del rey que se la ha quitado y no puede devolvérsela, y sobre todo la libertad de la verdad, de proclamar a todo viento la verdad, y la libertad de la verdad es la justicia y no cabe hacer justicia sin pasión, sin pasión de justicia y pasión de verdad.¹⁸

Este ideal se transforma casi en fanatismo: no puede concebir que los culpables de los males de España sean perdonados. En su furioso artículo "Borrón y cuenta nueva" grita:

Y si, viviré lo que haga falta para ver derrumbarse en fango, deshecho por su propia podredumbre, ese régimen tiránico de injusticia, de ladronería, de estupidez, de grosería chulesca, de demencia pretoriana. E iré a procesarlo, a enjuiciarlo, a ajusticiarlo. Y en cuanto a Primo —vivo o muerto si sucumbe antes— haré que se le haga justicia, que se le justicie. Y a los otros. ¿Borrón y cuenta nueva? ¡No, no, no, no... y no! ¡Mientras yo viva no! ¡Y viviré, viviré, sí, viviré para que no quede un borrón más sobre el pecho de España. Y marcaré a hierro y para siempre —¡para siempre!— a esos tiranuelos... Lo que reinará en España será la verdad, que es la justicia. ¡Y sobre la verdad, nada de borrón!

Os lo asegura, Miguel de Unamuno.¹⁹

¹⁶ Año II, núm. 12, marzo 1928.

¹⁷ Año I, núm. 2, 1 de mayo 1927.

¹⁸ Año II, núm. 15, junio 1928.

¹⁹ Año I, núm. 4, 1 de julio 1927.

En su último artículo, vuelve sobre la misma idea:

Casi todos los que nos llegan de España nos dicen: "¡Eso se va!" A lo que contestamos: "Eso no debe dejarse que se vaya; hay que echarlo, y luego enjuiciarlo y ajusticiarlo". Esta es la nuestra; esta (sic) es y será nuestro estribillo.²⁰

En las *Hojas Libres*, Unamuno ha publicado también unos romances: en dos de ellos, deja libre curso a toda su cólera contra Alfonso XIII y la Dictadura. El primero no ofrece lugar a dudas sobre las intenciones de su autor:

Aprovecha, Alfonso, la hora
 en que Dios te viene a ver,
 mira que acaba el reinado
 con el reinado el papel.
 Los ensueños que soñaste
 no soñarás otra vez,
 con el alba derritióse
 la gracia de tu niñez.

Qué frescor de las mañanas!
 no sabías —pudo ser—
 que iban regando con sangre
 junto a tu cuna un laurel.
 Laurel que al fin se ha secado,
 la sangre no, que al correr
 de tus años se ha hecho río
 que ha anegado tu poder.

En el Escorial te guarda
 tu linaje ¡triste de él!
 y en el abismo tu sello
 guarda Palos de Moguer.

No hay más cosa que el camino;
 sé caminante; el cordel
 sigue de tu suerte, mira
 la caja del ajedrez.

Mira en la caja tu prenda
 ¡jaque mate! y a volver

²⁰ Año II, núm. 16, julio 1928.

al juego; sombra de un sueño
 es la vida; ya lo ves!
 Sueño de una sombra el hombre
 y sueño de un hombre el rey:
 huérfano de nacimiento,
 la humanidad se te fué.

Quien te ha querido, cuitado?
 Quien más te hizo padecer;
 quien bien te quiere se dice,
 te hará llorar; ya lo ves!
 Lloro, llora, Alfonso XIII
 que sea el INRI tu prez:
 a Cristo la cabecera
 de la Cruz le nombró rey.

"Gajes del oficio!" dices
 cuando te hacen tragar hiel;
 tu oficio, oficio de víctima
 pobre siervo de la ley.
 No hay más reino que el camino;
 sé caminante y Aquel
 que hace los hombres al cabo
 hombre al morir te ha de hacer.

Mira a tu padre en el cielo
 pobre huérfano, y al ver
 cómo se acaba el reinado
 verás lo que acaba en él.

Aprovecha, Alfonso, la hora
 que el padre te viene a ver,
 mira que empieza la vida
 cuando se acaba el papel.

Hendaya, 20 de abril de 1927.²¹

Se ve aquí claramente que Unamuno preve el fin del reinado de Alfonso XIII, reinado abominado por él; alude cínicamente a la orfandad del monarca, a su triste linaje y a su afición por el juego; subraya que el hombre no es más que "sueño de una sombra" pero

²¹ Año I, núm. 2, 1 de mayo 1927.

que el rey es todavía menos: "sueño de un hombre". Para el ex-rector de Salamanca, sólo en la muerte, Alfonso XIII llegará a ser rey y hasta a ser hombre; la verdadera vida empezará sólo cuando deje su puesto, pues así dejará de ser un ente ficticio.

El otro romance es el siguiente: (Véase la copia del manuscrito adjunto)

Sarna tradicionalista
da oficio a las largas uñas,
se rascan los asistentes,
con ello medran de sucias.

Quieren despiojarse, acaso
desladillarse; fortuna
que no se les logra; el pelo
de la dehesa se abulta.

Bajo él les come la sangre
la inquisitorial pelusa,
les tiene desgachados
que haya quien por sí discurra.

A hondo orgullo luzbelino
lo atribuyen o a la locura,
que el que no carga uniforme
a los lacayos insulta.

Recelan que les desdeña
si un réprobo les saluda;
la sonrisa les amarga
cual si fuese una censura.

"Se está por dentro riendo
de mí" se piensan, y ocultan
en el bolsillo del alma
la mala baba frailuna.

Dio suelta la tiranía
a esta gusanera inmunda,
por mote la Unión Patriótica
que es política basura.²²

²² Año I, núm. 6, 2 de septiembre 1927.

Romance

Sarna tradicionalista
da oficio a las cargas vitas,
se rican los asistentes,
con ello medran de suyas.
Quieren despojarse, acaso
desladarse; fortuna
que no se les logra, el palo
de la dehesa se abulta.
Bajo el taz, come la sangre
la inquisitorial pelusa,
les tiene desgalichados,
que haya quien por si' discurra
el hondor de un orgullo turbelino
La atribuyen o a locura,
que el que no carga uniforme
a los lacayos insulta.
Recelan que se desdenen
si' un repro. Es sonrida;
La sonrida les, amarga
cual si' fuese una censura.
"Se está por dentro riendo
de mí" se piensan, y ocultan
en el bolsillo del alca
La mala fama frailema.
Dió suelta la hisoria
a esta gusana insuada,
por mote la Unión Patriótica
que es política, basura.

Hendaya. Original del manuscrito

ROMANCE



Sarna tradicionalista
da oficio a las largas uñas,
se rascan los asistentes,
con ello medran de sucias.

Quieren despiojarse, acaso
desladillarse; fortuna
que no se les logra; el pelo
de la dehesa se abulta.

Bajo él les come la sangre
la inquisitorial pelusa,
les tiene desgachados
que haya quien por sí discorra.

A hondo orgullo luzbelino
lo atribuyen o a locura,
que el que no carga uniforme
a los lacayos insulta.

45

Recelan que les desdeña
si un réprobo les saluda;
la sonrisa les amarga
cual si fuese una censura.

« Se está por dentro riendo
de mí » se piensan, y occultan
en el bolsillo del alma
la mala baba frailuna.

Dió suelta la tiranía
a esta gusanera inmunda,
por mote la Unión Patriótica
que es política basura.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Hendaya.

El original de este ROMANCE, publicado en
HOJAS LIBRES, puede verse en la página an-
terior.

46

Año I

Numero 7

HOJAS LIBRES

HOJAS LIBRES

Revista Mensual

1.º de OCTUBRE

Revista Mensual

SUMARIO :

El antiguo régimen y la Asamblea Constituyente
Romance, por

MIGUEL DE UNAMUNO.

La Protesta del Sr. Sanchez Guerra. - Una intervú
con el Conde de Romanones. - Declaraciones de
D. Miguel Villanueva.

La dictadura en Cataluña, por Juan CASANOVAS.

Informaciones y comentarios actuales. - El acto
del Sr. Sanchez Guerra. - El listín de la Asamblea
y las renunciaciones. - Inmoralidad administrativa. -
Sinecuras. - En memoria de Tordesillas. - Las nego-
ciaciones de Tánger. - Casos ejemplares. - La acti-
tud de los Socialistas. - Los españoles en la Argentina

por

EDUARDO ORTEGA Y CASSET.



Precio del ejemplar
1.50 pts

Octubre 1927

EL ANTIGUO REGIMEN

Y

LA ASAMBLEA CONSUNTIVA

Voy a comenzar por contar un pequeño
anécdota que sé anda ya en voces de las
gentes, por España. Es el de mi encuentro
aquí, en Hendaya, con Don Galo Ponte,
asistente de Desgracia e Injusticia de la
Tiranía española. Ello ocurrió así : el día
9 de este mes de setiembre vino a verme
mi antiguo amigo Don Pedro Perez Diaz,
el cual manifestó deseo de encontrarme y
acompañarme por la tarde. Poco antes de
ir a reunirme con él en la estación, encontré
a mi también antiguo amigo Don Diego
Maria Creuhet, de quien ignoraba yo
entonces que es Fiscal del Tribunal Supremo
del Reino. Encontré en la estación al Sr.
Perez Diaz y fuimos subiendo lentamente
hacia la villa. Por cierto que de camino me
vino hablando, él que es Oficial del Consejo
de Estado, de este hoy degradado Consejo
y de sus consejeros a los que puso como

1

133

Los términos para atacar a la dictadura y el partido único que quiso formar Primo de Rivera, la Unión Patriótica, no pueden ser más fuertes ni soeces: sarna, uñas sucias, despiojarse, desladillarse, gusanera inmundada, basura, se acumulan para denigrar a los políticos. Se les trata de incivilizados, de inquisidores, de lacayos, de reclusos, de hipócritas, de tiranos. Unamuno, en su furor, había perdido el sentido de la medida y el tono que emplea no sólo es campechano, sino también vulgar; tales procacidades parecen casi imposibles en un hombre de su calibre y los admiradores suyos se quedan perplejos ante tal publicación pero por otra parte, el romance del gran profesor salmantino revela perfectamente su estado de ánimo.

Unamuno salió de Hendaya y volvió a España en su "segundo nacimiento"²³ en 1930; fue acogido triunfalmente. Antonio Machado escribió entonces en la *Gaceta Literaria*:

Es Don Miguel de Unamuno la figura más alta de la actual política española. El ha iniciado la fecunda guerra civil de los espíritus, de la cual ha de surgir —acaso surge— una España nueva. Yo le llamaría el vitalizador, mejor diré el humanizador de nuestra vida política.²⁴

Recobró su puesto de Rector de la Universidad de Salamanca y al declararse la República, su profecía de las *Hojas Libres* se realizaba: el rey emprendía la marcha, el camino. Unos pretenden que Unamuno tenía la convicción íntima que iba a ser proclamado Presidente de la República;²⁵ de todas formas, se presentó como candidato de Salamanca a las Cortes y fue elegido, pero no sin dificultades. Sus principales preocupaciones políticas fueron entonces los nacionalismos regionales y la laicidad del Estado; luchó contra el espíritu de partido, la violencia, pero sobre todo siguió abogando por la verdad y la libertad, sobreponiéndose a las pasiones políticas.

Uno de los textos más bellos y conmovedores de Unamuno durante los años de la República es su "Última lección"; pero de nuevo el lector se queda extrañado frente a las palabras que dirige a los jóvenes:

Quiero hacer un llamamiento a la paz, a la paz en la guerra; esa marea de insensateces, de injurias, de calumnias, de burlas impías, de

²³ González-Ruano, C. *Don Miguel de Unamuno*. Madrid, Editora Nacional, 1965, p. 96.

²⁴ *Los Complementarios y otras obras póstumas*. Buenos Aires, Losada, 1957, p. 159.

²⁵ Aub, M. "Portrait d'Unamuno". *Europe*, marzo-abril, 1964.

sucios estallidos de resentimientos, no es sino el síntoma de una mortal gana de disolución. De disolución nacional, civil y social. Salvados, hijos míos.²⁶

Uno no puede dejar de recordar su llamamiento "A los estudiantes" de 1929 en el cual instigaba a la revolución:

¿Que hacemos política? Es nuestro deber, juventud estudiosa. Nuestra política es hacer justicia, moralidad, verdad. La injusticia, la inmoralidad, la mentira son política tiránica.²⁷

Toda esta actividad personal y estos testimonios escritos de Unamuno nos parecen suficientes para afirmar que fue un político; es más, durante la dictadura de Primo de Rivera llegó a ser libelista como hemos podido constatar. Otra frase de él en esos años lo corrobora de nuevo:

Y allá, en mi España, mis amigos y mis enemigos decían que no soy un político, que no tengo temperamento de tal, y menos todavía de revolucionario, que debería consagrarme a escribir poemas y novelas y dejarme de políticas. ¡Como si hacer política fuese otra cosa que escribir poemas y como si escribir poemas no fuese otra manera de hacer política!²⁸

Claro que por otra parte, se citan declaraciones de él que le sitúan fuera de la política normal, como ésta a Ortega y Gasset:

Bueno, Ortega, lo que usted me propone es que en este partido yo sea la Cabeza y usted el Espíritu. Pues sepa usted que en mi partido yo seré siempre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y cuando se afilie otro al mismo, me dará yo de baja en él.²⁹

Jacinto Grau ha escrito: "Unamuno era un político de eternidades".³⁰ De eternidades, pero también de realidades, podemos añadir después de la lectura de las *Hojas Libres*. Estamos de acuerdo en que no perteneció a ningún partido, que siempre ha estado en oposición con sus contemporáneos como lo estaba consigo mismo,

²⁶ *Obras Completas*. Tomo VII. Madrid, Afrodisio Aguado, p. 109.

²⁷ Comín Colomer, *op. cit.*, p. 81-82.

²⁸ *Cómo se hace una novela*. Madrid, Alianza Editorial, 1968, p. 137.

²⁹ Villarazo, B. *Miguel de Unamuno. Glosa de una vida*. Barcelona, Editorial AEDOS, 1959, p. 81.

³⁰ *Unamuno. Su tiempo y su España*. Buenos Aires, 1946, p. 46.

que combatió todos los regímenes, incluso el republicano que tanto había deseado, que siempre defendió por encima de todo los valores eternos de la Verdad, la Justicia y la Libertad; pero cuando leemos que no fue "un político temporal, como todo genuino político, de acción inmediata",³¹ nos quedamos estupefactos. ¿Cómo explicar entonces su destitución del puesto de Rector, su destierro, sus catilinarias contra Alfonso XIII y Primo de Rivera y sus intervenciones como diputado de la República? Amaba apasionadamente a España y luchó no por el triunfo de una doctrina, sino por el triunfo de algo superior a los partidos. ¿Era un modo de afirmarse, de entrar en la historia y lograr la inmortalidad? Seguramente. Pero que no se diga que no fue un político.

³¹ *Ib.*

LA REVOLUCION INTERVENIDA

ESTE libro de afortunado título, es historia de la diplomacia; relaciones entre México y los Estados Unidos de América, que se concretan a la etapa: 1910-1914. Incluye también, preponderantemente, la intervención norteamericana en el régimen espúreo y reaccionario de Victoriano Huerta.

Dicho lapso va del rompimiento del *statu quo* del último período (que debió ser sexenal), de Porfirio Díaz, hasta la renuncia de Huerta, en julio de 1914.

Ya desde los primeros meses de 1911, el gobierno del vecino país del norte, se hallaba preocupado por la situación interna de México y movilizó unidades navales hacia sus puertos, así como contingentes de tropas a las fronteras. Para el mes de mayo siguiente los revolucionarios maderistas están sitiando Ciudad Juárez, la cual capitula a pesar de los tuteos de Francisco I. Madero; días después renuncia a la presidencia el general Porfirio Díaz. Pues bien, de estos acontecimientos en adelante trata este trabajo, bien fundado en citas bibliográficas y documentales, hasta llegar a la Conferencia de Niágara Falls, Canadá, prohijada disimuladamente por el gobierno de los Estados Unidos de América en 1914, con el fin de llegar a los objetivos que se proponía, entre éstos la renuncia de Victoriano Huerta a la Presidencia de la República. Este régimen, como se sabe, fue instaurado por la violencia y tuvo inspiración norteamericana, como resultado de los acontecimientos de la Decena Trágica, en febrero de 1913. (Véase al respecto el célebre Pacto de la Embajada, suscrito por Huerta y Félix Díaz, en la sede diplomática del embajador Lane Wilson).

Bien a bien este trabajo monográfico trata de la intervención yanqui en dos períodos muy claros: el período maderista, que incluye el interinato presidencial de De la Barra, y los primeros tiempos del constitucionalista, a partir del Plan de Guadalupe, en 1913. De modo principal, según ya se dijo, enfoca también la dictadura sangrienta de Victoriano Huerta, porque no sólo hubo intervención del lado revolucionario.

Más aún: no sólo las autoridades norteamericanas legalmente constituidas de competencia específica, tenían mentalidad intervencionista o intervenían de hecho en los campos de la revolución o de la reacción; también altos funcionarios de los Estados Unidos: el gobernador de Tejas, el senador Albert B. Fall, quien posteriormente llegó a ser Secretario de Estado bajo el presidente Coolidge, y sostenedor del insoportable embajador Sheffield, adscrito en México. Por cierto que se ha dicho que Fall y Sheffield fueron

denunciados por el presidente Calles ante el mismo Coolidge, como promotores de maniobras en pro de las compañías petroleras, entonces en rebeldía contra las leyes mexicanas, con el buen resultado de que aquel embajador fue removido de su puesto.

Asimismo la autora hace notar que tenían mentalidad intervencionista: abogados y otros prominentes particulares norteamericanos, incluyendo a residentes: mineros, petroleros, agricultores, comerciantes, ejecutivos de grandes compañías y entiéndase bien: apoyando a Huerta, porque veían en éste la garantía de sus intereses. El histérico Lane Wilson representaba esta tendencia lógicamente y por ello —con singular frenesí— pedía al Departamento de Estado el reconocimiento de su ahijado Victoriano porque, además, esa era la corriente de las potencias extranjeras que, casi *ipso facto*, habían reconocido al régimen de la Ciudadela. Inglaterra, con gran rabieta de Wilson, convalidó a don Victoriano al día siguiente de que éste disolvió el Congreso, acreditándole a su nuevo embajador sir Lionel Carden.

En la obra de Berta Ulloa destaca la aportación procedente de los archivos norteamericanos: Biblioteca del Congreso, Archivo Nacional de Washington, Universidad de Tejas, etc., porque son fuentes idóneas y fidedignas: el reverso de la medalla, diríamos; su anverso lo constituyen las citas de fuentes nacionales.

De acuerdo con el plan de este libro, puede ser que el lector tenga que hacer infructuoso esfuerzo por cohesionar tres crisis paralelas a que alude la autora en el primer capítulo, con relación a esos mismos años: 1910 a 1914: la de Europa como antecedente de la Gran Guerra o primera guerra mundial; la interior de los partidos políticos en los Estados Unidos y la nuestra nacional, cuya concomitancia, pero no demostrada convergencia, debe señalarse.

En cierto momento negro que huele a petróleo, sí se aprecia que Inglaterra, previendo que necesitará la ayuda norteamericana en caso de una próxima gran guerra de alcance mundial, elude enojosas controversias con motivo de las fatales contradicciones de los intereses imperialistas de los Estados Unidos de América con los suyos. Parece, pues, que el título del capítulo con que se principia, no es suficientemente homogenizador de lo que contiene: las tres crisis que señalamos, más otros subtítulos donde se tratan hechos privativos de México.

El dramático gobierno del presidente Madero generó dos tipos de fricciones con los Estados Unidos de América: las fronterizas propiamente dichas y las causadas por daños a norteamericanos en el interior del país. Estas fueron las más importantes y las más graves, por lo abultadas que las hacía el embajador Lane Wilson, llevado de su hostilidad.

Fue vacilante el apoyo del presidente Taft a Madero, con todo y la intención que aquél tenía de pugnar por el establecimiento de la paz y el orden en México; esto, a su vez, contribuyó al desconcierto del régimen

maderista, atacado enconadamente, además, por el periódico norteamericano hecho en México: *Mexican Herald* y la Prensa Asociada, a los que el gobierno había negado subvención y el monopolio telegráfico, respectivamente.

Están vistos con perspicacia los casos de las actividades subversivas de los antimaderistas en los Estados Unidos, quienes se agrupaban en centros de conspiración de izquierda y de derecha. Entre éstos cabe mencionar al inefable licenciado Rosendo Pineda y sus "científicos", magníficamente relacionados con toda clase de funcionarios de Norteamérica. Los titubeos del gobierno de Taft, en la represión de esos elementos —a veces resultaba ésta muy ineficaz— se debían a la vigencia efectiva de la Constitución de los Estados Unidos, la cual extendía su manto protector sobre los derechos individuales; también al tratado de extradición celebrado con México en 1898 y a las leyes de neutralidad vigentes en los Estados Unidos; asimismo a que las legislaciones estatales no podían ser fácilmente violadas por la autoridad federal.

Se nos da en este libro el fundamento, basado en fuentes norteamericanas, de que Lane Wilson, como ya lo sabíamos, fue el torvo y nefasto personaje que conocemos como director de escena de la Decena Trágica, con su primer actor al frente: Victoriano Huerta, de acuerdo con un libreto norteamericano que pudo llevar por título: *Una tragedia mexicana*, si nos acordamos, por asociación de ideas, de la célebre obra del norteamericano Teodoro Dreisser: *Una tragedia americana*. Sin embargo, ante el peso de la horrorizada opinión pública de los Estados Unidos, por los asesinatos de Madero y Pino Suárez, el gobierno de este país no se atrevió a reconocer al "presidente" Huerta, con todo lo prometedor que parecía para sus intereses.

La *facie* de los Lane Wilson, como la del cónsul Mr. Cánada, destacado en Veracruz, no son excepciones sino que encarnan tipos dentro del género *ugly american*, que el Departamento de Estado de Washington se encarga de enviar al extranjero constantemente, para edificación de sus relaciones internacionales. Al leer en el libro de Berta Ulloa, las consideraciones que se hacía Reuben Clark —quien parece que fue también embajador en México— para aceptar a Huerta a pesar de toda la cola que se le podía pisar, nos convence de que eso no puede ser de otra manera, menos cuando recordamos las palabras memorables de Foster Dulles, dichas en cierta conferencia panamericana celebrada en América del Sur, en el sentido de que su país tiene intereses, *no* amigos.

El desarrollo de una figura política como Victoriano Huerta es seguida acuciosamente por el gobierno de Taft y eso lo prosigue la administración de su sucesor, el presidente Wilson, ambos cada vez más en contradicción con su propio embajador Lane Wilson. La autora sabe matizar la idiosincrasia y características de ambos gobiernos.

Pero volvamos a "Vic" Huerta, como lo llamaban los norteamericanos. Nos lo encontramos en medio de las relaciones diplomáticas de México y los Estados Unidos, a partir de la Decena Trágica (febrero de 1913) y en el llamado: "Pacto de la Embajada", ya aludido, que suscribieron Félix Díaz y el propio Huerta. Este sale de la escena mexicana por causa de su renuncia a la Presidencia en julio de 1914. Se le anticipa su empeñoso sostenedor Lane Wilson, quien es removido hacia finales de 1913; queda en su lugar como encargado de negocios Nelson O'Shaugnessy.

Huerta y Lane Wilson alientan en la última parte del gobierno del presidente Taft, del partido republicano de los Estados Unidos, y en la primera parte del de Wilson, prominente demócrata. Como se ha dicho, la autora trata perspicazmente de la política de uno y otro mandatario en relación a México, al través del dicho Lane Wilson. Este, desde el primer momento, se desvive porque su gobierno reconozca a Huerta, y en momentos lo pide con aire de ultimátum, así de personal es su empeño, mientras las principales potencias lo reconocen una tras otra. El secretario de Estado del presidente Taft, el señor Knox, hace notar a aquél que los juicios de Lane Wilson ya no son objetivos y están en evidente contradicción con los de otros miembros del servicio exterior norteamericano. Así, del mismo modo, Bryan, el secretario de Wilson, tiene que luchar con dos intrigantes: Huerta y el embajador norteamericano.

Por aquella época y aun muy posteriormente, la política exterior de los Estados Unidos en relación con México, se solía llevar por los conductos diplomáticos normales; pero también por la "unconventional diplomacy", para cuyo efecto los presidentes de aquella nación designaban representantes personales.

Ese fue el caso del honorable John Lind, enviado especial del presidente Wilson; otro el de Mr. Carothers, quien anduvo pastoreando a Pancho Villa por algún tiempo.

En pleno desempeño de su cometido, Lind pensaba, según opinión de la señora O'Shaugnessy, esposa del encargado de negocios de Norteamérica acreditado ante Huerta —aunque a éste no se le había reconocido diplomáticamente— que tres medios podrían emplearse contra el dictador, caso de que se negara a renunciar: el boicot financiero, el reconocimiento diplomático a los rebeldes o en su caso la intervención militar (Cfr. *A diplomat's wife in Mexico. Letter's...*, ahora circulando bajo el signo de la editorial Diógenes con el título: *Huerta y la Revolución, vistos por la esposa de un diplomático*).

Con todo y el pretexto del incidente de Tampico, el rompimiento (?) de relaciones con Huerta y el desembarco en Veracruz de los *marines* norteamericanos en 1914, don Victoriano no se iba del poder, a pesar de la impaciencia norteamericana. Se mantuvo empecinado en su sitio, hasta que la revolución Constitucionalista lo derrotó, dicho sea esto *no* en su honor,

sino tan sólo para explicar que él, en cierto modo, fue sostenido por el histórico sentimiento antiyanqui del pueblo mexicano, independientemente de clases y grupos. El caso de Huerta, como el de muchos peleles sostenidos por el poder extranjero, resulta paradójico a la postre, porque terminan por chantajear a sus padrinos.

Ante el presidente Wilson tiene que plantearse a final de cuentas, la crisis que para el gobierno de los Estados Unidos representó el querer sacudir con verdadero entusiasmo al presidente "constitucional" Huerta; pero éste que es un indio "simiesco", como lo llama un enviado especial de Woodrow Wilson, tiene una terquedad digna de mejor causa. En tal situación, con el propósito de proseguir de todos modos su política de intervencionismo "puritano", el presidente Wilson fragua la Conferencia de Niágara Falls, con las cuales se pretende exorcizar al demonio Victoriano Huerta, para que desaparezca y, al mismo tiempo obtener que don Venustiano Carranza, su ejército Constitucionalista y la opinión pública mexicana sigan el "american way of life"; pero Francisco Villa se encarga de contradecirlos poderosamente con la toma de Zacatecas, que aleja para siempre el ensueño wilsoniano de que tirios y troyanos, pero sin Victoriano, entren a la ciudad de México en santa paz. Por otra parte don Venustiano Carranza con tono admonitorio dice a los árbitros del ABC en Niágara Falls, en cónclave con los delegados huertistas: "Pretenden ustedes, señores, discutir nuestros asuntos internos, tales como cesación de hostilidades y movimientos militares entre el usurpador Huerta y el Ejército Constitucionalista; la cuestión agraria; la designación del Presidente Provisional de esta República y otras más. Ante esta pretensión... cumple a mi deber de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, declarar que se incurre en grave error al intentar resolver problemas... que sólo a los mexicanos corresponde resolver, por el indiscutible derecho de soberanía..." (Cit. por Diego Arenas Guzmán: *La Revolución Mexicana*, Edit. Fondo de Cultura Económica). Y como se vio —y ojalá se siguiera viendo— a mayor intervencionismo norteamericano en nuestra Revolución, más elusiva se torna ésta, como la autora lo demuestra con erudición y talento.

En fin, al través de ocho grandes capítulos, bien fundados en autorizadas notas, Berta Ulloa nos da la historia de esta etapa de las relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos de América, documentada, además, con una sección de apéndices, que termina con las piezas que se refieren a la Conferencia de Niágara, donde intervinieron como mediadores representantes diplomáticos de Argentina, Brasil y Chile.

Dimensión Imaginaria

ANTOLOGIA POETICA CIRCUNSTANCIAL

Por *Mauricio DE LA SELVA*

No a todos, sería imposible reunir en estas páginas a todos los autores que en los últimos meses han hecho llegar, hasta las oficinas de *Cuadernos Americanos*, sus títulos de poesía; imposible por razones obvias, además de las relativas al espacio en la revista. Baste pues, para el comentario, el grupo de quince poetas proporcionalmente representativos de diez países latinoamericanos.

Colombia

EDICIONES Acuarimantina, de Medellín, Colombia, publicó *Entre el asfalto y las estrellas* de Hernando García Mejía. Un primer libro de poemas, treinta y cinco en total, recios, de comunicación directa, sumergidos en la gran prueba del contenido cotidiano, dispares, sinceros y siempre inconformes. Incomprensiblemente, puesto que se recogen los cantos de un hombre joven, una de las cuatro partes integrantes del libro, la relativa al amor, es la menos sólida, la que menos refleja al poeta no obstante estar más cerca de su intimidad; es decir, no traduce a la exacta dimensión de la poesía los sentimientos más propios del autor. Las partes restantes, de temática oscilante entre lo biográfico y lo social, resultan de mayor calidad poética; quizá las motivaciones no sean tan objetivas como podrían hacer creer los temas, tal vez la subjetividad del creador armoniza fácilmente con ellos y la realización artística es más fiel y lograda; pero el poeta, "herido, combatido, cegado y vacilante, cargado de amapolas y estrellas subterráneas", desea concretar un viejo y fallido sueño, cambiar "poemas por cañones" ya que él ha "gastado los ojos/ de llorar en las guerras" y también, su "llanto llora por Camilo Torres,/ el cura guerrillero/ llora por sus heridas/ cruelmente repetidas en la piel de los pobres". Oportuna síntesis biográfico-poética se encuentra en "Cumpleaños"; un fragmento:

Hoy cumplo veintiocho años, compañeros.
 Veintiocho años de sangre y de combate.
 Veintiocho años de espinas en las manos,
 de heridas en la frente
 y de asombrada lumbre en la cabeza.

Hoy cumplo veintiocho años desgarrados.
 Veintiocho años de furia huracanada,
 de trueno, de metralla, de relámpago,
 de río proceloso y desbocado.

Hoy cumplo veintiocho años de agonía.
 Veintiocho años de fuego en la mirada.
 Veintiocho años de amores tempestuosos,
 de pañuelos movidos tras los trenes,
 de renunciias heroicas, de huidas
 y de nostalgia encima de los pasos.

¡Mi dolor, compañeros, tiene veintiocho años!
 ¡Tiene veintiocho años mi guerra, compañeros!

Cuba

EDICIONES Unión agrega en la serie Contemporáneos, de La Habana, Cuba, el título *Cuadragésimo año*, en el que Sidroc Ramos, su autor, a los cuarenta y cuatro años de edad reúne por primera vez la poesía escrita durante su vida. Para entender algunas irregularidades de contenido y forma en la poesía de Ramos, es necesario anticipar que en ella se manifiesta mucho de la apresurada y práctica existencia del autor, del militante revolucionario, del guerrillero que obtuvo el grado de Capitán peleando por la libertad y la independencia de Cuba. Por supuesto, esa anticipación no conduce a regatear méritos sino, como ya se dijo, a mejor entender la creación de este poeta cubano. Así, se da el caso de "un genuino héroe" que aparte de haber escrito y escribir la otra poesía, publica de pronto un libro con esta poesía constelada de sinceridad, temor y recuerdo, común en su manera de enfrentar los grandes problemas interiores del hombre y excepcional para responder con fidelidad a los diarios llamados de la colectividad revolucionaria. Entre lo uno y lo otro, lo que destaca es la presencia del hombre en cualquiera de las circunstancias que forman su destino; especialmente, en aquellas donde asoma el temor, donde el héroe teme, como se

nota en los poemas que se refieren a la muerte. Uno de ellos, "L P M" (Listo Para Morir), deja entrever ese temor no obstante la buena disposición de ánimo:

Y lo esencial es estar listos
para asumir la vida que nos hemos dado,
junto con su correspondiente
muerte.

Verdad que si por propia cuenta
enfrena el corazón o la metástasis
fabrica tu final dolor,
¡oh, qué desilusión!,
es que no fue correspondida
—¡qué remedio!—
tu vida. Y eso es todo.

Pero puede que en la boca se te encienda
una palabra con su propia luz
y entonces mueras.
O bien detrás de tu fusil que asoma en la ventana
—un fogonazo— mueras.
Puede que al dar de tu crujiante sangre como pan
—sangre caliente para todos—
mueras.

Y en la serie Cuadernos Unión, ha aparecido el nuevo libro de poesía *A cara y cruz* de Alberto Rocasolano, de quien Angel Augier escribe que "muestra un mayor dominio de su instrumento poético y una profunda penetración lírica, y afirma sus valores como uno de los poetas sobresalientes de la nueva generación literaria cubana." Para acercarnos más a la poesía de Rocasolano y ampliar lo dicho por Augier, habría que añadir que el dominio del instrumento poético y la profunda penetración lírica surgen de una comunicación ambivalente equilibrada entre la clara expresión y el hermetismo; este último casi eliminado en la parte del libro que, precisamente, se denomina *A cara y cruz*. Hombre lleno de tiempo, poeta pendiente del transcurrir de los días, Alberto Rocasolano elabora sus versos fijando su atención en símbolos contundentes que trascienden su papel de tales: ornamentan, enriquecen, elevan el poema. Un ejemplo fácil sería la correspondencia significativa de "reloj" y

"tiempo"; dice en un poema: "siento que en mí palpita una verdad recuperable/ que no registran los relojes"; y en otro: "hay un viejo reloj que nada puede contra el tiempo,/ bajo el cual se sientan los más viejos/ a demorar su propia muerte"; y en un tercero: "su casa se recuerda inmensamente azul/ y, sin embargo, ya no cuenta en el claro reloj de limpio corazón/ abierto a otras posibilidades". Y hay otros símbolos, como el cigarro, el recuerdo, el retorno y el futuro. Pero si hubiese que señalar dos o tres poemas que sirvan para definir las preocupaciones temáticas del poeta, entre ellos estaría, forzosamente, el titulado "Recuerdo y digo"; algo define este poema, algo hay no sólo para definir ciertos estados anímicos del autor, sino también para vislumbrar cierta concepción de la vida manifiesta a través de una adecuada y determinante poética. Copiamos:

Recuerdo y digo: nada es igual, todo ha cambiado, mis años
se confunden,
no diré que fue peor, pero mejor no ha sido;
ahora mi vida empieza a descubrir y es este el estupor,
este el asombro,
la certidumbre apasionada de un nuevo aprendizaje
donde mi voluntad se abre como una flor tremenda.
Hay un asomo de verdad en estos días y en torno disputamos
y hablamos del ayer en lo que tiene de mañana
y del rigor que ha sido necesario para decirle pan al pan
y vino al vino
y recoger la voz del que no supo concretar las causas
de su suerte
y, sin embargo, se dio cuenta de que algo estaba mal;
que desnacer no era sentirse diferente y separar
expresamente lo vivido
sino, más bien, una razón para agrupar una por una las
acciones
y dar inicio al único camino.

Chile

EN Buenos Aires, Argentina. Editorial Losada ha publicado *Epifanías*, poemario del chileno Efraín Barquero. Si en un principio, hace unos tres lustros, *La piedra del pueblo*, libro prologado por Pablo Neruda, llamó la atención no obstante la responsabilidad que es, que era, nacer poeta en Chile, ahora se puede afirmar que la

poesía de Barquero no deslumbra sino que alumbra, retiene y exige la atención del buen lector de poesía. En estos cuarenta y cinco poemas hay algo más que manifiestos cotidianos, se trata de un excelente nudo de cantos sencillos, cuyo valor estriba en la facilidad del poeta para exponer, con brillantez estética, una serie de desdoblamientos; en todos los poemas, sin caer en el enfadoso reiterar, destaca la obsesión de Efraín Barquero por la metáfora del desdoblamiento; vemos al poeta y a otro personaje muy contrario a él o simplemente idéntico; es él y alguno que está detenido con exactitud en una esquina del pasado; es él y alguien con su mismo rostro que lo espera en el futuro; es él y un hombre perplejo ante la eternidad; es él y cualquiera fijo en una inasible, incomprensible e irreplicable realidad. . . . En un poema suyo, leemos:

Sólo puedo recordarme niño o muy anciano
 más niño aún que mi propio nacimiento
 más viejo que mi agonía
 tengo dos rostros que se miran uno a otro
 sin conocerse nunca, sin nunca confundirse
 dos lugares habito, ignorados entre sí
 cuando estoy en uno, el otro no existe en el mundo.

.....
 En dos me divido, país siempre triunfante
 al acoger a alguien nos volvemos un lugar
 un instante invocado
 nada abarca el sol si el hombre no lo mide
 con su cuerpo nocturno sobre la tierra oscura.

TAMBIÉN Editorial Losada ha publicado el hoy por hoy más reciente libro de poemas de Pablo Neruda: *La espada encendida*, en cuyas páginas intenta, con su reconocida fuerza poética, una exégesis de la primera pareja que pobló al mundo, sólo que aquí auténticamente americana, surgida, según la otra leyenda, en el Paraíso de una olvidada comarca magallánica. El libro está desarrollado en ochenta y siete cantos; hasta el quince, se expone una primera relación de la desobediencia, el amor, el tropiezo de la pareja con todos los infinitos obstáculos terrestres como consecuencia del feliz hallazgo amoroso; llega el amor a trizar la soledad del solitario Rhodo, y al amor han de seguir sus propios frutos, los celos, la incompreensión, los dolores, la mezquindad, y sobre ellos —impensable abono— las tareas superiores del hombre y la mujer para so-

meter, transformar, al mundo que los amenaza constantemente. Del canto dieciséis al ochenta y siete, Neruda expone la relación de la pareja dentro de asombrosas modalidades; una de ellas sería cómo ve el poeta a dicha pareja desde un ángulo distinto al de la complementación amorosa, desde el de la necesidad y el rechazo mutuos, de la espinosa necesaria contradicción, del Edén recobrado pero estremecido por el llanto. En el canto X, *Las fieras*, se alude a ese estado de encuentro y desencuentro, de atracción y rechazo:

Se deseaban, se lograban, se destruían,
se ardían, se rompían, se caían de bruces
el uno dentro del otro, en una lucha a muerte,
se enmarañaban, se perseguían, se odiaban,
se buscaban, se destrozaban de amor,
volvían a temerse y a madecirse y a amarse,
se negaban cerrando los ojos. Y los puños
de Rosía golpeaban el muro de la noche,
sin dormir, mientras Rhodo desde su almena cruel
vigilaba el peligro de las fieras despiertas
sabiendo que él llevaba el puma en su sangre,
y aullaba un león agónico en la noche sin sueño
de Rhodo, y la mañana le traía
a su novia desnuda, cubierta de rocío,
fresca de nieve como una paloma,
incierto aún entre el amor y el odio,
y allí los dos inciertos resplandecían de nuevo
mordiéndose y besándose y arrastrándose al lecho
en donde se quedaba desmayada la furia.

El Salvador

EL Ministerio de Educación de El Salvador ha incluido en la serie Nueva Palabra un título del poeta David Escobar Galindo: *Extraño mundo del amanecer*, libro que contiene veinte y nueve poemas. El editor dice que el poeta posee "grandes recursos como para llegar a figurar entre los más destacados poetas" de su país; la verdad es que, recuento hecho de la poesía salvadoreña actual, Escobar Galindo podría figurar desde ya, con sólo el presente libro, entre lo más valedero de una poesía adjetivada como blanca, de gran vuelo en el dominio formal y de no pocas equivocaciones en el aspecto temático; en éste, el poeta, cerrado ante la posibilidad de la esperanza, compromete su canto por lo que esencialmente es la negación

del hombre colectivo. Para ilustrar el aserto, cabe la referencia al poema denominado "Israel", en el cual Escobar Galindo se ve confuso frente a dos o tres visiones de lo que en realidad significa Israel; no distingue al pueblo cuyo mayor contorno es el bíblico y lejano, del perseguido por los nazis y del belicista inscrito en la actualidad dentro del juego imperialista. Desde otro punto de observación, la temática de este volumen está integrada por fuegos desoladores, angustiantes, amorosos, contradictorios e inesperados, nacidos en la oculta esperanza de la desesperación, de una fingida fortaleza y de un ardoroso presentimiento que atisba sordo el hielo final. Uno de esos fuegos se capta en "Tiempo nuestro":

Es un tiempo que rabia
 sin qué ni para qué. Le celebramos
 su fiesta rosa, le compramos flores,
 chocolates, vestidos,
 un terreno en la playa,
 rosales, sueños, cédulas
 hipotecarias, el mejor satélite,
 y es inútil, se acerca con un hacha
 a querernos cortar la cabeza de un tajo.

Honduras

EN la Colección Creación de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras fueron publicados los poemarios *Color de exilio* y *Nostalgia y belleza del amor*, que respectivamente corresponde a Nelson E. Merren y Pompeyo del Valle.

Merren, autor del libro de poesía *Calendario Negro*, casi llegó a sus recientes cuarenta años de edad sin recoger su creación en volumen; al parecer, su dedicación al doctorado de Odontología y cierta exigencia de carácter autocrítico no le han permitido ser caudaloso ni pródigo en la producción. De todos modos, la "trayectoria de limpio trazo de Merren, desde que publicó sus primeros poemas en la revista 'Honduras Literaria'... nos señala que este joven autor ha conquistado un lenguaje propio, distinto, definido." Ese lenguaje se nutre y condensa por exteriorizaciones del mundo que rodea al poeta; o sea, que los poemas, en su mayoría, dejan de ser medulares para resolverse en gruesas impresiones. De los poemas de excepción, "Carpe Diem":

Hay días
 como una calle entre solares baldíos,
 pavimentada y sólo
 basuras y malezas a los lados.
 Días en que el café y el pan
 saben a yeso, a furia seca, a estafa,
 ya dispuestos y lanzados desde el periódico
 con su político yankee
 deteniendo el cortejo
 para besar a una niña birmana
 o maternalmente calculando votos
 mientras acaricia a un negrito en Harlem.
 El jugo de naranja como purga
 mientras sonríe con sus quince abriles
 una gentil culta filósofa etcétera
 damita qué asco
 y más allá está el Papa declarando
 con una perspicacia aturullante
 que la situación del mundo es grave.

CONTEMPORÁNEO de Merren pero aislado completamente de él en una serie de aspectos vitales, es el poeta Pompeyo del Valle, y su libro *Nostalgia y belleza del amor* deja traslucir la diferencia. No es este el mejor libro suyo ni la poesía que hay en él la más representativa; sin embargo, sí están presentes algunos rasgos como la sencillez y la rotundidad del lenguaje poético dominado. *Nostalgia y belleza del amor* anticipa en su título que el poeta autor de varios libros de poesía a partir de 1956, cuando publicó *La ruta fulgurante*, no canta aquí a "Cuba soberana", "patria matutina", ni a la "otra Honduras de potente aurora,/ decidida y total y vengadora", ni al silencio de su celda "cuando sólo se oían/ los pasos del guardián/ como golpes de cuero/ rebotando en los muros", no, aquí canta al amor, al amor posible y al destruido, al amor hacia la mujer amada, al filial y al casi fraterno. En el denominado "Estudio de mi madre", expresa:

Mi madre tenía la piel blanca y los ojos
 castaños. Su vida fue corta y nada fácil.
 Le gustaba vivir y soñar en cosas imposibles.
 A veces se ponía una flor en los cabellos
 y cantaba. La espuma del jabón corría en tanto
 —olorosa, inocente— por sus manos.

Mi madre tenía los dedos finos, tiernos
y hábiles.

De sus manos salían flores, frutos y pájaros
de hilo.

Amaba la belleza y vivió poco.
El sol brillaba sobre su frente de muchacha.

México

LA Federación Editorial Mexicana publicó, en su colección Palabra Viva, un reciente título de la escritora Carmen de la Fuente; *Nueva Epístola a Fabio*, poema en el que se refiere a la Grandeza y Ruina de la Ciudad de México. El poema tiene dos grandes méritos; uno, la fidelidad y facilidad de la autora para recrear el ritmo de la clásica y conocida Epístola, y dos, el manejo de la temática para adecuarla triunfalmente a dicho ritmo. En este aspecto temático, se ratifica la experiencia poética y el sentido crítico de Carmen de la Fuente, quien, como se sabe, es dueña de una bibliografía que se inició en 1944, con el título *Anhelos interiores*. En *Nueva Epístola a Fabio*, el sentido crítico de la autora compara el ayer y el presente de la gran ciudad. Fragmentos del poema, son:

Esta, Fabio, ciudad que ves ahora
mancillada en su prístina hermosura,
fue en un tiempo señora rica en blasones,
opulenta en gallarda arquitectura.

.....
Mas ¡ay, Fabio infelice!
no la osaras mirar cual hoy la veo,
en nombre del progreso convertida
en cemento y escoria,
sin diamantes la noche,
oscurecida faz el diurno cielo
y lo que en ella de grandeza queda
del fenicio y del bárbaro, trofeos.

.....
Una flaca avaricia,
un sajón apetito, los desmanes
del poder, de la insania, la estulticia,
en favor de los pródigos espacios
han destruido las formas edilicias.

Esto publica el alto rascacielos
 en su glacial y rígido esqueleto,
 las fachadas anónimas,
 los hormigueros en donde ova el celo
 falto de independencia y de privanza.

GABRIEL García Narezo, nacido en España, hijo de mexicana y español, repartida su existencia entre México y España, publicados sus libros más aquí que allá, puede ser lo que suele llamarse un hispano-mexicano. Su nuevo libro de poesía, *Para despertar a los hombres que duermen*, fue publicado en México por Alejandro Finisterre; la primera parte del volumen se subtitula Palabras de amor con el hombre de México; en ella, los cinco cantos que la integran aluden al paisaje, la tradición, la geografía, la estampa rural y, sobre todo, a la complacencia de quien no busca puertos para volver porque ama su "plaza de domingo" y prefiere "ver cada semana/ trenza y listones, ojos negros,/ y acompañar pasito a paso/ mujer de tierra, mudo y lento". Como para formar amoroso contrapunto, hay otra parte importante del libro denominada Palabras de amor con el hombre de España; el trono para cantar a esa "antigua casa sin calor,/ residencia sobre tierra que amarga", es distinto, tono de amor ante la derrota y de esperanza ante el "fuego que no se muere". De una tercera parte del volumen, la que le da título. Para despertar a los hombres que duermen, copiamos estos versos:

Vamos con la canción hombres despiertos
 contemplando la efigie de los hombres
 que era hasta ayer difunta arqueología.
 Y tomamos partido. Preparamos
 el gesto de luchar, porque sabemos
 que este es el nacimiento.
 Más allá están los otros,
 quienes ven a la Tierra
 como cárcel del hombre, la gran cárcel
 de la Tierra tapiada, muda y quieta,
 ese mundo que ha muerto en nuestra sangre.

Panamá

A primera vista, la simplicidad sería una destacada característica del poemario que Ediciones Quijote, de Panamá, le ha publicado a

Ricardo Zarak; desde el título parece asomar esa simplicidad: *Cuaderno*; sin embargo, en la simple forma de expresar el concepto no muere la finalidad del poeta; los versos en apariencia sencillos implican siempre alguna complicada elaboración. Zarak, expuesto a ciertos aspectos objetivos (política, visión social) que no llega a definir en su ámbito exacto, sólo refleja una especie de protesta diluida en lamentos por lo que no realizó. En el poema 12, dice:

Cansado
de estar seguro de tantas cosas
que nunca he sabido ciertas,
de conocer tanto sin saberlo;
cansado
porque nunca llegó
lo que esperaba.

Cansado
de tener que admitir
que cuando se envejece,
con la edad llega el presentimiento
de que uno muere de cansancio;
de que no es natural vivir
si no se muere.

Paraguay

EL séptimo libro de poesía de Luis María Martínez lo editó la Imprenta López, en Buenos Aires, Argentina; su título: *Desde abajo es el viento*, y el viento aquí, como se aclara en el primer poema, es símbolo de libertad. En efecto, aunque la palabra viento no esté presente en todas las páginas del libro, el clima para hablar en torno a la libertad, o de la libertad, es palpable en todo momento. Ahora bien, Luis María Martínez se ha valido del viento como elemento temático para desplazar a otros elementos que había venido conservando hasta el poemario anterior. De ellos, el que permanece es el relativo a la lucha y la protesta social. A esta novedad propiamente de contenido se agrega otra de forma: sin dejar el manejo de la expresión directa ni la peculiar sonoridad de muchos de sus versos, se manifiesta a través de juegos de palabras y de arriesgadas concatenaciones con libre asociación de ideas; esto último como intento que no se diluye por el abuso. Idea del propósito, el poema "Presiona la prisión":

Presiona la prisión, el basurero
 donde embasura el hombre su brasero
 de vida nada más cual yerta espiga
 cuyo valor se tasa en una miga
 y está en veremos su pasión de estiba.

Presiona la prisión como una bruma
 y el hombre en viudedad, lastrada espuma
 no está en posible de tornarse puma.
 Quizá se esté volviendo en varadura
 al presionarle la prisión que augura
 nada de alas, nada de frescura.

Presiona la prisión que es vertedero
 de encierro y negativa hacia el lucero
 popular que se afana en no ser cero.
 Quizá mañana se alzaré en estiba
 su llama popular que está cautiva
 en el lucero de que os hablo... y ¡viva!

Perú

EDITORIAL Universitaria de Chile publicó el poemario del autor peruano Carlos Germán Belli: *Sextimas y otros poemas*. De dicho libro puede decirse que el también peruano Julio Ortega ha escrito un buen trabajo sobre la poesía de su paisano; trabajo impecable respecto a lo que sostiene, ¡bueno!, casi excelente si no fuera por que los poemas de Belli no son útiles precisamente para admitir las páginas escritas por Ortega. Y, por supuesto, la poesía de aquél es asimismo ¡buena!, pero no es merecedora del esfuerzo de Ortega. ¿A quién culpar? Sin duda, a Ortega, pues compromete a Belli frente al lector colocándolo en la línea de los grandes poetas peruanos, paralelo a Vallejo, "más allá de las preceptivas" y "donde el origen surrealista se ha trocado en un barroquismo radicalmente insular", para que ya durante la lectura se compruebe que los mejores instantes de Belli suceden cuando su poesía se aproxima a la del mejor Vallejo. Del poema "A la noche" es esta estrofa:

Entre largos bostezos.
 de mi origen me olvido y pesadamente
 cual un edificio caigo,
 de ciento veinte pisos cada día,
 antes de que ceñir pueda los senos

de las oscuridades,
dejando en vil descrédito mi fama
de nocturnal varón,
que fiero caco envidia cuando vela.

A los cuarenta y cinco años de edad, Guido Fernández de Córdova ha reunido parte de su producción poética en un solo libro; esa parte recoge poemas de varias etapas; el título, *Arbol de lluvia*, aparece en Ediciones Cruz del Sur, de Tacna, Perú. Contra lo que se podría esperar, ya que se trata de un primer poemario, el autor no presenta material para una lectura extensa; ha reunido veinte y tres poemas solamente. Con ellos le basta para volver "al canto y la siembra de mil prédicas... al canto y a la luz/ por senderos de palomas/ y arroyos de cristal maduro." La suya no es una poesía sorprendente, pero sí iluminante por su manera de forjar el propio testimonio en el que caben por igual el canto para César Vallejo como la metempsicosis, la lluvia, la vegetación, el ajonjolí, la "fragua de la luna", la "voz bilingüe de la noche" y el "petardo núbil de una sombra". En *Arbol de lluvia* se comprueba que si la originalidad no está al alcance del poeta, éste puede ser importante con sólo poseer un lenguaje propio. En el poema número 2 de la parte final del poemario, Fernández de Córdova escribe:

—¿Qué tienes en las manos duras?— el herrumbre, el mal;
—¿Qué tienes en el dintel del pecho?— odio, muerte.
Deja allí sobre el manantial y la arena tu coraza,
No es propio de tu alcurnia dormir
bajo los tibios, mal olientes fusiles
y la brillante, bastarda, negra pólvora.
Deja ese porte bandolero en la esquina más lejana,
y ven sólo tú a tu imagen pura
de hombre.
Ven, entonces, a convivir con la estrella
a hablar el lenguaje del árbol:
ávidos tus ojos de ternura indómita,
lánguida tu estampa por hallar la vida.

Venezuela

EL venezolano Juan Pintó es autor de *Ciudad día*, poemario con el que obtuvo el primer premio en el VII Concurso Literario de la

Universidad del Zulia. El título no hace justicia al contenido, la poesía de Pintó no canta a la ciudad en su perspectiva diurna; da la impresión de hablar desde un sitio sombrío o de estar síquicamente presionado por un peso nocturno. Los poemas de este libro están denominados A, B, C, hasta la Z; son cortos y pretenden ser aforísticos por su construcción más que por su extensión; en ellos se revela imagen del hombre de nuestros días sorprendido por el desquiciante ajeteo de la ciudad en constante progreso, del hombre cada vez más distante del sitio sobre el que transita. Juan Pintó, con un sistema de "saltos" temáticos describe el ambiente citadino apto para rodear a su habitante de todos los brutales elementos que constituyen el mayor estímulo a la neurosis; de la A a la Z los poemas respectivos aluden a los ferrys, los escapes que representan el cine y el periódico, los gritos del mercado, el suicidio como efecto natural, los ruidos, el insomnio, la "gran motobarredora" y, en el trabajo, el "nuevo amo/ burócrata y reluciente/ como un Mustang bien pulido". Más que por su auténtica poesía este libro debe haber sido premiado por su ingenio y su ironía. Copiamos el poema Z:

Cualquier día
 naciste
 en tu ciudad
 tu poema
 tu lugarcito de amor
 tu tablita salvadora
 tu sulfúreo petróleo
 cualquier día »
 comenzaste a liberarte del tedio
 con
 tu cervecita Zulia
 cualquier día comenzarás a morir
 y
 el lago te será
 dulcísimo disparo.

LA MUERTE DE ARTEMIO CRUZ Y UNAMUNO UNA FUENTE DE FUENTES

Por Roberto GONZALEZ ECHEVARRIA

A Manuel Durán, maestro y amigo

AL hablar sobre las fuentes de *La muerte de Artemio Cruz* (1962), se mencionan con frecuencia obras como *Under the Volcano*, de Malcom Lowry, *Ulysses*, de James Joyce, *As I Lay Dying*, de William Faulkner y "El viaje a la semilla", de Alejo Carpentier.¹ Sin embargo, si bien es cierto que Carlos Fuentes, por su especial formación e inclinaciones, es uno de los novelistas más cosmopolitas de Hispanoamérica, no por ello debe olvidarse que su obra pertenece a una larga tradición novelística en lengua española.² Es decir, al investigar las fuentes de la obra del narrador mexicano, también hay que tener en cuenta el legado de escritores en su propia lengua, y no sólo de los de este lado del Atlántico. Los antecedentes de algunos personajes de Fuentes deben ponernos sobre aviso. En *Las buenas conciencias* (1954), se lee: "Este otrora distinguido gobernador de la entidad, fue el que permitió a la pobre familia de inmigrantes madrileños instalar su tienda de paños cerca del templo de San Diego, allá por el año 1852. El jefe del hogar, don Higinio Ceballos, había sido oficial de aquel Baldomero Santa Cruz, notable comerciante en paños del Reino en la calle de la Sal..."³ Todo lector de Galdós reconocerá a Baldomero Santa

¹ Manuel Pedro González, "Acotaciones a *La muerte de Artemio Cruz*", *Coloquio sobre la novela hispanoamericana* (México, 1967), pp. 89-100, y Emir Rodríguez Monegal, "El mundo mágico de Carlos Fuentes", *Imagen*, suplemento No. 16 (15-30 de enero, 1968), pp. 10-16.

² Fuentes, hijo de diplomático, se educó en varias capitales americanas, entre ellas Washington, y después cursó estudios universitarios en Europa. Para más detalles, véanse: Luis Harss y Bárbara Dohman, "Carlos Fuentes, o la nueva herejía", *Los nuestros* (Buenos Aires, 1966), pp. 338-380, y la entrevista que aparece en Emir Rodríguez Monegal, *El arte de narrar. Diálogos* (Caracas, 1968), pp. 113-146.

³ *Las buenas conciencias* (México, 1954).

Cruz, padre de Juanito Santa Cruz, protagonista de *Fortunata y Jacinta*, que era "hijo de otro don Baldomero Santa Cruz, que en el siglo pasado tuvo ya tienda de paños del reino en la calle de la Sal."⁴

Mas, por encima de casos de influencia directa como el anterior, la obra de Carlos Fuentes, por su tono, por su temática y a veces hasta por su técnica, se instala cómodamente dentro de una tradición hispánica que cuenta —además del de Galdós— con nombres tan ilustres como los de Calderón de la Barca, Miguel de Unamuno y Camilo José Cela.⁵ Como la obra de éstos, la narrativa de Carlos Fuentes es una literatura siempre en tono mayor; la voz de Fuentes oscila entre la gravedad amonestadora de un Calderón y la chocante y con frecuencia vulgar amargura de un Cela. Los argumentos de sus novelas se basan, como los del teatro calderoniano y las *nóvolas* de Unamuno, en casos límites, en situaciones extremas cargadas de un dramatismo explosivo. Fuentes, como los autores mencionados, siempre se acerca al borde del abismo, atraído por su oscuridad y su misterio.

No obstante, creo oportuno señalar desde el principio que probablemente Fuentes niegue, o por lo menos reste importancia a la influencia de la literatura peninsular sobre su obra —especialmente la prosa española de los últimos cincuenta o sesenta años. En una encomiástica reseña de la novela de Goytisolo, *Señas de identidad*, Fuentes lanza la siguiente diatriba contra la prosa española del presente siglo: "A la luniere de ces pages cruelles et lucides [de Goytisolo], la prose traditionnelle de l'Espagne —Unamuno,

⁴ *Obras completas*, V (Madrid, 1961), p. 18.

⁵ En *La muerte de Artemio Cruz* se citan versos de Calderón en dos ocasiones. Como epígrafe aparecen los conocidos versos de *El gran teatro del mundo*:

Hombres que salís del suelo
por una cuna de hielo
y por un sepulcro entráis,
ved cómo representáis...

En la obra de Calderón estos versos son pronunciados por El Autor, es decir, Dios (versos 633-37, ed. *Clásicos Castellanos*, A. Valbuena Prat). Y en una escena entre Artemio y Laura, una de sus amantes, se lee: "Leyó [Laura] y cerró el libro y dijo —Calderón de la Barca, y repitió de memoria, mirando al hombre—: ¿No ha de haber placer un día/ Dios, di, para qué crió/ flores, si no ha de gozar/ el olfato del blando olor/ de sus fragantes aromas..." (p. 216) Estos versos también proceden de *El gran teatro del mundo* (690-693, ed. cit.), y los pronuncia, significativamente, La Hermosura. De *La muerte de Artemio Cruz* cito por la edición de 1965. Todas las notas en el texto corresponden a esa edición.

Baroja, Azorín, Cela— n'apparaît plus que comme un amas de complaisances envers le paysage, envers le folklore, envers le romantisme populiste, envers cette prétendue essence espagnole —honneur et noblesse flamme sacrée et réalisme tenebreux— que se disputent apremment la droite et la gauche traditionnelles."⁶ En lo que sigue intentaré demostrar que existen afinidades y vínculos entre Fuentes y uno de los miembros de esa tradición prosística que él parece rechazar de manera tan tajante: Miguel de Unamuno. Para ello me valdré de una comparación entre *La muerte de Artemio Cruz* y *Nada menos que todo un hombre*, novela corta de Unamuno que pudo haber influido sobre Fuentes al escribir éste la obra mencionada.

La relación entre estas dos novelas debe verse, no como un caso aislado, sino dentro del contexto más amplio de las afinidades apuntadas más arriba entre la literatura española y la obra del mexicano; además, dentro del contexto específico de una serie de puntos de contacto entre la obra de Fuentes y la de Unamuno, aparte de —como se verá— cierta semejanza temperamental entre ambos autores. Por el momento baste con señalar que existen similitudes sugestivas entre algunos aspectos de otras novelas de Fuentes y, sobre todo, *Niebla*, de Unamuno. Al igual que *Niebla*, por ejemplo, *Zona sagrada* concluye con el monólogo de un perro, y en *Cambio de piel* (1967), el narrador figura en la novela como personaje, de la misma manera que en *Niebla* Augusto Pérez va a hablar con Unamuno. Todo lo cual no debe sorprendernos pues ya es conocida, desde el incisivo estudio de Octavio Corvalán, la influencia que los experimentos novelísticos de Unamuno han ejercido en la prosa narrativa hispánica posterior.⁷

El argumento de *La muerte de Artemio Cruz*, aunque se presenta en forma fragmentaria y se desdobra hacia atrás en el tiempo, es relativamente sencillo. Artemio, un multimillonario que controla amplios sectores de la vida económica y política de México, evoca en su lecho de muerte los momentos más significativos de su vida. Esta reconstrucción del pasado de Artemio, realizada mediante el uso de múltiples puntos de vista (la conciencia del narrador se fragmenta en tres personas: yo, tú y él), abarca desde la niñez del protagonista hasta el día de su muerte —es decir, el día

⁶ "Une Nouvelle Espagne", *La Quinzaine Littéraire*, No. 55 (agosto, 1968), p. 5. En la versión española de este trabajo Fuentes elude los nombres de Baroja, Azorín, Unamuno y Cela. Vide, *La nueva novela hispanoamericana* (México, 1969), p. 80.

⁷ "Unamuno y la novela contemporánea", *Cuadernos del idioma*, III, No. 10 (1969), pp. 69-87.

en que narra su vida. La agonía de Artemio, que representa la que pudiéramos llamar el 'tiempo presente' de la narración, dura sólo unas horas, su vida setenta y un años. Artemio es hijo ilegítimo. Su madre, una mestiza, fue violada por uno de los hijos de un rico hacendado. La niñez la pasa bajo el cuidado de un tío materno, el mulato Lunero, que muere abalaceado tratando de escapar de la esclavitud cuando Artemio estaba al borde de la pubertad. De aquí en adelante tiene que forjarse él su destino con su propio esfuerzo. Ingresa joven en las fuerzas revolucionarias y, al terminar la guerra, ha alcanzado el rango de oficial. La desorganización del país al acabar la lucha revolucionaria permite que Artemio, pescando en aguas revueltas, se haga de una gran fortuna, casi toda a expensas de don Gamaliel, viejo hacendado que, dadas las circunstancias, se ve forzado a ceder todos sus bienes a Artemio —inclusive a su hija Catalina. A medida que la Revolución va institucionalizándose, Artemio va ensanchando su imperio hasta convertirse en uno de los hombres más poderosos de México. Su imperio económico abarca no sólo tierras, sino que ha invadido la capital, donde posee un gran periódico que utiliza como arma para someter a sus enemigos. En los negocios y en la política, Artemio reina sin oposición ni pretendientes.

Los únicos conflictos que Artemio no puede resolver satisfactoriamente giran en torno a su familia y a sí mismo, únicas áreas donde su voluntad no es ley. Su esposa Catalina lo somete desde el principio a la incertidumbre en sus relaciones sexuales, con el resultado de que pronto el matrimonio vive en una virtual 'separación de mesa y cama'. La otra gran preocupación de Artemio es el deterioro gradual de su cuerpo, que lo lleva a amores ilícitos con varias mujeres jóvenes, sobre todo con Lilia, a quien tiene instalada en una lujosa casa. En suma, el poder y la voluntad de Artemio no logran dominar dos aspectos cruciales en su vida: el amor, que sólo puede comprar, y la muerte, contra la cual lucha en vano.

Alejandro, el protagonista de *Nada menos que todo un hombre*, tiene también antecedentes oscuros: "...nadie le oyó hablar nunca de sus padres ni de sus parientes, ni de su pueblo, ni de su niñez. Sabíase sólo que, siendo muy niño, había sido llevado por sus padres a Cuba, primero, y a México después, y de allí, ignorábase cómo había fraguado una enorme fortuna..."⁸ Al igual que Artemio, Alejandro compra a su mujer saldando las deudas del padre de ésta. En Renada, la aldea ficticia en que se desarrolla la

⁸ *Nada menos que todo un hombre*, Obras completas, II (Madrid, 1967), p. 1012.

acción, Alejandro es un Artemio en menor escala. Toda la comarca está bajo su control. Todos, incluso los nobles (él se vanagloria de ser plebeyo como Artemio de ser advenedizo), se doblegan ante el poder de su enorme fortuna e imperiosa personalidad. Su vida no conoce otro guía que su voluntad. Pero, como Artemio, Alejandro es vencido por dos factores que quedan fuera del alcance de su voluntad y poder: el amor y la muerte. Su vida junto a Julia es una lucha constante. Esta insiste en que su marido le exprese abiertamente que la quiere, pero Alejandro se niega. Desesperada, Julia llega hasta a darle celos con un noble débil y femenino que frecuenta su casa, pero Alejandro, que considera imposible que su mujer le sea infiel, la recluye en un manicomio. Al final de la novela, cuando Julia se enferma de muerte, Alejandro lucha con todas sus fuerzas y con toda su fortuna por salvarla, pero ella muere, y él, derrotado por vez primera, se suicida como último gesto de desafío.

El contorno del argumento de ambas novelas es evidentemente similar, pero la semejanza es aún más visible entre los dos protagonistas. Alejandro y Artemio son hombres que se hacen solos, que se forjan un destino a fuerza de voluntad y de lucha, que utilizan a sus semejantes para elevarse ellos a posiciones de poder. Desamparados en el mundo, sin vínculos familiares, ambos buscan asidero en la riqueza y en el dominio de los demás; la única moral que existe para ellos es la que ellos mismos imponen. En Alejandro, Unamuno presenta una de las múltiples versiones del Superhombre nietzscheano: "El hombre nietzscheano —afirma Antonio Regalado— que antes se había disfrazado de don Quijote [en *Vida de don Quijote y Sancho*], se reviste ahora de la plebeyez imperiosa de Alejandro Gómez. . ."⁹ La influencia de Nietzsche, sobre todo su doctrina de la voluntad, es un elemento esencial de la filosofía de Unamuno: "La influencia de Nietzsche sobre Unamuno —aduce Regalado— es aplastante. Si, en términos generales su filosofía es hegeliana y proudhoniana, la esencia de su ontología, la voluntad de poderío . . . la tomó de las alucinantes teorías de Nietzsche, o por lo menos se inspiró ampliamente en ellas."¹⁰ A esta influencia de Nietzsche se suma la de Darwin con su doctrina evolucionista. Estos dos elementos se combinan en Alejandro que es, por una parte prototipo del Superhombre de Nietzsche, pero por otra miembro de una especie más fuerte, de una raza superior que se adapta al medio, que lo conquista, y que somete a las especies más débiles.

⁹ Antonio Regalado García, *El siervo y el señor. La dialéctica agónica de Miguel de Unamuno* (Madrid, 1968), p. 151.

¹⁰ *Ibid.*, p. 12.

Pero Alejandro es mucho más. *Nada menos que todo un hombre*, como casi toda la narrativa de Unamuno, obedece a un ansia, por parte del autor, de poner de manifiesto constantes en la cultura española. La novela se aproxima así a una investigación de tipo antropológico; en ella Unamuno trata de fijar los contornos de una estructura inmanente en lo español. Por ello Alejandro es una especie de arquetipo. Su afán de devorar a los demás se presenta como paradigma, modelo de una lucha incesante entre débiles y poderosos en esa España microcósmica de la mítica Renada.

En Artemio Cruz Fuentes ha creado uno de los pocos personajes voluntariosos de la narrativa hispanoamericana. Los norteamericanos son los ídolos de Artemio porque ve en ellos las características que él aspira a poseer: "... desde entonces has vivido con la nostalgia del error geográfico que no te permite ser en todo parte de ellos [los americanos]: admiras su eficiencia, su higiene, su voluntad..." (p. 32) Fuentes ha dado gran énfasis en su novela al problema de la libertad del hombre, visto desde una perspectiva con frecuencia demasiado insistentemente existencialista: "Que no te faltará ni te sobrará una sola oportunidad para hacer de tu vida lo que quieres que sea. Y si serás una cosa y no la otra, será porque a pesar de todo tendrás que elegir." (p. 106). Pero lo fundamental es que Artemio encuentra en la lucha por el poder, en la sumisión de los demás, en el riesgo de optar siempre por lo más peligroso, por lo más aventurado, la única salida, la única solución a la problemática de su propia existencia. Artemio, como Alejandro, es el prototipo del hombre nietzscheano; él crea su propia moral, él decide qué curso ha de tomar su vida: "No les debo nada a ustedes. Se la debo a mi orgullo, ¿me oyen?, se la debo a mi orgullo. Reté." (p. 85)

Fuentes, como es sabido, ha puesto en juego en esta novela las teorías sobre la cultura mexicana expresadas por Octavio Paz en su célebre *Laberinto de la soledad*.¹¹ El "complejo de los hijos de la Malinche" persigue a Artemio: "Tú la pronunciarás: es tu palabra: y tu palabra es la mía; palabra de honor: palabra de rueda... blason de la raza, salvavidas de los límites, resumen de la historia; santa y seña de México: tu palabra: —Chingue a su madre, —Hijo de la chingada." (pp. 143-144). Ahora bien, la dialéctica que dramatiza la novela entre señores y siervos —entre 'chingones' y 'chingados'— es una dialéctica nietzscheana, y a la vez un proceso selec-

¹¹ Vide, Manuel Pedro González, *op. cit.*, y el ensayo de Paz, "Los hijos de la Malinche", *El laberinto de la soledad*, quinta edición (México, 1967), pp. 59-80.

tivo darwiniano. Artemio ha sobrevivido porque, "supiste chingar y no te dejaste chingar;..." (p. 145). Los demás han sido sus instrumentos, sus siervos: "...los hijos de la chingada son estos objetos de tu uso, tu placer, tu dominación, tu desprecio, tu vida; el hijo de la chingada es una cosa que tú usas: peor es nada." (p. 146) Peor es la nada, diría Unamuno. Artemio se alza sobre la nada de los otros para fraguarse él una identidad, un ser.

El entronque con las teorías de Octavio Paz es también significativo porque hace de *La muerte de Artemio Cruz* una obra cuyo objetivo último es revelar constantes de la cultura en que nace. Es decir que, como *Nada menos que todo un hombre*, la novela de Fuentes es una dramatización de las fuerzas y tensiones que componen una cultura. Por ello, de igual manera que la novela de Unamuno, *La muerte de Artemio Cruz* intenta trascender la historia para elevarse al nivel de los mitos. Artemio que ha despojado a don Gamaliel, que a su vez se había hecho rico a raíz de la revolución de Juárez, no es más que la máscara de un ser que reaparece periódicamente en la historia de México: "—¿Lo ve tan piadoso [a don Gamaliel], comulgando todos los días con su hijita? Pues ahí donde lo ve, todo lo que tiene se lo robó a los curas... cuando Juárez puso a remate los bienes del clero..." (p. 43) (Es muy probable, por supuesto, que esta visión cíclica de la historia provenga de Nietzsche).

Es siempre riesgoso hablar de influencias, más tratándose de un artista que, como Fuentes, tiene conocimiento directo de varias literaturas. Además, como se ha visto con respecto a Nietzsche, las semejanzas entre *La muerte de Artemio Cruz* y *Nada menos que todo un hombre* pueden ser resultado de fuentes comunes. Aunque, por supuesto la afinidad que Unamuno y Fuentes sienten con Nietzsche es ya un rasgo común significativo. Sostengo, no obstante, que son los aspectos unamunianos los que mejor explican *La muerte de Artemio Cruz*, tanto su contenido como algunos de los recursos formales empleados por Fuentes.

La fragmentación del yo del protagonista, recurso bastante criticado y mal comprendido de la novela, viene a ser el resultado lógico, a mi parecer, de algunos experimentos unamunianos. ¿Qué es ese diálogo interior de Artemio sino el diálogo que Unamuno sostuvo consigo mismo en todos sus ensayos y novelas? En *Del sentimiento trágico de la vida* (que es una novela en muchos sentidos) Unamuno deja 'escuchar' al lector las varias voces que luchan en su conciencia: una calmada, fría, racionalista, otra dramática, desgarradora, que manifiesta sus temores, sus desconuelos, otra arrogante, sarcástica que se ríe de las demás, y así sucesivamente. Todas

esas voces, contradictorias, discordes, forman una unidad dialéctica que es la conciencia de Unamuno, como el *yo*, el *tú* y el *él* forman una unidad en la novela de Fuentes: la conciencia de Artemio.

Esta misma dialéctica la llevó Unamuno a sus novelas más conocidas, fragmentada en grupos de dos personajes. En *Abel Sánchez*, la lucha que sostiene los dos amigos, como ya ha indicado Antonio Regalado, es la lucha que se libra en la propia conciencia de Unamuno: "Los dos protagonistas y únicos personajes esenciales de la novela son Joaquín y Abel, en los que Unamuno trató de representar el desdoblamiento de su personalidad en los dos *yo*s que dentro de su conciencia se combatían, el humilde y el soberbio."¹² También en *San Manuel Bueno Mártir*, su última novela, aparece este dualismo en los personajes de don Manuel, el protagonista, y Blasillo, el bobo que sigue al párroco por todas partes repitiendo sus palabras con asombroso mimetismo (y que muere cuando muere don Manuel). Una vez más el protagonista tiene un doble que es su opuesto, pero sin el cual no puede vivir porque es en realidad parte de él.

Este recurso tan unamuniano del doble (y tan español, piénsese en *El condenado por desconfiado* de Tirso y en *La devoción de la cruz* de Calderón) es de capital importancia en la novela de Fuentes. Hacia el final de la obra —o sea, durante la niñez de Artemio— aparecen los hermanos Atanasio y Pedrito, que son los polos dialécticos de los que surge el protagonista. Atanasio, el padre de Artemio, es un hombre fuerte, arriesgado, violador de mujeres y dominador de hombres. Pedrito, a quien Artemio mata, es, por el contrario, cobarde y afeminado. El mismo dualismo parece va a repetirse en el caso de Artemio, que iba a tener un hermano gemelo: "... Isabel [la madre de Artemio] ya gemía con una nueva contracción y se acercaban las botas a la choza donde yacía la mujer sobre la tierra suelta, bajo el techo de palmas, se acercaban las botas y Lunero detenía boca abajo ese cuerpo, le pegaba con la mano abierta para que llorara, llorara mientras se acercaban las botas: lloró: él lloró y empezó a vivir... Yo no sé... no sé... si él soy yo... si tú fue él..." (p. 315). Las botas que se acercan son las de Atanasio, que mata a Isabel antes de que ésta pueda completar su parto doble. Quizá el auténtico Artemio iba a ser ese hermano gemelo que se malogró, y el que se salvó fue el que debió ser como Pedrito, o quizá ambos hermanos sobreviven en Artemio.¹³

¹² Regalado García, *op. cit.*, p. 140.

¹³ No he tenido acceso a ningún trabajo que explore el trasfondo mítico de *La muerte de Artemio Cruz*, ni tengo espacio aquí para desarrollar el tema. Sin embargo, quiero hacer constar que tras la fachada filosófica

Pero además de ese hermano gemelo 'en potencia' que acecha al protagonista, aparecen en la novela otros personajes que se convierten en dobles de Artemio. Los tres más importantes son el soldado herido, el hermano de Catalina, y Lorenzo, su propio hijo. El incidente del soldado, cuya evocación se convierte en estribillo a lo largo de la novela, ocurre durante la juventud de Artemio, en una de las campañas revolucionarias. Después de perder su caballo en plena batalla, Artemio se refugia en una arboleda donde encuentra a un soldado herido. Artemio vacila, no sabe si ayudar al compañero herido o ponerse a salvo él. Por fin decide irse y, cuando es rescatado, se entera de que el soldado ha muerto por falta de asistencia. El soldado, y esto es lo significativo, se parecía a él: "Trató de apartar el rostro torcido de dolor: pómulos altos, boca abierta, ojos cerrados, bigote y barba revueltos, cortos, como los suyos. Si tuviese los ojos verdes sería su gemelo..." (p. 75) Algo similar ocurre con Gonzalo Bernal, a cuyo lado debió haber muerto Artemio fusilado. Gonzalo, no Artemio, era el que debía haber regresado a casa de don Gamaliel al terminar la guerra, para convertirse en protector de la fortuna del viejo y de su hermana Catalina. Pero Artemio, que se ha enterado por boca del propio Gonzalo de lo rico que es don Gamaliel y de que Catalina es soltera, es quien regresa: "Era en cierto modo una mascarada —se dice Artemio pensando en los hechos— una *sustitución*, una broma que podía jugar-se con la mayor seriedad; pero también era un certificado de vida, de la capacidad para sobrevivir y fortalecer el propio destino con los ajenos." (p. 43. El subrayado es mío). Todos los dobles de Artemio perecen, mientras que él sigue ascendiendo en la escala social, mientras que él sobrevive. Pero Artemio, como Joaquín, el co-protagonista en *Abel Sánchez*, sabe que con la muerte de su gemelo, del Otro, muere parte de él; sabe que necesita la presencia de esos espejos saberse existir. La victoria total lo deja solo en el

que el problema del doble presenta, se esconde un substrato mítico digno de ser estudiado. La pareja Atanasio-Pedrito, por ejemplo, evoca en mi mente la siguiente cita de Octavio Paz: "La misma operación de permutación rige la carrera de los dioses y de los héroes. A cada oposición corresponde un mediador, de modo que la función de los mesías se esclarece: son encarnaciones de proposiciones lógicas que resuelven una contradicción. Algo semejante ocurre con los gemelos divinos, los dioses hermafroditas y un extraño personaje, el payaso mítico, que aparece en muchos mitos y ritos." *Claude Lévi-Strauss o el nuevo festín de Esopo* (México, 1967), p. 36. Si pudiera definirse la función de Artemio como la de mediador dentro de una oposición dialéctica, podría partirse de ahí hacia un nuevo estudio del héroe en la novela moderna, para mí, muy prometedor, al menos con respecto a la obra de Fuentes.

campo de batalla; la aniquilación del Otro se convierte en una auto-aniquilación. Cada uno de ellos representa un rumbo que su vida pudo tomar, otro Artemio que pudo haber sido, y por ello, cada muerte va limitando su propia vida.

El único doble de Artemio que cumple a plenitud una de las opciones que la vida le ha ofrecido es su hijo Lorenzo. Artemio, con un deseo muy unamuniano, quiere prolongar su existencia en el tiempo y el espacio valiéndose de su hijo. Lorenzo da su vida luchando en la Guerra Civil española, es decir, realiza la hazaña noble que su padre pudo haber realizado si hubiera muerto como el soldado herido, si no hubiera sobrevivido para dedicarse a despojar a los demás de sus bienes, a someter a los más débiles que él. Artemio se confiesa a sí mismo en su lecho de muerte que él impulsó a Lorenzo a la guerra, que él quiso que su hijo cumpliera ese otro destino que él había dejado inconcluso: "... me diría que no bastaba reiterar el tiempo y el lugar, la pura permanencia; me diría algo más, un deseo que nunca expresé, me obligó a conducirlo [a Lorenzo] —ay, no sé, no me doy cuenta—, sí, a obligarlo a encontrar los cabos del hilo que yo rompí, a reanudar mi vida, a completar mi otro destino, la segunda parte que yo no pude cumplir..." (p. 242).

Los cincuenta años de literatura que median entre *Nada menos que todo un hombre* y *La muerte de Artemio Cruz* no han pasado en vano; Alejandro, héroe trágico unamuniano, se suicida desafiante, Artemio, personaje moderno lleno de ambigüedades, se muere. El desdoblamiento retrospectivo del argumento en *La muerte de Artemio Cruz* crea, además, una perspectiva irónica muy moderna (porque la muerte inminente del protagonista empequeñece todos sus actos, los vacía de significado), mientras que el desarrollo lineal de la novela de Unamuno la sitúa dentro de una estética que es todavía decimonónica. No obstante, como se ha visto, existen afinidades muy concretas entre la obra de Unamuno y la de Fuentes, siendo quizá la más sobresaliente la insistencia con que ambos autores ponen sus novelas al servicio de ideas filosóficas abstractas; tendencia que convierte a los personajes en figuras, en máscaras —piezas en una gran fórmula dialéctica que se resuelve por encima de sus voluntades individuales.

Los comentarios anteriores no pretenden reducir la obra de Carlos Fuentes a una tradición dada. Como toda la narrativa hispanoamericana de los últimos años, la obra del novelista mexicano debe tanto a otras tradiciones literarias como a la nuestra. Se está produciendo hoy un movimiento renovador en la novela hispanoamericana que obedece a una dinámica muy parecida a la que rigió en poesía durante la época modernista. Las influencias extranjeras fe-

cundan primero la obra de los hispanoamericanos, y éstos llevan el nuevo estilo a España. El caso de Goytisolo, a quien tanto alaba Fuentes, es significativo, ya que este novelista español ha sido el que más influencias ha recibido de sus colegas hispanoamericanos. Pero si bien Fuentes se ufana hoy, con razón, de su cosmopolitismo, de su lucha por romper las barreras de ese provincialismo que con demasiada frecuencia ha limitado el alcance de nuestra literatura, no hay que olvidar que Unamuno aprendió danés para leer a Kierkegaard, y que estaba tan 'al día' en su época como hoy lo puede estar el escritor mexicano. Los ataques que Fuentes hace a la literatura española (por justificados que sean algunos), inclusive a Unamuno, deben tomarse en serio, pero no porque representen un rechazo absoluto de ésta, sino porque forman parte de esa curiosa dialéctica que ha existido, desde el período colonial, entre las letras hispanoamericanas y las españolas. Y también porque muestran tan claramente el espíritu combativo, tajante, ofensivo de la prosa ensayística de Fuentes, tan parecida a la de Unamuno.

EL HOMBRE Y EL PAISAJE DEL CAMPO JALISCIENSE EN "LA CUESTA DE LAS COMADRES", CUENTO DE JUAN RULFO

Por Manuel A. SERNA-MAYTORENA

EN "La Cuesta de las Comadres," tercer cuento de la colección *El llano en llamas*,¹ y tercero estructurado como monólogo, Juan Rulfo da un paso adelante en su asedio vertical a la vida del hombre del agro jalisciense; ya que si en "Macario" se asienta un primer tratamiento de éste en su condición general de vegetante asalariado dependiente en su totalidad de la todopoderosa voluntad y cuidado del hacendado paternal, *madrina*, y en "Nos han dado la tierra" se adentra en sus diversos niveles a la condición del hombre en la realidad factual desposeído de toda tierra y por ello obligado al desarraigo primero y a un agobiante peregrinar sin esperanza después, en "La Cuesta de las Comadres" (pp. 17-27), nos presenta una nueva faceta de este hombre que encuentra en el terreno que habita la definición de su ser. Que ambas realidades se identifican. Que la imagen del uno conviene y se ciñe a la del otro con una precisión y rigor que les permite erguirse con rudo y fuerte vigor plástico que nos hace pensar en la consanguinidad creativa existente entre Juan Rulfo y José Clemente Orozco en la concepción y tratamiento generales del hombre y su paisaje, su condición y sus pasiones; que jaliscienses, ambos saben verle como criatura elemental definida enteramente por su situación.

"La Cuesta de las Comadres," como el caso de "Nos han dado la tierra," gira, cuando a la acepción estricta del tiempo horizontal nos atenemos, en la órbita del momento histórico post-revolucionario. A ello se debe acento y veta sarcástica que recorriendo, nutren desde los dos primeros párrafos del cuento en delante a anécdota y tema; que en estos párrafos iniciales se plantean las premisas del hecho:

¹ Juan Rulfo, *El llano en llamas, Pedro Páramo*, Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1968. Toda cita pertenece a esta edición.

Los difuntos Torricos siempre fueron buenos amigos míos. Tal vez en Zapotlán no los quisieran; pero, lo que es de mí, siempre fueron buenos amigos, hasta tantito antes de morirse. Ahora eso de que no los quisieran en Zapotlán no tenía ninguna importancia, porque tampoco a mí me querían allí, y tengo entendido que a nadie de los que vivíamos en la Cuesta de las Comadres nos pudieron ver con buenos ojos los de Zapotlán. Esto era desde viejos tiempos.

Por otra parte, en la Cuesta de las Comadres, los Torricos no la llevaban bien con todo el mundo. Seguido había desavenencias. Y si no es mucho decir, ellos eran allí los dueños de la tierra y de las casas que estaban encima de la tierra, con todo y que, cuando el reparto, la mayor parte de la Cuesta de las Comadres nos había tocado por igual a los sesenta que allí vivíamos, y a ellos, a los Torricos, nada más un pedazo de monte, con una mezcalera nada más, pero donde estaban desperdigadas casi todas las casas. A pesar de eso, la Cuesta de las Comadres era de los Torricos. El coamil que yo trabajaba era también de ellos: de Odilón y Remigio Torrico, y la docena y media de lomas verdes que se veían allá abajo eran juntamente de ellos. No había por qué averiguar nada. Todo mundo sabía que así era.

La anécdota del cuento es por demás sencilla. Se reduce al conteo en primera persona, del "impredictado" asesinato de Remigio Torrico perpetrado por el narrador. Y hecho en tal forma —conteo y asesinato—, que resulta imposible mayor parquedad expresiva: "A Remigio Torrico yo lo maté." (p. 22).

A través de la narración y en la creación descriptiva del paisaje que lo es del hombre al mismo tiempo, se crea, como sucediera en los dos cuentos anteriores, *el campo rulfiano*, condicionante tanto como resultado de las pasiones de hombre y geografía: mundo cruel, eterno e indiferente —he aquí el tema. Esta indiferencia se yergue con cierta cualidad mecánica producto de la hostilidad ambiente hacia el hombre que la experimenta en su desnudez, y que por así hacerlo la extrovierte en básico y cruel candor:

Pero yo nunca llegué a tenerles miedo. Era buen amigo de los dos y a veces hubiera querido ser un poco menos viejo para meterme en los trabajos en que ellos andaban. Sin embargo, ya no servía yo para mucho. Me di cuenta aquella noche en que les ayudé a robar a un arriero. Entonces me di cuenta de que me faltaba algo. Como que la vida que yo tenía estaba ya muy desperdiciada y no aguantaba más estirones. De eso me di cuenta.

Fue como a mediados de las aguas cuando los Torricos me convidaron para que les ayudara a traer unos tercios de azúcar. Yo iba un poco asustado. Primero, porque estaba cayendo una tormenta de esas en que el agua parece escarbarle a uno por debajo de los pies. Después, porque no sabía adónde iba. De cualquier modo, allí vi yo la señal de que no estaba hecho ya para andar en andanzas.

Los Torricos me dijeron que no estaba lejos el lugar donde íbamos. "En cosa de un cuarto de hora estamos allá" me dijeron. Pero cuando alcanzamos el camino de la Media Luna comenzó a oscurecer y cuando llegamos adonde estaba el arriero ya era alta la noche.

El arriero no se paró a ver quién venía. Seguramente estaba esperando a los Torricos y por eso no le llamó la atención vernos llegar. Eso pensé. Pero todo el rato que trajinamos de aquí para allá con los tercios de azúcar, el arriero se estuvo quieto, agazapado entre el zatal. Entonces les dije eso a los Torricos. Les dije:

—Ese que está allí tirado parece estar muerto o algo por el estilo.

—No, nada más ha de estar dormido —me dijeron ellos. Lo dejamos aquí cuidando, pero se ha de haber cansado de esperar y se durmió.

Yo fui y le di una patada en las costillas para que despertara; pero el hombre siguió igual de tirante.

—Está bien muerto —les volví a decir.

—No, no te creas, nomás está tantito atarantado porque Odilón le dio con un leño en la cabeza, pero después se levantará. Ya verás que en cuanto salga el sol y sienta el calorcito, se levantará muy aprisa y se irá en seguida para su casa. ¡Agárrate ese tercio de allí y vámonos! —Fue todo lo que me dijeron.

Ya por último le di una última patada al muertito y sonó igual que si se la hubiera dado a un tronco seco. Luego me eché la carga al hombro y me vine por delante. Los Torricos me venían siguiendo. Los oí que cantaban durante largo rato, hasta que amaneció. Cuando amaneció dejé de oírlos. Ese aire que sopla tantito antes de la madrugada se llevó los gritos de su canción y ya no pude saber si me seguían, hasta que oí pasar por todos lados los ladridos encarrerados de sus perros.

De ese modo fue como supe qué cosas iban a espiar todas las tardes los Torricos, sentados junto a mi casa de la Cuesta de las Comadres. (pp. 20-21, 22)

Candor básico y cruel ajeno a todo sentido de moral social mas en total concordancia con la naturaleza.

A esta altura sucede la división gráfica de la narración e indicada sólo mediante un mayor espaciamento, para entrar, anticlimá-

ticamente, a lo largo que en un principio crémos ser el eje de la historia: "A Remigio Torrico yo lo maté." Aseveración seguida de un lento conteo del crimen y sus circunstancias que encuentran apoyo y complemento en los elementos adelantados de la primera parte de la narración.

El tema, hombre y paisaje como mundo indiferente, surge corporizado principalmente en la figura del narrador, mas informa también a aquellos otros a quienes menciona específica o anónimamente.²

² Específica: los Torrico, Odilón y Remigio, que surgen de la narración carentes de todo sentimiento, aun del fraternal. Recuérdese, por ejemplo, la anécdota en que se refiere el robo de los tercios de azúcar en que el arriero que los transportaba ha sido asesinado por Odilón (pp. 20-21, 22), en uno de los tantos atracos, se implica y Remigio después lo atestigua (p. 25), ejecutados por los hermanos.

Recuérdese, además el despojo, y la tierra es lo de menos, que practican sobre los habitantes de la Cuesta de las Comadres que, con la excepción del narrador, terminan por abandonar el lugar (pp. 17-18, 19).

Muy significativo es el pasaje en que Remigio culpa al narrador de haber matado a su hermano Odilón:

—Odilón y yo llegamos a peearnos muchas veces —siguió diciéndome—. Era algo duro de entendederas y le gustaba encararse con todos, pero no pasaba de allí. Con unos cuantos golpes se calmaba. Y eso es lo que quiero saber: si te dijo algo, o te quiso quitar algo, o qué fue lo que pasó. Pudo ser que te haya querido golpear y tú le madrugaste. Algo de eso ha de haber sucedido.

Para pasar a seguido a la verdadera razón de su encuesta:

—Oye —me dijo el Torrico—, Odilón llevaba ese día catorce pesos en la bolsa de la camisa. Cuando lo levanté, lo esculqué y no encontré esos catorce pesos. Luego ayer supe que te habías comprado una frazada. (p. 24).

Anónimamente: gobierno y sociedad que ignoran por completo el estado y condiciones de vida del hombre del campo en quien se perpetran todo despojo e injusticia que la Revolución pretendiera erradicar. En este específico caso mediante el reparto de tierras, y aquí nos encontramos con el caso del grupo de los originales sesenta propietarios de la Cuesta de las Comadres que en la práctica carecen de la tierra a ellos adjudicada; que todo pertenece de hecho a los Torrico, y "No había por qué averiguar nada.", que "Todo mundo sabía que así era." porque en sus tierras "estaban desperdigadas casi todas las casas." (p. 17), y porque sobre ellos cebaban su apetito de ave de rapiña ante el cual se doblegaban primero, se resignaban después, hasta que terminan por marcharse con cierto dejo de resignada indiferencia:

...Se iban callados la boca, sin decir nada ni pelearse con nadie. Es seguro que le sobraban ganas de pelearse con los Torricos para des-

El narrador se nos presenta como personaje elemental, semidesnudo de conflictos interiores, indiferente. Porque la ausencia de conflictos le otorga carácter primitivo, su posición estática viene a ser consecuencia tanto como impronta de las fuerzas telúricas que acompañan la realidad total. De aquí el tono de inexorabilidad que con anterioridad ha sido percibido y concedido como exclusiva del indio. De aquí también el básico fatalismo de carácter existencial, y el racional pesimismo cósmico que informando su indiferencia, la define:

La luna grande de octubre pegaba de lleno sobre el corral y mandaba hasta la pared de mi casa la sombra larga de Remigio. Lo vi que se movía en dirección de un tejocote y que agarraba el guango que yo siempre tenía recargado allí. Luego vi que regresaba con el guango en la mano.

Pero al quitarse él de enfrente, la luz de la luna hizo brillar la aguja de arria, que yo había clavado en el costal. Y no sé por qué, pero de pronto comencé a tener una fe muy grande en aquella aguja. Por eso, al pasar Remigio Torrico por mi lado, desensarté la aguja y sin esperar otra cosa se la hundí a él cerquita del ombligo. Se la hundí hasta donde le cupo. Y allí la dejé. (p. 25)

Entonces vi que se le iba entristeciendo la mirada como si comenzara a sentirse enfermo. Hacía mucho que no me tocaba ver una mirada así de triste y me entró la lástima. Por eso aproveché para sacarle la aguja de arria del ombligo y metérsela más arriba, allí donde pensé que tendría el corazón. Y sí, allí lo tenía, porque nomás dio dos o tres respingos como un pollo descabezado y luego se quedó quieto. (pp. 25-26)

Ya la luna se había metido del otro lado de los encinos cuando yo regresé a la Cuesta de las Comadres con la canasta pizcadora vacía. Antes de volverla a guardar, le di unas cuantas zambullidas en el arroyo para que se le enjuagara la sangre. Yo la iba a necesitar

quitarse de todo el mal que les habían hecho; pero no tuvieron ánimos. Seguro eso pasó.

La cosa es que todavía después de que murieron los Torricos nadie volvió más por aquí. Yo estuve esperando. Pero nadie regresó. Primero les cuidé sus casas; remendé los techos y les puse ramas a los agujeros de sus paredes; pero viendo que tardaban en regresar, las dejé en paz... (pp. 18-19).

En lo que a la naturaleza concierne, aunque innecesario, valga un ejemplo: el de la luna llena de octubre con su luz de plata fría copiada y contenida en la aguja de arria y por ella comunicada a mano y brazo que la usan.

muy seguido y no me hubiera gustado ver la sangre de Remigio a cada rato. (pp. 26-27)

Pasajes en que se palpa y comprueba cómo el acto criminal no es en realidad ni eje ni decisivo en la vida del narrador, que lo ejecuta y pasa concediéndole la misma importancia, o tal vez menos, que atribuye al desempeño de un quehacer normal, o a lo que interfiere como obstáculo a la tarea o rutina que en el momento lleva a cabo.

Gráficamente, como ya lo apuntáramos, la narración se encuentra dividida en dos partes balanceadas en su extensión y recursos estilísticos tanto como en su importancia y contenido. En la primera, el narrador se entra y nos introduce en materia, lenta, morosa y ritualmente. Con un ritmo que nos habla de la inexorabilidad en que se conciben, nutren y mantienen los elementos mágicos y míticos que gobiernan la mente del hombre primitivo, del hombre arraigado a la naturaleza en arraigo que no es otra cosa que cordón umbilical.

En este ritmo de contrapuntos reiterativos nos presenta, porque necesita reordenarlos para expresarlos, sus recuerdos. En la comunicación de éstos dándose un cambio estructural: primero se introduce el término consecuente, a seguido, se regresa al antecedente.

El recuerdo es la clave de su narración como lo es también de la fría indiferencia con que narra en la segunda parte del cuento el asesinato de Remigio Torrico que cobra, por ello, carácter de acto natural ya que se encuentra colocado fuera de toda consideración ética anterior o posterior; que para él es acto como cualquiera otro, mas en el que toma cuerpo un espíritu de *justicia superior*, cuando menos desde nuestro punto de vista de lectores siempre en busca de justificación lógica o ética para todo acto que desconcierta el orden establecido de nuestra escala de valores.

Su recuerdo, desde el presente eterno de la narración que en sí es recuerdo, va

1. a los Torrico:

Me acuerdo de antes, cuando los Torricos venían a sentarse aquí también y estaban acuilillados horas y horas hasta el oscurecer, mirando para allá sin cansarse, como si el lugar este les sacudiera sus pensamientos o el mitote de ir a pasearse a Zapotlán. Sólo después supe que no pensaban eso. Únicamente se ponían a ver el camino: aquel ancho callejón arenoso que se podía seguir con la mirada desde el comienzo hasta que se perdía entre los ocotes del cerro de la Media Luna. (p. 19)

2. A la ambiental luz lunar:

Esto sucedió como en octubre. Me acuerdo que había una luna muy grande y muy llena de luz, porque yo me senté afuerita de mi casa a remendar un costal todo agujereado, aprovechando la buena luz de la luna, cuando llegó el Torrico.

Ha de haber andado borracho. Se me puso enfrente y se bamboleaba de un lado para otro, tapándome y destapándome la luz que yo necesitaba de la luna.

—Ir laredeando no es bueno —me dijo después de mucho rato—. A mí me gustan las cosas derechas, y si a ti no te gustan, ahí te lo haiga, porque yo he venido aquí a enderezarlas.

Yo seguí remendando mi costal. Tenía puestos todos mis ojos en coserle los agujeros, y la aguja de arria trabajaba muy bien cuando la alumbraba la luz de la luna... (p. 23)

3. Como recuerdo del recuerdo, al autor de la muerte de Odilón Torrico,:

Supe cómo me echaba a mí la culpa de haber matado a su hermano. Pero no había sido yo. Me acordaba quién había sido, y yo se lo hubiera dicho, aunque parecía que él no me dejaría lugar para platicarle cómo estaban las cosas. (p. 24)

4. A la certeza de no haber sido él el matador:

—Mira, Remigio, me has de dispensar, pero yo no maté a Odilón. Fueron los Alcaraces. Yo andaba por allí cuando él se murió, pero me acuerdo bien de que yo no lo maté. Fueron ellos, toda la familia entera de los Alcaraces. Se le dejaron ir encima, y cuando yo me di cuenta, Odilón estaba agonizando... (p. 26)

dirigiéndose a Remigio Torrico después de haberlo matado a punta de aguja de arria.

5. Al recuerdo en sí —esencia del recuerdo, o recuerdo de otro recuerdo:

...Me acuerdo que eso pasó allá por octubre, a la altura de las fiestas de Zapotlán.

6. A la prueba del recuerdo:

... Y digo que me acuerdo que fue por esos días porque en Zapotlán estaban quemando cohetes, mientras que por el rumbo donde

tiré a Remigio se levantaba una gran parvada de zopilotes a cada tronido que daban los cohetes,

y

7. a la especial lógica racional de su recuerdo, que es, significativamente, cierre del cuento:

De eso me acuerdo. (p. 27).

Esta mecánica del recuerdo nos afirma en la idea concerniente a lo selectivo del proceso de recreación de la realidad, *que recuerda sólo lo que quiere recordar y el tiempo en que ha de hacerlo*; que lo demás se esfuma o por no serle esencial o por serle totalmente indiferente. El suyo es recuerdo selectivo. Que téngase en mente que no sucede aquí lo que normalmente cuando se emplea la mecánica tradicional de la "luz del recuerdo" que suaviza e idealiza hechos del pasado, o de la mecánica de la "luz lunar" que desdibujando contornos funde siluetas y hechos y hasta cierto punto los afantasma. Aquí, por el contrario, tanto la afirmación cierre: "De eso me acuerdo", como la luz lunar, destacan, realzan y definen. A ello se debe esencialmente el aura que de rara, barbárica y escalofriante poesía brota de la narración en concordancia con la temática y la economía expresiva. Poesía de adelgazado primitivismo en la que se cifra la estrecha relación existente entre hombre y naturaleza como comunión en la que al uno le es concedida la cualidad de permanencia de la otra.

En el presente constante de la narración, presente del hombre de Jalisco de tierra adentro, paralelas las imágenes de pobreza, abandono, ruina y desolación se espejean en tal forma, que pudiera decirse que entre hombre y tierra sólo sucede el tiempo. Y este tiempo tiempo de reloj descompuesto que marcara a fija intermitencia, "Los únicos que no dejaron nunca de venir fueron los aguaceros de mediados de año, y esos ventarrones que soplan en febrero..." (p. 19), la misma hora para vivir en ella un recuerdo que permanece por ser igual a sí mismo.

Atando cabos, diríamos que la secuencia de estos recuerdos es lineal en lo que al narrador concierne, una vez entendida la idea de selectividad que por otra parte es lógica que conviene al monólogo en que se estructura el cuento. Que a esta estructura se debe la presencia de un desenlace sin *clímax*, lo que resulta por demás significativo ya que de la aseveración del asesinato se pasa al verdadero espíritu que informa al cuento: la indiferencia que, a su vez se valoriza en el recuerdo. Que, en término final, es indiscutible la

importancia del narrador que, unidad de hombre y naturaleza, triunfa sobre cualquier trama.

A esto se debe el que la morosidad de la acción y el conteo selectivo del recuerdo y su circunstancia, tanto como su mecánica, vengán a desempeñarse como recurso estilístico clave en la creación del hombre y del campo rulfianos que semejan, desnuda enjutez hermética, reproducción superada del hermetismo que ha venido caracterizando al hombre y al paisaje del sureño agro jalisciense. Hombre que raramente habla y que cuando lo hace, su voz es acto y explosión. El folklore popular de un "¡Ay Jalisco, no te rajes!" o de un "Jalisco nunca pierde y cuando pierde arrebatá" y Juan Rulfo así nos lo retratan.

LA "BIOPSIA" COMO TECNICA LITERARIA DE M. BENEDETTI EN GRACIAS POR EL FUEGO

Por Germán D. CARRILLO

ALUDIENDO a ciertos rasgos presentes en obras como *La muerte de Artemio Cruz* de C. Fuentes, *Sobre héroes y tumbas* de E. Sábato, *Coronación* de J. Donoso, *El paredón* de Carlos Martínez Moreno, entre otras, Jean Franco incluye *Gracias por el fuego* de Mario Benedetti, como uno de los miembros de la "escuela" que muy juiciosamente insertara bajo el rótulo de "Generation of Parricides".¹ Dichas características comunes se reducen a la manera en que estos autores han planteado un conflicto de índole generacional y comunicacional, como resultante del repudio de legados y consignas inoperantes y que son el patrimonio heredado por la generación a la que pertenecen los autores nombrados. El tono general de este "generation gap" conlleva duros calificativos de *ineptitud* y *culpabilidad* por no haber resuelto problemas de su época y por haber mantenido un "status quo" contraprudente a la evolución socio-política de tales naciones.

No vamos a discutir aquí las causas ya antecedentes de esta rebelión ni en Benedetti ni en ninguno de los otros autores mencionados. Al fin y al cabo, el problema del parricidio en un nivel supremo es el resultado de crisis radicales e incontrovertibles entre un eje y sus derivados, de cuyo choque sólo es visible el humo y las cenizas de la tragedia y el escándalo. Nos interesa, en cambio, rastrear aquí el *ambiente* en que dicha índole de dilema tan delicado surge, con el ánimo de entender mejor la forma y naturaleza de la encrucijada en que se desenvuelve la novela que el autor nos pone ante los ojos.

Gracias por el fuego, contemplada así, es un verdadero tratado de una crisis de conciencia y de valores, que partiendo de lo individual y familiar, trasciende a la sociedad uruguaya en especial y a

¹ Jean Franco, *The Modern Culture of Latin America: Society and the Artist*. (New York: Praeger, 1967), p. 225.

toda sociedad en general. El esquema de Benedetti exige el uso de la *biopsia literaria* que el autor-cirujano ejecuta en el *cuerpo* de la sociedad, vista aquí como un gigantesco compuesto humano. Con dicha *técnica* se intenta examinar el estado de algunas de las células y tejidos —llámense personajes y situaciones— para determinar la salud del organismo o su estado de insalubridad y para dictaminar tácita o explícitamente el *tratamiento* que debe seguirse.

Al mismo tiempo, la novela contiene un estudio psicológico sensitivo y conmovedor. Benedetti no se contenta con capturar el materialismo y la nulidad que corroen esta sociedad burguesa por excelencia, sino que también entiende la soledad del protagonista, sus vanas tentativas de amor mal entendido y el suicidio final, como única alternativa soportable para el "suicida tímido" ante el fracaso de su intento.²

El libro empieza con una escena visual y acústica de una reunión en que 15 uruguayos aparecen congregados en un restaurante de Nueva York. Este capítulo inicial está separado del resto de la novela no sólo por el uso de la letrilla y por la ubicación sino también por el estilo y el contenido. Es en sí un eco audible de lo que serán las páginas que quedan por leer y una síntesis tonal y de sentido de lo demás. Benedetti se vale de la *técnica cinematográfica* que, partiendo del enfoque general e inespecífico, el vecindario del restaurante, el restaurante por fuera, etc., va lentamente aclarándose en la escena central, la mesa, la tertulia, la voz, la conducta de cada uno de los reunidos. Lo demás queda en sombra. La cámara se mueve de un lado a otro de la mesa, de una conversación a otra, de un fragmento a otro, de un gesto a otro, para acumular puntos de vista dispares y para crear así una escena completa hecha de fragmentos. La descripción es en la tercera persona, con frases entrecortadas que

² Debe descartarse la intención explícita del autor al encabezar el capítulo catorce con una cita de Cesare Pavese alusiva a la condición psíquica del suicida que obviamente tiene que ver con la solución de Ramón Budiño y en contra del parricidio: "I suicidi sono omicidi timidi". (p. 292). Dicho capítulo, está visto desde la perspectiva de Dolly Budiño y es una eulogía al esfuerzo inútil de Ramón, al sacrificarse, por falta de alternativa. Conviene destacar aquí también que Camus hace aquí eco en la solución existencialista que Benedetti propone ante el "absurdo" como encrucijada del hombre —Ramón Budiño, por ejemplo—, en momentos de grandes crisis vitales discutidas por Camus en *El mito de Sísifo* (Buenos Aires: Losada, 1967) pp. 19-22. Esta noción viene explicada en términos como: "o suicidio o restablecimiento" (p. 20); "extrañeza del mundo" (p. 21); "inquietud" (p. 20); "inutilidad" (p. 22) etc., tan propias del antagonista de *Gracias por el fuego*.

reflejan el dinamismo de la conversación a la manera convencional y con los consabidos clichés, haciendo salvedad del matiz irónico que el narrador reserva para sus propias anotaciones.

El restaurante está en el Barrio. La riqueza de los uruguayos y sus modales burgueses contrastan con el feísmo y la suciedad de afuera que desconocen o inadvierten. Los retazos de estas conversaciones ponen en evidencia de inmediato el grado de encallecimiento moral y patriótico, la falta de ideales y de principios definidos, la superficialidad e indiferencia de casi todos ante los problemas sociales del país con el que rehusan toda forma de identidad y lealtad.

Frente a la "opulencia del paraíso americano" alguien dice:

...por qué estaremos siempre buscándole defectos a los Estados Unidos, siendo como es un país maravilloso? Además, aquí la gente trabaja de veras, de la mañana a la noche, y no como en Montevideo, que salimos de una huelga para entrar en otra. Es doloroso, pero hay que reconocer que entre nosotros el obrero es la chusma.³

o el valor "relativo" y "comercial" de la libertad:

A mí lo que me importa es el negocio. Y como comerciante le aseguro que no me afectaría en absoluto que el Uruguay fuera menos independiente de lo que es, llámeme como quiera a esa falta de independencia: estado asociado, área del dólar, o más francamente colonia. En el negocio, la patria no es tan importante como el himno, y a veces el comercio funciona mejor en una colonia que en una nación aparentemente independiente (p. 22).

o el cinismo que asume el "aburguesamiento" del espíritu:

¿Sabe qué es lo más indicado para curar la nostalgia? El confort. Yo aquí conseguí el confort y ahora ya ni me acuerdo del Paso Molino. Esta sensación de que usted aprieta un botón y el mundo le responde. ¿No cree usted que aquí la vida es maravillosamente mecánica?... 'Sí, todo es maravillosamente mecánico, pero, ¿no ha pensado usted cuántos miles pasan hambre en el resto de América para que los norteamericanos puedan apretar su botón?' ... Lo miré fijo y le contesté: ¿Y a mí qué me importa?... (p. 26).

³ Mario Benedetti, *Gracias por el fuego*. (Montevideo: Editorial Alfa), p. 20. [Todas las citas de este libro provienen de esta edición.]

Y finalmente, dos comentarios femeninos que en nada se diferencian del cinismo masculino ya expresado: "¿Cómo no van a ser dueños del mundo, si tienen unos billetes tan lindos? A mí me muestran un dólar y todas mis defensas se derrumban" (pág. 24), al que sigue: "Te juro que acá a mí me da vergüenza ser uruguaya" (pág. 33). Todo lo cual hace Benedetti que digan sus personajes para confirmar la sospecha de que hay en ellos una enorme falta de autenticidad, de identidad con valores de alguna índole estable, lo cual es el tema de la obra en un último análisis.

Sirviéndose del truco teatral de la *llamada* telefónica intempestiva, se introduce la descabellada noticia de que una inundación ha borrado del mapa al Uruguay. De pronto se congelan las frivolidades y juegos eróticos de la reunión ahora en apogeo, en tanto que la apatía y el desdén ceden paso a cierta tristeza y vergüenza. La mujer que dijera que la visión del dólar le derrumba todos sus escrúpulos, desilusionada por la magnitud de la noticia, vuelve pedazos los billetes de su cartera. El hombre que confesara que el lucro personal estaba por encima de la libertad, en un arranque inusitado de honradez, declara que su familia se salvó de las garras nazis para hallar libertad en el Uruguay. La que sintiere vergüenza de no ser americana, atribuye lo acontecido a un castigo de Dios por decir sandeces. Aquel que no quería volver al país, añora su juventud en Paso Molino. En fin, la llamada ha servido de despertador de conciencia que, a la manera de catalítico, les obliga al reconocimiento y aceptación de identidades subestimadas pero insustituibles.

Una segunda *llamada* contradictoria de la primera, da a la escena un fuerte sabor de *farsa* y *opereta*: "Hubo una gran inundación —dice la voz—, sí, pero nada de maremotos y de muertes" (pág. 41). El desequilibrio y la tragedia que obligara a las confesiones espontáneas y sinceras de unos minutos antes, se extingue lentamente hasta volver a la "normalidad" anterior. Pero con ella, vuelven también los demonios que mueven este conglomerado humano en todo acto vital: la hipocresía y la inautenticidad. El personaje que anteriormente adujera los acontecimientos al "castigo de Dios" resume y cierra la escena en que Benedetti ilumina las lacras de la burguesía que critica: "—Convénzanse. Somos una *porquería* [el término alude al desecho orgánico, a lo que saca el bisturí del cirujano]. Las pocas veces en que hay una alarma, siempre termina en falsa alarma. Ya lo vieron. Nunca seremos capaces de tener una catástrofe de primera clase" (pág. 48).

Dentro de los alcances de la *biopsia*, cada una de las llamadas telefónicas sirve una función distinta y opuesta: con la primera el autor suministra una droga que haga reaccionar al organismo y le

permita observarlo; con la segunda, devuelve el organismo a su estado inicial. Y mientras estos dos procesos se cumplen, Benedetti obtiene la *radiografía* interna que luego habrá de poner ante nuestros ojos, ahora ya condicionados para el acto quirúrgico.

Entre la galería de personajes, apenas identificables hasta aquí, hay uno, Ramón Budiño, quien al oír la primera noticia, sólo murmura dos nombres: "Gustavo, Dolly". La mujer que está sentada junto a él le pregunta: "Hace un rato dijiste: Gustavo, Dolly. ¿Dolly es el nombre de tu mujer?" (pág. 42). Justamente la respuesta de Ramón Budiño: "No, no es el nombre de mi mujer" (pág. 42), enlaza y ata este primer capítulo-síntesis de la obra con el resto. Porque a pesar de que fuera uno de los pocos que no se refiriera a su país con desdén, la respuesta abre aquí una brecha en su vida que ya no se podrá cerrar. Dicha herida tiene la forma de una *llaga* y de una *llama* que no fulmina sino que consume lentamente y para la cual no existe medicina. El sentido del título revela entonces por primera vez que se está frente a una gran crisis del espíritu que, iniciándose en Ramón, repercute en toda la estructura social. La experiencia semi-bufo del restaurante provoca y desata en Ramón un riguroso examen de conciencia, una violenta sacudida de su espíritu aletargado, que lo habrá de conducir por un camino sin retorno, en busca de respuestas satisfactorias a preguntas vitales y viscerales. Comienza así la segunda parte de la obra, la biopsia en Ramón Budiño, como radiografía modelo que condensa en una simple vida individual, una historia *colectiva*. El punto de vista salta a la primera persona, la de Ramón, para presentarnos la trayectoria de su existencia con episodios tiernos, sentimentales, socarrones y finalmente angustiosos y dilemáticos.

La novela presenta ante todo una *situación*, aparentemente trivial y convencional, aunque profundamente *irresoluble*. El núcleo de tal situación está representado por una figura poderosa e irremplazable que aquí se llama de varias maneras: padre, papá, Dr. Budiño, Viejo, Jefe, etc., para indicar su fuerza de atracción, sus poderes omnímodos, su indispensabilidad. Todo lo que está fuera de él no es más que simple arandela disponible en cualquier momento y que incluye: el mundo del hogar (esposa, hijos, nietos, cuñadas, etc.); el mundo del periódico (periodistas, empleados, lectores, obreros, etc.); el mundo público (editorialista, jefe y caudillo adinerado) y, el de sus relaciones privadas (amantes, etc.). Aunque existen manifestaciones de conflicto entre todas estas fuerzas antagónicas, la novela *escoge* y se concentra en el conflicto de incompatibilidad radical entre Edmundo Budiño (padre) y Ramón Budiño (hijo). Los demás se iluminan sólo de vez en cuando. El

confrontamiento es gradual pero irrevocable; porque de ahora en adelante los potentes lentes de esta cámara que los explora y enfoca no tendrán que extenderse en búsqueda de otros elementos de análisis, que ya ha encontrado en Ramón e indirectamente en el Viejo; podrá así ahondar en este *corte vertical* a partir de la superficie.

La *biopsia literaria* asume en esta segunda parte *dos* enfoques: de un lado está Ramón Budiño quien, habiendo logrado despertar a esta nueva realidad familiar y ambiental a partir de aquel episodio de Nueva York, decide tomar plena conciencia de su condición ahora que ha vuelto al Uruguay y a sus circunstancias habituales. No puede rechazar el bisturí que le cede el autor para que, haciendo de cirujano de sí mismo, logre operarse, abrirse hasta hallar esa herida interna que sangra y arde, este tumor que le debilita la voluntad y le envenena el corazón y de cuya existencia sólo tiene conocimiento por las manifestaciones externas que hemos denominado literal y metafóricamente *llaga y llama* (imágenes del odio). Del otro lado está el Viejo, quien, absolutamente consciente de su naturaleza de sanguijuela y de su estado ya largo de putrefacción y envilecimiento, de tumor reventado y mal oliente, incita, confía, espera que su hijo, ahora provisto del escalpelo, al descubrir inevitablemente las causas del mal familiar y personal, decide extirparlo, es decir, eliminarlo para lograr así una solución definitiva a su condición de carroña pestilente que sólo los perfumes (alabanzas) y el distanciamiento (poder) toleran.

Tiene razón el reseñista Rodolfo Privitera al decir así que en el libro de Benedetti: "...el mundo sigue dividido como en la vieja escolástica: bien y mal",⁴ a pesar de su irónica simplicidad, porque en el fondo las razones que motivan la rebelión de Ramón ante sí mismo y ante el *estado de cosas* que su padre ha creado e instituido como *modus vivendi*, no pueden ser otras que las de una gigantesca figura del Mal, un príncipe de las tinieblas que corrompe y envilece todo lo que está a su alcance. Y aunque no pueda decirse que Ramón hace el papel de otro Gabriel contra el dragón, puesto que hasta ahora ha vivido contaminado y sometido por el Mal, el enfrentamiento de estas dos figuras es de la más nítida estirpe escolástica. No cabe tampoco descartar la posibilidad de que la solución que Ramón pretendiera darle al conflicto y por medio de la que anhelaba hallar un camino viable hacia la liberación (redención), pudiera estar basada en el tipo de estado psíquico-

⁴ Rodolfo Privitera, "Gracias por el fuego" [reseña], *Nueva Narrativa Hispanoamericana*, Vol. 1:1 (enero, 1971), pp. 164-5.

co que produce la triste situación de vivir a la sombra, bajo el ala, en la penumbra de un poder superior (envidia). Llámese escolástica (Bien versus Mal) o freudiana (complejo de Edipo), lo cierto es que a través de ella, Benedetti logra crear este estado de alegoría o complejo con el que puedan verse, a manera de espejo, otros Ramones, otras familias, otros pueblos como el Uruguay del autor.

El *cor-te vertical* de Ramón Budiño le lleva al descubrimiento de ciertas facetas y estados que conviene examinar:

1. *Reconocimiento de su situación actual.* Partiendo de lo inmediato en el tiempo y en el espacio, Ramón inicia la pesquisa alrededor de las circunstancias en que transcurre su vida; se define escuetamente como hombre de edad mediana, tal vez con lo mejor de su existencia ya en el pasado, que es dueño de una agencia de viajes —financiada con dinero prestado— que garantiza y promete paraísos "artificiales" ("viajar con alegría"); que vive con las comodidades de la burguesía pudiente aunque con esta nueva sensación de vaciedad interna, y finalmente, cuyas acciones u omisiones van de todas maneras respaldadas con el "prestigio" del nombre de su padre, el "gran personaje":

—¿Usted es algo de Edmundo Budiño? pregunta Ruth Amezcua, a la izquierda de Ramón.

—Soy el hijo.

—¿El hijo de Edmundo Budiño, el del diario? —siente Ramón que otra voz, la de Marcela Torres de Solís, pregunta a su derecha.

—Sí, señora, el del diario y el de la fábrica.

—Caramba —dice Fernández, asomándose por detrás de Ruth—. Entonces es usted todo un personaje.

—En todo caso el personaje es mi padre. Yo sólo tengo una agencia de viajes.

De suerte que al reflexionar sobre esta sensación de inutilidad, encuentra Ramón que detrás del rencor que siente, yace esa zona de su personalidad carente de consistencia, de identidad, de naturaleza propia, como si su vida fuera un préstamo sin fondos, o el árbol que ha crecido a la sombra de otro (en su doble sentido de *protección* pero también de *opacamiento*). Y en la medida en que va ganando conciencia de su condición parasitaria, va asimismo perdiendo apego al *confort* material que le ha impelido a vender su alma a un falso dios.

Se sabe prisionero de su propio mundo inauténtico, cuya vaciedad se refleja y se cristaliza en esta sensación de "abulia enfermiza"

(p. 175) de quien se le han cortado las alas, se ha opacado para el vuelo libre. La nulidad de Ramón, asociada aquí con la sombra del Pecado Original que todo vicia (p. 75) y que en la terminología de Camus es sustituto del *absurdo*, se manifiesta en *tres* formas principales: 1) ama a Dolores, mujer de su hermano Hugo, a pesar de su naturaleza prohibitiva, quizá por afinidad espiritual frente al Viejo como enemigo común; 2) quiere re-educarse y educar al pueblo para que aprendiendo a pensar políticamente, no puedan ser sometidos por tiranos como su padre; sin embargo, no sabe llevar a la acción sus mejores propósitos:

Para el viejo soy un tipo de izquierda, y ese es su gran dolor de cabeza, aunque no lo confiese. Pero yo nunca firmé un manifiesto, ni me afilié a un partido, ni asistí jamás a un acto político, ni contribuí monetariamente a ninguna colecta. He eludido a esos mínimos sucedáneos de la acción. Toda mi militancia izquierdista ha consistido en hablar, en algún café, mal de los Estados Unidos, ja, y también mal de Rusia (pp. 209-10).

Y finalmente, 3) que siempre ha querido hacerle frente al padre y obligarlo a cambiar de rumbo a fuerza de convicción y razonamiento, pero en el encuentro, se amilana y retrocede:

A veces voy dispuesto a enfrentarlo, incluso preparo el discurso, una especie de declaratoria de mi independencia, y sin embargo, cuando llego frente a él se me borran las palabras... o, cuando me acuerdo, todo me sale sin convicción, como sabiendo de antemano que me va a mirar, va a sonreír... avasallándome con la ventaja que le da el saberse... superior a todo, menos a su propio futuro (pp. 102-3).

La mejor evidencia del estado de ineptitud actual de Ramón, viene dada nada menos que por el Viejo quien, en uno de sus soliloquios con Gloria, su amante, anota despaciosamente y con el doble propósito de criticar y azuzar al hijo hacia el parricidio:

Juega a ser izquierdista, él mismo está convencido de que lo es. Ja, Le di plata para que pusiera una agencia de viajes con la secreta esperanza de que me dijera que no. Pero aceptó... En las reuniones familiares, mira codiciosamente a Dolly, pero estoy seguro de que nunca se atrevería a hablarle, a tocarla, a acostarse con ella. *Un indeciso*, eso es lo que es. *Un indeciso y un cobarde* (pp. 132-3).

2. *Búsqueda de su verdadero yo en el pasado.* La insatisfacción por el presente hueco y viciado le llevará a ahondar en su pasado en busca del laberinto en donde cree haber extraviado su identidad verdadera, origen remoto de su condición actual. Dicha busca, hecha a través de vistazos retrospectivos y evocaciones, habrá de remontarse hasta los albores de su infancia, para luego volver enriquecida con una nueva dimensión de sí mismo; desde aquel lejano episodio de las diez cajas de soldados de plomo, regalo del padre complaciente, hasta el recuerdo de sus miedos de niño a la oscuridad del cuarto, y los gritos de terror que lanzaba en sueños y que concluían con la visita tranquilizadora del padre y la vuelta a dormir; o aquel otro episodio en que la prudente acción del padre bondadoso le mitigara el horror que produjo en su alma la muerte absurda de su primo. Todos estos gratos recuerdos vienen rubricados por el agradecimiento y el cariño hacia un hombre cuya figura no guarda en su mente ninguna semejanza con la del ser metamorfoseado en la realidad del Dr. Budiño de hoy. Pero el objetivo de Ramón va más allá de lo risueño; quiere descubrir las circunstancias en que su espíritu dio entrada al resentimiento; la ocasión precisa que propició el cambio al resquemor; el momento exacto en que el padre pasó en su mente a ser el Viejo; con el recuento que nos va a hacer, comprenderemos que la madre, víctima del Viejo y motivo para que alguna crítica haya visto la presencia del complejo de Edipo en Ramón, estuvo presente en dicha circunstancia crucial: el origen del *desencanto* se transcribe en la escena en que el entonces todavía adolescente testimonia un acto de crueldad y de injusticia difícilmente perdonable:

¿Cuándo le perdí el cariño? ¿Cuándo comenzó el desencanto? Papá y mamá detrás de la mampara. Me había ido a la Costa a estudiar física tercera. Pero me olvidé de la lapicera fuente y tuve que volver. Tenía puestos los zapatos de basquetbol, y además no hice ruido porque creí que dormían. Pero no dormían. Dejate, dijo Papá. Habría tenido que irme, eso hubiera sido lo correcto. Pero *quedé paralizado*. Dejate. Mamá lloraba. Mamá llora. Lo haces vos con todas, con todas, sólo soy una más, no puede ser, no puedo ser, no puedo Edmundo. La voz *inexorable*: Dejate. ¿Y los hijos, y los hijos, ni siquiera pensás en los hijos cuando andás con esas locas? La voz de mamá es como un hipo. Dejate. No puedo Edmundo, no puedo. Entonces suena el golpe de él y el grito de ella. Un golpe seco, humillante. Mamá querida, mamá. En seguida el silencio. *Paralizado*. *Quedé paralizado*. Yo tenía que haber entrado. Tenía que haberle dado con una silla en la cabeza. *Ahora lo sé, pero entonces estaba estupefacto*. Y además no podía

verla a ella desnuda, yo no lo hubiera soportado. Papá se había convertido en el Viejo... (p. 79). [subrayado es mío].

Es de notarse aquí la manera en que Ramón reacciona: estuvo *paralizado*, de la misma suerte que lo está hoy, paralizado como todas las víctimas del mago encantador; como lo están todos los que le conocen de cerca (Gloria, su madre mientras vivió, su hermano Hugo, etc.). El *sufrimiento* que caracterizó la conducta de la madre indefensa, aumenta el rencor y aviva el propósito de aniquilarlo a costa de cualquier precio. Al comprobar lo poco que logró hacer para remediar aquel *dolor*, Budiño habla de "Mi derrota" (p. 95) y se plantea algo que se emparenta con la condición existencialista, como única salida de la inutilidad, en tono que merece destacar aquí porque pre-anuncia la forma del desenlace y del dilema: o suicidio o parricidio:

Ahora es tarde y no sirve inventar los recuerdos. No vale hacerse trampas... Mamá poca cosa, pobre cosa... Mamá, no tengo comentarios ni defensa, ni excusas, *no tengo nada que decir*... porque cuando mamá cierra desesperadamente los ojos y mueve los labios con esa mueca de dolor, siento que también hay algo en mí que hace una mueca *sin resignación*, que algo en mí se crispa contra Nada, porque Dios y Destino y Materialismo Dialéctico son meros slogans que lanzaron Abraham y Spengler y Marx, no precisamente para formarnos o transformarnos o conformarnos, *sino para hacernos olvidar de las únicas metas razonables y obligatorias, verbigracia, el suicidio o la locura* (pp. 94-95) [subrayado es mío].

Un encuentro inesperado con un antiguo compañero de los días de escuela, saca a la superficie el incidente del "bruto trompazo que te dio Herr Hauptman" (p. 82), como anestesia contra el dolor —resistencia pasiva—, como tolerancia de la figura autoritaria —como la del padre— que reprime y cohibe y que después de todo termina deshecho y odiado: "... desde entonces no puedo sobreponerme a la sensación de distancia que experimento en los castigos, a una lástima inexplicable y tranquila hacia quien me castiga. Por eso mismo, el golpe no me convence de nada y en realidad siento alguna pena hacia el pobre Herr Hauptman, que, después de todo, ha quedado sudoroso y odiado" (p. 83). Pero en el caso específico del Viejo, la resistencia pasiva sólo ha contribuido a la perpetuidad del Mal y a la abulia y encogimiento del Bien; por ello el sufrimiento evocado aquí sirve de acicate para la ejecución de su plan "constructor".

3. *Revaloración de su vida sentimental.* Al contemplar el mundo de los afectos, Ramón se encuentra ante otra forma de la *nullidad* aquí denominada de varios modos, pero con la misma tónica de frialdad e indiferencia: es el *amor conyugal* hecho de hábitos y rutinas carentes de sentido (Ramón ante Susana), el amor-apariencia, el amor-negocio, el amor-científico, en fin, nada más que otro mecanismo de conducta roído también por la *inautenticidad* y que en escala mayor Rodríguez Monegal clasifica como: "... un infierno de puritanismo, de moral sin Dios, de política sin ideología, de sexo sin amor, de cursilería vergonzante." Porque, hay que decirlo, *Gracias por el fuego* es una novela en donde el amor está ausente aunque aparezca enmascarado bajo formas que a nadie engañan y que por el contrario, sólo contribuyen a este achatamiento de la vida del espíritu, a este infierno del sexo sin amor y sin pasión, en escenas de vida conyugal que se repiten hasta el infinito, sin alteración y ritualísticamente, y en las que parece que el espíritu se ha entorpecido para la apreciación de lo noble y bello. Una escena de amor-hábito es esta del desayuno en que se ve una vida de reacciones mecánicas e inútiles:

... es ella quien considera un deber levantarse para desayunar conmigo antes de que yo salga para la Agencia. Pobre Susana. Sin sus cremas y además con cara de dormida. Dice *querés más azúcar* como podría decir Feliz Año Nuevo. No sabe lo que dice. En este instante le tengo lástima, pero no debería tenérsela. Es simplemente terca. Se levanta conmigo para poner cara de mártir... (p. 73).

El amor de Ramón ha tenido también características de mero experimento frío y calculado. De juego ventajoso y a veces conveniente para el negocio de la Agencia, dada la manera en que lo expresa al referirse a la aventura con Mrs. Ransom: "Y lo injusto será —dice socarronamente— que esta vez fue en cumplimiento del deber profesional" (p. 71).

Su inautenticidad emocional alcanza todos los niveles familiares y sociales que van desde la simpatía fingida ante la tragedia de la tía Olga (pp. 87-88), el desprecio por la conducta "imitativa" del hermano "guarango" (p. 103), el estado de ósmosis en que mantiene relaciones con su esposa, con sus amantes ocasionales y en fin, con la clientela de su plan de "viajar con alegría". Este es un medio eficaz y peculiar que tiene Benedetti para hacer sus "ex-

⁶ Emir Rodríguez Monegal, *Literatura Uruguaya del medio siglo*. (Montevideo: Editorial Alfa, 1966). p. 310. [Todas las referencias a este libro de Rodríguez Monegal provienen de esta edición].

posés" en pantalla panorámica que todos vean y oigan y que el crítico Rodríguez Monegal sintetizara así: "...en las novelas de Mario Benedetti no sólo se refleja la tipicidad del país en este momento. Se refleja sobre todo una mentalidad clase media que encuentra en sus frustrados protagonistas una posibilidad concreta de identificación emocional. De alguna manera, los miles de lectores de Mario Benedetti se reconocen en Miguel, en Martín Santomé, en Ramón Budiño" (p. 307).

4. *Determinación de su futura conducta.* La biopsia de sí mismo le ha dado hasta aquí no sólo un modo de *ver* sino de *pensar* que se va perfilando en esta *auto-sugestión* hecha ante Dolores, ahora su amante, y con quien mantiene una alianza fundada en el desprecio común por el poder destructivo del Viejo:

—Tengo que matarlo Dolores.

Ahora más que nunca. Sé que voy a tener fuerzas; sé que no correré el riesgo de la conmiseración. Me siento libre de una hostilidad frívola, armada con rabietas, rencores, pobres estallidos. Tengo que matarlo para recuperarme a mí mismo, para hacer de una vez por todas algo generoso, algo desprovisto de falso orgullo, de cálculo mezquino. *Tengo que matarlo por el bien de todos, incluso por su bien...* (pp. 242-3).

Por lo cual no extraña que de pronto se encuentre pensando y acogiendo la idea de que el parricidio no puede verse como crimen, sino como un acto humano de liberación, de simple *deber*:

Creo que si él muriera, también se acabaría lo peor de mí mismo, quizá lo peor de este país... si no fuera su hijo, quizá ya lo habría matado. Pero si lo mato, nadie se dará cuenta del significado de mi sacrificio... además, soy el único que creo en la necesidad, en la urgencia de su eliminación, ¿tengo derecho a frenar ese acto de justicia, nada más que porque sea mi padre? (pp. 196-7).

Pero la enfermedad del abúlico y la propensión a la simple especulación teórica implícita en el último interrogante de la cita, habrán de revestir y contagiar de ahora en adelante el acto "puro" de liberación auto-impuesto. Siendo de carácter reflexivo y pusilánime, no deja de *oscilar* entre la más abierta forma de aprobación y de rechazo, casi simultáneamente, como lo demuestra su preocupación (social y convencional) de la manera en que la prensa iría a interpretar este acto trascendental:

¿Seré, después de todo, un asesino? Palabras mayores. Un asesino. 'Hijo desnaturalizado ultimó a su padre'. Generalmente se habla de madres y padres desnaturalizados. 'La envidia como móvil de un horrible parricidio'. Vamos a ver: ¿con qué titulares sería anunciado por el diario del Viejo?... (p. 198).

La creciente vacilación ante el hecho ya cercano parece risible frente al esquema de preocupaciones burguesas de las que no ha podido todavía deshacerse totalmente. La escena ante Susana es un buen ejemplo:

Mejor será que no despierte. Tengo que evitar toda tentación que me haga vacilar. Tengo que ser duro e inflexible, y lo más probable es que si desayuno con Susana, llegue a serme particularmente difícil permanecer sereno frente a las tostadas con gusto a hostia, y a la manteca blanduzca que anoche olvidaron poner en la heladera (pp. 258-9).

o aquella otra escena, apenas posterior, en la que se aterroriza de sólo pensar que la vista de Dolores lo haga arrepentirse, al mismo tiempo que medita sobre la responsabilidad "moral" que el hecho tiene ante su hijo Gustavo:

Me faltan cinco cuadras para llegar a lo de Hugo. Tengo que decidir si bajo allí, por un instante, nada más que para ver a Dolores. Pero también puede acontecer que si la veo, mi decisión pierda consistencia. Y no puede ser. Tengo que matarlo. Creo que Gustavo nunca me lo perdonó. A menos que el secreto esté en otra parte (p. 262).

De todos modos, diez páginas más adelante y después de tanto devaneo intelectual, hemos de verle sintiéndose "desacomodado" como prueba de su rebeldía y liberación definitiva de las ataduras burguesas. Así lo afirma, insistiendo en su carácter peculiar en conflicto con los intereses medianos y mediocres; bien podría tomarse como *manifiesto* del burgués que, de súbito, se siente *desacomodado* en medio del bienestar reinante:

...en este país de tipos como yo mismo, desacomodado en mi apellido porque reniego de toda la inmundicia que hoy lleva implícita el nombre Budiño; desacomodado en mi clase porque mi bienestar económico me duele como una culpa... desacomodado en mis creencias... porque extraigo mis recursos de un sistema de vida totalmente opuesto al que prefiero; desacomodado en mis relaciones, porque

quienes participan de mi nivel social me consideran poco menos que un bellaco...; desacomodado en mis sentimientos, en mi vida sexual, porque he conocido la plenitud y desde entonces soy consciente de que lo demás es un pobre sucedáneo... desacomodado en mi profesión... desacomodado frente a mi memoria, porque las buenas cosas que anunció mi infancia, las protecciones, las esperanzas, las osadías, se han quedado todas en el camino, y el recordar se me vuelve así un mero registro de frustraciones (pp. 273-74).

Surge aquí un incidente, aparentemente ajeno a la meditación del parricida decidido, que de improviso contribuye enormemente a que la balanza se incline, como habremos de verlo, por el suicidio. Se trata del hallazgo del *cáncer* como enfermedad y como pensamiento definitivo y sin sustitutos; las frecuentes referencias a tal dolencia, distan mucho de ser casuales y por el contrario son intencionales y están matizadas de la condición problemática de Ramón *aquí* y *ahora* y realzan la idea del *cáncer* como *hallazgo final* de la biopsia que ha venido ejecutándose. Estas dos alusiones sirven de estímulo a un enfermo de la voluntad que se siente nulo; uno es el ejemplo de Ríos, el turista condenado a morir de *cáncer*, que no pierde el humor (p. 154) y no desea *incomodar* a nadie; por eso decide viajar, marcharse. Ramón medita, edificado por la actitud de Ríos ante lo irremediable:

Este hombre. Y aparentemente tan tranquilo... Es peor que ver un muerto. Mucho peor. Porque Ríos está decretadamente muerto, pero a la vez lo suficientemente vivo para darse cuenta de que está *condenado*. No acabo de entenderlo. Debe haber algo no totalmente limpio en ese sosiego un poco absurdo... No obstante, tiene buena cara, ojos *sin rencor*. Todos tenemos que morir, pero lo terrible es saber cuándo acabará la cosa... (p. 155).

La segunda ocasión, es su referencia al *cáncer* para confundir y despistar a su mujer, extrañada por las "rarezas" de su conducta de los últimos días:

—¿Por qué no ves a Roig? [el médico]

—Es inútil. Siempre me encuentra perfecto. Hasta ahora lo más grave que me descubrió fue un quistecito sebáceo. Eso es muy poco para pagar treinta pesos por cada consulta. Uno les paga con gusto cuando el médico dice: Querido amigo, cuánto lo lamento, *usted tiene cáncer* (p. 118),

5. *Solución del dilema.* A punto de cumplir lo que a todas luces parecía inevitable, Ramón el indeciso, echa al suelo todos sus planes de auto-sacrificio y liberación, cuando cree *pre-sentir* que, enfrentado al padre en la hora de la verdad, no podrá abrir fuego. Esta meditación, revestida aquí por el sentimiento sincero de un hombre que ha traído con su escalpelo hasta la superficie el mal (cáncer) y que ha renegado del contagio, admite para sí y para todos su derrota de cirujano que no puede extirpar tejidos infectados para dar vida a los que aún están sanos:

Sé que si me mira con los ojos de papá, *no podré apretar el gatillo y entonces todo estará perdido para siempre.* Me habrá derrotado definitivamente y desde ese instante seré una *basura*. . . antes de disparar, tengo que hablarle, tengo que explicarle por qué un hijo puede llegar a esto tan rebosante de odio, tengo que decirle que no le perdono haberme destruido, y sobre todo, que no le perdono haber destruido la imagen suya que admiré, que quise, que necesité (p. 287).

Las meditaciones que siguen a partir de esta reflexión confirman que el antiguo dilema formulado como: *o él, o yo*, está ya de alguna manera resuelto; con la peculiaridad del abúllico, a medida que razona, se convence de su inhabilidad para cambiar el rumbo de las cosas:

Los hombres de mi clase, de mi generación, de mi país, no matan a sus padres. . . honro a mi padre *por pereza*, por no escupirlo, por no revelarles que aquella tarde yo estaba escondido detrás de la mampara. . . porque *me he contagiado del dinero, porque soy un leproso* de confort, porque los ochenta mil tipos que diariamente se mueren de hambre en el mundo me importan menos que la falluta mácula de mi pudibunda conciencia, porque, porque. *Honro a mi padre porque me deshonro* (pp. 288-9).

La razón prevaleciente hasta aquí en cada una de sus disecciones y cortes de la sociedad que ha examinado al examinarse a sí mismo, da cabida a una forma de demencia o irracionalidad ocurrida por el peso mayor de sus escrúpulos ante los imperativos de la mente. De pronto, su lenguaje aparece contaminado de incoherencia, peculiar a un cerebro que funciona a la deriva al comprobar el fracaso de su plan de evasión ya aceptado y a punto de ejecutarse.

La *demencia*, consecuencia directa del dilema, viene sintetizada por el inminente deseo de concluir, de estrellarse contra el muro que cierra este callejón sin salida, frente a lo irresoluble que propu-

siéramos al principio como encrucijada de naturaleza existencialista y que aquí cierra el capítulo de la vida de Ramón con el grito desesperado de "Bastaaa" (291) mientras se desploma del noveno piso.

Desde el punto de vista del Viejo, la *biopsia literaria* asume variantes: en primer lugar, el Viejo sabe ahora, como lo ha sabido durante largo tiempo, que su condición actual ha sido permitida y tolerada debido a la pusilanimidad y escrupulosidad de quienes —como su hijo— hubieran podido detenerlo. De aquí que hable de sus "desmanes" con jactancia, a través del personaje de Gloria como único testigo de estos monólogos con apariencias de diálogo: "Cómo querés que no desprecie a la gente si la gente me acepta como soy. Desde el comienzo fuera para mí una tentación espantosa: estafarlos, joderlos. Pero eso sí, prometiéndome formalmente que al *primer alerta*, al *primer síntoma* de que su sensibilidad *funcionaba*, no tendría inconveniente en *retroceder*..." (p. 131); o con términos aún más displicentes acerca de su papel de "ángel del Mal", cuando anota brutalmente: "Yo no tengo dudas. Me tocó nacer en un país de mierda, y yo le correspondo. Lo uso para mí, eso es todo" (pp. 114-5). Pero no nos engañemos, porque, por otra parte, el Viejo también sabe que su condición es desesperada y que requiere ayuda de fuera, y que por sí mismo, no podrá zafarse, ni mucho menos poner fin a su lamentable estado de descomposición. Lo cual explica por qué, comprendiendo el odio y desprecio que su hijo siente hacia él, le incita a que lleve a cabo su plan de muerte con palabras duras y de reto:

Me odia tanto que quisiera verme muerto... nunca conseguirá el valor suficiente para cometerlo... Ahora ya no hay solución entre él y yo... Cada vez me odiará más. Cada vez lo despreciaré más. Ahora, *sólo podría salvarse si se decidiera* de una vez por todas a acabar conmigo. En el momento en que me apuntara con un revólver, en el instante mismo del foganazo, yo lo estaría queriendo y perdonando... (pp. 133-4).

Sin embargo, en la escena final, está el Viejo perplejo y anonadado no sólo porque su hijo se ha matado, poniendo así fin a su dilema, sino porque lo ha dejado *abandonado* a su suerte de enfermo *incurable*. El Viejo sólo logra reproducir y recontar, con frases de incredulidad, episodios semejantes a los que reconstruyera y recontara su hijo Ramón en busca del origen de su odio, de su nulidad; con la gran diferencia de que al Viejo no ha sido dada la alternativa —delicada, pero después de todo alternativa— de escoger, entre ser víctima o verdugo. Y justamente aquí la última de sus víctimas

paralizadas por el miedo, Gloria, su amante de veinte años, lo *abandona* como antes su esposa y, luego Ramón quien, según Gloria: "... consumó su venganza ... porque esa muerte ha vuelto vulnerable a Edmundo Budiño. Esa amenaza que no se cumplió ha colocado muchas amenazas en el aire. Gracias por el fuego" (p. 308).

La novela se cierra después del portazo de Gloria, dejando cierto sabor agridulce que contiene la remota esperanza propuesta por Benedetti de que tal vez se podrá edificar sobre las ruinas (extirpar para sanar) y que la chispa, el fuego, el ejemplo, tienen, después de todo, una virtud purificadora contra el veneno y redentora contra la corrupción de la carne y del espíritu.

JOSE LUIS CASTILLO-PUCHE

Por *Alfredo GOMEZ GIL*

NACIÓ en Yecla (Murcia), ciudad de cierto abolengo en la literatura española, ya que de ella escribieron Azorín, (*LA VOLUNTAD*), Baroja, (*CAMINO DE PERFECCION*), Eugenio Noel, Solana, Ramón Gómez de la Serna, etc.

Nada extraño que Castillo-Puche comience a escribir bajo el impacto de este pueblo que, geográficamente, cabalga entre el Levante español y La Mancha, pueblo típico de la "España negra". Por levantino también recibió en sus comienzos la influencia del sensualismo frutal y arrebatado de Gabriel Miró, que está patente en sus primeros relatos. Más tarde evoluciona hacia la simplicidad de Azorín y el magisterio de Baroja. La influencia "tremendista" de su pueblo se manifiesta en sus primeras novelas, *CON LA MUERTE AL HOMBRO*, *EL VENGADOR*, *HICIERON PARTES*, hasta el punto de que en alguna de ellas, como *EL VENGADOR*, puede decirse que el pueblo es el verdadero protagonista.

Después de verse envuelto en las vicisitudes de la guerra civil española, (1936-1939) como todos los jóvenes de su tiempo, ingresa en la Universidad Pontificia de Comillas con la intención de hacerse sacerdote, momento de su vida que se refleja, en cierto modo, en su primera novela, *SIN CAMINO* (La primera que escribió, aunque por culpa de la censura no pudo publicarse en España y salió en La Argentina —Ed. EMECE, colección de "Grandes Novelistas"— en 1956. En esta novela se relata el fracaso, más o menos biográfico, de su vocación sacerdotal.

Abandona Comillas y pasa a estudiar Filosofía y Letras primero en Murcia y luego en Madrid. Atraído por el periodismo viajero, cursó estudios en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid y desde el año 1946 se dedica de lleno a la tarea literaria y periodística.

Al igual que su admirado amigo el escritor americano Ernesto Hemingway, Castillo-Puche ha alternado su producción literaria y novelística con el periodismo. Como enviado especial ha recorrido Europa, gran parte de Africa y toda América. En los años cincuenta

recorrió Marruecos y el desierto de Sahara. De este viaje fueron fruto sus crónicas tituladas "Nomadeando por el Sahara". En 1960, reciente la independencia del Congo Belga, visitó aquel país y a su regreso publicó un volumen titulado **EL CONGO ESTRENA LIBERTAD**.

De 1958 a 1959 recorrió durante catorce meses toda América, desde la Patagonia a Estados Unidos, experiencia que relató en un grueso volumen titulado **AMERICA DE CABO A RABO**. Fue precisamente Ernesto Hemingway, a quien conoció en España en 1954, quien le consiguió una invitación del Departamento de Estado para visitar por primera vez los Estados Unidos, en 1958. También como resultado de este viaje publicó en 1963 una novela titulada **ORO BLANCO**, que trata de la vida de los pastores vascos en los estados del Oeste americano, (Idaho).

Como resultado de sus aventuras periodística, y no la menor de ellas, se encuentra actualmente desempeñando en Nueva York una corresponsalía del diario **INFORMACIONES** de Madrid.

Aunque ha cultivado el ensayo, el cuento, y por supuesto el libro de viaje, la crónica, el reportaje, la obra más importante de Castillo-Puche, y más leída, es su obra novelística, que le ha valido además los premios más apreciados de la literatura española.

Obras publicadas

Memorias íntimas de Aviraneta, o "Manual del Conspirador". Ensayo histórico-literario. Biblioteca Nueva. Madrid. 1953.

Con la muerte al hombro. Novela. Biblioteca Nueva. Madrid. 1954.

Misión a Estambul. Novela corta. "La Novela del Sábado". Madrid. 1954.

El vengador. Novela. Planeta. Barcelona. 1956.

Sin camino. Novela. EMECE. Buenos Aires. 1956.

Hicieron partes. Novela. Ed. Escelicer. Madrid. 1957.

América de cabo a rabo. Libro de viajes. Cid. Madrid. 1959.

Diario íntimo de Alfonso XIII. Ensayo histórico. Biblioteca Nueva. Madrid. 1960.

El Congo estrena libertad. Libro de viajes. Biblioteca Nueva. Madrid. 1961.

Paralelo 40. Novela. DESTINO. Barcelona. 1963.

Oro blanco. Novela. Cid. Madrid, 1963.

Guía de la Costa Blanca y Costa de La Luz. Ed. Noguer. Barcelona. 1964.

El perro loco. Novela corta. Ed. ELFAGUARA. Madrid. 1965.

Hemingway entre la vida y la muerte. Ensayo-Elegía, DESTINO. Barcelona. 1968.

¿EN SU CONDICION DE PERIODISTA Y ESCRITOR NOS PODRIA DAR SUS IMPRESIONES ACERCA DE LAS DIFERENCIAS QUE ENCUENTRA EN EL DESEMPEÑO DE ESTAS DOS FUNCIONES SEGUN SEAN EJERCIDAS EN ESPAÑA O EN USA?

El descubrimiento inicial acaso sea una gran sensación de libertad aunque no tanto en el ejercicio de la profesión como en potencia, es decir, como posibilidad y facultad. Uno se siente con posibilidades de expresión y de crítica absolutamente nuevas y desconocidas. Pero esto no es sólo porque uno venga de España, sino que en gran parte es una sensación inherente a la condición de corresponsal, de tal modo que lo mismo —aunque en grado menor, por supuesto— la siente, sin duda, un corresponsal americano en España. Y es que al escribir de otro país, de otras situaciones, de otra política, de otra sociedad, uno se siente liberado de muchas cortapisas que no siempre la ley, sino incluso las costumbres y los puntos de vista nacionales, le imponen.

Pero uno no tarda en descubrir tampoco que esta sensación es un tanto falsa y en seguida uno descubre también obstáculos y dificultades para la plena expresión de lo que siente y como lo siente. En primer lugar porque el periodista corresponsal escribe para un determinado país y un determinado periódico y debe adaptarse no sólo al país sino a los criterios e imperativos del periódico. (Naturalmente, nunca se trata de violar esencialmente la objetividad ni la verdad informativa sino de adaptarse al carácter especial del país y de la publicación). Y esto sucede también, como digo, con los corresponsales americanos cuando escriben de España, cosa que uno nota perfectamente aquí cuando lee sus crónicas. Muchas veces es, por ejemplo, la selección de los temas y aun de las noticias lo que se impone sobre el gusto o el deseo del corresponsal.

Con todo, es indudable que aquí el periodista se impregna fácilmente de una especie de vocación nueva al comprobar el clima de libertad que impera y que le hace a uno sentirse capaz de soltar todo el espíritu crítico contenido y almacenado. A veces ni es necesario ejercitar esta libertad para sentirse confortado, ya que se trata de una previa disposición anímica, psicológica, casi diría que biológica. Esta disposición es sobre todo muy saludable para la recta interpretación de los hechos. La falta de libertad en periodismo, sobre todo actuando a lo largo de años, sobre generaciones, acaba por embotar el sano juicio de los informadores y crea una

especial y monstruosa habilidad para el subterfugio, el disimulo y la evasión capaz de deformar muchas veces los mejores talentos.

La libertad para el periodismo es tan esencial como el aire puro, —ahora que tanto se habla de la "pollution"— para los pulmones humanos. Por eso cuando una democracia está en crisis lo primero que intenta es hacer callar a la prensa, y esto lo estamos viendo en USA en estos momentos en que hay una verdadera ofensiva de ciertos elementos oficiales para intimidar a la prensa y sojuzgar su libérrima actuación en este país. Esta ofensiva ha comenzado con los ataques del vicepresidente Agnew y todo el sistema en cierto modo policíaco desplegado por el departamento de justicia bajo el mando del Attorney General, Mitchell, para controlar la prensa y hasta para utilizar policíacamente sus archivos y su personal, cosa insólita en USA. Esta sorda lucha entre reacción y radicalismo liberal es lo que ha hecho temer a algunos analistas que la democracia americana pueda inclinarse hacia una especie de fascismo, más o menos disfrazado, si el manantial de libertad civil que es la Constitución americana no encuentra los recursos de salud democrática suficientes para imponerse.

Como escritor y ya en el terreno de la obra literaria, las diferencias son más notables. Aquí la obra literaria se concibe y se proyecta con mayor espontaneidad y naturalidad. Frente a una sociedad "en tumulto" como ésta, el escritor se siente por fuerza, no sólo estimulado al máximo, sino como "liberado" de prejuicios y criterios prefabricados.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que mi experiencia es la de Nueva York, que no es ni mucho menos la del resto de USA. El espectáculo humano de Nueva York es fascinante para un novelista, acaso incluso con peligro de resultar esterilizante de puro brutal, como la droga si se toma en dosis excesivas.

Sin embargo, todo este mundo espero que produzca sus frutos literarios en el conjunto de mi obra más adelante. De momento, uno no puede evitar el ser en cierto modo una isla trasladada, supeitada la íntima capacidad creadora al conflicto que uno traía dentro, ya que cuando una vocación se hace problemática en su propio país y para los conflictos del propio país, esta problemática se sigue imponiendo por mucho tiempo en cualquier ambiente. Algunas veces incluso no se llega a la liberación, y un ejemplo son justamente los escritores españoles exilados que después de treinta años siguen escribiendo en USA o en donde sea con problemática española.

Aun así, el ambiente aquí es altamente estimulador incluso para una preocupación anterior y para una problemática anclada en si-

tuaciones vividas en nuestro país, las cuales reciben una nueva dimensión y un enfoque más universal.

Peró a menudo temperamentos como los nuestros —los hispánicos— el enfrentamiento con países como los Estados Unidos más bien tiende a aglutinar y despertar el sentimiento de rebeldía y el siempre latente individualismo, tantas veces dormido o adormilado por las circunstancias.

De todos modos, podríamos decir que en todas partes el periodismo es una esclavitud y que también en todas partes el escritor está comprometido con su conciencia y con su problemática interna. Pero dentro de estas limitaciones, USA ofrece tanto al periodista como al escritor unas condiciones de ambiente, economía y libertad óptimas.

¿QUE TIPO DE INFLUENCIA VE USTED QUE PUEDE OPERAR MAS POSITIVAMENTE EN LA OBRA DE UN ESCRITOR ESTABLECIDO AQUI?

No creo que se pueda generalizar en el caso de los escritores, ya que cada uno suele ser sensible a distintas influencias. En el mío personal, debo separar lo periodístico de lo literario. En periodismo la influencia más positiva es el funcionalismo, el rigor informativo, la objetividad y, en otro plano de la actividad periodística, la abundancia del material periodístico y la facilidad de acercarse a las fuentes, todo lo cual opera muy beneficiosamente sobre nuestra labor, no sólo desde el punto de vista instrumental sino desde el punto de vista interior creando una mayor responsabilidad ante la tarea informativa e interpretativa.

No hay nada acotado en USA para el periodista, cuando incluso la que se llama "materia clasificada", por ejemplo de defensa, es a veces objeto de asalto por parte de los informadores. Es de la incumbencia de los organismos oficiales defender el secreto de ciertas materias, pero si el informador logra, por los medios que sean, penetrar ese secreto, no hay ley que le impida publicarlo. Esto es tan sorprendente para los que arribamos aquí desde España que crea, como digo, una nueva obligación de apurar, aquilatar y completar al máximo la obra informativa, al mismo tiempo que proporciona una ejercitación inapreciable en el empeño de objetividad, de ceñirse a los hechos abarcando al mismo tiempo el conjunto. Desde este punto de vista, como práctica y ejercitación de periodismo auténtico, no hay nada comparable a este país.

En cuanto escritor, la cosa es muy distinta, desde el momento, como ya dije antes, en que la influencia sobre las vivencias internas que han de ser fruto literario, es mucho más lenta, exige mayor reposo y, como digo, la influencia acaso se deje sentir mucho más tarde en mi obra. Sin embargo repito también que la influencia estimulante, despertadora incluso de los sueños dormidos, es también altamente positiva. Pero en el escritor como tal siguen imperando la educación recibida, los problemas que larvaron nuestra original vocación e incluso la nostalgia del mundo propio, y cuanto más sufrido y batallado más fuertemente presente.

¿EN QUE CONDICIONES SE DESARROLLA EL PERIODISMO EN USA?

Lo más saliente en el periodismo de USA es la abundancia de medios con que opera, las facilidades que encuentra y la riqueza de la documentación a su alcance. Pero esto mismo hace que la competencia sea muy grande y la exigencia de rigor y al mismo tiempo de sensacionalismo, conviertan a pesar de todo la profesión en una profesión durísima, si bien fascinante, ya que participa un poco de la aventura del espionaje y de la pesquisa policíaca. Esto es lo que ha dado lugar a toda esa serie de películas típicamente americanas en las que son los periodistas los que descubren al criminal o desentrañan las más complicadas intrigas de tipo delinciente. Un ejemplo muy último lo tenemos en las masacres del Vietnam, que han sido descubiertas y sacadas a la publicidad por los periodistas. Fue un periodista de la Associated Press el primero que, juntando indicios y buscando testigos, reveló la existencia de las masacres.

En este sentido, el periodismo americano es a veces implacable y, según el concepto tradicional de moral social de nuestros países, se podría decir que es amoral. La exactitud informativa, es decir, la verdad, está por encima de cualquier otro motivo, incluso el nacional, como indica el ejemplo que acabamos de citar de las masacres del Vietnam.

Esto no quiere decir, sin embargo, que no existan también, aunque de manera ocasional, nunca como sistema, restricciones causadas por la imposición de criterios dictados desde arriba, pero siempre desde los intereses de las distintas empresas periodísticas, que son privadas, y solamente en el caso de la relación de USA con el exterior se imponen los criterios, a veces incluso de una manera

ostensiblemente parcialista, de los intereses de USA o de la supremacía norteamericana en el mundo.

Con todo, el periodismo norteamericano mantiene siempre un tono de autocrítica admirable y un sentido de reforma que sería injusto negar que desempeña un papel muy importante en la adcentación —valga la palabra— de los asuntos públicos así como de la higiene mental y de criterios del individuo, aunque también, como siempre sucede con posturas tan radicales es a veces responsable de una parte del caos y de la confusión que en determinadas ocasiones o sobre determinados temas se apodera del país, y que procede sin duda del modo anárquico, arbitrario, incontrolado por unos criterios establecidos, asistemático y, por supuesto, antijerárquico con que se plantean problemas y se enjuician hechos ante un público ávido de sensacionalismo pero no siempre preparado para digerir una información tan descarnada y cruda.

El afán de lo novedoso como materia periodística, la curiosidad extrema del público que se intenta servir, el morbo con que a veces se saltan todas las barreras con una actitud intermedia entre la inocencia y el descaro, producen esta fuerte sensación de amoralidad peligrosa en el estadio actual de la sociedad de USA. Aun así, cabe alabarlo porque lo único que cabe lamentar es que la sociedad no esté preparada para esto, que tiene que ser la ética periodística ideal para un estadio social futuro que quisiéramos vislumbrar como factible.

Por todo ello, mucho se puede aprender del periodismo americano, si uno tiene criterios propios de selección y de síntesis.

¿EN QUE CABRIA COMPARAR EL PERIODISMO DE USA CON EL ESPAÑOL?

Hablando un poco en general, yo diría que no hay comparación posible, porque ni en medios, ni en procedimientos, ni en enfoque y propósitos hay paralelismo posible.

Los periodistas americanos tienen mucho más respaldo económico, con lo cual cuando llegan a figuras de renombre tienen una independencia de juicio ilimitada, cosa que nunca sucede en España ni aún con las figuras consagradas.

Más que de semejanzas, cabría hablar aquí de diferencias.

En primer lugar, en USA se paga y se estima convenientemente la especialización, cosa muy importante, mientras en España todos creemos que servimos para todo en periodismo; el resultado es la improvisación y la superficialidad.

En USA literatura y periodismo están y son derroteros más separados mientras en España todo periodismo casi diríamos que se tiñe de literatura, estropeando y perjudicando al verdadero periodismo. Entre nosotros abundan los periodistas que son escritores frustrados y la carrera está llena o de escritores que acaban en periodistas literaturizados o de periodistas con nostalgia de literatos que con frecuencia también y con un poco de suerte y de nombre acaban en profesores de periodismo, lo cual es el cuento de nunca acabar.

El periodismo americano es más funcional, pura máquina, pura objetividad, dentro de lo que cabe humanamente. No existe el sentido orientador y sermonario de nuestro periodismo. El periodismo español está plagado de la manía pedagógica y de la moraleja, cuando no de un sentido patrioter o ideológico pero de fácil alcance. El periodismo americano, como ya dijimos prescinde en absoluto de la manía orientadora, dejando que sean los hechos los que ayuden al lector a definirse, —aunque como hemos dicho también sea en algunas ocasiones tendencioso incluso—. Es curioso que en España, donde no existe en estos tiempos la política como juego ciudadano, los periódicos tienen casi todos su color político, mientras en USA los grandes periódicos podrán tener sus simpatías pero no suelen tener una política definida. En este sentido son órganos de opinión al servicio del público de cualquier partido.

¿COMO CONSIDERAN LOS AMERICANOS A SUS PERIODISTAS?

En USA, como en todas partes los grandes periodistas, lo que podíamos llamar el "estado mayor" o las "vacas sagradas" del periodismo, son figuras intocables. Son los grandes comentaristas, los columnistas de renombre, figuras respetadas y admiradas a caballo entre el mundo académico, político y periodístico.

Pero lo que es verdaderamente admirable es el trabajo de la que llamaríamos "tropa" periodística, esa masa casi anónima de reporteros que son los que dan eficacia al periodismo americano sin apenas recibir recompensa de la fama. Aunque lo que el pueblo americano admira y aprecia más en periodismo es la audacia, la osadía, el descaro para la persecución del hallazgo sensacional, este trabajo duro y esclavo, —arriesgados en la calle y temerarios en la guerra— siempre en vanguardia de los acontecimientos, —ellos llegan muchas veces antes que los bomberos o los policías y ellos mueren y son heridos en los frentes casi en proporción mayor que

los soldados— sin embargo, el pueblo americano, si bien los admira, los considera unos seres aparte, bohemios, bebedores, aventureros, que alguna vez pueden alcanzar incluso celebridad pero fugazmente, fama que muere con un tema, un reportaje y a veces con un libro.

La autoridad periodística en USA nace casi siempre de la especialización y el escalafón es muy riguroso y establecido, una especie de catálogo de honor en el que es difícil subir.

SE DICE QUE EL PERIODISMO EN USA ES UN GRAN CLAN QUE NO ADMITE FACILMENTE A LOS COMPAÑEROS EXTRANJEROS. ¿QUE TRATO COMO CORRESPONSAL RECIBE DE SUS COLEGAS AMERICANOS? ¿EXISTE ESTIMACION PARA EL PERIODISTA EXTRANJERO?

Hay algo de eso.

Los encuentros y la relación de los corresponsales extranjeros con periodistas americanos son puramente funcionales, ocasionales y raras veces se llega a relaciones más profundas, sociales o familiares, pero esto debe ser general en todas partes. Hay que tener en cuenta que la profesión de periodista es una de las más perjudicadas por el espíritu de competencia profesional.

Sin embargo, los periodistas que estamos destinados en Nueva York tenemos en este aspecto una suerte enorme, porque nuestro ambiente natural son las Naciones Unidas donde, en la UNCA (United Nations Correspondents Association), los periodistas extranjeros, —aunque de hecho nadie es extranjero en la UNCA ni en las Naciones Unidas—, quiero decir por lo tanto los corresponsales del mundo entero, encontramos un clima estupendo de relación mutua y es frecuente que, por afinidades nacionales, surjan incluso amistades y colaboraciones de tipo admirable y a veces más profundas que las meramente profesionales.

Aunque en la UNCA hay siempre un cierto predominio de periodistas americanos —el presidente, aunque elegido por votación, suele ser americano, inglés o francés, pero este mismo año se presentó como candidato a la vicepresidencia el decano de los periodistas españoles en Nueva York, Guy Bueno— el trato entre los corresponsales es de nivel internacional sobre una base de igualdad y cordialidad grandes, sobre todo por bloques afines, por ejemplo los españoles con los hispanoamericanos, italianos, etc. En la UNCA somos más de doscientos miembros, corresponsales de los 126 países que integran la Organización mundial y todos los periodistas

nos sentimos allí como en nuestra propia casa, o digamos en nuestro propio país.

En cuanto a los periodistas americanos es verdad que mantienen ciertas distancias y también que muchas veces operan sobre ellos prejuicios que nacen de criterios preestablecidos y que conducen alguna vez a discriminación, por ejemplo, para ellos un periodista español, como no intervengan otras recomendaciones, es siempre por fuerza un servidor del régimen español y pocos profesionales aquí tienen curiosidad por llegar al fondo de la cuestión cuando se trata de extranjeros. Para eso están los especialistas. Pero también es verdad que esta discriminación muchas veces surge por puro espíritu de honradez en los periodistas americanos y también por efecto de un simplismo y limitación con que se reparten las preferencias, las reticencias y hasta las aversiones. Pero muchas veces basta una explicación y un poco de trato más a fondo para vencer estas barreras establecidas a priori.

Sin embargo, todo esto es anecdótico y, por otra parte, los periodistas americanos, que tan libre y duramente ejercen la crítica con su propio país, es natural que mantengan la idea de que pueden discriminar con los extranjeros.

Con todo, se puede decir en general que, si no hay mucho trato sí hay un total respeto con los periodistas extranjeros. En cuanto a los organismos oficiales o relacionados con la prensa, se esmeran en general por servir y tratar bien desde el punto de vista informativo y profesional a los periodistas extranjeros. Lo que se podría decir la burocracia americana encargada de servir a los corresponsales —aquí en Nueva York tenemos un Centro de Corresponsales eficazísimo— es amable, generosa, imparcial y eficiente.

¿PERMANECERA MUCHO TIEMPO EN LOS ESTADOS UNIDOS?

No depende solamente de mí sino de mi periódico. Pero mi deseo no es permanecer mucho tiempo. Acaso si hubiera venido más joven podía permitirme una estancia más prolongada, pero de todos modos no sólo estoy muy contento de haber venido a vivir aquí unos años sino que espero estar algunos más en este gran país y en momentos tan críticos y tan interesantes de USA. Creo que estos años serán muy útiles para mi obra como escritor y como periodista por supuesto representan para mí un superaprendizaje y algo que puede llenarme de vivencias y de experiencias que tendrán

luego su expresión en mi obra literaria. Este formidable país hasta en sus tragedias y desastres encierra un gran magisterio.

Desde un punto de vista subjetivo y a pesar de las tensiones del trabajo y de otras tensiones propias de la crisis de esta sociedad "in turmoil", encuentro que el estar aquí algún tiempo, como escritor, representa una riqueza extraordinaria que no me será fácil cortar y decidirme a prescindir de ella.

Todo esto quiere decir que tengo la impresión total de no estar perdiendo el tiempo, a pesar de lo poco que puedo escribir en mis libros después de atender a la correspondencia. Pero llegará el momento de recogerse y entablar seriamente y a solas con uno mismo la lucha con el propósito principal no sólo de este viaje sino de todo el quehacer de la propia existencia.

Y entonces descubriremos que algo habrá quedado, y algo importante, de estos años.

¿SE QUEDARIA INDEFINIDAMENTE A VIVIR EN USA?

No. Aunque, como acabo de decir, considero mi estancia en USA muy útil desde el punto de vista de mi obra, no pienso quedarme, ni mucho menos, indefinidamente. Sin embargo, también me gustaría, una vez que haya vuelto a España, poder volver alguna vez y no perder del todo el contacto con este país y sus experiencias siempre interesantes.

¿POR QUE?

Para mí la vocación periodística y mi dedicación incluso a la novela, van unidas a mi afán viajero. Salir fuera de vez en cuando es para mí no sólo una ventaja profesional —como para otros— sino que es más bien una necesidad y mi vida ha sido un constante viajar. La afición y la manía de alejarme de mi rutina diaria es mi enfermedad, mi vicio o mi placer, como se quiera tomar. Reconozco que soy un empedernido viajero, como dije en mi libro AMÉRICA DE CABO A RABO: "Está demostrado que de vez en cuando no tengo más remedio que coger los bártulos, —muy pocos bártulos por cierto— y salir pitando. Yo creo que soy más bien de naturaleza cómoda y casera, pero con necesidades periódicas de fuga y escape. Si no viajara me volvería loco".

Sigo pensando y creyendo y sintiendo esto mismo que escribí hace diez años. Pero para mí una cosa es salir, viajar, incluso vivir

unos años fuera y otra es "desarraigarse". La palabra sólo me produce casi escalofríos. Un escritor, creo yo, tiene y debe tener, las raíces metidas muy dentro de su tierra y a ella tiene que volver si no quiere perder la savia de su vida creadora. Al menos para mí es así, y creo que la historia proporciona pocos ejemplos de escritores que se hayan desarraigado voluntariamente, si no han sido forzados por causas políticas, y cuando han tenido que hacerlo forzados han vivido casi siempre en penosa nostalgia. Y si no ha sido así, la obra del escritor se ha desnaturalizado.

En mi caso siento rabiosamente metidas en mi tierra mis propias raíces, pero además tengo que decir que mis hijos, los tres en edad de los "teen", si bien están contentos de haber venido a este país, desean también volver a España y hasta ahora no hemos conseguido que se sientan viviendo provisionalmente en USA.

¿INTERVIENE TAMBIEN LO POLITICO EN SU PEREGRINACION POR EL MUNDO, CONCRETAMENTE EN SU VIAJE A USA?

Tengo que decir que sí. Aparte mi especial predisposición para salir al extranjero —la cual yo diría que ha nacido siempre también de la necesidad de respirar más libremente— todo lanzamiento a una de estas salidas, por lo que tiene de rompimiento con las dulces ataduras de la tierra, los amigos, la patria, supone un estado espiritual que, si no es propiamente rebeldía, es algo muy próximo y parecido.

Hay etapas, simplemente biológicas, creo yo, en la vida de un escritor, —en todo caso hablo por mí— en que se siente la necesidad de romper, transitoriamente, con las limitaciones en torno.

Cuando Ramón Pérez de Ayala dice que todo viaje obedece a un estado de descontento de uno mismo pero también del contorno social, creo que tiene mucha razón. Todo viajero consciente es en cierto modo un disconforme y cuando viaja, repetimos, de algo se libera o quiere liberarse. "No hay hombre verdaderamente libre si no se ha liberado alguna vez de su patria", dice Pérez de Ayala, maestro en esto de irse y de volver.

Según esta filosofía práctica de Pérez de Ayala, conviene adoptar y aceptar la patria nativa no por necesidad y obligación sino por elección y por amor, y esto sólo puede conseguirse distanciándose temporalmente de ella. Solamente lejos de la patria podemos saber de verdad lo que la patria vale y representa para nosotros, con todos sus defectos y también con sus virtudes. Y este descubri-

miento yo diría que está en razón directa con el tiempo que uno se mantiene alejado, y por eso también yo lo estoy sintiendo más ahora, cuando estoy fuera un tiempo más extenso. La nostalgia aumenta con los años que pasan y me figuro que llega un momento en que se hace irresistible.

"El huir de la patria alguna vez —sigue diciendo Pérez de Ayala— sirve, por misterioso ministerio, para descubrir la propia patria. De tal modo que con el tiempo, la patria vieja y apática se transforma en patria virginal y patética".

Esto no sólo lo estoy viviendo yo ahora, sino mis hijos y en ellos puedo observar objetivamente los efectos del alejamiento transitorio del propio suelo.

Todos queremos volver, pero sentimos que podemos volver como renacidos, y a este respecto recuerdo aquello de Ortega: "Un viaje a países extraños, y cuanto más extraños mejor, es un artificio espiritual por el cual se hace posible un renacimiento de nuestra personalidad, por lo tanto una nueva niñez, una nueva juventud, una renovada madurez, una vida nueva con su ciclo completo. Allá donde nacimos —sigue diciendo Ortega— o vivimos, las cosas y los hombres han gastado sus fisonomías y sus rostros no hieren ya suficientemente nuestra sensibilidad. Lo habitual acaba por hacerse insignificante e imperceptible... Con esta *niñez artificial* recobramos ciertas virtudes infantiles, por ejemplo la sinceridad".

Yo añadiría que además de la sinceridad, de una nueva capacidad de juicio y de claridad, recobramos también la medida de las cosas, y por eso considero importantísimo salir para volver, pero habiendo soltado en el camino el lastre de muchos prejuicios, excecismos, conceptos rutinarios.

Contra el aldeanismo español, es bueno siempre salir, por el motivo que sea. Y contra la atrofia de los escritores contemplativos y sedentarios, yo estoy por salir y ver, aprender, observar, contrastar, liberarse en una palabra de tantas cosas...

¿A QUE DE ESTE PAIS LE HA COSTADO MAS ACLIMATARSE?

Acaso al excesivo funcionalismo, a este sentido de la vida medido, organizado, donde todo está previsto y donde todo debe funcionar con exactitud y disciplina de computadora. Sólo el afán de planearlo todo y esa visión de futuro cada vez más organizado pero más deshumanizado con que sueña USA, me repele. La vida aquí puede ser incluso grata —sobre todo en Nueva York— si uno sabe

hacerla grata. Pero me estropean mis sueños particulares todos esos proyectos de felicidad mecánica con que sueña el americano.

En el terreno ya más doméstico me ha costado aclimatarme al sistema de alimentación americana, mejor dicho no he conseguido aclimatarme ni creo que lo consiga. Otra cosa que echo de menos es la manera de gastar el ocio a la española, esos ratos de tertulia y expansión que en España son la sal de cada día.

Soy amigo de la soledad, pero no me gusta la soledad que produce la urbe multitudinaria, una soledad que me parece maléfica y siniestra, y que acaso no tiene que ver con USA, sino con Nueva York, una parte muy especial de USA. Aunque parece ser que la soledad de los suburbios y de las pequeñas ciudades americanas, es todavía más perturbadora y, de hecho, los escritores americanos muchas veces han tenido que buscarse mundos propios huyendo de esta soledad entre muchos, para buscar su propia soledad.

SIETE CUENTOS

Por René ESPINOSA OLVERA

La banda municipal

DERECHO, flaco, amarillo y viejo, Juan González, el director de la banda municipal, se paró frente al Coronel Morales.

—Gracias, Coronel, por su autorización para que la banda municipal toque el domingo. Usted sabe que ya nos enviaron los instrumentos nuevos y mis muchachos y yo estamos ansiosos por estrenarlos.

—Mi querido director —dijo Morales—, mejor hubiera sido que nos llegaran alimentos o municiones, ¿no le parece?

—Señor, yo sólo soy el jefe de la banda municipal y cada quien pelea a su manera.

—Mire Gonzalitos, qué se me hace que lo mejor es que mañana no toque la banda municipal. ¿Qué tal si comienza el ataque?

—Mi Coronel, esos son los gajes del oficio y si usted no se queja, yo tampoco. Lo que no puedo hacer es prestarle a ninguno de mis hombres. Para nada servirían, sólo tres o cuatro tienen menos de cuarenta años, y ninguno se distingue por su valor. Además, mi Coronel, mañana vamos a estrenar su marcha, ¿o no quiere oírla?

—Ya lárguese, Gonzalitos, toque mañana en la plaza y déjeme seguir arreglando mis cosas.

Era domingo, y cosa rara, ninguno de los músicos de la banda llegó tarde. Todos venían con su uniforme nuevo. De gris con botones dorados y palas azules: parecían generales. No habían acabado de juntarse cuando los fusiles comenzaron a tronar. Se pusieron los atriles, se sacaron los instrumentos y Juan González se subió al cajón desde el que acostumbraba dirigir. Las descargas se oían cada vez más cerca. Alguien llegó a avisarle que el Coronel estaba esperando oír la marcha. Que se diera prisa, que Morales tenía que irse donde estaban los balazos.

El director de la banda levantó la mano, llamó la atención a sus muchachos golpeando en el atril y dijo: "Marcha Coronel Morales, con armonía, niños, matizando".

La marcha comenzó. Música tristonera a la que a ratos ponía alegría uno que otro toque militar. Había en esa marcha "alto al fuego", "de frente", "presenten armas", "al ataque", etc.; pero en honor al Coronel Morales no se incluyó el toque de "retrocedan".

Apenas había terminado su pieza la banda, cuando el Coronel pasó a caballo frente a la pérgola. "Gracias, muchachos; gracias, Gonzalitos; me gustó. A ver si me la tocan al regreso".

La banda municipal tocaba diana y la gente del pueblo, con un poco de miedo y mucho de curiosidad, llegaba a la plaza. "Míralos, qué elegantes —comentaban— pero condenados, seguramente que le tienen miedo a los balazos".

Nuevamente volvieron a tocar. No era cosa de que se quedaran esperando a nadie. "A ver, mis muchachos, 'Cuarto Poder' y después de un solo tirón 'Armonía Latina', para que éstos oigan lo que es bueno".

Una bala retachó en un árbol cercano a la iglesia, pero sólo desafinó el chico del flautín. El del tambor le pegó un poco más fuerte para que no lo ahogara el ruido de los disparos. Y siguieron tocando, muy derechos y tranquilos, hasta que llegó un tipo raro y agazapado que les dijo: "Dice mi General que ya dejen de tocar, porque si no cuando entremos los vamos a fusilar."

—Dígale a su General que nosotros no somos soldados y que nos pagan por tocar. Que si él nos paga lo que debemos ganar, que es tarifa doble por estar bajo fuego, luego luego le paramos.

—Mejor párenle, que usted no sabe cómo es el General Torres.

—Llévele a su General mi recado y tráigame la respuesta.

González se quedó pensativo. Cincuenta años de andar de músico y finalmente le tocaba dirigir una banda bien vestida y con todos sus instrumentos. Lo que no había arriesgado por esto. No era hora de aplazar el momento por cualquier canija revolución. Los instrumentos eran importados. Los uniformes los habían mandado de México y todo a tiempo para tocar después de meses de preparación y ensayos.

Ahora las balas zumbaban ya muy cerca de la plaza y la banda había quedado sola. El del requinto opinó que lo mejor era largarse, pero nadie hizo nada para moverse de la plaza. Un jinete cruzó corriendo, casi cayéndose del caballo. Al pasar gritó: "Ya nos dieron en la torre, mataron al Coronel Morales".

El director de la banda municipal subió nuevamente al cajón de música y dijo: "Mis muchachos, todavía nos queda media hora por cumplir. De nuevo Armonía Latina que nos está saliendo bien, pero, por favor, señores, matizando, que ésta es una obra de música, para hombres, no para animales."

Estaban tocando cuando llegaron las avanzadas revolucionarias y atrasito venía el General Torres.

—A ver, mi director, que se calle la música.

—Ahorita, nomás que terminemos esta marcha.

Torres se bajó del caballo y se quedó escuchando a la banda.

Cuando terminó el viejo González, caminó hacia él y preguntó: "¿General Torres?" "Para servirle", fue la respuesta y a continuación agregó: "Me dicen que esta banda es de los pelones". "¿Es cierto?"

—Señor, ésta es la banda municipal y a nosotros nos pagan por tocar.

—Pues toquen algo.

—Lo que usted quiera, General.

—Alguna cosa alegre.

—Tenemos una que otra marcha militar que nos sale muy bien.

—Pues ya van.

Y la banda, nuevamente, comenzó a tocar.

—Oiga —le dijo Torres—, no tocan ustedes tan mal.

—Y eso que no hemos comido mucho últimamente, mi General.

—Pues conmigo comerán.

—Gracias, mi General, le vamos a dedicar una marcha. ¿Cómo quiere que se llame?

—Como a usted le cuadre.

—¿Qué le parece "General Torres"?

—No me disgusta.

—Señores, vamos a tocar la marcha "General Torres". —Y en voz baja agregó—: —Esa que tocamos hace rato.

Juan González volvió a subir al cajón de música y con la batuta comenzó a dirigir. Derecho y flaco, viejo y amarillo, ordenó tocar a la banda municipal.

Los osos

UN oso joven recorre triunfante la planicie y la montaña.

Es rápido y ágil, valiente y fiero. De tiempo en tiempo levanta los ojos al cielo.

Eran dos osos: Oso Grande y Oso Chico, que juntos caminaban por el bosque. Uno imponía respeto por su fuerza y tamaño. El otro por el brillo de su piel y la elegancia de sus pasos. Atacaban juntos y, si preciso, huían los dos.

Oso Grande era la prudencia y cuando necesario la ferocidad. Oso Chico la obediencia y la imitación. Compartiéndolo todo, llevaban una sincera amistad de osos.

Era de tarde cuando pelearon. Sin ninguna razón sus ojos reflejaron odio. Todo en el bosque era un oso que apretaba a otro oso. Y lloraba el viento y crujían los árboles. La ira de Oso Grande no se aplacaba. Acostumbrado a aplastar se olvidó de todo. Repentinamente sintió que era viejo. Y bufando, fingiendo, haciendo la resistencia necesaria para que Oso Chico aprendiera las últimas finzas de la lucha, se dejó matar.

Por las tardes, en ocasiones, en una nube, se ve la figura de un oso viejo.

La fábrica de sueños

ANTES de morir, Jesús habló a su mujer y a su hijo. Sus palabras fueron serenas. Pidió perdón, a Martha, su esposa, por abusar de su resignación. A Benjamín, su hijo, por haberle enseñado sólo humildad y poesía. Reconoció que vivió equivocado. Su vida había sido una guitarra, y aunque había enseñado a otros a tocarla, dando así alguna alegría, no dejaba ninguna riqueza. Veía además que los dos eran débiles para luchar con la vida. A ella le pidió que guiara a Benjamín por una senda más práctica. A su hijo, que cuidara a su madre y que tratara de hacer algo en la vida. "Ya no mires al mundo con tus ojos grandes y tu corazón de poeta. Desde ahora a producir, tengo fe en ti".

Jesús suspiró, y estrechando entre las suyas las manos de Martha y Benjamín, se quedó dormido. Entre los dos lo vistieron con camisa blanca y corbata, lo metieron en una caja de pino, y lo enteraron. En el sepelio estuvieron cinco o seis de sus viejos amigos, todos silenciosos y graves, como lo fue Jesús. Nadie lloró, cuando menos por fuera, aunque todos sabían que las lágrimas estaban ahogando a Martha. Benjamín tenía los ojos más grandes y brillantes que nunca.

Después los acompañaron a la casa y los dejaron solos. Prometieron volver pronto, aunque en el fondo sabían que no lo harían en mucho tiempo, que no volverían hasta que pudieran ofrecer a

aquella vieja casa y a sus dos tristes moradores, algo de música, que era lo único que podían dar. Cuando partieron dejaron la puerta abierta. No se atrevieron a cerrarla, y Martha y Benjamín no lo hicieron, porque ya no tenían a quien abrirla.

Los días se arrastraban lentamente. Martha seguía haciendo su tarea de siempre poniendo todo su amor en su hijo, que inmóvil y pensativo, día y noche, buscaba la forma de cumplir las órdenes del padre. El pan se le hacía amargo. En ocasiones recorría como fiera la casa, torturando incansablemente su imaginación para caer después en triste sopor. De nada le servía ver y ver el cielo desde su ventana. La idea no llegaba, aunque soñaba en todo lo que daría a su madre cuando comenzara a producir. Pero, ¿qué fabricar y con qué? Todo parecía haber sido descubierto y producirse en cantidades suficientes. Además se requerían capital, organización y conocimiento. Leía sin cesar un viejo manual de administración de negocios, sin encontrar nada.

Martha adivinaba la preocupación de su hijo y le repetía que tuviera paciencia. "La idea vendrá, hijo, porque tú eres soñador". Y él respondía que era cierto, que sólo sabía soñar, y que por eso nunca haría nada.

Una mañana, Benjamín despertó alegre. Todo estaba resuelto, haría una gran fábrica de sueños. Martha lo abrazó y le dijo que ella ayudaría. Que ahí estaban sus macetas con sus helechos y sus plantas de sombra en las que ella pondría tierra nueva y negra para que crecieran los sueños. Y pusieron manos a la obra. Martha arrancó sus más bellas plantas, puso en sus macetas tierra fresca, y con amorosas manos limpió cada una de ellas. Mientras tanto, Benjamín, en la fachada de la casa, pintó un letrero: "Fábrica de Sueños".

La organización inicial se terminó pronto. En el corredor quedaron macetas de todos tamaños, perfectamente alineados con letreros: Amor, Paz, Salud, Riqueza, Ilusión, Felicidad, Bienestar, etc.

Todos los días Benjamín se sentaba frente a las macetas y, con los ojos entrecerrados, se dedicaba en cuerpo y alma a soñar. La tarea la repetía incansablemente. Una y otra vez soñaba. El tiempo pasó y de aquellas macetas no surgía nada. Benjamín perdía toda esperanza, pero pronto la recuperaba ante la confianza de su madre.

La fábrica de sueños se convirtió en una atracción del pueblo, porque era la única en muchos kilómetros a la redonda.

Misiones extranjeras comenzaron a visitar aquella original fá-

brica. Un agente pronto adquirió la exclusividad de la venta de sueños, pero Benjamín no producía nada todavía.

Una tarde triste y un poco gris, con su cielo como si fuera a llover, Benjamín se puso una vez más frente a la sección de sueños de amor y soñó y soñó y soñó, y ¡crash!, en una maceta, en el centro de la tierra negra, surgió un bello sueño, verde y chiquito, que era, sin duda, un sueño de amor.

Benjamín llamó a su madre, y juntos vieron el primer producto de su trabajo, mismo que desde luego quisieron poner a prueba. Llamaron a Consuelo, la chica de enfrente, a la que dieron a oler el delicado perfume que exhalaba la pequeña planta verde. Consuelo cerró los ojos y comenzó a girar y a girar, como flotando, y a sonreír. Para terminar le dio un beso a Benjamín. Después les contó que había soñado el más bello cuento de amor.

Con esa prueba, Martha y Benjamín ya no tuvieron dudas. Se envió un telegrama al comprador exclusivo, informándole que ya tenían listo el primer sueño, que si quería, podrían enviarlo. De la casa principal respondieron que no, que siguieran produciendo, porque los sueños eran muy escasos en el mundo y era necesaria una cantidad importante para inundar el mercado desde el principio. Pero mientras tanto ya se había informado de esta situación al mercado de valores, y las acciones de la empresa subían y subían.

Una vez más Benjamín se colocó frente a las macetas. Sentado, continuó a soñar y soñar, bajo la mirada amorosa de Martha, segura de que del hijo de Jesús saldrían muchos y muy bellos sueños.

El reino de piedra

TENOCH nació cuarenta años antes de comenzar a reinar. El primer año de vida sólo lloró y mamó. Durante tres lustros rió y jugó. Los veinte años siguientes los pasó amando y bebiendo. Después vivió en profunda melancolía, siempre sumido en reflexiones.

Tenoch estuvo finalmente listo para dirigir a su pueblo. El mismo día que abandonó sus cavilaciones, su padre, el buen rey gordo, tuvo la elegancia de morir, con lo cual Tenoch no perdió ni un solo día, ni una sola noche, para comenzar su reinado.

Los oráculos aseguraban que Tenoch sería un gran rey, porque aunque en su vida había hecho sólo tonterías, éstas siempre habían sido grandes, lo que era prueba, en cierta forma, de su talento.

Todos los consejeros del reino, viejos, sabios y solemnes, fueron convocados. Ellos informaron a Tenoch que su reino no tenía más

riqueza que su pobreza y que el único recurso abundante, la piedra, era de escasa utilidad. Pero también le dijeron que su pueblo, que con dificultad comía, sabía ser disciplinado y obediente; aunque hasta la fecha y después que el mundo había dado muchas vueltas alrededor del sol, esas cualidades no habían servido para nada.

Tenoch los escuchó. Después pintó en el suelo un gran cuadrado, ordenando a su pueblo que a ese sitio llevara piedras.

"Dos cosechas de piedra al año, seguidas de una semana de regocijo y nuevamente a comenzar el año". Tales fueron sus palabras.

Sus súbditos, obedientes e inteligentes, comenzaron a colocar piedras bajo la dirección de Tenoch, que rodeado de sus consejeros dirigía, incansable, las obras. Transcurrieron los años y las piedras se fueron acumulando una encima de otra, hasta hacer una colosal montaña a la cual de tiempo en tiempo subía Tenoch y alzando la mano decía: "Todavía falta, todavía no. Más piedras". Y la montaña de piedra seguía creciendo, porque Tenoch no alcanzaba la luna.

Mientras tanto, los ciudadanos del Reino de Piedra, bajo las agobiantes cargas y el duro trabajo diario, habían fortalecido sus cuerpos y aguzado el ingenio. Sus músculos se habían ennegrecido con el sol inclemente, y endurecido con el frío. Las piedras rodaban, bajaban o subían con facilidad creciente gracias a los aparatos contruidos con habilidad.

Tendría sesenta años, noches más, noches menos, cuando Tenoch comprendió que ya podía tocar la luna. Sonaron los caracoles y se reunió el pueblo. Hubo música de flautas y tambores y todos los hijos del reino se congregaron para verlo subir. Tenoch ascendió lentamente y conforme se alejaba del suelo, la gente pensaba que en lugar de empequeñecerse, se hacía más grande, con cada paso que daba, con cada escalón que subía. Llegó a la cumbre, alzó la mano y tocó la luna.

Desde abajo, sus súbditos lanzaron gritos de júbilo y danzaron. Todo el valle se cimbró y los pueblos cercanos comprendieron la grandeza del Reino de Piedra.

Cuando Tenoch bajó, venía transfigurado. A sus sacerdotes contó, cuando éstos lo rodearon, que la luna era fría, y que ya estaba listo para ir a las profundidades del mar. No dio ninguna otra explicación.

Y comenzaron nuevamente los trabajos: dos cosechas de piedra al año seguidas de una semana de regocijo. Bajo la dirección de Tenoch, del que ya se afirmaba que algún día sería Dios, se inició

la construcción en el mar. Algunos de sus sacerdotes opinaban que quería construir una escalera para bajar a saludar al rey del agua, pero esta versión resultó equivocada, porque Tenoch quiso una muralla que del fondo del mar se alzara casi hasta las encrespadas olas. La muralla quedó lista cuando Tenoch estaba a punto de morir. Las olas rompían, ahora, plácidamente sobre la arena de la bahía, detenidas y suavizadas por la muralla.

El pueblo acompañó a Tenoch hasta el comienzo del que sabían que sería su último viaje. Lo acostaron en una balsa, entre flores y pebeteros en los que quemaron perfumes raros llegados, como tributos, de muy diferentes y lejanos lugares.

Tenoch descansaba en su balsa con los ojos entrecerrados.

—Parto satisfecho. He tocado la luna y dominado el mar. No hay emoción más grande que haber tenido la luna entre mis manos, ni sensación más agradable que la de estas olas suaves cuando me golpean la entrepierna.

Sus sacerdotes pidieron instrucciones. El ordenó que en lugar de dos cosechas al año se hicieran tres y comenzaran a tallar la piedra.

La balsa de Tenoch se alejó. El pueblo en la playa recibió su mensaje. Se iniciaron la música, los cantos y la danza en un agitar de mil colores. Y sus ecos llegaron más allá de los llanos, al otro lado de la tierra y hasta los confines del mar, haciendo saber que los hijos de Tenoch estaban listos para todo.

La espera

JANUK era pastor. Nieto e hijo de pastores. Fuerte y bueno como ellos. Por herencia recibió un corto rebaño de ovejas y un pedazo de tierra. Al centro de su propiedad se alzaba, muchos metros sobre el horizonte, un enorme pilón de piedra gris. La gente decía: "Pobre Januk, le tocó un rebaño chico y una piedra grande. Pero Januk, a pesar de que era joven, rara vez contestaba. Sabía que callarse no es perder, y seguía cuidando su rebaño y mirando su montaña gris.

Hacía muchos años, uno de sus parientes, quizás el bisabuelo o quién sabe quién, había intentado escalar las lisas paredes de la enorme piedra. El resultado había sido fatal, el montañista improvisado se rompió la nuca. Desde entonces nadie intentó subir a la cima. No había para qué hacerlo.

Januk se acercaba todos los días al pie de la montaña y caminando alrededor buscaba y buscaba el mejor lugar para poder tre-

par. Con el tiempo logró escalar algunos metros e instalar a una altura respetable una escalera de cuerdas. De ahí inició el salto a una segunda etapa todavía más alta y que casi se perdía en el cielo. La gente preguntaba para qué subía Januk, pero él se limitaba a sonreír.

Finalmente, llegó a la cúspide, ayudado siempre por su escalera de cuerdas. Desde lo alto contempló el horizonte. A lo lejos, la llanura, más allá las montañas y a sus pies el pueblo.

Pasaron meses y la gente tenía curiosidad por saber qué hacía Januk allá arriba. Uno que otro de sus fuertes amigos, también pastores, lo habían acompañado, en algunas ocasiones, en el valeroso esfuerzo de subir la montaña por aquellas inseguras escaleras.

Ellos trajeron mensaje que Januk estaba haciendo una casa en la cumbre; y que si no tenía el tamaño de un palacio, sí era una casita bella, al borde de un ojo de agua, a la que conducía un camino de flores.

Las chicas del pueblo se interesaban en saber y preguntaban:

—Januk, ¿qué haces ahí arriba?

El respondía:

—Espero.

A veces, los habitantes del pueblo alcanzaban a divisar, desde abajo, la pequeña figura de un hombre sentado en lo más alto de la montaña. Sin duda esperando. ¿Pero qué esperaba Januk?

La curiosidad aumentaba. Pronto algunas jóvenes comenzaron a dar vueltas y vueltas alrededor de la montaña de Januk. Hubo unas que subiendo por las escaleras de cuerda llegaron hasta el primer descanso, pero tuvieron miedo de seguir. Lariza se atrevió a subir más alto. Desde ahí llamó a Januk:

—Januk, Januk, soy Lariza.

Pero él no contestaba y Lariza tuvo que descender, porque se hacía de noche y tenía miedo.

Una y otra vez Lariza regresaba y subía algunos escalones, desde donde llamaba a Januk. Januk no respondía.

Un día que el sol salió temprano, Lariza llegó vestida de blanco. Con rapidez y sin temor subió por la difícil escalera. No llamó a Januk porque sabía que él no contestaría.

Cuando el sol estaba alto Lariza llegó a la cúspide, levantó los ojos y vio la casa con la puerta abierta. A ella se dirigió con paso firme por el camino de flores.

Januk comenzó a enrollar las cuerdas.

La espera había terminado.

El explorador

MARCO no pudo dormir bien esa noche. Cuando llegó el día se levantó rápidamente y sin hacer ruido se probó una vez más su traje azul de explorador, la pañoleta multicolor y los pesados botines. A toda prisa se dirigió al parque, donde ya lo esperaban sus amigos, entre los que se encontraban algunos que, al igual que él, entrarían a formar parte, por primera vez, del grupo de niños exploradores.

Las primeras marchas y ejercicios fueron muy agradables, aunque no dejó de chocarle el hecho de que en el grupo que le correspondió participara también una niña de la misma edad. Ese hecho lo molestaba, ya que en los otros grupos no había mujeres. Se sentía un poco disminuido, como si formara parte de un grupo de segunda clase.

Cuando llegó la hora de jugar al fútbol y se formaron los equipos, Marco pensó que la niña, a la que ya había bautizado con el mote de "La Flaca", no debería participar. Pero, para su sorpresa, ella se reveló pronto como una magnífica organizadora. Mientras Marco apenas iniciaba los esfuerzos para integrar su equipo, la flaca ya tenía el suyo completo, en el que ella, desde luego, figuraba como centro delantero.

Marco por su parte escogió ser portero de su equipo. Pronto el juego y las patadas comenzaron.

Ante el azoro general, la flaca resultó una estupenda jugadora, que después de rapidísimos pases combinados en forma certera con sus compañeros de equipo, fue capaz de meter en unos segundos el primer gol, causando la desesperación y la rabia de Marco y sus jugadores.

Pronto, al primer gol siguieron otros, hasta terminar el partido con un marcador 4 por 1 a favor del equipo de la flaca, diferencia clara y contundente.

Desde ese momento la rivalidad y la lucha entre Marco y la flaca se estableció en todos los terrenos. Marco corría mejor, pero la flaca saltaba más. Marco era el rey del basquetbol, pero la flaca vencía en bolíbol. Marco triunfaba en natación, pero la flaca era la reina de los concursos de clavados. Además, en simpatía, las calificaciones de Marco no estaban muy altas, en cambio la flaca era monísima y con gran sentido del humor.

Por la mañana, por la tarde y a menudo por la noche, Marco se ensayaba en la práctica de los deportes y en el aprendizaje de las tareas sobre asuntos que sabía serían tratados el sábado y el domingo, durante las reuniones de los niños exploradores.

Pero a pesar de todos esos esfuerzos, la flaca llegaba despreocupada, con las trenzas al aire, y con gran naturalidad vencía, en muchos de los casos.

Terminaba el primer año de actividad y había que elegir al líder del grupo. Las opiniones estaban muy divididas. Marco era, decía él, candidato de los machos, pero esa frase no desalentaba al otro grupo de niños que reconocía a la flaca como su líder.

Finalmente la votación se llevó a cabo y Marco ganó por un voto, aunque tuvo que reconocer, con tristeza, que ese voto del triunfo era el que dio en su favor la flaca.

Marco formó su escuadra de niños exploradores y les ordenó marchar. Atrás de él iba la flaca. Marco ordenó vuelta a la derecha y a sus espaldas oyó una vocecita: "No, a la izquierda es mejor". Marco siguió adelante, por la derecha hasta toparse pronto con obstáculos que lo obligaron a ir hacia la izquierda.

Marco es ahora un hombre. Los tiempos han cambiado, sigue siendo líder, pero por las mañanas, cuando se levanta y ordena "A la derecha", oye a su lado una vocecita que dice: "No, Marco, a la izquierda".

El hombre de criptonita

CARRASCO salió de su oficina más fatigado que nunca. A pesar de todo se dirigió a la cita. Tenía que ver a la alegre divorciada que le habían presentado el día anterior y ya se relajaba y deleitaba con los bellos momentos que seguramente le esperaban.

Carrasco era un hombre normal. Cualquiera diría que mediocre, porque a los 39 años no había escrito un libro, no tenía dinero y tampoco se había casado. Sin embargo, él se creía feliz, y no carente de atractivos... En la oficina hacía gala de conquistador y nunca dejaba pasar una oportunidad para decir un piropo a las compañeras y dar un pellizco aquí y otro allá, aunque francamente sus éxitos, muy raramente habían pasado de esas ligerezas.

Pero ahora todo se le antojaba distinto, la bella y joven divorciada que había conocido en la cena se mostró desde el primer momento muy interesada en él. Su plática era culta, pero sobre todo alegre y bien dirigida a halagar la vanidad de Carrasco. Por eso se sentía obligado a cumplir el compromiso y a dirigirse, a pesar de todo, al lugar de la cita.

Con su gabardina al hombro, llegó al edificio, y no sin cierta emoción oprimió el botón del timbre. La puerta se abrió y apareció ella con una sonrisa y una alegría contagiosas. Sí que era joven, fresca y alegre. El fondo musical de bien escogida pieza llenaba de

ecos agradables la estancia. Pronto chocaron los vasos y comenzaron las risas. Hubo un poco de baile y una que otra pregunta, pero sólo las indispensables. Ella tuvo la elegancia de no hablar de su ex marido y él, por supuesto, no se refirió a sus pasados fracasos. Comenzaron después a conversar sobre música, aunque más tarde ya fue innecesaria toda plática. Recostados sobre el lecho, siguieron hablando. Ella dijo que parecía un hombre de otro planeta por su cuerpo tan atlético, y él se sintió halagado. Era la primera vez que le hacían tal elogio. Puso sus músculos en tensión y dejó que ella admirara los pectorales y los bíceps, a la vez que pensaba que ya que no sabía bien a bien su origen, puesto que no había conocido ni a su padre ni a su madre, bien pudiera ser que él fuera de otro planeta. Ella le susurró que era casi como Superman y él, naturalmente, la besó una vez más. Y hubo muchos abrazos en aquella tarde que se convirtió en noche y en esa noche que llegó a madrugada. Cada vez que Carrasco descansaba, nuevamente oía las frases susurradas de ella que le decía: "¿Por qué eres tan diferente?", y él, un poco en broma y algo en serio, le decía que era el hombre de criptonita acordándose del personaje de las revistas de monitos que vuela por los cielos. Y él, realmente estaba en esos momentos volando, porque qué bello era sentirse tan halagado, acariciado y admirado. Una y otra vez ella hacía renacer sus fuerzas. En una ocasión dijo: "Seguramente que eres hombre de muchas mujeres". Y él tuvo miedo de confesarle que no, que sólo había conocido a unas cuantas y que no siempre las cosas habían marchado bien. Ella insistió en el número y preguntó: "¿Serán diez?" y él se quedó callado. Ella elevó la cifra a veinte y él nada más sonrió, un poco avergonzado en el fondo. Cuando mencionó treinta le pidió no entrara en detalles. Y siguieron riéndose. Y ella tocaba y retocaba sus músculos y le decía: "Eres algo extraordinario; realmente todo un hombre de criptonita". Y él seguía saboreando eso.

Cuando la madrugada llegó, ella se durmió, con un sueño plácido y satisfecho, casi como de tronco. Y él ya no quiso despertarla, porque también se sentía cansado y recordaba que tenía que llegar temprano a la oficina.

El hombre de criptonita se levantó y se vio en el espejo, y frente a él puso por última vez en tensión sus músculos. Se vistió rápidamente echándose encima su gabardina y salió a tomar el ascensor.

Este tardaba mucho. Mientras esperaba, sonreía recordando los agradables momentos que había pasado. Se acercó al balcón del corredor y pensó que para un hombre de criptonita: dos pisos no eran nada. Cuando volaba en el aire con su gabardina como capa, se arrepintió, pero ya era demasiado tarde.

ITINERARIO POETICO DE ROMUALDO BRUGHETTI*

Derrota de la poesía

PAULATINO desprenderse de exquisiteces minoritarias, destrucción de anacrónicas torres de marfil para lanzarse al registro de lo prosaico cotidiano que es el vivir del hombre común, caracterizan el itinerario poético de Romualdo Brughetti. Crítico de arte, esteta sagaz, en sucesivos poemarios que integran coherente pentalogía ha ido cumpliendo la derrota de la poesía, profetizada por Darío, quien si en las "Palabras liminares" de *Prosas profanas* había exhortado: "La gritería de trescientas ocas no te impedirán, Silvano, tocar tu encantadora flauta, con tal de que tu amigo el ruiseñor esté contento de tu melodía. Cuando él no esté para escucharte, cierra los ojos y toca para los habitantes de tu reino interior..."; en cambio, en el "Prefacio" de *Cantos de vida y esperanza*, anunció: "Yo no soy un poeta para muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas".

He usado la expresión "Derrota de la poesía" como concepto a dos aguas, de bifronte ambigüedad. Y quiero volver sobre ella para desconceptualizarla: "Derrota" en la acepción prístina de ruta, marcha, dirección; y en su acepción segunda de pérdida, vencimiento. Ambas juegan frente al proceso creador seguido por Brughetti, quien, en 1962, tituló el poemario que inicia la serie: *Las nubes y el hombre*. Reunía en él, efectivamente, poemas de distanciamiento, una postura desde lo alto como espectador de lo humano. En el "Prólogo" declaraba desear para dichos poemas "la vibración interior" y la formulada existencialidad era anhelo potencial, condensado en estas líneas finales: "He vivido o he creído vivir en la certeza de la nube, de la flor y de la lágrima, en la promesa de la luz, del sueño y el símbolo; para poder acaso, eterno y renovado mito de la poesía, cantar y soñar despierto, con una angustia transfigurada por el sentimiento vital en gozo de una existencia imaginativa y libre; y ascender de la soledad a la evidencia una y múltiple de la comunión humana".

Desde luego que, en el plano de los símbolos, la derrota señalaba un descenso más que el ascender. Descenso de la nube, de la torre marfileña, para sumergirse en el dolor y el barro. Así fue avanzando la trayectoria

* A propósito de "Historias cotidianas", Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1970.

creadora y, en 1965, en *Hay cosas que duelen*, nueva etapa poética, requerirá: "Espero que no digáis de mí:/ es un poeta porque mira las nubes/ y de la vida busca su esencia pura./ ¡No!, decid: es un poeta/ porque no ignora este absurdo mundo/ y sufre su injusticia". Para comprender esa absurdidad, en 1966, con *Corona de cielo para tanta lágrima* va en busca de las raíces, del contacto con los restos del paso del hombre en viejas civilizaciones: ruinas helénicas, mitos inagotables, el mar latino, sus renacimientos español e inglés, el encanto de los pinceles mágicos: Botticelli, Polaiolo, Klee, Moore, Martini, y, también, el ancestro de América dolida.

En 1968, decidido, con *Esa piedra cruel* abordará angustiante las motivaciones del tiempo: ora la rutina que todo lo mineraliza, ora el devenir constante, que todo lo aniquila y transforma. Pero, entre estos dos extremos, algo que se repite, algo que permanece. Se repite la soledad; se reitera la muerte. Permanecen el mito, el arte, la poesía.

Consumación de la derrota

LA derrota la consume ahora *Historias cotidianas*, el más reciente de los poemarios de su evolución creadora. En él, todo formalismo poético queda atrás y, por momentos, es la prosa la que dice de su función estética, la que canaliza la voz (o el clamor) del poeta: "Dios ha muerto,/ el arte ha muerto/ el hombre ha muerto./ ¡Viva la vida!" Con ella, y por ella, Brughetti ahonda su milagrería de poeta, por ella resucitarán Dios y el arte y el hombre. A veces, las dos caras del vivir, o del arrastrarse en la vida, se unifican en la máscara de la hipocresía. Y la protesta, el renegar de falsías, se convierte en grito, en pública exasperación, que abjuran de la exquisitez minoritaria, de la torre marfileña, de almibares y deliquios, como lo proclama la trascendente levedad, rezumante de ironía, de este "Scherzo":

¡Los poetas de la rosa sin espina!
Que lo digan los ojos que ya no miran
de Vietnam y de Biafra.
(¡Huelan una rosa de Francia!)

¡Los poetas de la poesía pura!
Que lo digan, que lo digan
los setecientos millones de bocas desnutridas.
(¡Sueñen con las delicias de la fantasía!)

¡Los poetas de la tinta plateada de la luna!
Que lo digan, que lo digan

usuras, codicias y mezquindades.
(Súbanse al cohete de poltrona deslizante!)

La rosa sin espina,
la poesía pura,
la tinta de la luna,
coléricas aguzan sus secretas pezuñas
y en las nalgas, poetas, os dan un puntapié.

Uno, dos, tres... Yes!

La poesía minoritaria y exquisita está vencida: se ha consumado su derrota. Las voces ya no buscan eufonías, las rimas no procuran ensañaciones y adormecimientos. Las palabras golpean. Agresivas, denuncian la injusticia social, el absurdo de la tecnología deshumanizada, la crisis de lo humano.

Pero en el derrotero poético —y esto es lo singularmente valioso y reconfortante— Brughetti no ha enajenado su estro; por el contrario, esta firme evolución, lo confirma auténtico poeta de hoy, del aquí y del ahora.

RAUL H. CASTAGNINO

Se terminó de imprimir en la Editorial Libros de México, S. A., Ave. Coyoacán No. 1035, de la ciudad de México 12, D. F., el día 2 de julio de 1971. Consta la edición de 1 500 ejemplares.

Nº 073

Nº

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros: Precios
por ejemplar

	Pesos	Dls.
RENDICION DE ESPIRITU (I y II), por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
LA APACIBLE LOCURA, por <i>Enrique González Martínez</i> ...	10.00	1.00
LA PRISION, por <i>Gustavo Valcárcel</i>	10.00	1.00
SIGNO, por <i>Honorato Ignacio Magaloni</i>	5.00	0.50
LLUVIA Y FUEGO. LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por <i>Tomás Bledsoe</i>	10.00	1.00
LUCERO SIN ORILLAS, por <i>Germán Pardo García</i>	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por <i>Alfredo Cardona Peña</i>	10.00	1.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por <i>Miguel Álvarez Acosta</i>	25.00	2.50
DIMENSION IMAGINARIA, por <i>Enrique González Roio</i>	5.00	0.50
DIMENSION DEL SILENCIO, por <i>Margarita Paz Paredes</i> ..	20.00	2.00
SANGRE DE LEJANIA, por <i>José Tiquet</i>	20.00	2.00
ARETINO, AZOTE DE PRINCIPIES, por <i>Felipe Cossio del Pinar</i>	20.00	2.00
OTRO MUNDO, por <i>Luis Suárez</i>	10.00	1.00
LA BATALLA DE GUATEMALA, por <i>Guillermo To- riello</i>	30.00	3.00
EL HECHICERO, por <i>Carlos Solórzano</i>	5.00	0.50
POESIA RESISTE, por <i>Lucila Velásquez</i>	10.00	1.00
AZULEJOS Y CAMPANAS, por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	20.00	2.00
RAZON DE SER, por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por <i>Fernando Ale- gria</i>	5.00	0.50
LA ESPADA DE LA PALOMA, por <i>Juan Larrea</i>	15.00	1.50
INCITACIONES Y VALORACIONES, por <i>Manuel Maples Arce</i>	20.00	2.00
PACTO CON LOS ASTROS, GALAXIA Y OTROS POE- MAS, por <i>Luis Sánchez Pontón</i>	20.00	2.00
LA EXPOSICION, DIVERTIMIENTO EN TRES ACTOS, por <i>Rodolfo Usigli</i>	15.00	1.50
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTA- DOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por <i>Frederic H. Young</i>	10.00	1.00
HISPANOAMERICA EN LUCHA POR SU INDEPENDEN- CIA, por <i>Varios autores</i>	10.00	1.00
GUATEMALA, PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVOLU- CION, por <i>Fedro Guillén</i>	5.00	0.50
EL DRAMA DE AMERICA LATINA. EL CASO DE ME- XICO, por <i>Fernando Carmona</i>	25.00	2.50
DIALOGOS CON AMERICA, por <i>Mauricio de la Selva</i>	10.00	1.00
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por <i>Gerard Pierre-Charles</i>	25.00	2.50
EL PANAMERICANISMO. DE LA DOCTRINA MONROE A LA DOCTRINA JOHNSON, por <i>Alonso Aguilar Monteverde</i>	10.00	1.00
MARZO DE LABRIEGO, por <i>José Tiquet</i>	10.00	1.00
ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por <i>Lucila Leal Araujo</i>	25.00	2.50
PASTORAL, por <i>Sara de Ibáñez</i>	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por <i>José Gans</i>	5.00	0.50
LA AGONIA DEL PERU, por <i>Gustavo Valcárcel</i>	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por <i>José Guada- lupe Zuno</i>	8.00	0.80
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por <i>Alfredo L. Palacios</i>	3.00	0.30
VIGILIAS, por <i>Charivel Alegría</i>	5.00	0.50
REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números) (1971)		
MEXICO	150.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	13.50	
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	15.50	
PRECIOS DEL EJEMPLAR		
MEXICO	30.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	2.70	
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	3.00	

Ejemplares atrasados, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

- Angel Rama* La Generación Crítica Uruguaya (1939-1969).
Manuel Mesa Andraca La Reforma Agraria en México y la Nueva Ley de Reforma Agraria.
Rubén Landa Reflexiones sobre la enseñanza en México.
Xiühnel Pérez-Robles *La Noche de Tlatelolco.*

NOTA, por MARIO M. SAAVEDRA

D O S G R A N D E S P O E T A S M E X I C A N O S

- Antonio Castro Leal* Poemas de Enrique González Martínez.
Benjamin Carrión Sé Igual y Fiel.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Germán List Arzubide* Ramón López Velarde y la Revolución Mexicana.
Maryse Bertrand de Muñoz La Actividad Política de Unamuno y su colaboración en *Hojas Libres.*

NOTA, por LUIS CORDOVA

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Mauricio de la Selva* Antología poética circunstancial.
Roberto González Echevarría *La Muerte de Artemio Cruz* y Unamuno una fuente de Fuentes.
Manuel A. Serna-Maytorena El Hombre y el paisaje del Campo Jalisciense en "La cuesta de las Comadres", cuento de Juan Rulfo.
Germán D. Carrillo La "biopsia" como técnica literaria de M. Benedetti en *Gracias por el fuego.*
Alfredo Gómez Gil José Luis Castillo-Puche.
René Espinosa Olvera Siete Cuentos.
Raúl H. Castagnino Itinerario Poético de Romualdo Brughetti.